

ROSA LUXEMBURG
HOY
RECOPIACIÓN DE TEXTOS



ROSA LUXEMBURG
HOY

RECOPIACIÓN DE TEXTOS

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Tercera Edición, Madrid, 2023.

info@unoendos.net
<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	8
ROSA LUXEMBURG Y LA AMBIGÜEDAD DE LA HISTORIA por Lelio Basso	13
DE LA DIALÉCTICA MATERIALISTA ENTRE ESPONTANEIDAD Y ORGANIZACIÓN: ROSA LUXEMBURG por Oskar Negt	30
ROSA LUXEMBURG Y LA CUESTIÓN NACIONAL por Georges Haupt	62
I. UN DEBATE SIGNIFICATIVO	66
I. a. LOS OBJETIVOS DE ROSA LUXEMBURG	66
I. b. LAS ARTICULACIONES DE LA POSICIÓN DE ROSA LUXEMBURG	69
I. c. EL NÚCLEO DEL DEBATE: TÁCTICA Y ORGANIZACIÓN	73
I. d. LA CONTROVERSIA CON KAUTSKY	76
II. EL INTERNACIONALISMO INTRANSIGENTE	79
ROSA LUXEMBURG: UN EXAMEN RETROSPECTIVO por Paul Mattick	86
LA DIALÉCTICA ENTRE CIENCIA SOCIAL E IDEOLOGÍA EN ROSA LUXEMBURG por Michael Löwy	107
ROSA LUXEMBURG: LA HUELGA DE MASAS por Norman Geras	115
LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIA: ROSA LUXEMBURG por Dick Howard	130
I. LA PRAXIS REVOLUCIONARIA Y SU TEORÍA	134
II. LA TEÓRICA Y SU PRAXIS	143
III. LA TEORÍA REVOLUCIONARIA	149

NOTAS SOBRE LA TEORÍA LUXEMBURGUIANA DE LA ACUMULACIÓN por Tadeusz Kowalik	153
ROSA LUXEMBURG, MARX Y EL PROBLEMA DE LAS ALIANZAS (EN TORNO AL PROBLEMA DE LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA) por Gilbert Babia	166
RECHAZO DE CUALQUIER ALIANZA Y DE CUALQUIER COMPROMISO	168
DE LA ORGANIZACIÓN: NOTAS SOBRE ROSA LUXEMBURG por José Luis de la Mata	175
I. ROSA LUXEMBURG Y LA CONTINUIDAD DEL MARXISMO	177
II. MITOLOGÍA Y VOLUNTARISMO REVOLUCIONARIO	181
III. EL MARXISMO, ARMA IDEOLÓGICA DEL REFORMISMO	185
IV. EL PARTIDO Y LA FORMACIÓN POLÍTICA DE LA CONCIENCIA DE CLASE	190
BIBLIOGRAFÍA	194
ROSA LUXEMBURG Y SU CRÍTICA DE LENIN por Annette Jost	196
REVOLUCIÓN Y DIALÉCTICA: LA LUCHA DE ROSA LUXEMBURG CONTRA EL REVISIONISMO por Narihiko Ito	217
ROSA LUXEMBURG Y EL PROBLEMA DEL PARTIDO por Josef Schleifstein	240
GUÍA PARA LA LECTURA DE ROSA LUXEMBURG Por María José Aubet	251
I. LA OBRA DE ROSA LUXEMBURG	252
I.a. Rosa Luxemburg, <i>Gesammelte Werke</i> (Obras completas). Berlín: Dietz Verlag, 1970-1975:	252
I.b. Principales antologías de textos de Rosa Luxemburg	253
I.c. Correspondencia	255

II. TRADUCCIONES DE LA OBRA DE ROSA LUXEMBURG
AL CASTELLANO 257

III. LIBROS Y ENSAYOS SOBRE ROSA LUXEMBURG 259

NOTAS 262

**NOTA
INTRODUCTORIA**

En enero de 1979 se cumplirán 60 años de la muerte de Rosa Luxemburg y del fallido levantamiento espartaquista. Es sabido que la derrota de aquella revolución alemana (1918-1919), una de las primeras y últimas de la Revolución en Occidente, ha venido siendo considerada por no pocos teóricos y políticos marxistas «ortodoxos» como la confirmación última y definitiva de los errores políticos inherentes al llamado «luxemburguismo», es decir, de la equivocada posición ideológica de Rosa Luxemburg. Por esquemáticas que puedan aparecer estas bases argumentativas, lo cierto es que este tipo de consideraciones han prevalecido durante decenios en el seno del movimiento comunista y, con matices, continúan dándose hoy. Resultado de ello es el hecho de que estas seis décadas transcurridas desde la muerte de Rosa Luxemburg se han caracterizado sobre todo por la marginación, la condena sistemática, el silencio y/o las pseudorrehabilitaciones, para no hablar ya de la pura y simple instrumentalización de la vida y obra de Rosa Luxemburg.

En efecto, de esta clásica del marxismo se reclaman hoy diversas corrientes, según se aíslen o privilegien unos u otros de los elementos de su producción teórica global. De ahí, por ejemplo, que Rosa Luxemburg pueda resultar un personaje atractivo para muchos sectores de la llamada «extrema izquierda», por su justa crítica de ciertas deformaciones y fetichizaciones del momento organizativo por parte de los partidos obreros tradicionales, crítica que hoy sigue apareciendo como necesaria. Lo que resulta paradójico, sin embargo, es el intento de «rehabilitación» por parte de sectores importantes de la burguesía «ilustrada», de la socialdemocracia actual, quienes, en base a las pretendidas profundas divergencias de Rosa Luxemburg con Lenin y los bolcheviques, la han querido utilizar para justificar una política abiertamente anticomunista. No puede olvidarse, todo hay que decirlo, que muchas citas, párrafos y textos de Rosa Luxemburg, descontextualizados y aislados, podrían naturalmente servir a estos fines, como de hecho ha ocurrido, por ejemplo, con *La revolución rusa*. Solo que para ello estas corrientes socialdemócratas tienen necesariamente que silenciar o tergiversar el hecho incontestable de su asesinato a manos, precisamente, de la propia socialdemocracia. Porque si esos deseos de recuperación del pensamiento luxemburguiano estuvieran auténticamente motivados por un afán de transformación global, esa muerte tendría que llevarles ineludiblemente a una autocrítica profunda de su propia trayectoria e ideología políticas desde 1910 hasta el presente. Es, pues, precisamente el hecho de su muerte —consecuencia y resultado a su vez de una coherencia teórica y política—, lo que convierte a Rosa Luxemburg en *irrecuperable* para las corrientes hoy llamadas socialdemócratas. Convendría no olvidarlo.

Pero, por fortuna, al lado de estas «rehabilitaciones», ha habido siempre intentos genuinos por recuperar, sin dogmatismos, sus reales aportaciones teóricas y políticas a la compleja realidad que le tocó vivir, y por extraer de la lectura de sus textos cuantas lecciones puedan hoy todavía aparecer como útiles y válidas para una reflexión y una reorientación de la estrategia política revolucionaria en Occidente.

Ese empeño ha caracterizado la labor de algunos políticos e investigadores marxistas, especialmente a partir de la evidencia de la crisis del Movimiento Comunista Internacional y más concretamente desde el Mayo francés y desde la invasión de Praga por los tanques soviéticos. Políticos e investigadores que, conscientes de la urgente necesidad de repensar los nuevos problemas que hoy tiene planteados la lucha por el socialismo en todo el mundo, han buscado en la lectura de los escritos de Rosa Luxemburg algunos de aquellos elementos de la teoría y método luxemburguianos que puedan arrojar luz o aportar ideas claras sobre cuestiones fundamentales, tales como la naturaleza y función del partido político, la concepción de la revolución y del socialismo mismo, el hecho real de la integración del movimiento obrero en los países industriales avanzados, la reconversión gradual de los PP.CC. de estos países en partidos «de orden», los límites de la vía electoral-parlamentaria —puestos de manifiesto una vez más a raíz de las últimas elecciones francesas—, etc... en definitiva, la estrategia del movimiento obrero hoy en Occidente. Todos ellos problemas a los que ya en su día tuvo que enfrentarse Rosa Luxemburg como militante y teórica del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, es decir, como la única personalidad marxista de principios de siglo que, a diferencia de otros (como Lenin o Trotsky) se movió y actuó ya en un país de capitalismo avanzado (claramente imperialista), y en el seno de un movimiento legal y *de masas*.

Puede decirse que su actividad política fundamental giró, en ese con texto, en torno a dos líneas centrales de lucha y de crítica. *La primera*, común con Lenin, contra el revisionismo teórico (personificado en Alemania por Bernstein y en Rusia por los mencheviques) y contra el reformismo, es decir, contra la transformación de la socialdemocracia de un partido obrero de lucha *contra* el sistema y el Estado, en un movimiento de lucha por reformas económicas y políticas *dentro* de ese sistema, en base a la convicción de que por la vía legal-parlamentaria se podría realizar objetivamente la transformación de la sociedad en su conjunto. Ello llevaba al movimiento socialista europeo por el camino del cada vez más abierto oportunismo, del pragmatismo ciego, cuya consecuencia más grave era la paralización progresiva e irreversible de la lucha de la clase obrera y su gradual despolitización.

Desarrolló su *segunda línea de crítica*, en cambio, contra la tendencia objetiva y subjetiva de los partidos legales de masas a la burocratización y anquilosamiento, hecho que Rosa Luxemburg intuyó desde la Revolución rusa de 1905-6 y percibiría ya claramente desde 1910: en esa fecha se pondría de manifiesto la dependencia por parte de las socialdemocracias europeas occidentales de los votos electorales, en su mayoría no proletarios y no socialistas, pero que bajo la influencia de circunstancias accidentales se adherían coyunturalmente a aquellos partidos. Esa dependencia obligaba al aparato dirigente a tirar por la borda gran parte de sus principios fundamentales de clase y a considerar como un fin en sí mismo la consolidación de las organizaciones obreras (partidos y sindicatos), lo que resultaba en un crecimiento de la burocracia cada vez más alejada y menos identificada con la base. Ello contribuía a afianzar una élite liberada —exlíderes obreros en su mayoría, o

intelectuales pequeñoburgueses— formada no ya por «políticos» al estilo de la vieja guardia socialista (W. Liebknecht, A. Bebel), sino por funcionarios «organizadores-administrativos» cuyo horizonte terminaba en el parlamento, y que, ocupando las posiciones estratégicas en el aparato de los sindicatos y partidos, tenían garantizada una influencia mucho mayor que la que les otorgaba su real importancia numérica.

La socialdemocracia llegaría así a nutrirse cada vez más de la «aristocracia obrera», de elementos pequeñoburgueses en su mayoría no socialistas, de estratos medios insatisfechos, pero poco inclinados a apoyar una transformación global del sistema, dejando fuera al proletariado no organizado o poco cualificado, cada vez menos identificado y más alejado de la política parlamentaria de la socialdemocracia dirigente.

Todo ello vendría necesariamente a abrir una honda crisis, planteando toda una serie de cuestiones en el seno de la izquierda revolucionaria antes de 1914 que *hoy vuelven a estar a la orden del día*: escisión o no del partido mayoritario de la clase obrera (Rosa Luxemburg aduce poderosas razones en contra —1911 y 1917— y a favor —1918—); formulación tentativa de una política alternativa de recambio (aquí hay que enmarcar su *Huelga de masas, partido y sindicatos, ¿Qué quiere la Liga Espartaco?, Nuestro programa y la situación política*, entre otros); denuncia de las bases objetivas y subjetivas del reformismo (*¿Reforma social o revolución?, La crisis de la socialdemocracia*); esfuerzos por realizar un riguroso análisis científico de la nueva fase —imperialista— del capitalismo (*La acumulación del capital*, la *Anticrítica*); etc., intentos de alternativas que serían violentamente abortados por la contrarrevolución.

Los problemas que tuvo que afrontar la izquierda socialdemócrata y muy particularmente Rosa Luxemburg, no son, evidentemente, los mismos del momento actual. Pero también resulta evidente que muchas de las «vías» políticas que hoy se nos quieren presentar como originales no lo son tanto, y que muchas de las dificultades que nos aquejan son no solo todavía un resultado del triunfo de aquellas corrientes contrarrevolucionarias en el seno del movimiento obrero, sino también de la ausencia de una profunda autocrítica, y de una auténtica preocupación por recuperar los elementos de aquellas y de otras polémicas generadas en el movimiento comunista desde entonces en la necesaria búsqueda y discusión de los problemas que todavía hoy seguimos reconociendo como profundamente actuales.

En este contexto debe enmarcarse, pues, este número extraordinario que presentamos aquí con el título de «Rosa Luxemburg hoy». En él colaboran, con textos en su mayoría originales y especialmente escritos para este número, buena parte de aquellos teóricos e investigadores marxistas cuyo empeño, esfuerzo y labor científica han hecho posible esa nueva lectura y tratamiento de la figura y obra de esta ya gran clásica de la literatura marxista. Estas distintas colaboraciones reflejan, como es obvio, ideologías, opciones políticas y motivaciones también diversas, hecho que no puede por menos que contribuir a enriquecer el debate, por mucho, claro es, que nos identifiquemos más con unos textos que con otros.

Georges Haupt, muerto hace poco más de un mes a la edad de 50 años, se ha caracterizado siempre por una labor de investigación seria y rigurosa que ha merecido el respeto de cuantos colaboraron con él y le conocieron. A él se deben precisamente buena parte de los estudios sobre la II Internacional y las importantes ediciones francesas de la correspondencia de Rosa Luxemburg. En este número ofrecemos parte de una ponencia que el autor leyó en 1973 en Reggio Emilia sobre un tema central en la obra luxemburguiana, la cuestión nacional, tradicionalmente relegado al olvido o poco y mal conocido por el movimiento comunista. En ese artículo se ofrecen, creemos, elementos para una reconsideración de la polémica que enfrentaría a las distintas tendencias de aquella Internacional.

Los textos de Lelio Basso y de Norman Geras, además de constituir aportaciones en sí mismas positivas, vienen a contrarrestar dos de las opiniones más ampliamente difundidas sobre el «luxemburguismo»: el de Basso —uno de los más genuinos continuadores de Rosa Luxemburg hoy— contra las acusaciones de «economicismo», «determinismo» o «catastrofismo». El segundo, contra el mítico elemento «espontaneísta» asimilado tantas veces al «luxemburguismo». Paul Mattick y Tadeusz Kowalik, cada uno desde una óptica distinta, profundizan en las teorías económicas de Luxemburg, a la luz de las críticas y también de los acontecimientos posteriores a su muerte. Gilbert Badiá, un profundo conocedor de esta teórica polaca y del movimiento espartaquista, examina un aspecto, el de las alianzas de la clase obrera, todavía muy controvertido de las teorías políticas y de los condicionamientos ideológicos de Rosa Luxemburg. El profesor Ito, introductor y traductor de la obra luxemburguiana en el Japón, trata de su lucha contra el revisionismo, aunque no se agoten en este artículo todos los aspectos y complejidades de la crítica que Luxemburg llevara a cabo. Los artículos de Negt, Jost, de la Mata y Schleifstein, unos desde una perspectiva todavía excesivamente «ortodoxa», otros desde una contextualización más precisa de la posición luxemburguiana, abordan uno de los problemas más acuciantes del movimiento comunista actual: la función y naturaleza de la organización y la relación/articulación de este con las masas. Los textos de Howard y de M. Löwy proporcionan a su vez una reflexión más global, menos monográfica, sobre la obra de Rosa Luxemburg en su conjunto. A todos ellos nuestro más profundo agradecimiento.

Para terminar dos aclaraciones; En primer lugar dejar constancia de que hubiéramos deseado contar para el presente volumen con un mayor número de colaboraciones de autores españoles, pero hemos topado con dos límites objetivos: el escasísimo número de estudiosos de la obra de Rosa Luxemburg en nuestro país, y el exceso de trabajo, que ha sido causa de algunas defecciones de última hora. En segundo lugar, advertir que, allí donde ha sido posible, las notas se citan por referencia a las traducciones castellanas en base a las ediciones que se detallan en la nota bibliográfica final.

**ROSA LUXEMBURG
Y LA AMBIGÜEDAD
DE LA HISTORIA**

Lelio Basso: Nacido en diciembre de 1903. Licenciado en Derecho (1925) y en Filosofía (1931), desde 1923 hasta 1926 colabora en *Critica Sociale, Rivoluzione liberale, Conscientia, Avanti, II Caffè. Quarto Stato* (cuya dirección asume en 1946-1950), y desde 1928 director de *Pietre*, la última revista cultural antifascista que quedaba en Italia. A su salida de la cárcel (1928-1931) se halla entre los fundadores del Centro interno del Partido Socialista italiano. Arrestado de nuevo en 1939, a su salida del campo de concentración (1940) trabaja en la reconstrucción de un movimiento socialista renovado: el Movimiento de Unidad Proletaria (MUP) que en 1943 se fusiona con el PSI, dando así vida al PSIUP (Partido socialista de unidad proletaria) del que fue vicepresidente (1945) y luego secretario general (1947). En 1946 es elegido miembro de la Asamblea Constituyente y miembro de la comisión para la redacción de la Constitución. Reelegido siempre como representante de Milán en el Parlamento (1948, 1953, 1958, 1963), en la Cámara de Diputados (1968) y en el Senado (1972 y 1976) del que todavía es miembro.

En diciembre de 1963, en el acto de constitución del primer gobierno Moro con participación socialista negó el voto de confianza al gobierno y fue suspendido de sus funciones, por indisciplina, en el partido, junto con una treintena más de parlamentarios, con los cuales funda un partido socialista de izquierda que retoma el nombre de PSIUP, del que es elegido presidente. En 1968 su toma de postura contra la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia le coloca en minoría y abandona el partido. Desde 1969 es socialista independiente.

Dirige desde 1958 la revista *Problemi del Socialismo*, y desde 1964 a 1968 la revista bilingüe *International Socialist Journal*. Da enseñanza Sociología de los países en vías de desarrollo en la Universidad de Roma. Funda, con otros compañeros, el Instituto para el Estudio de la Sociedad Contemporánea (ISSOCO) en 1969, y la Fundación Lelio y Lisly Basso-ISSOCO en 1973, de la que es presidente. Miembro del Tribunal Russell sobre crímenes americanos en Vietnam (1966-1967) y presidente del II Tribunal Russell sobre la represión en Brasil, Chile y América Latina (1973-1976). Actualmente presidente de la Fundación Internacional Lelio Basso por el derecho y la liberación de los pueblos y de la Liga Internacional por los derechos y la liberación de los pueblos.

Aparte de sus múltiples escritos traducidos a varias lenguas, ha publicado: Rosa Luxemburg, *Scritti politici* (Roma, 1967), *Neocapitalismo e sinistra europea* (Bari, 1969), Rosa Luxemburg, *Lettere alla famiglia Kautsky* (Roma, 1971), Rosa Luxemburg, *Lettere a Leo Jogiches* (Milán, 1973), *Per conoscere Rosa Luxemburg* (Milán, 1977), y está actualmente preparando un volumen sobre la estrategia revolucionaria de Marx, una antología de cartas de Rosa Luxemburg y un volumen sobre la huelga de masas.

Se habla hoy con insistencia de una crisis del marxismo, o directamente de un fin del marxismo, cuyas previsiones no se habrían confirmado y habrían sido en la actualidad enteramente superadas. No creo necesario examinar muchos de estos juicios críticos, la mayor parte de los cuales parten de una total ignorancia del auténtico pensamiento de Marx, con el cual el marxismo que ellos condenan —el llamado marxismo ortodoxo, es decir, el marxismo-leninismo en su versión elaborada por Stalin y mantenida desde entonces casi inalterada— tiene muy poco que ver. En un libro que estoy terminando he intentado demostrar cómo el pensamiento de Marx ha sido progresivamente transformado, ideologizado y dogmatizado, y convertido así en algo aceptable para diversas situaciones, y cómo este proceso, comenzado ya por Engels, fue luego continuado por Kautsky y por Lenin, para no hablar ya de Stalin. El hecho de que este «marxismo», tal como ha ido cristalizando en los últimos decenios, no tuviera nada que decir al movimiento obrero occidental, era un descubrimiento que muchos de nosotros habíamos hecho bastante antes que los «nuevos filósofos», quienes, como ya se ha observado, no parecen ser «nuevos» y mucho menos «filósofos».

El pensamiento de Marx tal como fue expresado por él merece, en cambio, otro tipo de discurso, que debe ser liberado de los escombros del «marxismo» antes de poder ser estudiado y juzgado. Es cierto, por otro lado, que también Marx ha recibido de la historia un profundo desmentido: puede decirse que la revolución que él esperó a lo largo de toda su vida no se ha realizado, y aparece todavía hoy más bien lejana, y en su lugar, en cambio, ha tenido lugar el fenómeno contrario, el de la integración de la clase obrera en el capitalismo, es decir, prácticamente el de la aceptación por parte de la clase obrera del sistema actual, a base evidentemente de continuas correcciones.

Para los fines del discurso luxemburguiano que me propongo hacer en este artículo, resumiré brevemente los principios de la estrategia revolucionaria tal como fueron elaborados por Marx, asumiendo como texto base el Prefacio a *La crítica de la economía política*, de 1859. Evidentemente, no considero que este texto agote el pensamiento de Marx en materia de estrategia revolucionaria, pues en él se omite el elemento subjetivo o consciente, tan fuertemente presente en el pensamiento marxiano... Aquel prefacio presenta, como explícitamente se declara, una síntesis extremadamente concentrada de una reflexión y de una elaboración, realizada durante quince años, de la concepción histórica de Marx y Engels a partir de *La ideología alemana*, durante los cuales tuvo a menudo que polemizar duramente con el fácil voluntarismo revolucionario de los protagonistas derrotados de la revolución del 48-49 quienes, en el exilio, soñaban cada cual para su propio país en una rápida venganza.

Para lo que nos interesa aquí, son dos las afirmaciones esenciales contenidas en el Prefacio. En primer lugar, la revolución socialista, esto es, el fin de la formación social capitalista y la aparición de una nueva formación social superior, no puede llevarse a cabo si antes no se han cumplido las premisas, a saber: un fuerte crecimiento de las fuerzas productivas de carácter cada vez

más manifiestamente social de tal modo que entran en conflicto con las relaciones capitalistas de producción, que son, por el contrario, de carácter privado y por lo tanto incompatibles con aquel desarrollo social; esta dialéctica fuerzas productivas-relaciones de producción ha sido el elemento motor de la historia incluso en las transformaciones sociales anteriores. En segundo lugar, un proceso de esta naturaleza no puede agotarse en un simple asalto y conquista del poder, sino que debe ser un proceso largo en el curso del cual el conjunto del sistema social viene subvertido y armonizado con el desarrollo y el nuevo carácter —social— de las fuerzas productivas. En cuanto a la previsible duración de este proceso, Marx había hablado nueve años antes, en polémica con Willich y Schapper, de 15, 20 o 50 años, pero ahora —transcurrido en aquel entonces un decenio sin reales progresos revolucionarios— habla de toda una entera época histórica.

Con ello no se pretende excluir naturalmente el que Marx no pensara también en la conquista del poder por parte del proletariado: al contrario, siempre pensó en ello, y, con frecuencia, también su pasión y su impaciencia revolucionaria le habían puesto en contradicción con sus propios análisis científicos. Pero si queremos atenernos a estos debemos reconocer que Marx siempre consideró el desarrollo de las fuerzas productivas como el elemento motor de la revolución, es decir, de la superación de las relaciones capitalistas de producción. Esta concepción se encuentra por primera vez en *La ideología alemana* [1], es retomada en la carta a Annenkov del 28 de diciembre de 1846, en la que se habla «del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas» [2], como también en la *Miseria de la filosofía*, de 1847 [3], donde la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la formación social correspondiente se expresa en una forma casi mecánica [4], y luego todavía en *Las luchas de clase en Francia de 1858 a 1860* [5]; viene desarrollado orgánicamente en el mencionado prefacio de 1859 [6] y profundizado posteriormente en *El Capital* [7].

De una forma categórica, en otro párrafo de *El Capital* leemos que «la única vía real a través de la cual un modo de producción y su correspondiente organización social se encaminan hacia su propia disolución y transformación es el desarrollo histórico de sus antagonismos inmanentes» [8].

Es importante subrayar que el capitalismo no puede liberarse de esta contradicción: si se liberara de las relaciones capitalistas, esto es, de la búsqueda del beneficio privado, ya no sería capitalismo, y en lo que respecta al desarrollo de las fuerzas productivas es, como Marx escribió ahora hará un siglo y como la experiencia ha confirmado de forma patente, una condición necesaria y vital para el capitalismo. La experiencia ha confirmado asimismo que este desarrollo creciente tiene un carácter cada vez más social: basta pensar en el carácter colectivo e internacional de la investigación científica, cuyos descubrimientos y aplicaciones son la base del progreso tecnológico y, por consiguiente, del aumento de las fuerzas productivas; basta pensar en las dimensiones del mercado, que se ha convertido actualmente en un mercado mundial no solo para la venta de los productos y la adquisición de materias

primas, sino también para el reclutamiento de mano de obra y el traspaso de tecnología; basta pensar, en fin, en las gigantescas concentraciones de capital en manos privadas, que superan la disponibilidad de muchos estados; finalmente en la necesidad de hacer intervenir continuamente al poder público para garantizar el mecanismo del beneficio y el funcionamiento del proceso de acumulación. Cómo esta contradicción entre el carácter social de la totalidad de la producción y la naturaleza privada ya sea del beneficio, ya sea del poder directivo, provoca continuas crisis económicas o políticas (guerras, revoluciones) y hoy incluso morales, no es necesario ilustrarlo, puesto que es de por sí evidente.

Las previsiones hechas por Marx en este terreno, pues, se han confirmado, y, sin embargo, no se ha producido la revolución que Marx esperaba. ¿Por qué? Digamos enseguida que Marx, aun considerando el desarrollo de las contradicciones como un proceso objetivo necesario que lleva en sí los gérmenes de la autodestrucción del sistema, no pensaba que esta destrucción fuera un resultado automático. Consideraba la intervención subjetiva de la clase trabajadora, a través de la lucha de clases, como un momento necesario del proceso revolucionario. En un párrafo de *Herr Vogt* (1860), que suelo citar con frecuencia, Marx había definido este momento subjetivo como una participación consciente en los procesos objetivos que se desarrollan ante nuestros ojos [9]; en otras palabras, la tarea del movimiento obrero debería ser, según Marx, la de insertarse en el surco cavado por la contradicción fundamental para acentuar de un lado los elementos de crisis del viejo sistema, y recoger y coordinar, de otro, todos los elementos de la sociedad nueva que el carácter social de las fuerzas productivas habría ido acumulando. Solo gracias a esta participación consciente los procesos objetivos podrían desembocar en la revolución y en la creación de la nueva sociedad socialista. Pero este vínculo entre el proceso objetivo y la participación subjetiva no se ha dado, y es aquí donde las previsiones de Marx no han encontrado confirmación en los hechos. Creo, por tanto, que aquí se encuentra el error de Marx, pero creo también que el mismo Marx ofrece los instrumentos para superar y corregir este error.

Este me parece uno de aquellos casos en los que Marx ha sido «traicionado» por su impaciencia revolucionaria, porque, habiendo individualizado con exactitud, en el conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción, el elemento motor del proceso revolucionario, sobrevaloró después en demasía la capacidad de ruptura de las fuerzas productivas y subvaloró, y puede decirse que olvidó completamente, la fuerza también ofensiva de las relaciones de producción. En el párrafo, fundamental para este tema, del Prefacio de 1859, las relaciones de producción son equiparadas a unas cadenas, esto es, a una fuerza de resistencia pasiva que el desarrollo de las fuerzas productivas está llamado a romper. Y ello se repite siempre que Marx habla de este conflicto. Y sin embargo, le habría bastado con profundizar en sus propios análisis para comprender que las cosas no eran así, para comprender que las relaciones capitalistas de producción tienen la capacidad de reproducirse, es decir, de reproducir el sistema, evidenciando no tanto una resistencia pasiva sino una fuerza activa capaz de abatir, al menos hasta un cierto momen-

to, todas las fuerzas que le sean adversas, incluido el proletariado, que viene así obligado a plegarse ante la lógica del sistema. Pero esto habría significado renunciar, o por lo menos corregir, a un punto básico de su pasión revolucionaria, o lo que es igual, a la vocación revolucionaria de la clase obrera, y frente a ello el Marx militante prevaleció sobre el Marx científico. Ni siquiera cuando asistía en Inglaterra al aburguesamiento de la clase obrera, reconoció en ese proceso un fenómeno que venía perfectamente explicado, como ahora veremos, en sus análisis, y recurre a explicaciones diversas, considerando el fenómeno como una excepción y no —como el curso futuro de los acontecimientos iba a demostrar— como el primer caso de la regla según la cual las clases obreras de todos los países industrializados se irían, más pronto o más tarde, integrando.

Para explicar este fenómeno es necesario detenerse un momento en el concepto de «formación social» y en la categoría de totalidad, que Lukács considera como la clave del pensamiento marxiano [10]. Cuando Marx afirma que la formación social capitalista es una totalidad, viene a decir en sustancia que aquella constituye un sistema coherente de relaciones, en el que el todo predomina sobre las partes que deben ser coordinadas entre sí y con el todo, con el fin de asegurar un funcionamiento lo más armónico posible y, por tanto, capaz de corregir las disonancias y de reabsorber de tanto en tanto las fuerzas centrífugas [11]. Esto significa que el sistema evidencia una lógica propia, que en el caso específico es la lógica capitalista del beneficio, que impregna poco a poco todas las relaciones sociales, las instituciones, los pensamientos. No se olvide que, de acuerdo con el mencionado prefacio, el conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción se inicia solo «en un momento dado del desarrollo», pero hasta aquel momento han sido las fuerzas productivas precisamente las que han determinado las relaciones de producción capitalista y juntas a toda la sociedad. La clase obrera, que vive en el seno de este sistema, de esta lógica, es necesariamente su víctima: puede enfrentarse perfectamente a los capitalistas en el ámbito de las condiciones laborales y salariales, pero, tras las primeras revueltas contra las máquinas o contra un sistema todavía no consolidado, en el marco y dentro de la lógica del capitalismo. Y esto ocurre precisamente porque, tal como Marx explica repetidamente en *El Capital*, el sistema funciona de tal modo que da a las relaciones de producción la capacidad y la fuerza de autorreproducirse continuamente [12], y de reproducirse incluso en la conciencia del obrero [13].

Aquí, en la lógica del sistema, en las presiones económicas (la «coacción silenciosa de las leyes económicas», sociales y culturales, «las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante») en las que se manifiesta la fuerza totalizante de las relaciones de producción, se halla la raíz de la integración de la clase obrera, de su subordinación a las leyes, a los valores, a los modelos de vida y de consumo impuestos por la sociedad capitalista.

Resulta claro que en estas condiciones la clase obrera deja de ser una clase revolucionaria, que ya no puede cumplir con su tarea revolucionaria de «participación consciente» en los procesos objetivos de autodestrucción de la sociedad capitalista, cuando «en un momento dado» se produce el choque entre

fuerzas productivas y relaciones de producción y la contradicción que de ahí nace pone en movimiento estos procesos autodestructivos. La sociedad queda convertida así en terreno de un conflicto de inmensas proporciones que puede agudizar al máximo las contradicciones y las crisis, pero si el movimiento obrero no es capaz de ver en él con claridad el conflicto de dos lógicas inmanentes ambas a la sociedad capitalista (una, fuertemente conservadora, de las relaciones de producción y otra, transformadora y socializante, de las fuerzas productivas) será difícil que lleve hasta sus últimas consecuencias esta contradicción, que luche contra la fuerza conservadora y domesticadora de las relaciones de producción, y que aglutine en torno a la naturaleza social de las fuerzas productivas todos los elementos de la nueva sociedad en formación hasta el momento en que, con o sin la asistencia *mayéutica* de la violencia revolucionaria, el feto de la sociedad socialista pueda finalmente ver la luz. El haber creído en la superioridad y en la victoria incontestada de las fuerzas productivas impidió a Marx aprehender el verdadero curso del proceso histórico —la copresencia de dos fuerzas ciclopeas, de dos formidables fuerzas antagónicas— y, por tanto, no le permitió vislumbrar una estrategia revolucionaria satisfactoria para ese largo período.

De todos los continuadores de Marx, pienso que solo Rosa Luxemburg retomó este aspecto del proceso histórico, la ambigüedad inmanente siempre presente en ese proceso bajo el impulso de las dos fuerzas que hemos indicado, y por consiguiente es la única que puede ofrecer hoy unas sólidas bases bien para una justa comprensión de Marx, bien para la elaboración de una estrategia revolucionaria adecuada a la sociedad del capitalismo desarrollado.

Partimos de la premisa de que Rosa Luxemburg se encuentra perfectamente en la línea de Marx en la aplicación del método dialéctico a la interpretación del proceso histórico y que en el método dialéctico de Luxemburg la categoría de la totalidad ocupa un lugar central. Cuando el marxismo ortodoxo de la socialdemocracia alemana entra en crisis a finales del siglo pasado bajo los ataques de Bernstein, Rosa Luxemburg es la única, en la polémica que siguió, en asumir el método marxiano como criterio discriminatorio entre una estrategia revolucionaria y una reformista. La decisiva crítica que ella hace a Bernstein es la de haber abandonado la categoría de la totalidad, y es por ello que él «toma los fenómenos de la vida económica considerados no en su articulación orgánica con el desarrollo capitalista en su conjunto y en su conexión con todo el mecanismo económico, sino arrancados de esa conexión como fragmentos separados de una máquina sin vida» [14], y de este modo «ya no encuentra el eje espiritual de cristalización en torno al cual agrupar la multiplicidad de hechos singulares hasta conseguir el todo orgánico de una visión consecuente del mundo» [15]. Por eso la concepción oportunista de Bernstein «es mucho peor que falsa: es la negación absoluta de lo que representa la socialdemocracia. No es una opinión equivocada de un socialdemócrata (como opinaban los portavoces del marxismo oficial, Kautsky o Plejánov, L. B.). Es el pensamiento justo de un demócrata burgués, que se considera erróneamente un socialdemócrata» [16]. Ella plantea una crítica análoga, creemos que con razón, a los conceptos organizativos enunciados por Lenin en *Un paso ade-*

lante, dos pasos atrás: «Pero si se separan estos fenómenos, que han surgido en un horizonte histórico concreto, de ese marco para hacer de ellos patrones abstractos de validez general y absoluta, entonces se comete el mayor de los pecados contra el «espíritu santo» del marxismo, es decir, contra su método de pensamiento dialéctico-histórico» [17].

Puede decirse que este nuevo traslado del análisis de cada fenómeno particular al marco de la totalidad, a la trama articulada y compleja de las relaciones sociales, al sucederse y al superponerse de las situaciones históricas, al enfrentamiento general de las fuerzas sociales, llevando a revelar también los aspectos menos visibles, es un motivo clave en los análisis y en las polémicas de Rosa. Así, a propósito de la acumulación capitalista escribe:

«Por consiguiente, la acumulación capitalista tiene, como todo proceso histórico concreto, dos aspectos distintos. De un lado, tiene lugar en los sitios de producción de la plusvalía —en la fábrica, en la mina, en el mundo agrícola y en el mercado de mercancías—. Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del cambio de mercancías, del cambio de equivalencias, Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clase.

El otro aspecto de la acumulación del capital se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan como métodos la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión; la rapiña. Por eso cuesta trabajo descubrir las leyes severas del proceso económica en esta confusión de actos políticos de violencia y en esta lucha de fuerzas.

La teoría burguesa liberal no abarca más que un aspecto: el dominio de la «competencia pacífica», de las maravillas técnicas y del puro tráfico de mercancías. Aparte está el otro dominio económico del capital: el campo de las estreptosas violencias consideradas como manifestaciones más o menos casuales de la «política exterior». En realidad, el poder económico. Los dos aspectos de la acumulación del capital se hallan ligados orgánicamente por las condiciones de reproducción del capital. Este, no solo viene «goteando, de arriba abajo, sangre e inmundicia, por todos los poros», sino que se va imponiendo así, paso a paso, al mismo tiempo que prepara de este modo, en medio de convulsiones cada vez más violentas, su propia ruina» [18].

Las citas podrían así multiplicarse fácilmente. Paralelamente, y en lo que respecta a la acción de la clase obrera, Luxemburg sostiene la indisoluble unidad de todos sus aspectos, porque solo en su globalidad, solo en el marco de una prospectiva general, puede esta acción ser verdaderamente revolucio-

naria, mientras que el aislamiento empirista de los momentos particulares —la lucha sindical, la lucha parlamentaria, etc.— serán siempre formas subalternas de lucha que no conseguirán acabar con la lógica capitalista. Ya en el primer congreso de la socialdemocracia alemana en que toma parte, el de Stuttgart de 1898, asume una clara posición polémica contra el empirismo de los oportunistas y enuncia el principio de que solo la referencia de la lucha cotidiana al objetivo final «es lo único que da su espíritu y su contenido a nuestra lucha socialista, (...) y hace de ella una lucha de clases» [19]. Apunta justamente Lukács: «Pues el objetivo final no es un estadio que espera al proletariado al final del movimiento, independientemente de él, independiente del camino que hay que recorrer, en algún lugar imprecisado y como «estado del futuro». (...) El objetivo final es más bien la *relación al todo* (al todo de la sociedad considerada como proceso), por la cual cobra sentido revolucionario cada momento de la lucha. Una relación interna a cada momento precisamente en su simple y sobria cotidianidad, pero que solo se hace real por su paso a conciencia, dando así realidad también a cada momento de la lucha cotidiana por obra de la relación, ya manifiesta, al todo, o sea, levantándolo de la mera factualidad, de la mera existencia, a la realidad» [20].

Nunca se subrayará bastante la importancia que para un proceso revolucionario largo tiene esta referencia permanente al objetivo final en el curso de la lucha cotidiana, porque permite situar todos los momentos de la lucha y todos los objetivos parciales en el gran drama de la historia, en el marco del enfrentamiento de las dos fuerzas —o, si se prefiere, de las dos lógicas— que se disputan la hegemonía en la sociedad capitalista, porque permite valorarlos dentro de un contexto general y aprehender en ellos todo el significado positivo o negativo según contribuyan a reforzar el impulso socializante o el conservador. De esta forma Rosa Luxemburg puede palpar diariamente la presencia y el peso de cada una de las dos fuerzas fundamentales, puede ver en qué medida cada una de ellas consigue abrirse camino en el proceso histórico. Y puede ver cómo cada una de ellas responde a una lógica de la historia, a una necesidad histórica.

Rosa Luxemburg acepta de Marx la idea de la «necesidad histórica»: la de las fuerzas objetivas que surgen del seno de la sociedad y que condicionan el actuar de los hombres. «La mayor conquista de la lucha de clases proletaria a lo largo de su desarrollo ha sido el descubrimiento de los fundamentos de la realización del socialismo en las *relaciones económicas* de la sociedad capitalista. Con ello el socialismo dejó de ser un «ideal» con el que la humanidad había soñado durante milenios para convertirse en una *necesidad histórica*» [21]. «Para Marx, la rebelión de los obreros, su lucha de clases es (...) mero reflejo ideológico de la necesidad histórica objetiva del socialismo» [22]. Es, por tanto, una «lógica del proceso histórico objetivo» que «va por delante de la lógica subjetiva de sus portadores» [23], porque «las cosas tienen una lógica propia incluso cuando los hombres no quieren tenerla» [24].

Pero esta lógica de la historia es una lógica bifronte, una lógica que expresa en cada momento dos tendencias contradictorias, la posibilidad de dos soluciones contrapuestas. El agudo espíritu dialéctico de Rosa, su profundo senti-

do histórico, su costumbre de vincular la lucha cotidiana a la meta final y, por tanto, de ver los hechos de cada día en el contexto de un proceso, de una lógica, de una línea de desarrollo, hace que toque con la mano aquello que a Marx se le había escapado; cómo las dos grandes fuerzas antagónicas de la sociedad capitalista —la que surge del creciente carácter social de las fuerzas productivas en desarrollo y que genera la necesidad histórica del socialismo, de un lado, y de otro los mecanismos de autorreproducción que actúan con fuerza en la formación social capitalista para garantizar su supervivencia reproduciendo continuamente las mismas relaciones de producción— están presentes en cada momento, en cada fenómeno, en cada situación, porque cada momento histórico es el resultado de este conflicto, que condiciona también el momento siguiente. También en su escrito contra Bernstein de 1898, Rosa llama la atención sobre este problema. «La *política mundial* (expresión que, en el lenguaje de la época significa lo que luego se conocerá como imperialismo, *L. B.*) y el movimiento obrero (...) no son sino dos aspectos diferentes de la fase actual del desarrollo capitalista» [25], el cual genera a la vez dos tendencias hostiles y antagónicas. Y quince años después con mayor agudeza: «El imperialismo es tanto un método histórico para prolongar la existencia del capital, como un medio seguro para poner objetivamente un término a su existencia» [26]. Pero donde el concepto de la ambigüedad, es decir, de la copresencia no solo de dos fuerzas antagónicas sino de dos necesidades históricas que brotan de las fuerzas y de los procesos objetivos de la sociedad, viene expresado con mayor claridad es en un párrafo de *La crisis de la socialdemocracia*, escrito durante sus ratos de ocio transcurridos en la cárcel que le dejaban más tiempo para la reflexión: «La dialéctica histórica se mueve precisamente por contradicciones y a cada necesidad sitúa también en el mundo su contrapartida. El dominio burgués de clase es indudablemente una necesidad histórica, pero también lo es el levantamiento de la clase obrera en contra de él; el capital es una necesidad histórica, pero también lo es su enterrador, el proletariado socialista; el dominio mundial del imperialismo es una necesidad histórica, pero también lo es su abatimiento por parte de la Internacional proletaria. A cualquier nivel hay dos necesidades en lucha con otra» [27].

«No resulta difícil reconocer en esta ambigüedad de la historia la acción contemporánea y contradictoria de las relaciones de producción, que tienden a perpetuarse, es decir, a perpetuar y a reforzar el sistema capitalista, y la de las fuerzas productivas, que tienden a revolucionar la formación social capitalista para remodelarla sobre la base de las relaciones socialistas. Ningún estudioso de Marx, como tampoco el mismo Marx, había descrito antes el proceso histórico global como el terreno donde se desarrolla cada día este conflicto, y donde por ello cada aspecto de la sociedad, cada institución, cada acontecimiento se resiente de la presencia coetánea de ambas tendencias opuestas que desgarran la sociedad, de las dos necesidades históricas que se disputan la hegemonía» [28].

«Esta visión dialéctica del proceso histórico, esta percepción del carácter ambiguo de la historia, excluye toda interpretación monocolor o unilateral de

los acontecimientos: todo el bien de un lado y todo el mal del otro, el blanco por una parte y el negro por otra. Blanco y negro están siempre presentes tanto en aquello que para una consideración vulgar puede aparecer como una victoria capitalista, cuanto en lo que puede aparecer una derrota, y el significado real emerge solo del contexto en que el acontecimiento concreto se inserta, o, para remitir a cuanto se ha dicho, de la totalidad del proceso, es decir, del camino que, en última instancia, el proceso histórico acaba por seguir» [29].

«De ahí no se desprende ninguna certeza de la marcha ascendente de la revolución. Queda desmentido el optimismo de Marx y resucita el dilema de Engels: socialismo o barbarie. Frente a la tragedia de la Primera Guerra Mundial y también en el fuego de una revolución que no había perdido todavía la batalla, ella no se cansa de prevenir contra los fáciles optimismos y las certezas superficiales: las catástrofes en las que se precipita la sociedad capitalista no ofrecen la certeza de la victoria del socialismo. Si la clase obrera no encuentra la fuerza para su propia liberación, la sociedad entera y con ella la clase obrera puede precipitarse hacia un sinfín de luchas destructivas. La humanidad se enfrenta a la alternativa: ¿socialismo o aniquilación en la barbarie! En su ensayo sobre el programa de Espartaco (*Rote Fahne*, 14 diciembre 1918), ella escribía: O continuación del capitalismo, nuevas guerras y rápida caída en el caos y en la anarquía, o abolición de la explotación capitalista; y repetirá en su último discurso en el Congreso de fundación del Partido Comunista alemán que «si el proletariado no cumple sus deberes de clase y hace realidad el socialismo, a todos nosotros nos aguarda la desaparición» [30].

Esta concepción de la ambigüedad de la historia no solo tiene un valor teórico o interpretativo de la historia pasada, sino que es también un método fundamental para la acción de cada día. Se ha dicho en general que la gran importancia de la contribución de Luxemburg al desarrollo del pensamiento marxiano deriva precisamente de este aspecto práctico, porque el mérito de Rosa fue el de utilizar el método de Marx no solo para interpretar sino también para cambiar, de acuerdo con las enseñanzas del mismo Marx, y por tanto, para actuar con el fin de edificar la historia futura. Por lo demás pocos marxistas han sentido como Rosa el valor de la acción humana concreta, porque, como es sabido, la tendencia de los epígonos de Marx ha sido más bien la de acentuar la nota voluntarista abstracta que no toma en consideración ni el elemento objetivo ni la nota determinista. Rosa Luxemburg. Como hemos visto, acepta de Marx la noción del condicionamiento objetivo, de la necesidad histórica, pero tiende a dar la máxima importancia a la actividad de los hombres, al momento subjetivo, en estrecha relación dialéctica con el momento objetivo.

«Los hombres no hacen su historia de modo arbitrario. Pero la hacen ellos mismos. El proletariado está condicionado en su acción por el grado de madurez que haya alcanzado el desarrollo social, pero el desarrollo social no discurre por su cuenta, más allá del proletariado. El proletariado es en la misma medida resorte y causa del desarrollo social como producto y consecuencia suyo. Su

acción misma es una pieza codeterminante de la historia. No podemos sobrepasar el desarrollo histórico, igual que un hombre no puede adelantarse a su sombra, pero lo que sí podemos es acelerarlo o frenarlo.

«El socialismo es el primer movimiento popular de la historia universal que se pone a sí mismo como meta —y está llamado por la historia a ello— darle un sentido consciente a la acción social de los hombres, dotar a esta de un pensamiento planificado introduciendo de este modo la libre voluntad. Por esto dice Friedrich Engels de la victoria final del proletariado socialista que será un salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Pero también ese «salto» está sujeto a las férreas leyes de la historia, a los mil peldaños de una evolución previa muy penosa y demasiado lenta. A pesar de todo, jamás podrá consumarse esa evolución si no se allega al combustible constituido por las condiciones materiales previas acumuladas por todo el desarrollo anterior la chispa de la voluntad consciente de las grandes masas populares que lo encienda. La victoria del socialismo no caerá, como por ensalmo, del cielo. Esa victoria solo será alcanzada después de una larga cadena de violentas pruebas de fuerza entre los viejos poderes y las nuevas pruebas de fuerza en las que el proletariado internacional, bajo la dirección de la socialdemocracia, aprende e intenta tomar su destino en sus propias manos, adueñarse del timón de la vida social, dejar de ser el juguete de su propia historia para convertirse en conductor dotado de clara conciencia de sus objetivos» [31].

Y en otro párrafo: «El hecho de tomar en consideración la tendencia del proceso histórico objetivo no paraliza la activa energía revolucionaria, sino que aviva y temple la voluntad y la acción, indicándoles hacia qué vías seguras podemos impulsar el curso del progreso social, evitando que se dé cabezazos contra la pared inútil y desesperadamente, que lleva, más pronto o más tarde a la desilusión y a la desesperación, evitando también que se considere como acción revolucionaria aquellas tendencias que el desarrollo social ya hace tiempo que ha convertido en reaccionarias» [32].

El revolucionario debe por consiguiente conocer las tendencias históricas objetivas del desarrollo histórico hacia el socialismo para secundarlo y hacerlo avanzar, y debe también conocer y valorar la acción de la tendencia contraria para combatirla y esforzarse por derrotarla. Sobre todo debe ser capaz de distinguir el verdadero significado de cada situación, de cada dilema, de cada objetivo parcial más allá de las apariencias, para evitar el riesgo de caer en el juego del adversario y diluirse en miles de ríos sin desembocadura y sin esperanza. «No se controlan los acontecimientos de alcance histórico sujetándolos a prescripciones sino llevando a la conciencia de las masas por adelantado sus probables consecuencias y adecuando a estas la propia actuación» [33]. La tarea del revolucionario, del dirigente del movimiento obrero, no es en realidad la de inventar bellas recetas sino la de aprehender en el interior del proceso histórico las fuerzas favorables e imprimirles la dirección justa. «El proletariado no es omnipotente», escribe, «(...) toda su fuerza consiste solamente en la realización del lado revolucionario de la tendencia del desarrollo

capitalista» [34]. Rosa se une aquí a la afirmación de Marx en *Herr Vogt* mencionada anteriormente, según la cual el movimiento obrero debe participar conscientemente en los procesos objetivos para encauzarlos hacia la salida revolucionaria. Pero en Rosa es ahora clara la conciencia de que estos procesos objetivos no tienen una tendencia unilineal, de que la victoria del carácter social de las fuerzas productivas no es algo fatalmente determinado y de que, por lo tanto, el movimiento obrero debe no solo estudiar y conocer estos procesos, sino individualizar en ellos el lado revolucionario y fundamentar sobre ellos la propia acción, valorando y combatiendo a la vez las tendencias opuestas que son también inmanentes a los procesos objetivos mismos. Se trata, según nuestra opinión, de un avance decisivo en la elaboración de una estrategia revolucionaria para un período largo.

Otra aportación fundamental de Luxemburg, habíamos visto, es la que se refiere al vínculo de la acción cotidiana con el objetivo final. Esto significa que el movimiento obrero no debe limitarse a aprehender las grandes líneas del desarrollo de los procesos objetivos, sino que debe confrontar cada día la propia acción con estas líneas de desarrollo, debe «enderezar la táctica de combate de cada hora hacia la inmutable meta final» [35] La referencia al objetivo final, como ya señalamos, es la referencia al proceso histórico-social visto como totalidad en sentido marxiano. Y esta referencia a la totalidad permite distinguir una acción reformista de una acción revolucionaria.

El movimiento obrero de la Segunda Internacional estuvo marcado por la continua polémica entre la corriente reformista llamada también oportunista, y la revolucionaria, llamada también intransigente o maximalista según los países y el momento, pero se trataba casi siempre de posiciones abstractas, perpetuamente desmentidas por la historia y, sin embargo, perpetuamente recurrentes, sobre todo porque el movimiento obrero no ha conseguido encontrar nunca aquella línea de acción dialéctica cuyas líneas fundamentales Marx habla trazado y cuyas implicaciones prácticas fueron desarrolladas por Rosa Luxemburg. Pero no resulta fácil para un movimiento de masas, sino posee dirigentes capaces, saberse dotar de una línea realmente revolucionaria en el sentido explicado. Sin una fuerte conciencia de clase y sin una adecuada capacidad dialéctica es difícil para las masas sustraerse a la presión del sistema, a la lógica de la totalidad, que es, como hemos dicho, la lógica de la integración. «El avance histórico-mundial del proletariado hacia su victoria no es, desde luego, <cosa fácil>. Toda la singularidad de este movimiento consiste en que en él por primera vez en la Historia las masas populares imponen su voluntad por sí mismas y *contra* todas las clases dominantes, pero teniendo que fijar esa voluntad más allá de la sociedad actual, fuera de ella. Sin embargo, las masas solamente pueden dotarse de esa *voluntad* en la lucha constante con el orden establecido, en el marco de ese orden. La unión de las masas con una meta que trasciende por completo el orden establecido, la vinculación de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo; ese es el gran problema del movimiento socialdemócrata, el cual, consecuentemente, ha de trabajar y avanzar entre dos escollos: entre el abandono del carácter masivo y el aban-

dono de la meta final, entre el retroceso a la secta y la degradación a movimiento burgués de reformas, entre el anarquismo y el oportunismo» [36].

«Este paso de Rosa Luxemburg es de una gran importancia no solo para entender la esencia de su pensamiento dialéctico, sino también para comprender la raíz de las continuas e insuprimibles desviaciones que se manifiestan en el interior del movimiento obrero, hacia el reformismo y hacia el extremismo, hacia el oportunismo y el sectarismo; y de la importancia de esta observación, Rosa Luxemburg era ciertamente consciente, y de hecho la repitió casi al pie de la letra pocos años después en su polémica con Lenin. El sentido del paso ahora citado consiste en que, viviendo en el interior de una sociedad contradictoria, incluso el obrero participa de esa naturaleza contradictoria y es a la vez miembro de la sociedad burguesa, interesado en asegurarse dentro de ella las mejores condiciones de vida, y miembro de la clase revolucionaria, de la clase que no puede emanciparse completamente de la explotación capitalista sin acabar con el orden capitalista. Ahora bien, en la medida en que el obrero particular, o fracciones más o menos amplias del movimiento, tengan en cuenta *solamente* la lucha cotidiana por las mejoras o *solamente* el objetivo final, en esa medida ellos tienden o se precipitan sin más hacia una u otra de las desviaciones clásicas: en el primer caso olvidan el objetivo final, o sea, la necesidad de que cada paso del movimiento se dé de forma que haga progresar la negación de la sociedad capitalista, y permanecen enteramente bajo el techo de la misma, y en definitiva se siguen moviendo sobre el terreno burgués, y en posición subalterna; en el segundo caso, rechazan la lucha cotidiana pensando tan solo en preparar el objetivo final y así permanecen fuera de la realidad, se encierran en el dogma y en la secta, se separan de las corrientes vitales del movimiento, hasta caer en el maximalismo del «todo o nada», un dilema que en realidad tiene un solo cuerno, el del nada, ya que el todo se puede conquistar solo en la medida en que viene preparado precisamente a través de aquella lucha cotidiana que se recusa» [37].

En otras palabras, la dificultad consiste en el hecho de que la clase obrera debe combatir con los pies en el hoy, en la sociedad presente, con las armas que tiene hoy a su disposición, pero con el cerebro, con la voluntad en el mañana que quiere construir y que debe construir con los materiales que corresponden a la naturaleza de la sociedad futura. El nexo dialéctico entre lucha cotidiana y objetivo final es el nexo que une esta doble vertiente de la lucha, pero no es un nexo fácil de realizar. Tanto es así que el movimiento obrero todavía no lo ha realizado, que nosotros sepamos, en ningún país. Y precisamente por eso su acción, incluso cuando ha sido enérgica y combativa, se ha agotado en la conquista de unos objetivos parciales que la sociedad capitalista ha podido reabsorber sin sufrir ningún descalabro, y ello ha favorecido en definitiva el proceso de integración: un proceso difícil en un período de capitalismo tosco y primitivo, pero que resulta cada vez más fácil en las fases del capitalismo desarrollado, si el movimiento obrero no le opone una conciencia y una *acción* de clase claramente orientada y dirigida hacia el futuro, hacia el objetivo final.

A este respecto resulta todavía oportuna una última consideración, que ayudará a esclarecer nuestro razonamiento y, sobre todo, sus implicaciones prácticas. Es sabido que el Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana, en vigor desde 1891 hasta después de la guerra mundial y de la muerte de Luxemburg, se articulaba en un programa mínimo, que era el programa de las reivindicaciones inmediatas, o, lo que es lo mismo, de las reivindicaciones internas a la sociedad capitalista, y un programa máximo, que era el programa de la instauración de la sociedad socialista. Para los reformistas contaba solo el programa mínimo, para los maximalistas solo el segundo; lo que era, en cambio, importante para Rosa era el vínculo entre ambos, el nexo entre las reivindicaciones parciales y la realización del socialismo. Hay un párrafo de Luxemburg en que afirma que lo que distingue una posición reformista de una revolucionaria no es el «qué», sino el «cómo». De hecho no niega la validez de las reivindicaciones que configuran el programa mínimo, la validez de las reformas parciales y de las conquistas limitadas, como tampoco contesta el valor del «pequeño trabajo cotidiano», porque es precisamente de ahí que ella quiere hacer emerger la salida revolucionaria. Todos, por tanto, quieren las mismas cosas, pero «cuando se considera la cosa más de cerca las dos concepciones son directamente antagónicas», porque para unos las conquistas parciales vienen valoradas en sí mismas, mientras que un revolucionario puede considerarlas solo en el contexto general del proceso revolucionario y juzgar en esa misma medida su valor. He ahí, por tanto, lo que significa un mismo «qué», pero un «cómo» diferente. Podemos explicarlo mejor con algunos ejemplos. Existen reformas, existen objetivos parciales que han sido o vienen apoyados por reformistas y por revolucionarios. Marx, que era un revolucionario, había juzgado la legislación sobre las fábricas como un hecho revolucionario y, sin embargo, no puede negarse que los reformistas se han batido y siguen luchando por obtenerla. Todos los partidos democráticos, incluso los burgueses, han luchado por el sufragio universal, incluso Marx en Inglaterra se empeñó a fondo en la lucha por la reforma electoral, como también Rosa Luxemburg estuvo a la cabeza de la lucha por el sufragio igualitario en Prusia. Ahora bien, no solo estas conquistas eran reivindicadas conjuntamente por revolucionarios y reformistas, sino que en un cierto punto aparecieron incluso como funcionales al desarrollo del capitalismo. Lo mismo puede decirse de las luchas salariales: durante decenios y decenios de años el movimiento obrero ha luchado contra los salarios de hambre enfrentándose a la resistencia feroz de los capitalistas. Pero a medida que la lucha sindical ha ido arrancando conquistas, el capitalismo ha reaccionado modificando la composición orgánica del capital, mejorando los *medios*, intensificando el progreso tecnológico y acrecentando la productividad, realizando en última instancia un beneficio. Beneficio que se expresa también en el hecho de que el aumento de los salarios ha ayudado al capitalismo a superar los límites que el bajo nivel precedente planteaba a la expansión del consumo y, por tanto, a la expansión de la producción, de tal modo que a partir de un cierto momento el capitalismo de vanguardia ha aceptado la política de los altos salarios para favorecer el consumo de masa y ampliar notablemente el mercado. Así el au-

mento salarial ha acabado por ayudar al capitalismo a salir de sus propias dificultades abriéndole nuevas perspectivas de desarrollo.

Se podría hablar también de la intervención del Estado en la economía, considerada durante mucho tiempo por el capitalismo como medida antiliberal y de carácter socialista, pero a la que en un cierto momento él mismo ha recurrido de forma creciente, tanto que hoy sería difícil la propia supervivencia del capitalismo sin la intervención regular del Estado [38].

No podemos detenernos en un análisis de este aspecto del problema, para cuya interpretación remitimos a nuestro escrito [39]. Resumiendo podemos decir que nos hallamos aquí en presencia de un conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Las primeras solicitan y directamente imponen una creciente desprivatización y socialización de las relaciones sociales (y la legislación laboral, la mayor participación de los ciudadanos en la dirección de la cosa pública por medio de elecciones o el consumo del producto social gracias a los aumentos salariales, o finalmente la intervención estatal en la economía, son aspectos de esta exigencia), pero los segundos bloquean cualquier posibilidad de salida socialista y son susceptibles de superar de vez en cuando las dificultades con soluciones de compromiso que, sin embargo, deben ser constantemente renovadas, porque el impulso socializante de las fuerzas productivas continúa desarrollándose. Así el sufragio universal no llevará a la victoria del proletariado, como los mismos Marx y Engels habían esperado, porque de un lado el capitalismo habrá arrancado al proletariado los aguijones revolucionarios encauzándolo por la vía del reformismo socialdemócrata, y de otro, como ulterior línea de defensa, habrá neutralizado al parlamento creando poderes decisorios que escapan a todo control democrático; así la intervención estatal en la economía no altera la esencia de las relaciones capitalistas porque el Estado queda completamente absorbido en el mecanismo regulador del proceso de acumulación; así, los altos salarios, lejos de repercutir en el beneficio, reclaman y favorecen aquellas revoluciones tecnológicas que están todavía latentes y que acrecientan ulteriormente la distancia entre el salario y el beneficio.

Tenemos la impresión de que todo esto no está todavía claro para el movimiento obrero, que todavía tiene una tendencia a contentarse con ciertas conquistas, sin situarlas en el contexto general para poder verificar su signo positivo o negativo. O quizá sería mejor decir: para poder imprimirles un signo positivo enfrentándose o neutralizando los esfuerzos contrarios del sistema. Pero para ello es necesario que el movimiento obrero no desvincule nunca las conquistas parciales y los objetivos intermedios del contexto general del desarrollo en el que se mueven las dos líneas contradictorias, y haga de él un «momento social interno», para usar una expresión luxemburguiana, de avance hacia la meta final. Marx ha enseñado, a propósito del carácter social de las fuerzas productivas, que su desarrollo tiende necesariamente a crear elementos de la nueva sociedad: es tarea del movimiento obrero impedir que estos sean de nuevo engullidos por las relaciones capitalistas en un nuevo equilibrio social que asegure una más larga vida al capitalismo, y sean, por el contrario, reunidos y coordinados para el momento en que pueda determi-

narse el final de la presente situación, la formación de un nuevo equilibrio, de una nueva lógica, de un nuevo sistema de relaciones socialistas. Una vez más es Rosa Luxemburg quien advierte frente al peligro de esperar la revolución solo bajo la forma de un enfrentamiento violento por la conquista del poder, y llama, en cambio, a considerarlo como el punto de llegada de un largo proceso de desarrollo capitalista, en el que están continuamente presentes también los momentos revolucionarios, los «momentos sociales internos» de un desarrollo alternativo, porque ahí radica la ambigüedad de la historia. «Las catástrofes no están en contradicción con el desarrollo, sino que son un momento, una fase del desarrollo», que solo los pequeñoburgueses pueden concebir «como un imperceptible proceso de diversas fases y grados de desarrollo que se deslizan los unos en los otros en forma completamente pacífica» [40].

El revolucionario sabe que la meta final no es el final fácil de un desarrollo imperceptible y tranquilo, sino, por el contrario, la terriblemente difícil salida de una lucha que se combate diariamente y que debe llevar su marca incluso a los rincones más profundos de la historia, donde se esconde ya hoy el semen de la sociedad futura que solo gracias a nuestros esfuerzos y a nuestra claridad de miras podrá germinar y más tarde alcanzar su maduración.

Abril 1978.

(Traducción de María-José Aubet)

**DE LA DIALÉCTICA
MATERIALISTA
ENTRE
ESPONTANEIDAD
Y ORGANIZACIÓN:
ROSA LUXEMBURG**

Oskar Negt: Nacido en 1934. Doctor en Filosofía en 1962 y diplomado en Sociología en el mismo año, en la Universidad de Frankfurt. Profesor adjunto (*Assistent*) en la cátedra del profesor Jürgen Habermas (1962-64) en la Universidad de Heidelberg, y profesor adjunto en el Seminario de Filosofía de la Universidad de Frankfurt (1962-1970), Actualmente es profesor numerario de Ciencias Sociales en la Universidad Técnica de Hannover. Ha publicado, entre otros: *Die Konstitution der Soziologie als Ordnungswissenschaft. Strukturbeziehungen zwischen den Gesellschaftslehren Comtes und Hegels* (1964; segunda edición en 1974); *Soziologische Phantasie und exemplarisches Lernen. Zur Theorie der Arbeiterbildung* (1968; novena edición en 1976); *Öffentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*, junto con A. Kluge (1972; cuarta edición en 1976); *Politik als Protest. Reden und Artikel zur antiautoritären Bewegung* (1971).

Debo empezar con una confesión: Yo no soy especialista en Rosa Luxemburg. He leído, naturalmente, sus libros, pero solo me he ocupado de ellos de una forma sistemática a raíz de que Lelio Basso me invitara a participar en este Congreso. Por lo que se me podría replicar: ¿Por qué hablas, pues, sobre Rosa Luxemburg? La he leído por *mi* interés político... con la inestimable ventaja de no encontrarme sometido a un continuo afán de legitimación, de considerar su pensamiento desde el punto de vista de los vencedores. Toda la historiografía burguesa está escrita desde el punto de vista de los vencedores. Yo considero oportuno estudiar a Rosa Luxemburg desde la perspectiva de aquellos que están metidos en la lucha, que necesitan, para su emancipación revolucionaria, orientaciones, conceptos: que necesitan una asimilación viva de las grandes teorías y experiencias socialistas para poder seguir adelante.

Marx y Lenin han pensado libremente, abiertamente, sobre su propio pensamiento. «Tout ce que je sais, c'est que moi, je ne suis pas marxiste» (lo único que sé es que yo no soy marxista), habría dicho Marx, según Engels [42]. Y si yo he entendido correctamente la forma de pensar de Lenin —tal y como ha dejado constancia en su biografía política y en sus escritos—, seguro que él hubiera encontrado cómico todo el trabajo y la agudeza escolástica con que se querría hacer de Rosa Luxemburg, en última instancia, una leninista. «Ella era y sigue siendo un águila», con esta frase la caracterizaba Lenin; calificando, al mismo tiempo, su pensamiento de «marxismo no falseado», y cuando él recomendaba su biografía y la edición *completa* de sus obras para la formación de muchas generaciones de comunistas, no lo hacía, ciertamente, esperando que estos comunistas reconocieran también en los escritos de Rosa Luxemburg cuán genial él mismo había sido. Hoy día, el respetuoso reconocimiento de su persona y de su obra son dos cosas totalmente dispares; se evoca, como siempre, la imagen del águila, pero al lado se hace en seguida el largo catálogo de errores, conforme el criterio de Thälmann: «(...) en todas las cuestiones en que Rosa Luxemburg tenía una concepción distinta de la de Lenin, su opinión era errónea» [43]. Lo que importa hoy día es la cuestión del contenido revolucionario actual de la teoría de Rosa Luxemburg, no la de su adscripción al anarquismo, al espontaneísmo o al leninismo. Nada odiaba Rosa Luxemburg tanto como a los «maestros» de la revolución, entre los que contaba, no cabe duda, a todos aquellos maestros de la teoría socialista que tienen, evidentemente, la característica de no ser conscientes de que son maestros. Esta clase de gente cree a las masas capaces de poco, ni siquiera —hasta hace poco— de una lectura independiente y crítica de los escritos de Rosa Luxemburg [44].

Lo que yo diga aquí es lo que he aprendido de ella. Si se leen hoy sus escritos bajo el punto de vista de lo que tiene importancia central para su *propio* pensamiento, siendo, simultáneamente, de la más viva actualidad política, entonces destaca, entre todas, *una* cuestión: la *huelga espontánea de masas*. La «iluminación general en que están sumergidos el resto de colores y que los modifica en su peculiaridad», el «éter especial» determinante del «peso específico de toda existencia que de él surge» —metáforas empleadas por Marx

para dar una idea de la penetrante y matizada fuerza de la proporción que acuña las relaciones sociales en su totalidad—, todo esto es algo que solo vale para un único tema en Rosa Luxemburg, que lo domina todo: para la dialéctica histórica que tiene lugar entre espontaneidad y organización, marcada por la huelga de masas; una dialéctica vinculada a la producción, tanto material como espiritual. Ciertamente que la espontaneidad no es la ley de la dinámica de las masas; pero también es verdad que sin espontaneidad, con la que dan expresión, manifiesta y abierta, a sus intereses, no hacen sino seguir moviéndose dentro del marco del orden de dominación establecido. Es precisamente *la dialéctica* entre espontaneidad y organización la que lleva a los procesos históricos más allá de toda mecánica de inercia y de modos de pensar y obrar unilaterales y codificados. No solo determina la ley del movimiento político emancipatorio de la clase proletaria, sino también la estructura de la teoría en cuestión, cuyo núcleo es la dialéctica materialista.

Si se usa, en este contexto, la palabra «espontánea», resulta ineludible enfrentarse con una objeción corriente. Espontaneidad, tal y como se manifiesta en las huelgas de masas, no es una espontaneidad «inmediata», sino que tiene continuamente una mediación, y esto en dos aspectos: Por un lado, se puede hablar de comportamiento espontáneo de los mismos trabajadores cuando tienden a enfrentarse con el aparato burocrático de los partidos proletarios y de las organizaciones sindicales; comportamiento mediado por alguna forma de organización, con frecuencia por medio de las capacidades organizativas individuales adquiridas precisamente en el seno de aquellas organizaciones; despojar a la espontaneidad de tales elementos organizativos significa hacer de ella una pura abstracción. Por otro lado, la huelga espontánea de masas surge, en ciertas condiciones, y de forma necesaria, de la producción, del proceso material de la vida social; y está mediada por una serie de connotaciones del conjunto de la sociedad, determinadas por las contradicciones del modo de producción capitalista en un estadio concreto del desarrollo histórico. De modo que la efectividad política de la espontaneidad presupone también teoría, conciencia de totalidad.

Si la huelga espontánea de masas es entendida de esta forma, sin malentendidos, entonces no cabe duda de que es el centro de la dinámica interna de la actuación política y del pensamiento dialéctico de Rosa Luxemburg. Quien quiera desarrollar la dialéctica existente entre espontaneidad y organización tendrá que volver incesantemente a este punto de referencia constante de su teoría y existencia política.

I

El «luxemburguismo» se ha convertido, en la historia del movimiento obrero, en un concepto de lucha con el que se expresa una forma determinada de desviación izquierdista, en cuyo primer plano estaría el reproche de no reconocer el papel del partido y venerar la espontaneidad de las masas. No vamos

a decidir aquí si el llamado luxemburguismo es o no, como dice Peter Nettl, en última instancia, una función del leninismo. Lo que es cierto, me parece a mí, es que este concepto empieza a desempeñar su función de denuncia solo a partir del momento en que comienza la estalinización de los partidos comunistas de Europa occidental. Ruth Fischer, víctima ella misma del proceso de bolchevización, nos habla del bacilo sifilítico que Rosa Luxemburg habría introducido en el KPD.

El «luxemburguismo» es, en esencia, un producto de las luchas fraccionales en el seno del PC soviético, en que la teoría revolucionaria de la que partían en sus controversias tanto Lenin como Rosa Luxemburg se convierte poco a poco en una mera teoría de partido (G. Pozzoli). Por lo que Stalin, en una carta de protesta a la redacción de la revista *Proletarskaja Rewuluzija*, metía a Rosa Luxemburg en el saco de los precursores ideológicos de Trotsky, combinando hábilmente esta su afirmación con la acentuación de sus méritos revolucionarios; Stalin le achacaba la idea de la revolución permanente, «esquema utópico y semimenchevique», «imagen desfigurada del esquema revolucionario marxista», cosa que era, ya en 1931, una condena.

Las polémicas en relación con Rosa Luxemburg, surgidas, abierta o veladamente, en torno a la cuestión de la importancia revolucionaria de la espontaneidad, han seguido siendo virulentas en los partidos comunistas a partir de 1926; en la fase de estalinización se ha querido acabar con el irritante problema «Rosa Luxemburg» diciendo de ella que, al final de su vida, había intentado corregir una parte esencial de sus errores. En la base de todo esto hay un malentendido. Rosa Luxemburg no cuestionó jamás su solidaridad práctica con el partido de Lenin, cuando este estaba expuesto (sobre todo después de la Revolución de Octubre) a los ataques de la derecha, de los socialdemócratas y sindicatos y de los partidos burgueses. Como revolucionaria que era, se veía constantemente en *un* mismo frente junto a Lenin; pero esto no afectaba en absoluto a su crítica radical del partido leninista o de ciertos puntos del programa bolchevique,

Ernst Thälmann y otros comunistas alemanes han creído poder reclamar para sí a Rosa Luxemburg porque parten de la opinión de que ella, bajo la impresión de la Revolución de Octubre y con la fundación de un partido propio, no solo se liberaba definitivamente del ambiente de la socialdemocracia alemana, sino que, prácticamente, reconocía y superaba, con su acercamiento a Lenin, sus anteriores errores izquierdistas; esta «recuperación» ha sido posible al pasar por alto el hecho de que ella apenas cambió nunca nada en lo que se refiere a su valoración fundamental de la importancia revolucionaria de la huelga de masas. Pues Rosa Luxemburg no había jamás pensado en una separación mecánica ni en una relación contradictoria entre espontaneidad y organización, como se intenta hacer creer con el reproche que se le hace al luxemburguismo; todo lo contrario. En su discurso del Congreso de fundación del KPD [45] es precisamente la falla de espontaneidad lo que ella critica en la revolución que se estaba desarrollando ante su vista, esperando el revivir de huelgas espontáneas que se convertirían en punto central de la revolución, al ser ellas la «forma extensa de la lucha por el socialismo». Y todavía

hay más: Cuando Rosa Luxemburg critica, en ese contexto, un socialismo por decretos, seguro que no se refiere únicamente a las mascaradas políticas de Ebert y Scheidemann, sino que se refería también a todo partido que no reconociera el carácter revolucionario de las acciones de carácter económico de las masas. «La lucha por el socialismo solo puede ser conducida por las masas, en un combate directo, cuerpo a cuerpo, contra el capitalismo, en cada fábrica, en un combate de cada proletario contra su patrono. Solo entonces será socialista la revolución. (...) El socialismo no es algo que se haga ni puede hacerse por decreto, ni siquiera por los decretos del mejor gobierno socialista. El socialismo ha de hacerse por las masas, por cada proletario. Allí donde están unidos a la cadena del capital, allí ha de ser destruida esa cadena» [46]. Con esto se hace referencia a una forma de organización caracterizada por Marx, no ciertamente al azar, como «previous organisation», en una analogía con la acumulación originaria, que surge de las luchas directas de carácter económico de la clase obrera, reuniendo las experiencias realizadas en el enfrentamiento cotidiano con el capital; a esta «previous organisation» se le ha colocado más tarde la etiqueta de mero sindicalismo, rebajándola a la categoría de una lucha apolítica de intereses. Marx, por el contrario, matiza mucho más a la hora de ver las relaciones existentes entre lucha económica y lucha política, como escribe a Friedrich Bolte, en carta del 23 de noviembre de 1871: «(...) el intento de forzar a un capitalista particular, en una sola fábrica o incluso en un solo ramo, a que reduzca el tiempo de trabajo por medio de huelgas, etc., es un movimiento de naturaleza puramente económica; sin embargo, el movimiento tendente a forzar una ley sobre la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político. Y de esta forma es como surge por todas partes, de los movimientos aislados de tipo económico de los trabajadores, un movimiento político, es decir, un movimiento de clase, a fin de llevar adelante sus intereses de una forma comunitaria que posee la fuerza colectiva, que hace violencia social. Y si estos movimientos suponen una cierta organización previous, son, a su vez, igualmente, medios de desarrollo de tal organización». Todavía un día antes de su muerte, Rosa Luxemburg corrobora su convicción de que las «luchas económicas» son «la verdadera fuerza volcánica que impulsa hacia adelante la lucha de clases revolucionaria» [47].

El mismo Lenin se encuentra a mucha distancia de los inventores y críticos del luxemburguismo; el catálogo de «errores» de Rosa Luxemburg, incluido en las *Notas de un publicista*, probablemente el último trabajo de Lenin, contiene cuestiones referentes a la independencia de Polonia, la condena del menchevismo, la teoría de la acumulación del capital, entre otras, pero no se encuentra allí ni una sola palabra acerca del tema de la espontaneidad y de la huelga de masas [48]. A los ojos de Lenin, tales errores conciernen únicamente a algunas cuestiones particulares, no cabe duda, cosa que apenas afecta al contenido substancial de la teoría luxemburguiana. Esta valoración de las concepciones de Rosa Luxemburg consideradas erróneas nos da a entender que, para Lenin, la cuestión de la organización no puede ser en absoluto resuelta con medidas de carácter técnico-organizativo, sino que es algo que

debe ser tratado como una cuestión política que no permite respuestas desvinculadas de la concreta situación histórica y social.

Si nos referimos, hoy día, a Rosa Luxemburg e intentamos reconstruir su controversia con Lenin, la reasimilación de sus escritos se ve expuesta al peligro de una historiografía de tipo filológico, es decir, burguesa, o de una disputa escolástica sobre quién de los dos ha tenido o no razón. Solo se puede salir al paso de este peligro si se es consciente de antemano del *interés gnoseológico político* de los escritos de Rosa Luxemburg.

II

Esta Conferencia se encuentra bajo el lema: contribución de Rosa Luxemburg al pensamiento marxista. Se trata, pues, en la determinación de la actualidad de Rosa Luxemburg, de cuestiones de las luchas de clase actuales que siguen abiertas, a las cuales puede responder su obra acaso mejor, que cualquier otra teoría socialista. A la clarificación de las posiciones teóricas y políticas actuales puede contribuir la controversia entre Lenin y Rosa Luxemburg en tomo a la organización, a la importancia de las huelgas de masas y a la espontaneidad, etc., solo en el caso de que se considere la relación entre espontaneidad y organización como algo en sí mismo histórico, sometido a la dialéctica de la historia; no hay una fórmula fijada de una vez para siempre y adecuada para cualquier situación. Pero, *sea cual fuere la situación social concreta que lo condiciona, lo cierto es que Lenin estudia fundamentalmente la estructura de los procesos revolucionarios desde el punto de vista de la organización, mientras que Rosa Luxemburg lo hace desde las perspectivas de la espontaneidad e iniciativa de las masas.* No se trata meramente de un énfasis distinto de las cosas, sino de una diferencia de principios, la cual determina la forma de pensar de ambos teóricos, hasta en los problemas lógicos y de conocimiento. Es un resultado de las concretas situaciones sociales, de los condicionamientos en que se desarrollan las luchas de clase: para Rosa Luxemburg, en un estado de confrontación permanente con el centro burocrático de Kautsky y con las tendencias reformistas del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos, aspectos ambos cuya fatal consecuencia fue que el aparato dirigente se alejaba cada vez más de las verdaderas necesidades e intereses revolucionarios de las masas; para Lenin, en una tarea de elaboración del hecho agobiante de que un proletariado todavía no completamente desarrollado tuviera que alcanzar y estabilizar su papel dirigente con respecto al campesinado y a las masas pequeñoburguesas. Esta lógica específica de la situación histórica y social penetra tanto en el pensamiento de Rosa Luxemburg y Lenin que solo así se pueden comprender los esfuerzos de ambos por asumir, elaborar y generalizar las experiencias hechas en la lucha emancipatoria de la clase obrera del otro país. Como es sabido, Rosa Luxemburg adquirió casi todas sus ideas concretas acerca de la huelga de masas a partir de los

acontecimientos en Rusia, mientras que Lenin, a su vez, destacaba hasta 1914 el carácter modélico de organización que tenía la socialdemocracia alemana.

Rosa Luxemburg entiende la huelga de masas como una forma de expresión, espontánea, elemental y creadora, de las experiencias y necesidades de los trabajadores. Según ella, los momentos de espontaneidad que actúan en toda huelga de masas refutan no solamente la convicción que tienen desde los anarquistas hasta los burócratas sindicales de que se puede instrumentalizar la huelga de masas y utilizarla como un instrumento político del que echar mano en todo momento. Rosa Luxemburg formula, más bien, a la vez que pone a la huelga de masas en el centro de su teoría política, su forma de comprender la dialéctica materialista, como el «método de pensamiento específico del proletariado ascendente y con conciencia de clase» [49]. Su concepción de la dialéctica marxista presenta una coloración especial; ella vuelve a hacer suya la exigencia de Marx de ir de lo abstracto a lo concreto, que es un movimiento del pensamiento que se contrapone a la totalidad de las formas tradicionales de pensar en Europa, y que ve resurgir no solo en la socialdemocracia alemana, sino incluso en la concepción que Lenin tenía del partido, Rosa Luxemburg tenía poco que ver con la enemistad hacia la filosofía, con la «renuncia a todas las filosóficas urdimbres cerebrales» de su amigo Franz Mehring, como tampoco dirigió su atención al desarrollo sistemático de una serie de categorías dialécticas que fueran apropiadas para la formación de una visión cerrada del mundo. Y esto no se debe solamente, con toda seguridad, a la historia individual de su formación. Para ella dialéctica es, como dice Hegel, el método, la forma, la conciencia del automovimiento de su contenido. Bajo este punto de vista no cabe duda de que tiene razón Jürgen Hentze al decir que «sus pensamientos fueron recopilados en forma de «sistema» precisamente cuando de lo que se trataba era de construir un sistema de errores, en el que ocupa un puesto importante la «teoría de la espontaneidad» de Rosa Luxemburg» [50]. Por todo ello, el modo como ella lleva a cabo el análisis de las relaciones sociales y de las luchas de clase no está dirigido *hacia arriba*, hacia las ideas, los programas, las directrices de la organización, los comités centrales; los conceptos analíticos de la crítica de la Economía Política son dirigidos, más bien, *hacia abajo*, abiertos a las experiencias reales de las masas y de los individuos.

Lelio Basso ha caracterizado con exactitud este punto nuclear de la concepción luxemburguiana sobre la dialéctica: «(...) la obra de Rosa Luxemburg consiste, de hecho, en su preocupación por dejar penetrar en la viva lucha de clases el método dialéctico de Marx, no haciendo de él únicamente un método de interpretación de la historia y un análisis de la sociedad de su tiempo, sino un método dirigido a la acción de las grandes masas que intervienen en la configuración consciente del futuro. Rosa Luxemburg concebía la realidad y la historia dialécticamente, como lo hacen muy pocos marxistas» [51]. Claro que, en este punto, se plantea la cuestión, enteramente justificada, de si el programa de Rosa Luxemburg —abrir las categorías de la crítica de la Economía Política hacia abajo, a las experiencias y acciones reales de las masas— se realiza precisamente allí donde más debiera; en su escrito sobre *La acumu-*

lación del capital. Para dilucidar esto se necesitaría de algunas explicaciones más amplias.

Son conocidas las conferencias de introducción de la Economía Política que ella pronunciara, con el propósito de popularizarlas, en la escuela del partido. Pero no se trata de una divulgación cuando se habla de una apertura de las categorías de la crítica de la Economía Política a las experiencias de las masas.

Al parecer, poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial, la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, pensada como contribución a una explicación económica del imperialismo, chocó con un rechazo casi unánime de los «especialistas» de la ortodoxia marxista, bajo la dirección de los austromarxistas y de Kautsky. A esta crítica del análisis de la acumulación hecho por Rosa Luxemburg se unían más tarde, por diversos motivos y con resultados desiguales, los leninistas, poniéndose a dicha teoría la etiqueta de «teoría del subconsumo», ya objeto de burla por parte de Marx. Recientemente, Ernest Mandel ha recuperado de nuevo, en su libro sobre el neocapitalismo, la problemática de aquellas controversias, volviendo a conciliar otra vez a Rosa Luxemburg con sus críticos; todos ellos caen en un error fundamental: la falsa valoración de la función gnoseológica del esquema de reproducción que aparece en el volumen II de *El Capital* (sobre todo en los capítulos 18-21). Tales esquemas de reproducción son, según Mandel, completamente inútiles para el estudio de las leyes dinámicas del capital o de la historia del capitalismo, incluyendo, por tanto, su fase imperialista. La función de los esquemas de reproducción no consiste en demostrar la existencia de las crisis, impulsos expansivos y hundimientos del capitalismo o las desproporciones entre las dos esferas: por un lado, la de la producción de los medios de producción y, por otro, la de la producción de los bienes de consumo. Más bien tienen la función contraria: explicar por qué se da un crecimiento completamente normal, en general, y esto a pesar de la anarquía de la producción de mercancías en una sociedad en que los poseedores de los medios de producción van a la caza de superbeneficios, en que determinan la vida económica millones de decisiones de compra y venta independientes entre sí. «La función de los esquemas de reproducción es, pues, la de demostrar las posibilidades de existencia del modo de producción capitalista.» (Mandel.)

Se precisaría de un análisis especial para ver si la formulación de la teoría imperialista está o no de acuerdo con la verdad, en la crítica y desarrollo de los esquemas de reproducción de Marx. Lo que nos importa aquí es solamente la tendencia metodológica del análisis luxemburguista. Su lucha va dirigida contra el epigonismo que encontraba en los «especialistas del marxismo oficial» de la II Internacional. Esta gente había llevado la teoría marxiana, sobre todo por lo que se refiere a los esquemas de reproducción, a unas fórmulas extrañas a la vida y a la realidad, en las que ellos ensayaban su agudeza matemática o filológica. Quizás sea correcto decir que Marx trabaja, en el análisis de la reproducción, sobre todo de la reproducción *ampliada* del capital total, con simplificaciones y abstracciones metodológicas. La más importante de tales abstracciones sería la de suponer una sociedad totalmente capitalista, una sociedad en que no habría más que capitalistas y trabajadores asala-

riados. ¿Pero se puede utilizar el esquema *lógico* para explicar un estadio del desarrollo *histórico* del capitalismo? Ciertamente que no. ¿Pero por qué causa no ha entendido Rosa Luxemburg este pensamiento elemental de Marx? Son sus intereses gnoseológicos de carácter político los que le impiden seguir por la vía de la separación entre los análisis histórico-empíricos y los lógico-sistemáticos; vía trazada por los peritos del marxismo. Es, por tanto, necesario, plantear «el estudio de la acumulación como proceso total sobre la base concreta del metabolismo existente entre el capital y su contexto histórico» [52]. Lo central del análisis de Rosa Luxemburg gira en torno a la determinación de la función de los elementos no capitalistas, del contingente de estratos y grupos precapitalistas, en la periferia de los países colonizadores. El capitalista choca, en sus intentos por realizar la plusvalía capitalista, con las fronteras trazadas por la limitación del consumo en el mercado interior. Rosa Luxemburg ve el punto débil del análisis de Marx en su estudio del proceso de acumulación como si se tratara de un «sistema cerrado», y constata, frente a esto, el hecho de que el capitalismo no solo aparece en un medio social no capitalista, sino que incluso se desarrolla en él; Marx tiene en cuenta este hecho refiriéndose a la «acumulación originaria», pero no a la época del capitalismo maduro.

En tanto el capitalismo pueda seguir devorando sustancia no capitalista mediante la colonización de otros países y regiones del propio, mediante la violencia y la creación de nuevos mercados, seguirá siendo capaz de reproducirse a una escala ampliada, de acumular a niveles cada vez mayores. La fase en que el capitalismo pueda crear el mundo a su imagen significaría al mismo tiempo su última hora. Se estancaría, cesaría de ser vehículo histórico del desarrollo de las fuerzas productivas, alcanzando finalmente sus límites históricos; pues es imposible la acumulación en un medio social exclusivamente capitalista.

Rosa Luxemburg reconoce muy bien la dimensión revolucionaria del desarrollo desigual; una sociedad penetrada totalmente por el capital, en la que solo hubieran trabajadores asalariados y capitalistas, no la puede ella asociar con el pensamiento de una estructura de necesidades de consumo más o menos autónoma, producida y reproducida continuamente sobre una base capitalista. Las capas consumidoras que realicen la plusvalía que sirve a la acumulación tienen que venir, según su opinión, de regiones no capitalistas. Esto no está de acuerdo ya con la situación del capitalismo monopolista de la actualidad. Pero la problemática de la asimetría, articulada por Rosa Luxemburg, sigue vigente; tanto para regiones y sectores de producción subdesarrollado como para el Tercer Mundo. Es característica del imperialismo, como la forma última de lucha competitiva por la dominación capitalista mundial, la «vuelta de la lucha decisiva por la expansión desde las regiones que constituyen su objeto hacia los países de origen. Con ello, el imperialismo repatria la catástrofe como forma de existencia, de la periferia del desarrollo capitalista en que estaba, a su punto de partida» [53].

La dialéctica histórica que Rosa Luxemburg evidencia en sus escritos políticos, en el marco de la producción capitalista, en los fenómenos de la huelga de masas y de las organizaciones proletarias, sería la lógica del capital, pero no la

del desarrollo concreto histórico, es decir, referido a la praxis revolucionaria. Históricamente, las relaciones capitalistas se ven obligadas a trabajar en lo que es su contrario: en los elementos no capitalistas, contingentes con respecto a la lógica del capital. A nivel histórico-universal, Rosa Luxemburg localiza, con toda razón, las revoluciones sociales en las zonas de choque entre el capital y formaciones sociales precapitalistas; todas las revoluciones sociales autónomas que se han dado hasta la fecha se desarrollan en esas regiones. «(...) Desde el primer momento del desarrollo capitalista, el impulso de expansión a capas y países no capitalistas, la ruina del artesanado y del campesinado, la proletarización de los estratos medios de la población, la política colonial, la política de «descubrimientos», la exportación de capital. La existencia y el desarrollo del capitalismo solo ha sido posible por medio de una expansión constante hacia nuevos dominios de producción y nuevos países. Pero la expansión lleva, en su empuje universal, al choque entre capital y formaciones sociales precapitalistas. De ahí la violencia, la guerra, la revolución, en una palabra: la catástrofe; la catástrofe como elemento vital del capitalismo, del principio al fin» [54]. Pero tampoco aquí funciona algo de forma mecánica; la cuestión de si este punto de la catástrofe es o no alcanzado depende de la conciencia y disposición combativa del proletariado. Así, se presenta también en este punto, para Rosa Luxemburg, la alternativa histórica: «Hundimiento de la cultura o bien paso a un modo de producción socialista» [55].

Es una especie de instinto materialista el que libra a Rosa Luxemburg de aplicar todo el andamiaje de las categorías dialécticas —sobre todo las de la crítica de la Economía Política— de un modo puramente *externo a las relaciones existentes*, como formas sin vida, liberándola así de reproducir inconscientemente aquel dualismo entre concepto y realidad, entre teoría y praxis, que caracteriza al pensamiento burgués [56]. El que este dualismo no pudiera ser superado mediante un salto filosófico de identidad era, para Rosa Luxemburg, algo completamente natural; conciencia sigue siendo *ser consciente*, teniendo, pues, por objeto la materialidad del mundo... Está fuera de toda duda, para ella, el hecho de la importancia, real y epistemológica, del mundo exterior, con el que los teóricos del conocimiento como espejo hacen tanto ruido. Pero ella se limita a caracterizar el principio del pensamiento materialista, no las formas que realmente presenta. La estructura contradictoria de la dinámica material de las cosas y las relaciones no se revela mediante la supresión del sujeto gnoseológico, o por la mera copia de los fenómenos, sino precisamente por medio de su extrema tensión en el análisis y en la observación; de la que no hay que separar de forma alguna la parte *subjetiva* de la historia cultural individual, a pesar de la necesaria intersubjetividad para un conocimiento objetivo. Rosa Luxemburg aclara esto en el cambio funcional que se da en la misma huelga de masas. «Así, la dialéctica histórica, la roca sobre la que descansa toda la teoría del socialismo marxista, ha dado lugar a que en la actualidad el anarquismo, con el que siempre estuvo indisolublemente ligada la idea de la huelga de masas, se oponga a la práctica de la huelga de masas mientras que por el contrario, la huelga de masas, que fue combatida como lo opuesto al enfrentamiento político de la clase obrera, aparece hoy como

el arma más poderosa en la lucha política por la obtención de derechos políticos. Por lo tanto, si es cierto que la Revolución rusa hace pertinente una revisión a fondo del viejo punto de vista del marxismo con respecto a la huelga de masas, no lo es menos, a su vez, que solamente el marxismo, sus métodos y puntos de vista generales, se alzan en este punto con la victoria bajo una nueva forma» [57].

El pensamiento idealista no es para Rosa Luxemburg una orientación puramente filosófica que quedaría suficientemente caracterizada por unos determinados supuestos en la teoría del conocimiento, por ejemplo, acerca del estatus de un mundo exterior independiente de la conciencia; el pensamiento idealista caracteriza un estado de cosas la mayoría de las veces enteramente cotidianas, pero políticamente ricas en consecuencias, Rosa Luxemburg indicó siempre la necesidad de la autonomía, iniciativa, trabajo organizativo independiente por parte de las masas, hasta en su último y fragmentario escrito sobre la Revolución de Octubre, del que ella se retracta confidencialmente; y todo para salir al paso frente al peligro de que se abriese, entre la dirección del movimiento, las organizaciones, los comités centrales, y el rumbo del movimiento real de las masas, un abismo que ya no pudiera volver a cerrarse, ni siquiera en situaciones revolucionarias explosivas en las que el sistema de dominación de clase se viera en trance de desaparición; un abismo siempre abierto, sirviendo de amenaza a la realización de los fines últimos del socialismo. Cuando Rosa Luxemburg declara resueltamente la guerra, por una parte, al oportunismo y al revisionismo de la socialdemocracia y del movimiento sindical alemanes infectados por el «cretinismo parlamentario», y, por otra, al ultracentralismo de la concepción leninista del partido, no son más que dos caras de la misma moneda lo que está en cuestión y el punto de partida es el mismo; en ambos casos, ella teme que se abra un abismo entre organización y espontaneidad, entendiendo «espontaneidad» no meramente como la forma en que surge una huelga, sino como algo en torno a lo cual se aglutina todo aquello que constituye las esperanzas, los deseos, las necesidades de cada uno de los proletarios en la praxis diaria; algo que se refiere al cómo se agrupan y organizan todos estos elementos en experiencias que mueven a la acción... sin que se meta por medio el «maestro» que ella tanto odiaba, es decir, sin un adoctrinamiento de las masas que venga de fuera.

Rosa Luxemburg no analizó en detalle esta estructura intrapsíquica del proletariado, determinada por la sociedad de clases; lo que sí hizo fue indicar la dirección de la problemática, cosa que era de fundamental importancia ya en 1914, pero, sobre todo, con respecto a la génesis del fascismo. Pues si no se *politizan* los intereses y las necesidades cotidianas de las personas, si no se rompen todos los días las cadenas del alienante modo de producción capitalista allí donde se encuentren, en la fábrica, en la familia, en la escuela, en el tiempo libre, etc., si no se llega a una actividad auténticamente colectiva, entonces faltará la base material, la cimentación de la conciencia de clase; y esta es sumamente frágil en cuanto pura conciencia, en cuanto capacidad intelectual de penetración en la estructura de la sociedad de clases y en la misión histórica del proletariado. «Tenemos que trabajar a partir de la base, lo que

corresponde precisamente al carácter de masas de nuestra revolución, cuyos objetivos van a los fundamentos mismos de la constitución social; corresponde al carácter de la revolución proletaria en acto que tengamos de subvertir el poder político no por arriba sino por abajo» [58]. La fórmula «trabajar a partir de la base» se repite incesantemente. Cosa que no la convierte nunca, en ninguna acción espontánea de los trabajadores, en sospecha de anarquismo, pues los anarquistas, según ella, actúan exactamente igual que los blanquistas, por arriba, por lo menos en cuanto se consideran como propagandistas de la acción. Dicha formulación va dirigida, en el contexto aludido, contra la idea de que se podría derribar el poder oficial siguiendo el modelo de la revolución burguesa, cambiando únicamente el personal que ejerce la dominación, pero va todavía más allá. Para Rosa Luxemburg el carácter fundamental y necesariamente democrático de las organizaciones proletarias y la estructura democrática de la revolución socialista, presente hasta en la dictadura del proletariado, son no solo postulados que resultan de la tarea de emancipación de los hombres de la opresión y explotación, sino que tienen también un fundamento metodológico. Toda organización o movimiento proletarios que no sean democráticos entran en contradicción con la dialéctica materialista y llevan, de una forma u otra, al fracaso, incluso en el caso de que se logre la conquista revolucionaria del poder.

III

Qué signifique esta vinculación de pensamiento materialista y democracia proletaria se puede ver en la génesis del fascismo, así como también, con signos contrarios, en algunas tendencias de las luchas de clase de la actualidad. Mientras que, en el período prefascista, los partidos socialdemócratas y comunistas se referían todavía con orgullo a las masas trabajadoras y al proletariado consciente dispuesto siempre a la lucha, estas masas se movían ya, en realidad —y no solamente las masas pequeñoburguesas—, en una dirección totalmente contraria. Se puede objetar que las razones de este fenómeno habría que descubrirlas mediante un detallado análisis social, basándose en la peculiaridad de las relaciones materiales entonces existentes. Esto es cierto. Pero aquí se trata ante todo de un punto para el que las teorías marxistas influidas por el marxismo soviético están ciegas: el psicoanálisis como una ciencia materialista y, en relación con él, los procesos intrapsíquicos del proletariado, como hechos materiales que son todo menos indiferentes con respecto a la política de clase. Pues las organizaciones construidas con tanto arte y que son expresión de grandes sectores sociales, como «sociedades en la sociedad», no carecían en absoluto de disciplina y organización del contexto vital de los proletarios. Lo que faltaba, en esta disciplina y férrea organización, era algo que hubiera servido para la elevación del poder combativo de los trabajadores conscientes de su clase: el *momento de articulación libre y espontánea de las necesidades* y de confirmación autónoma y colectiva, una

forma de *autorregulación* que fuese poco a poco alejando al proletario, desde la educación infantil hasta las huelgas de masas, de las influencias políticas, ideológicas, psíquicas, de las clases dominantes. Sí no es así, seguirá intacto todo el aparato psíquico de cada individuo, la vinculación a la autoridad, las angustias existenciales, acuñadas por la familia burguesa, el proceso de producción, el Estado, y será fácilmente utilizable por parte de la derecha política; y esto seguirá así mientras la disciplina y autodisciplina de las organizaciones siga constituyendo un elemento nuclear de la represiva moral burguesa, aunque la nueva disciplina esté bajo un signo distinto. La única posibilidad de romper esta red de conexiones alienantes consiste en ir disolviendo, por medio de un ejercicio cotidiano, la vinculación a la autoridad externa en que se encuentra la gente proletaria, incluso respecto a su propia organización; en dejar libre la fantasía organizativa de las masas. Una organización proletaria se diferencia, fundamentalmente, de otra burguesa en lo siguiente: en ella es la *emancipación individual* un elemento esencial de la estrategia de su lucha.

Rosa Luxemburg se ha dado perfectamente cuenta de la ambivalencia de este concepto de disciplina, en la que el elemento cooperativo y solidario se transforma en seguida en un poder autoritario alienante, externo o incluso interiorizado, cuando las acciones proletarias pierden las bases de su autoorganización espontánea. *Por una parte*, ella entiende la huelga de masas como manifestación sobresaliente de una época de lucha de clases que tiene que llegar necesariamente, determinada por el estadio en que se encuentra el desarrollo capitalista; época que asigna a la socialdemocracia el papel de «esclarecer a la conciencia de la clase obrera esta tendencia del desarrollo, a fin de que los obreros estén a la altura de sus tareas, como una masa popular formada, disciplinada, madura, decidida y activa» [59], y Rosa Luxemburg no vincula al azar esta forma de disciplina solidaria a la actividad espontánea de las masas que la precede y que es su fundamento material. *Por otra parte*, critica con una aspereza que si entonces, históricamente, estaba fuera de lugar, preveía con exactitud tendencias que más tarde se harían realidad, como el intento de Lenin por convertir la disciplina en elemento central de la organización. «No es partiendo de la disciplina que le impone el Estado capitalista —con la nueva transferencia de la batuta de manos de la burguesía a un comité central socialdemócrata—, sino rompiendo y desarraigando ese espíritu de servil disciplina como podrá el proletariado ser educado para una nueva disciplina: la autodisciplina voluntaria de la socialdemocracia» [60].

No basta dar otra función —socialista— a la disciplina que se ha impuesto al proletario en la sociedad burguesa para acabar con su marca de clase; como tampoco se puede, simplemente, tomar tal como es el Estado burgués por la clase proletaria y ponerlo al servicio de sus intereses. Está fuera de cuestión para Rosa Luxemburg el que la disciplina sea imprescindible para la lucha de emancipación proletaria; pero ella pone como presupuesto el que «se desarraigue ese espíritu de servil disciplina», la erradicación práctica de todas aquellas estructuras de pensamiento y conducta inculcados a la fuerza y en parte interiorizadas, en la fábrica, la familia, el cuartel, la burocracia, que han penetrado profundamente en el contexto vital del proletario. Sin avanzar en

la praxis antiautoritaria, es más, sin ir por el camino de la fantasía política de una izquierda radical, un «desarraigo» así no será posible. Tiene vigencia, para este aspecto de una política revolucionaria, la frase de Marx: «Cada paso de movimiento real que se dé es más importante que una docena de programas». El sentido duradero de los movimientos de protesta más recientes estriba precisamente en haber comprendido esto.

Rosa Luxemburg había señalado, siempre desde *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, aparecido en «*Iskra*», que el partido de Lenin, organizado conforme a los principios del centralismo democrático, se había visto obligado a asumir —al tener que operar en las condiciones de retraso social en que Rusia se encontraba— *tareas suplementarias, y, en parte, distintas* de las que tenían que desempeñar los partidos socialistas en países altamente industrializados. Lenin mismo confirma cuánto tiene que ver con uno de los puntos centrales de la concepción leninista del partido la frase de Rosa Luxemburg: el partido [ruso] debe crear, justamente, «la materia prima política que en otro caso prepara la sociedad burguesa» [61]. «Negar, bajo una perspectiva comunista», el pensamiento y la disciplina del partido significa, dice Lenin, «dar un salto, de un estadio previo al hundimiento del capitalismo (en Alemania), hasta remontarse no a la fase más baja o la fase media, sino hasta la fase más alta del comunismo. (...) Superar las clases no solo es echar a los terratenientes y capitalistas —esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad—, es eliminar también a los pequeños productores de mercancías; pero a estos no se les puede echar, no se les puede oprimir, se tiene que arreglar uno con ellos. (...) Rodean al proletariado por todas partes con una atmósfera pequeñoburguesa, lo penetran, le desmoralizan con ella, hacen surgir continuamente, dentro del proletariado, recaídas en la falta de carácter de tipo pequeñoburgués, en la desintegración, en el individualismo, pasando del entusiasmo al desánimo y viceversa. En el seno del partido político del proletariado es necesaria la más rígida centralización y disciplina, para poder oponerse a todo esto, para poder llevar a cabo correctamente, con éxito, el papel organizador del proletariado (su papel primordial)» [62]. De esta determinación de las funciones que competen al partido surgen, para el tipo de partido bolchevique, dos tareas importantes que le son características, las cuales sirven precisamente para la producción de lo que Rosa Luxemburg llamara «materia prima política», no producida en Rusia por la burguesía, a excepción de algunos pocos centros industriales. La *primera* consiste en el mantenimiento de la identidad organizativa y la posición dirigente de un proletariado industrial rodeado de una agobiante mayoría de campesinos y pequeños productores de mercancías y continuamente amenazado, tanto política como ideológicamente; la *segunda* es el pensamiento del partido, compendio de disciplina y moral de rendimiento y que anticipa, en miniatura, normas y formas de comportamiento que resultaban imprescindibles de cara al proceso de industrialización que estaba en vísperas de iniciarse en Rusia, a nivel de toda la sociedad. Es evidente que el aviso de Lenin, referente a las peligrosas consecuencias de la supresión de la «disciplina férrea» y de un ir adelante cerrado y tenaz vale solo para una sociedad en que la inmensa mayoría de la po-

blación tiene todavía que aprender las reglas de la disciplina laboral impuestas por el desarrollo capitalista en el curso de una larga historia de violencias y en un proceso de interiorización y educación.

Estas condiciones se han transformado claramente en las sociedades capitalistas avanzadas, mucho más allá de lo descrito por Rosa Luxemburg. La moral industrial de rendimiento se ha convertido —en comparación con el grado alcanzado por las fuerzas productivas, la capacidad de organización autónoma de la clase obrera y la riqueza social disponible— en un medio adicional de dominación, en instrumento de «*surplus repression*» injustificable ya por el mecanismo de la producción. Tal moral de trabajo ha perdido toda legitimación histórica, la legitimación que, todavía en el siglo XIX, podía deducirse de la necesidad de desarrollo de las fuerzas de producción. Es en sí algo frágil y quebradizo, como lo demuestra de forma renovada cada huelga, cada negativa al trabajo, cada iniciativa ciudadana.

Es característico de la situación histórica del movimiento obrero el que se creen elementos organizativos espontáneos, orientados en la vía de las necesidades de emancipación de las masas, bien en forma de grupos aislados con organización propia, bien en movimientos de base que frecuentemente se convierten en una fuerza revolucionaria dentro de los mismos partidos; y es este un fenómeno que se da allí donde se sigue aferrado tenazmente al tipo de partido de eficacia probada en la Revolución de Octubre, pero cambiado radicalmente, ya en la época del estalinismo, a favor de los momentos de centralismo que él mismo entrañaba. Y todo esto —que se puede observar desde hace unos diez años en casi todos los países capitalistas e incluso en países del Tercer Mundo— tiene que ver solo metafóricamente con el radicalismo de izquierdas de tipo pequeñoburgués que Lenin tenía ante sus ojos; se trata, más bien de un indicio de que hoy día ha cambiado la estructura de los procesos revolucionarios; de que estos han asumido rasgos de una praxis descentralizada, en mucha mayor medida de lo que hubiera sido imaginable todavía en los años veinte de nuestro siglo.

IV

Marx ha dicho que los principios teóricos de los comunistas no son más que expresiones generales de relaciones que, de hecho, se dan en una concreta lucha de clases, expresiones generales de un movimiento histórico concreto. La característica que más llama la atención en las actuales luchas de clases en los países industrializados es la huelga de masas. Se trata de «huelgas salvajes», de abandonos espontáneos del trabajo que, partiendo de unos pocos puntos en que la situación de explotación es especialmente agobiante, se reproducen como aludes en acciones de la clase obrera y de otros grupos de la población asalariada. Son huelgas espontáneas que, en la República Federal Alemana y en otros países, muestran cada vez con más claridad la siguiente tendencia: la tendencia a *minar* la política oficial de los gobiernos socialdemócratas liga-

dos a los intereses del capital; tendencia a *minar* todo el aparato sindical comprometido, por medio de convenios a largo plazo, en defender un proceso de producción y valorización del capital de posibles perturbaciones; tendencia a plantear exigencias de autonomía, que se refieren tanto al incremento de los salarios como a la superación del alienante proceso de producción vigente y al fortalecimiento del control obrero.

Desde el debate en torno a la huelga de masas de 1900, la opinión unánime de los partidos socialdemócratas, y más tarde también la de los comunistas y la de los dirigentes sindicales, era de que una *superación privada de la propiedad privada* resultaba imposible y de que la huelga de masas solo podía ser un medio político de carácter defensivo, de defensa de los derechos ya alcanzados por la clase obrera y de desmantelamiento de instituciones democráticas; en la actualidad, la huelga de masas comporta dos nuevos elementos; la creciente resolutividad en orden a la toma de posesión espontánea de los medios de producción, en la medida en que la riqueza social, producida por las masas y que se percibe palpablemente, ofrece cada vez menos posibilidades de justificación de los «estrechos cimientos» de este modo de producción; y, segundo, la voluntad de articular y avanzar en las propias necesidades e intereses, cosas que cada vez resultan más difíciles de reprimir por medio de maniobras de distracción con respecto a la propia situación de clase, por medio de la educación o por medio de las ideologías del bien común. Ambos elementos expresan, en esta su espontaneidad, en este su carácter directo e inmediato que prescinde frecuentemente de las mediaciones sociales e históricas, un factor de impaciencia revolucionaria; pero se convierte en algo cada vez más constitutivo del mismo proceso revolucionario. Son formas de acción encaminadas a la *emancipación individual*, que ya no se dejan aplazar hasta la hora de después de la revolución.

En un terreno diferente y con distintos presupuestos, los movimientos de protesta de los jóvenes y estudiantes, así como el Mayo francés, han mostrado, por medio de ocupaciones espontáneas de fábricas y casas, que tales ocupaciones cuestionan el poder de disposición capitalista sobre las condiciones de producción y de vida incluso aunque la intervención de la policía y el ejército haya vuelto las cosas a su sitio, y ello ha ocurrido no solo mediante programas y estrategias, sino mediante una praxis política, mediante una actividad constitutiva ella misma de un estado de cosas, ¿De qué otra forma, si no, pueden aprender los trabajadores a apropiarse la realidad de la que se les ha alienado? ¿Cómo, si no es haciendo estallar continuamente cosas, relaciones humanas, circunstancias dominadas por la lógica y violencia del capital, ya en esta sociedad concreta para lograr así hacer visibles y disponibles las posibilidades humanas que en todo ello se encierra? Citaré a continuación algunos ejemplos; Si la clase obrera chilena tiene, en sus luchas sangrientas, alguna posibilidad de causar a los militares y a sus poderosos protectores americanos una derrota semejante a la sufrida por los Estados Unidos en el Vietnam será porque ha alcanzado un alto grado de autoconciencia, de politización de sus intereses y de decisión combativa a lo largo de un proceso que, bajo el sistema de doble poder que adoptó la forma de ocupaciones espontáneas de fábricas

y tierras, puede servirle como punto de partida para el control del proceso de producción y de las acciones militares. Y la acción ejemplar de los productores de relojes de Lip, en Besançon, es un foco inicial de formas de lucha laboral basadas en la autogestión que cada vez están más extendidas, siendo la autogestión, en ellos, no solo un fin, sino también un estadio de la lucha de clases. Formas de acción que no se remontan a iniciativas de ningún género de partidos u organizaciones, pero que pueden convertirse, como dice Rosa Luxemburg, en un «febril trabajo de organización». Esto hubiera sido condenado, todavía hace diez años, como una aventura anarquista por parte de los partidos y sindicatos oficiales.

Pero en esta sociedad no hay ninguna región liberada, ninguna isla de autogestión. Korsch ha calificado a los Consejos —y de algo parecido a los Consejos se trata en estas acciones— de *órganos de autoformación de la clase obrera*. Siendo ellos, ya antes de la transformación revolucionaria de toda la sociedad, no solo modos de organización de la autoformación, sino también órganos de control de la lucha y el poder de la clase obrera; y, en cuanto tales, se ven continuamente en peligro y no solo, evidentemente, en un período prerrevolucionario. Lo que Rosa Luxemburg dice sobre los Consejos de obreros y soldados durante la Revolución de Noviembre es algo que se refiere a problemas de carácter general con que se enfrentan los órganos representativos de la clase obrera; órganos de representación que solo se pueden definir en relación con sus tareas históricas específicas, pero no por lo que se refiere a su estructura organizativa. En el Congreso de fundación del KPD, Rosa Luxemburg decía: «Las masas aprenden a ejercer el poder en la medida que lo ejercen de hecho. No hay otro medio para aportarles ese conocimiento. Felizmente hemos dejado ya atrás los tiempos en los que de lo que se trataba era de enseñar el socialismo al proletariado» [63]. Pero añadiendo: «Debemos hacer los preparativos a partir de la base, debemos darles a los consejos de obreros y soldados un poder tal que cuando el gobierno Ebert-Scheidemann u otro similar sea derrocado ese sea el acto final. Así la conquista del poder no será cosa de una sola vez, sino algo progresivo consistente en apoderarnos del Estado burgués hasta disponer de todas las posiciones, defendiéndolas con uñas y dientes. (...) Porque de lo que se trata es de luchar paso a paso, sin treguas, en todos los Estados, en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todas las comunas por traspasar a los consejos de obreros y soldados los medios de poder del Estado, medios de poder que se conseguirán arrancándoselos trozo a trozo a la burguesía» [64].

De esta manera, la cuestión del poder se plantea como una lucha cotidiana que se enfrenta a la alternativa: *o bien* seguir impulsando la revolución, hasta la conquista del poder de la sociedad en su conjunto por parte de la clase obrera, *o bien* la contrarrevolución, con lo que la lucha va poco a poco tomando una posición tras otra, ...y esta agudización de la lucha de clases supondrá una amenaza para el movimiento de consejos en su conjunto. Pero aquí no se presenta el problema del giro reformista, de la integración, en el sistema de dominación vigente, de formas de organización similares a las de los conse-

jos (consejos de delegados, grupos de base, comités, cordones, etc.), problema que hoy se plantea sobre todo en los países capitalistas.

Hay pocos teóricos de partidos o representantes sucedáneos de partidos de tipo sectario que no saquen a relucir este reproche de la integración; cuanto más sectarios, más testarudos son, más convencidos de que la lucha no puede ser llevada posición tras posición, por medio de grupos de base y otras formas de organización, que, en la actual correlación de fuerzas, no desempeñan más que tareas parciales (por ejemplo, de autoformación y control); para ellos, en cambio, la lucha y la formación solo representa un trabajo de preparación para la «gran batalla», en la que la vanguardia tomará la «dirección».

Quisiera hacer algunas observaciones de principio al respecto. Toda reforma, todo cambio parcial del sistema de dominación establecido tiene, en tanto subsistan las condiciones de producción y valorización capitalistas, una función contradictoria, ya se trate de la conquista de nuevos derechos o de la defensa de los ya adquiridos, de la consecución del derecho de autogestión y cogestión o de la «humanización» de la producción, cosas todas ellas logradas por la clase obrera o bien introducidas por el mismo capital con vistas a un incremento de la productividad. Esta función dual y contradictoria de la reforma consiste en que puede servir tanto para integrar y suavizar la lucha de clases como también para sentar las bases de nuevos conflictos, para agudizar la lucha.

Cuando el ya famoso estudio Hawthorne de la Western Electric Company de Chicago recomendaba, allá por los años treinta, permitir contactos informales de grupos dentro del proceso de producción en la fábrica, se hablaba, en la ideología oficial, de una «humanización» del mundo del trabajo; pero, en realidad, de lo que se trataba era de una elevación de la productividad laboral. Algo semejante pasa hoy día, con la superación del taylorismo: desde que la Volvo, en la producción de automóviles, intentara eliminar el trabajo en cadena, sustituyéndolo por una forma de trabajo más artesanal basada en el montaje de partes ya acabadas, han surgido muchos imitadores. Y la razón es, como siempre, la creciente posibilidad de explotación de la fuerza de trabajo que el nuevo sistema depara, sobre todo reduciendo el porcentaje de absentismo. La consecuencia es una identificación más fuerte con el trabajo, o sea, una paralización del espíritu combativo.

Pero este no es, sin embargo, más que una cara del problema. El capitalismo produce continuamente necesidades que luego no puede satisfacer plenamente. Así es como aquellos «espacios de autonomía» conseguidos por los trabajadores dentro del proceso de producción actúan siempre en un sentido de reducción del miedo, de robustecimiento de la autoconciencia y las aspiraciones de los obreros. Si se quisiera interpretar estos procesos como una estabilización, exclusivamente, del capitalismo, entonces habría que suponer que este puede hacerse inmune a las crisis por medio de cambios en la producción y reformas sociales. Esto equivaldría a ignorar las experiencias históricas y significaría que en lugar de un análisis de la sociedad estaríamos realizando mitología política.

La creciente conciencia de los trabajadores, en orden a controlar ellos mismos y organizar autónomamente el proceso productivo, se revela tan pronta como se dan signos, por pequeños que sean, de crisis en la producción y valorización del capital. En tales situaciones explosivas, pueden ser arrastrados incluso otros sectores de la clase obrera, por ejemplo, los obreros del Sur de Italia, que viven en una agobiante situación tradicional y que chocan con normas y exigencias de comportamiento impuestos por la industria del Norte completamente distintas a las suyas. Para que este tipo de situaciones adquirieran una dimensión social revolucionaria, es necesario evidentemente un consecuente trabajo de base que aumente la capacidad de articulación política de los trabajadores dentro de las organizaciones en las que ellos, a pesar de su crítica, se sienten representados: en los sindicatos.

Configúrense como se quiera las formas de organización orientadas a la autogestión, autodeterminación y control, a la democracia proletaria de los trabajadores, todas ellas son *formas de emancipación de los explotados y oprimidos de este mundo*. Y los partidos y organizaciones que no hagan de ellas su base y parte constitutiva abandonan la vía de la democratización proletaria.

En este punto Rosa Luxemburg ha formulado un programa histórico de la más viva actualidad hasta el día de hoy. El modelo de la democracia de los consejos se discute por todas partes, en todos los países capitalistas industrializados. Se ha acallado progresivamente la romántica admiración por el sistema de autogestión obrera de Yugoslavia; se está convencido de que los soviets revolucionarios de la Revolución de Octubre no son transportables, sin más, a sociedades de un alto nivel de industrialización. Si es evidente, por tanto, que ningún orden social existente es organizable conforme a la idea originaria de los consejos, ¿por qué no han perdido ya desde hace mucho tiempo su actualidad? ¿Se trata de una minoría de fanáticos, de irredomables utópicos, que de vez en cuando pasan a ocuparse de ello? ¿Son gente que ignora las leyes objetivas de las sociedades industriales? No. La idea de la autogestión por medio de consejos gana siempre terreno allí donde los sistemas oficiales de dominación llevan en sí el germen de la catástrofe, donde las autosuficientes burocracias de partido u órganos representativos del Estado burgués no están ya en condiciones de defender ni siquiera los intereses elementales de la inmensa mayoría de la población. La pronta referencia al fracaso de la República de los Consejos de Munich, a la supresión de los soviets en Rusia, a las tendencias de burocratización de la autogestión obrera yugoslava, no representan base alguna para una objeción concluyente contra la idea de democracia directa. Incluso las más avanzadas de las democracias necesitan siglos para imponerse; es improbable que el establecimiento de democracias socialistas que quieran superar la dominación política como esfera separada de las relaciones vitales de la sociedad necesite de menos tiempo.

V

Ya hemos dicho que en Rosa Luxemburg no se da una alternativa abstracta entre espontaneidad y organización; todo depende de la concreta mediación histórica existente. Sin embargo, la concepción luxemburguiana de la organización muestra qué cerca están los fenómenos históricos citados de su teoría de la sociedad; acontecimientos históricos que, naturalmente, no pueden ser reducidos todos ellos a un común denominador, pues en cada caso sería preciso hacer un análisis del contexto social global del país respectivo. En este punto, como en todos los referentes a las tesis de Rosa Luxemburg, se trata sobre todo de matices y en parte pueden surgir grandes malentendidos por el hecho de querer encerrar el pensamiento dialéctico de Rosa Luxemburg en esquemas de definiciones lógicas. Conforme a estas definiciones formales, el partido sería el compendio de una serie de características que se mantienen idénticas a través de todas las situaciones y que identifican a todo partido proletario. La no definibilidad de los conceptos verdaderamente históricos —algo típico de la gran filosofía idealista— es una cosa que se da tanto en Rosa Luxemburg como en Lenin. Y esta imposibilidad de plasmar en una definición conceptos históricos es aplicable, sobre todo, a la organización y al partido. Lukács ha caracterizado la organización como una *forma de mediación entre teoría y praxis*; cosa que, considerada más de cerca, significa todavía un factor mecánico de realización en la praxis de una teoría tenida como verdadera de una vez para siempre, si es que se concibe la teoría como síntesis de la plena conciencia de la totalidad social y de la misión histórica del proletariado. Para Rosa Luxemburg en cambio, la organización es la *forma de mediación entre ser social y conciencia*. Organización, partido, socialdemocracia, he aquí grados de mediación en los que son asimiladas las teorías revolucionas del movimiento obrero, se hacen conscientes las actividades revolucionarias de las masas y se encamina cada paso real dado hacia la meta final, esto es, el final de la dominación de clase. Rosa Luxemburg concebía la socialdemocracia —sinónimo, en aquel entonces, de partido— más como un *proceso* que como una bien entramada estructura institucional. «El movimiento proletario no se ha hecho, tampoco en Alemania, socialdemócrata de una vez, *se hace* socialdemócrata cada día, cuando supera las desviaciones opuestas del oportunismo y el anarquismo, que no son sino momentos diferentes del movimiento socialdemócrata entendido como *proceso*» [65]. La organización enmarca, estructurando y, en cierto modo, anticipando, la serie de experiencias y formas de lucha del proletariado, haciéndolas conscientes e impulsando sus elementos revolucionarios, con respecto a la meta final de la lucha de clases. «La táctica de lucha de la socialdemocracia en sus rasgos principales no se <inventa>», constata Rosa Luxemburg, sino que «es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clases experimentales y a menudo elemental. También aquí lo inconsciente, la lógica del proceso histórico objetivo va por delante de la lógica subjetiva de sus portadores» [66].

Un tal concepto de organización no encaja con movimientos casuales y pasajeros, sino que presupone la dialéctica entre la identidad y la no-identidad, entre el inmutable objetivo final revolucionario y las experiencias, variables y no previsibles, de las masas; o sea, que implica una fina sensibilidad ante los cambios, tendencias, conflictos que condicionan, frenando o impulsando, el proceso revolucionario.

Espontaneidad y organización no guardan entre sí una relación puramente externa, sino que contienen ambas una dialéctica que les es inmanente. Cuando se intenta aislarlas y establecer entre ellas una llana identidad se pone de manifiesto en su movimiento histórico real que cada una de ellas puede cambiarse en su contraria. Si la organización proletaria se separa de las masas (lo cual no quiere decir, en absoluto, que pierda miembros o electores), entonces se producen casi necesariamente acciones espontáneas de los trabajadores, las cuales pueden volverse incluso contra ella misma, como lo muestra el caso de los obreros de los astilleros de Danzig; su huelga «salvaje» fue condenada, y reprimida al principio, por considerársela contraria a los trabajadores, pero, finalmente, el Partido Obrero Polaco destituía a sus principales dirigentes y confesaba abiertamente el distanciamiento burocrático del partido respecto de las masas. Si se separa la espontaneidad de la fuerza organizativa de la clase obrera se cae de nuevo en el fetichismo organizativo de grupos sectarios (por ejemplo, en Alemania, el grupo Baader-Meinhof y otros), o bien en el mecanismo de protestas —tan pronto inflamadas como apagadas— de grupos que no están dispuestos ni son capaces de tomar a su cargo la responsabilidad ni de un trabajo teórico a largo plazo como tampoco de un trabajo de organización práctica.

Rosa Luxemburg luchó durante toda su vida en dos direcciones; de un lado, contra el oportunismo burocrático y, de otro, contra las estrategias de tipo sectario que llevan al aislamiento con respecto a las masas. También era completamente extraña a su persona aquella mentalidad burocrática, de «aparato», aquel miedo radical a las organizaciones estructuradas según el modelo burgués, con su presidencia y su bien ordenada jerarquía, que ve una amenaza en toda acción no iniciada o controlada por el partido. Su confianza en la capacidad de experiencias que tienen las masas incluía la convicción de que estas podían incluso corregir sus propios errores. «Los pasos en falso dados por un movimiento obrero revolucionario real son mucho más valiosos que toda la infalibilidad de los mejores «comités centrales».»

A esto se añade que el «instinto revolucionario» y la lógica de la concreta situación histórica someten, incluso a gente doctrinaria, a leyes de actuación que desbordan sus bien acabados programas. Engels había revelado, en su introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia* de Marx, esta conexión entre programa y praxis real a propósito del comportamiento de los proudhonistas y blanquistas mayoritarios en la Comuna de París: «Pero lo que causa todavía más admiración es ver lo mucho que, con todo, fue hecho por la Comuna constituida a base de blanquistas y proudhonistas. Siendo, naturalmente, responsables sobre todo los proudhonistas por lo que se refiere a los decretos de tipo económico de la Comuna, en lo bueno y en lo malo, mientras que, en

cuestión de acciones y omisiones políticas, fueron los blanquistas los responsables. Y en ambos casos, quiso la ironía de la Historia —como es corriente, siempre que gente doctrinaria maneja los remos— que tanto los unos como los otros hicieran lo contrario de lo prescrito por su escolástica doctrina» [67].

Rosa Luxemburg no concibe el partido como una compacta institución que sería el único centro activo del proceso revolucionario, sino como un proceso donde se conservan las experiencias colectivas y las distintas iniciativas organizativas de la clase obrera, donde se hacen conscientes, se impulsan y se dirigen, con ayuda de la dialéctica materialista, hacia su meta final [68]. «Organización, esclarecimiento y lucha no son momentos separados, mecánica y también temporalmente escindidos como en un movimiento blanquista» [69], sino que constituyen más bien una unidad contradictoria, son aspectos diferentes de un mismo proceso dialéctico. No puede hacerse de Rosa Luxemburg, como muchos han intentado hacer, una ilustrada idealista que cree posible superar la sociedad de clases con la simple convicción; pero también es cierto que el *pathos* de la Ilustración imprime un carácter tan fuerte a su pensamiento político que resulta perceptible incluso en sus reflexiones sobre la organización. Así, por ejemplo, es de la opinión de que la lucha contra el oportunismo en el partido proletario y en los sindicatos es esencialmente una lucha intelectual que no puede decidirse con medidas de tipo organizativo. En general siente una profunda aversión por las expulsiones del partido o por las medidas disciplinarias (su solicitud de expulsión de Bernstein del partido es totalmente atípica); acaso tuviera ella ya un presentimiento de las liquidaciones físicas que más tarde, en nombre de la dictadura del proletariado, vinieron vinculadas a tales medidas disciplinarias y expulsiones del partido.

Esta posición antiburocrática caracteriza ya su temprana polémica con Lenin. Pues para Rosa Luxemburg no se trata de una controversia abstracta sobre problemas de organización, ni de una defensa —como dice Lenin en su réplica— de los «principios elementales de cualquier sistema de cualquier organización de partido pensable» [70] sino de la dirección política, mediada por la organización y en condiciones sociales concretas. Si es posible hacer generalizaciones a partir de las determinaciones del contenido histórico y de las tareas de la organización, entonces se podría reducir al principio formal, pero rico en consecuencias políticas; las organizaciones proletarias tienen que ser construidas desde abajo, de una forma coherentemente democrática, para que puedan cumplir sus tareas históricas [71]. «Lo único que el partido de la lucha de clases consciente, es decir, la socialdemocracia e incluso los sindicatos, siempre que estén en el terreno de la lucha de clases, puede hacer «por voluntad propia» es intentar darse cuenta de antemano de las condiciones históricas, sociales, políticas que hacen necesaria la aparición de tales formas de la lucha de clases, para participar *conscientemente* en el desarrollo y marchar a la cabeza en la dirección considerada como históricamente necesaria» [72].

Rosa Luxemburg no ha puesto nunca en el duda que en la lucha por el poder sea necesario un partido proletario; pero la respuesta a la cuestión organizativa solo puede surgir, para ella, del ámbito de una autoorganización espontánea de las masas. El partido es, ciertamente, un «factor importante,

pero solamente *un* factor entre muchos» [73]. Es verdad que Rosa Luxemburg ha subvalorado la influencia de las organizaciones burocráticas, que bloquea la capacidad de experiencia y de desarrollo de las masas, porque estaba convencida de que las burocracias parasitarias y sus jefes serían barridas por el primer asalto de las masas trabajadoras. Es también verdad que hizo una valoración completamente equivocada de la cuestión campesina, a la que Lenin intentó responder con la consigna —difícilmente justificable bajo un punto de vista puramente socialista— de «¡Toda la tierra a los campesinos!»: porque en el contexto de la primera revolución socialista históricamente lograda, ella lo había considerado todo desde la perspectiva de la meta final del socialismo y no a partir de las posibilidades reales del desarrollo revolucionario concreto. Ningún poder hubiera podido salir victorioso en el enfrentamiento con los marcados intereses privados de los campesinos rusos, con sueños multiseculares de poseer su propia tierra; no había más remedio que dar, primeramente, satisfacción a estas aspiraciones, con vistas a incluir de forma activa a los campesinos en el proceso revolucionario; y acaso Rosa Luxemburg pasó por alto también la importancia y la necesidad del partido bolchevique en determinadas fases de la Revolución de Octubre, sobre todo para acabar con la contrarrevolución.

Pero atribuir a Rosa Luxemburg una concepción organicista de la revolución ligada a anteriores revoluciones burguesas, como intenta hacer el primer Lukács en su enérgica manera de liberarse de su pasado de crítico de lo cultural y de demostrar su identidad de leninista puro, en su controversia con las notas críticas de Rosa Luxemburg sobre la Revolución de Octubre escritas en prisión, es completamente falso. Y es precisamente en el escrito del que Lukács quiere extraer su crítica donde se encuentra algo muy distinto de ideas orgánicas sobre los procesos revolucionarios. «La situación verdadera de la revolución rusa al cabo de pocos meses se agotaba en esta alternativa: triunfo de la contrarrevolución o dictadura del proletariado; Kaledin o Lenin. Esta era la situación objetiva, la situación que en toda revolución se presenta muy pronto, una vez pasada la primera borrachera y que en Rusia resultó de las candentes cuestiones concretas de la paz y de la tierra para las cuales no había solución en el marco de la revolución burguesa» [74]. ¿Qué hay de organicista en esta valoración de la situación decisiva de antes y de la época de la Revolución de Octubre? ¿Dónde está lo *burgués* en esta concepción de la revolución dado que Rosa Luxemburg dice exactamente lo contrario? Solo hay una respuesta para esta y otras cuestiones semejantes: esta primera crítica a Rosa Luxemburg contiene ya gérmenes de un marxismo degenerado a *ciencia de legitimación*. Una crítica con estas características no se centra nunca sin reservas en la cosa criticada, sino que está siempre *por encima* de la cosa, critica posiciones que el atacado no ha sostenido, se preocupa laboriosamente de corroborar y legitimar las propias decisiones, en las que se percibe coacción y violencia. Tampoco a Lukács le interesa comprender a Rosa Luxemburg en el marco de su propia actividad, a partir de su propio sistema de referencias, teórico y práctico, sino demostrar, utilizando el ejemplo de Rosa Luxemburg, la «verdad» del leninismo. Y esta forma de argumentación, siempre esta-

blecida *a priori* mediante axiomas históricos, como lo ha definido Stalin, es, hasta hoy, algo típico por lo que respecta a las polémicas con Rosa Luxemburg. Para refutar este reproche de la concepción organicista de la revolución, parece oportuno citar precisamente a partir de aquel escrito que es objeto de la crítica de Lukács. Rosa Luxemburg comprende aquí con toda claridad la situación de la revolución: «La revolución rusa no ha hecho en este sentido sino confirmar la enseñanza fundamental de toda gran revolución, cuya ley de vida reza: o bien se avanza con toda rapidez y decisión apartando con mano de hierro todos los obstáculos que se interfieran en su camino, proponiéndose siempre metas más elevadas o al cabo de poco tiempo se verá rechazada por detrás de sus más débiles puntos de partida para ser luego aplastada por la contrarrevolución. Detenerse, remachar un mismo clavo, conformarse con lo conseguido en el primer momento, son cosas que no caben en la revolución. Y quien quiera trasplantar esas sabidurías de estar por casa propias de la batracomiomaquia parlamentaria a la táctica revolucionaria, lo único que demostrará es lo extraña que es para él la psicología, la ley de vida misma de la revolución, así como que toda la experiencia histórica sigue siendo para él un libro cerrado con siete llaves» [75].

Es justamente esta dialéctica entre espontaneidad y organización la que determina la ley de la revolución. Y esta forma de ver las cosas lleva a Rosa Luxemburg a una tajante crítica de las ideas de Kautsky sobre la «apocalíptica huelga de masas», que no sería en absoluto precedida por un período de luchas económicas y políticas de masas en que la clase obrera se forma, se prepara, se anima en su resistencia, y a criticar también la idea de los procesos revolucionarios como algo que se desvincula por completo de sus fundamentos democráticos. Quien ponga en el mismo plano la estructura democrática de los procesos revolucionarios y las formas organicistas, podrá probar fácilmente que Rosa Luxemburg es culpable de una imperdonable sobrevaloración de lo «orgánico» en la conducta revolucionaria. Por el contrario, a Rosa Luxemburg importa en primer lugar la activa participación de las masas en tales movimientos. Y no cabe duda de que la creación de los soviets, que se remontan a la experiencia de la Revolución de 1905, no fue resultado de ninguna iniciativa de partido, si bien este tuvo sobre ellos —en un sentido plenamente luxemburguista— una influencia configuradora. La consigna de Lenin «todo el poder a los soviets», se basaba en el hecho de que estos eran, propiamente, los verdaderos portadores del poder político en el país.

Actualmente, la proliferación de formas de organización revolucionaria está tan extendida que lleva *ad absurdum* toda pretensión de monopolio que pueda tener un tipo particular de partido. Los comités del Mayo francés, los consejos en Italia y en Alemania, las comunas españolas, los «cordones industriales» de la clase obrera chilena, el partido de Mao, fundido directamente con el ejército de liberación nacional, la Revolución cubana, etc., son formas distintas de organización práctica, organismos de trabajadores, como Marx los define refiriéndose a la Comuna de París de 1871 y a la edificación de toda la sociedad y del Estado, *que nadie se hubiese podido imaginar en tiempos anteriores*; si bien es verdad que conectan con modelos y experiencias del pasa-

do, en el fondo son formas de expresión insustituibles de las experiencias políticas y de la historia de liberación de las masas caracterizadas por la concreta situación histórica y social del país respectivo.

Allí donde los partidos y los sindicatos no se hacen cargo de este elemento básico de autoorganización espontánea, se ven precisados —en la actualidad con una regularidad sorprendente— a jugar un papel de mero control y disciplina. Estas organizaciones comienzan hoy día a separar, en las acciones de masas, el elemento político-organizativo, que estas entrañan, de la base de experiencia de las masas, para pasarlo de nuevo entre las masas en forma de directrices, desde fuera, si es que las acciones espontáneas no se dispersan con rapidez o se dejan reprimir por medidas de tipo administrativo o, incluso, en determinados casos, por otras de carácter policial o militar. El motivo de esta forma de actuación estriba, evidentemente, en el hecho de que los partidos proletarios de cuño marxista soviético parten todavía hoy día del supuesto de que, a largo plazo, las acciones históricamente eficaces son solo el resultado de iniciativas del partido. Pero no hay ni un solo ejemplo en la historia del movimiento obrero que demuestre claramente que estas concepciones no han llevado, al fin y al cabo, al fracaso. Rosa Luxemburg se cuenta entre los pocos combatientes revolucionarios de Europa occidental que no ve en la autocrítica una forma de autocorrección suficiente de las decisiones, necesaria para impedir el distanciamiento del partido con respecto a las masas; consideraba, más bien, como mecanismos objetivos las tendencias burocráticas a las que está sometida incluso una organización revolucionaria, si actúa en una sociedad basada en la producción de mercancías y bajo condiciones hostiles; se trata de una abstracción del valor que se expresa por medio de leyes, reglas y decisiones técnicas y que amenaza la existencia de toda organización despegada de las masas.

VI

Sería una inadmisibles simplificación de la teoría de Rosa Luxemburg tratar como un problema especial, de igual entidad que otros, la cuestión de la huelga de masas y sobre todo la relación entre espontaneidad y organización que en ella se desarrolla; característico, en Rosa Luxemburg, es, más bien, el que *su* forma de renovar y vivificar la dialéctica de Marx no consista solo en la unión de una reflexión lógico-sistemática con otra de tipo histórico, postulado frecuentemente evocado, pero no solucionado en el análisis concreto. Rosa Luxemburg va mucho más allá: Su pensamiento consiste en la asimilación de categorías lógicas y gnoseológicas a las leyes dinámicas materiales de la praxis proletaria. Espontaneidad y organización son principios a la vez de un pensamiento consecuentemente dialéctico y del movimiento histórico de la clase obrera; son categorías de la realidad, objetivas determinaciones del pensamiento que impregnan tanto la estructura de los procesos sociales como la del pensamiento emancipatorio.

La consideración de la totalidad, por ejemplo, que con razón Lukács considera como la diferencia esencial entre un modo de pensar marxista y otro burgués, es algo que proviene de la tradición del idealismo alemán. Y Lukács la corrobora, volviéndola a poner sobre sus pies, en un suelo materialista, en una forma de organización histórica específica, si bien generalizada, y que él la hace impermeable a las influencias cosificadoras y burocráticas de la producción capitalista de mercancías. El fundamento de la visión de la totalidad no es en Rosa Luxemburg ni una imaginaria sustancia de clase —como el proletariado en cuanto sujeto histórico— ni tampoco una organización; es la misma clase obrera o, por decirlo más exactamente: *una esfera pública proletaria* [76], frente a la que debe demostrarse qué teoría y que organización está o no de acuerdo con las experiencias que en ella toman forma. Hay muchas referencias en Rosa Luxemburg respecto a lo que ella entiende por esfera pública proletaria— aunque, por lo que yo sé, no lo utiliza nunca explícitamente—, como una categoría de la experiencia política y de la formación de la conciencia de clase. Esta esfera pública proletaria, en la que las derrotas y los errores pueden ser transformados en ideas productivas y experiencias que impulsen el avance, se caracteriza por el hecho de que no conoce el mecanismo de exclusión, típico de la esfera pública burguesa, por medio del cual se separan del conjunto de intereses públicos, como algo *privado*, sectores esenciales de la vida como son el de la producción y el de la socialización (la educación). Resulta algo completamente extraño al pensamiento de Rosa Luxemburg la mentalidad de grupo que ella descubre en la socialdemocracia alemana: tratar de convertirse en una potencia cada vez más fuerte e imbatible mediante un aumento cuantitativo, por medio de elecciones e incremento de sus afiliados; ella entendía muy bien que una comunicación social libre es una necesidad vital para individuos socializados. La esfera pública proletaria que no se puede precisamente aprehender empíricamente, que no indica un simple marco de las opiniones del proletariado, pero que tampoco representa la más alta instancia organizativa, sino que indica el centro de un proceso orientado a la producción de experiencias, aparece como la única instancia decisiva que Rosa Luxemburg había reconocido; no puede ser objeto de definición, pero determina decisivamente el contenido real de la lucha proletaria. La teoría de Luxemburg, enfocada a penetrar todos los sectores esenciales de la vida de la sociedad, no deja nada que no sea ocupado por la voluntad proletaria de transformación. Es una teoría que expresa el carácter de proceso del pensamiento de la totalidad, el cual, en forma de generalidad concreta, totalidad concreta, es la barrera con que topa el pensamiento burgués.

Este aspecto de la esfera pública proletaria, vinculado a la producción de experiencias, se manifiesta en muchos pasajes de los escritos de Rosa Luxemburg. Ni en la guerra se da una situación de excepción que limite el contenido de la expresión; es más bien una situación en que el proletariado debe practicar precisamente una política de clase autónoma, en el sentido de una defensa contra una posible agresión, de forma similar al ejército revolucionario francés que derrotó a los ejércitos unidos de la Restauración; un aparato militar no está constituido solo por oficiales, no es un bloque monolítico,

impenetrable, sino que está formado también por «proletarios encerrados en uniformes». Si no puede pensarse que los estratos y grupos sociales en los que domina el elemento burgués o la ideología burguesa no pueda ser en absoluto susceptible de ser influido por parte del movimiento proletario, también es cierto que el proletario no posee solo características proletarias. Rosa Luxemburg concibe de una forma productiva la totalidad social concreta, superando toda consideración delimitadora y aislante que subsuma las cosas bajo conceptos generales, sustrayéndolos así a la corriente de su propio movimiento, autónomo y espontáneo, y este modo de considerar la totalidad es, por ejemplo, una de las razones por las que Rosa Luxemburg, severa crítica de la socialdemocracia reformista, no extrae durante mucho tiempo ninguna consecuencia de tipo organizativo de su crítica, porque no quiere marginarse sin motivo de la corriente principal del movimiento socialista; o por lo que ella habla de una «utilización revolucionaria de la Asamblea Nacional», mientras ve en los consejos de trabajadores y soldados la única forma posible y adecuada del poder proletario.

Rosa Luxemburg parte de la convicción de que todas las relaciones, cosas o personas, que no sean ocupadas por el pensamiento y la voluntad proletarias lo serán por el adversario. Por eso el hecho de que la Revolución de Noviembre haya sido una revolución política y urbana significa que el enemigo posee reservas contrarrevolucionarias en el sector económico y en el campo. «Para nosotros ya no hay ahora un programa mínimo y un programa máximo; el socialismo es una y la misma cosa; he aquí el mínimo que debemos conseguir en la actualidad» [77]. Es, por tanto, plenamente consecuente si no puede imaginarse un socialismo en *un solo* país, sino que ve solo en la difusión de la revolución alemana o revolución mundial del proletariado la base «sobre la cual construir el edificio del futuro».

VII

Esta estructura de la opinión pública proletaria, dirigida a la comprensión de la totalidad de las esferas de la vida social, están en abierta contradicción con la coacción sistemática tanto del sistema positivista como del idealista, en que las cosas son jerarquizadas y catalogadas conforme a principios lógico-formales, y está también en contradicción con aquellas concepciones del mundo en las que, desde los tiempos de Kautsky, hay respuesta para cada pregunta que se formule. Apenas existe una teoría marxista que comprenda con tanto rigor como Rosa Luxemburg la relación entre fetichización y organización, racionalidad burocrática y pensamiento lógico-formal que clasifica y, por tanto, controla personas y cosas. Las formas puramente lógicas son formas muertas, modos de expresión del poder, sobre todo en los tiempos modernos, del poder del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Estas formas de pensamiento entrañan la tendencia —incluso cuando son utilizadas en interés del proletariado— a conformarse a las necesidades funcionales del capi-

tal, a la lógica del capital. Rosa Luxemburg ve con toda claridad que un pensamiento marxista precisa, si no quiere limitarse a ser una mera legitimación u organización de las relaciones existentes, de un *elemento antisistemático, espontáneo, de relación con la realidad*; es decir, necesita de un momento que Lukács reúne en la categoría de lo nuevo y que echa de menos en la sociedad productora de mercancías.

Es verdad que Rosa Luxemburg habla con frecuencia de la lógica de las cosas que hace necesario esto o lo otro, pero ella se refiere, con ello, a algo contingente, casual. La materialidad de las cosas y de los movimientos reales no se resuelve en el concepto; es, en el plano gnoseológico, el sistema kantiano con el cual el pensamiento dialéctico debe continuamente medirse a fin de no ser víctima de ilusiones. Es la «lógica de la situación histórica», en que se da toda una constelación de factores que incluye también los factores contingentes. Con su fórmula «¡Socialismo o barbarie!», Rosa Luxemburg no solo designa un programa político, sino que se vuelve también contra toda forma de lógica optimista del progreso, que minimiza las derrotas en vez de comprenderlas y para la que la victoria es algo asegurado, como la consumación del espíritu absoluto en Hegel. El derrumbe total, la barbarie, el hundimiento de *las dos clases* en lucha no es para ella una posibilidad abstracta, sino una alternativa siempre presente. La represión de que ha sido objeto este pensamiento materialista consecuente de Rosa Luxemburg en la historia del movimiento obrero me parece a mí uno de los motivos por los que en Alemania el pensamiento marxista no comprendiera a fondo la inminente catástrofe de 1933.

Sin un entramado de espontaneidad, sin una ruptura con conceptos ya dados previamente, de esquemas y conductas organizadas, no es posible un pensamiento materialista, pero sí un pensamiento lógico-formal. Espontaneidad era, en la filosofía clásica del idealismo alemán, el concepto opuesto a receptividad, al inevitable impacto de una percepción sensible; espontaneidad es el pensamiento organizado, actividad del sujeto en el proceso del pensamiento-trabajo y esfuerzo del concepto. Uno de estos «momentos» debe tener cabida en toda teoría dialéctica de la sociedad. La clase burguesa puede manipular la espontaneidad, puede crear pretextos para movilizar a las masas, puede traer cosas nuevas al mercado como propaganda. Pero en el seno de una opinión pública proletaria este factor de la espontaneidad significa algo cualitativamente distinto. Cuando Rosa Luxemburg dice que *libertad es siempre libertad del que piensa de otra manera* esto no es una vuelta al liberalismo, sino un elemento de una opinión pública proletaria que no puede limitarse a reproducir y aclamar decisiones, programas dictados, direcciones de pensamiento que han sido fijadas. El otro, el que piensa de otro modo, el no convencido de la causa del socialismo, pero que, por razón de su situación, es susceptible de comprenderla, este otro, en sus múltiples formas, no es algo que se pueda eliminar del mundo con la simple violencia; constituye, más bien, la resistencia, la ley de gravedad de las relaciones materiales con que tiene que enfrentarse toda teoría marxista si no quiere caer en una ontología completamente abstraída de esas relaciones materiales o en una coacción idealista del sistema

en que solo puede ser subsumido lo homónimo, es decir, donde predomina, en el fondo, el principio de la unificación.

La independencia con respecto a las directivas del partido, que fijan decisivamente lo que es verdadero o falso, importante o casual históricamente, vale también, y de forma especial, para la configuración de la teoría misma. Ya Engels destacaba, en una carta escrita el 1 de mayo de 1891 a Bebel, la *autonomía del trabajo teórico* con respecto al partido, autonomía que para Rosa Luxemburg era un elemento natural del pensamiento marxista. Cito esta larga carta porque en ella se evidencia cómo el modo de producción teórico de la clase obrera no se identifica, en absoluto, con las resoluciones del partido, sino que tiene por el contrario que conservar, con respecto al mismo, un cierto grado de autonomía, de consciente libertad de movimiento, para poder cumplir a largo plazo incluso su función dentro del partido, en la lucha de emancipación del proletariado. Dice Engels: «Desde que habéis intentado impedir por la fuerza la publicación del artículo (un artículo que no estaba de acuerdo con la opinión sustentada por la dirección del partido, O. N.) e hicisteis llegar a *Die Neue Zeit* amenazas de que, en caso de reincidencia, acaso sería también absorbido por el partido y sometido a censura, en este caso se me apareció bajo una luz muy peculiar el hecho de que el partido se esté haciendo con la totalidad de vuestra prensa. ¿En qué os diferenciáis, entonces, vosotros de Puttkamer [78], si introducís en vuestras propias líneas una ley antisocialista?[79] A mí, personalmente me da casi lo mismo, ningún partido en ningún país puede condenarme al silencio cuando estoy decidido a hablar. Pero yo quisiera haceros pensar si no haríais mejor en ser algo menos sensibles y, en el actuar, algo menos... prusianos. Vosotros —el partido— *necesitáis* de la ciencia socialista, y esta no puede vivir sin libertad de movimiento. Las contrariedades hay que saberlas encajar, y lo mejor es hacerlo con compostura, sin ponerse a dar respingos. La tensión —por no hablar de un abismo— entre el partido alemán y la ciencia socialista sería un infortunio y una vergüenza sin igual. Es lógico que la dirección, que tú personalmente, tengáis y conservéis una importante influencia *moral* sobre *Die Neue Zeit* y todo lo demás que aparezca. Pero esto puede y debe bastar. En el *Vorwärts* se hace gala siempre de la intangible libertad de discusión, pero no se nota mucho. No os podéis ni imaginar qué impresión le causa a uno, aquí en el extranjero, esta propensión a adoptar medidas de fuerza, aquí, en un país donde se está acostumbrado a ver cómo se piden cuentas a los líderes más viejos del propio partido (por ejemplo, al gobierno conservador por parte del Lord Randolph Churchill). Y luego, no debéis olvidar que la disciplina no puede ser igual de rígida en un gran partido que en una pequeña secta y que la ley antisocialista que unió a lassalleanos y eisenchianos [80] (unión que según Liebknecht, se consiguió con su magnífico programa) y que hizo necesaria una estrecha cohesión de ese género, ya no existe?» [81]

De ningún modo puede pasarse por alto el hecho de que sin un cierto grado de *autonomía de producción teórica* es imposible la creación de una teoría marxista. La ruptura del vínculo entre espontaneidad y organización en el pensamiento, cosa que la mayoría de las veces sucede en interés del control,

es fatal para las experiencias teóricas, vivas y palpitantes. Es digno de señalar el que Lenin caracterice con precisión, sobre todo en sus comentarios a la *Lógica* de Hegel, este vínculo en su teoría, tratado por él en torno a las cuestiones de organización (no pudiendo, evidentemente, verificarla por los condicionamientos históricos en que actuó); pensar dialéctico es en sus comentarios precisamente la síntesis de espontaneidad y organización, prescindiendo de la confirmación continua que hace Hegel de conceptos tales como «unidad viva, concreta, orgánica», «actividad y desarrollo inmanentes», «camino que se autoconstruye», etc. El que lea atentamente los comentarios que Lenin hace sobre Hegel, podrá constatar continuamente que está sobre todo de acuerdo con Hegel cuando se trata de la *espontánea autoorganización de los pensamientos*, es decir, de algo que no se trae a las cosas desde fuera, con simple violencia. La totalidad concreta se apoya, a diferencia de la abstracta, en el automovimiento espontáneo, inmanente, de las cosas y de las relaciones, el cual no hace más que reflejarse bajo múltiples aspectos en el pensamiento. La espontaneidad como *inmediatez reflejada* es un momento central de la praxis social y, por ello, criterio con que medir el contenido de verdad de una teoría. Lo general-concreto entraña la riqueza de lo particular, individual. No es, por tanto, una casualidad el que tanto Rosa Luxemburg como Lenin recurran, en la descripción de estos procesos del automovimiento, a Hegel. En el fondo de las cosas, bajo la superficie, Rosa Luxemburg ve cómo «sigue avanzando día a día y hora a hora en silencio, el gran trabajo de topo de la revolución» [82].

Hoy tenemos que empezar a pensar de un modo nuevo y más intenso, en sentido histórico. Los esquemas ahistóricos, derrotas que vienen transformadas en modelos para futuras victorias y que han tomado el carácter de fetiches, no hacen avanzar ni teórica ni prácticamente. Solo allí donde se pueda comprender el pasado sin ninguna coacción legitimista podremos aprender de él. Lo que separa a Rosa Luxemburg de Lenin, o lo que les vincula a ambos, no son simples errores intelectuales ni verdades universales; ambos están determinados por la situación histórica y social en que se vieron obligados a trabajar y pensar. Había entre los dos, evidentemente, un respeto mutuo e intenso, precisamente por tener ambos una conciencia clara de la diversidad de sus tareas históricas.

Quisiera terminar con una referencia de actualidad: los jefes del golpe chileno han declarado, hace unos días, que dejarán de nuevo el poder tan pronto como reine el orden en el país. Un día antes de ser asesinada por oficiales alemanes, de quienes los militares chilenos no solo han heredado los cascos de acero y las marchas, sino también la brutalidad y la cerrazón política, escribía Rosa Luxemburg en un artículo titulado *El orden reina en Berlín*:

«La dirección ha fracasado. Pero la dirección puede y debe ser creada de nuevo por las masas y a partir de las masas. Las masas son lo decisivo, ellas son la roca sobre la que se basa la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura, ellas han hecho de esta <derrota> una pieza más de esa serie de derrotas históricas que constituyen el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por eso, del tronco de esta <derrota> florecerá la victoria futura. ¡El

orden reina en Berlín!, ¡esbirros estúpidos! Vuestro orden está edificado sobre arena. La revolución mañana ya «se elevará de nuevo con estruendo hacia lo alto» y proclamará, para terror vuestro, entre sonido de trompetas: ¡Fui, soy y seré!» [83].

(Traducción de Pedro Madrigal) |

ROSA LUXEMBURG Y LA CUESTIÓN NACIONAL

[84]

Georges Haupt: Nacido en 1928 en Transilvania (Rumanía), fue deportado en 1943 a Auschwitz y Buchenwald y liberado en 1945, año en que ingresa en el Partido Comunista rumano. Comienza sus estudios de historia en Bucarest y en Leningrado, para ser nombrado más tarde director de la sección de historia moderna de Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Bucarest y profesor de la Escuela del partido. Tras las revelaciones del XX Congreso del PCUS, emigra a Francia donde pide asilo político. En este país ha sido profesor y jefe de estudios en el Departamento de Historia de los Movimientos Sociales en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales y director del Centre d'Etudes sur l'URSS et l'Europe Centrale, en París. Ha impartido clases en las universidades de Wisconsin, Northwestern University, State University of New York, y en las de Zurich y Berlín. Su principal actividad ha estado centrada en la investigación de la historia del socialismo internacional. Su repentina y prematura muerte (acaecida en marzo de 1978) ha sido profundamente sentida por todos aquellos que le conocían y por quienes han tenido ocasión de conocer y leer parte de su labor y de sus trabajos de investigación.

Ha publicado, entre otras cosas: *La Deuxième Internationale* (París, 1964); *Socialism and the Great War* (Oxford, 1972); *Les marxistes et la question nationale* (una recopilación de textos, introducida conjuntamente con Michael Löwy) (París, 1975), y en prensa actualmente *De la Commune de Paris à Lénine*. Ha publicado igualmente diversos volúmenes de documentos: *Correspondance Lénine-Huysmans* (París, 1963); *Le Bureau Socialiste Internationale* (1969) y *Correspondance de Rosa Luxemburg* (dos vols.; traducción castellana de próxima aparición en Editorial Zero-ZYX, de Madrid).

Abordar el tema «Rosa Luxemburg y la cuestión nacional» equivale bien a demostrar lo evidente, bien a introducir notas discordantes en un ámbito presuntamente armonioso. De un lado, el tema centrado en el análisis de las posiciones de Rosa Luxemburg con respecto a la cuestión nacional en el marco del socialismo polaco ha sido extensamente abordado y tratado por sus biógrafos o sus exégetas a través de una interpretación de sus escritos. De otro, por qué esconderlo, el tema ha sido abordado con frecuencia en términos de proceso de intención, de juicio perentorio en el que se ha apelado a la Historia en calidad de juez, la lista de sus errores elaborada mediante una utilización descontextualizada de los escritos de Rosa Luxemburg, la polémica con Lenin aportada como prueba y los méritos revolucionarios de Rosa Luxemburg invocados como circunstancias atenuantes.

Si el primer camino ha abocado ya a un fracaso, a pesar de la persistencia de divergencias considerables, la segunda vía desemboca en un callejón sin salida; se hunde en arenas movedizas o sirve de profesión de fe, de paliativo metafísico a la reflexión histórica o teórica.

Aquí se intenta plantear la problemática desde otra óptica: situar la trayectoria de Rosa Luxemburg en el largo y difícil proceso de desenterrar una cuestión durante mucho tiempo ajena o desatendida por el pensamiento marxista. Partimos de la premisa de que el desarrollo de la teoría marxista acerca de la cuestión nacional no describe un movimiento lineal de enriquecimiento o empobrecimiento, de sumas o restas. ¡Al contrario! A menudo condicionado por las circunstancias, lleno de generalizaciones prematuras, marcado por duras polémicas, el camino de esta elaboración teórica y política ha sido el de una investigación colectiva en la que la clarificación y el avance de la problemática han pasado y pasan por divergencias profundas de interpretación, por violentos enfrentamientos entre el dinamismo y el conservadurismo de la ideología.

La dialéctica de esta polémica no se sitúa, sin embargo, solo en el nivel de la ideología, sino en lo real, en el ámbito de la historia. Es ante la necesidad de definir una actitud táctica y de adoptar una estrategia que han convergido los intentos de conceptualización, que se han modificado o desarrollado, conservado o adaptado las respuestas teóricas apenas esbozadas por los fundadores del marxismo a partir de las cuales se ha llevado a cabo la actividad de los marxistas de la II Internacional.

Más allá de las divisiones que existen en la visión histórica y la estrategia del pensamiento postmarxiano, los marxistas de la época de la II Internacional siguen planteando la cuestión nacional en términos históricos y no metafísicos, lo que explica sus respectivas aportaciones a esta elaboración colectiva. Y es precisamente en la confrontación con lo real, a menudo bajo la presión de los acontecimientos, que el pensamiento marxista, desbordando el marco y la temática de Marx y Engels, acabó por otorgarle un lugar y un estatus teórico autónomo en el corpus mismo del marxismo.

La aproximación que nosotros proponemos trasciende forzosamente el mero análisis de los textos de Rosa Luxemburg. Confesamos que un trabajo de este tipo sigue siendo difícil. La historia de las elaboraciones marxistas en torno a la cuestión nacional solo se conoce de forma fragmentaria o bajo una óptica muy particular. Incluso los textos esenciales han sido utilizados solo parcialmente, su significado a menudo deformado, y no hablemos ya de los innumerables documentos y aspectos que siguen sin conocerse. Se ha otorgado una prioridad absoluta a lo que constituye, de alguna manera, un punto de llegada y no un punto final, como son los textos de Stalin o de Lenin, con lo que se olvida o se ignora un hecho central: las elaboraciones teóricas de ambos, que se sitúan en la víspera de la Primera Guerra Mundial, se beneficiaron de un camino largo y difícil que había realizado el traslado del tema de la periferia al centro, traslado tanto en función de la maduración del pensamiento marxista como de la del fenómeno nacional, de su explosión, de su avance a partir de 1848. Además, no es posible silenciar el hecho de que en esta elaboración colectiva un papel de punta, de pionera, corresponde a Rosa Luxemburg. La misma cronología de sus escritos sobre la cuestión nacional (1893-1897, 1902, 1906, 1908-1909, 1915, 1918) es indicativa del lugar que ocupa en los esfuerzos del pensamiento marxista por superar las múltiples dificultades que conlleva la comprensión de la realidad dinámica y compleja implícita en el término de «cuestión nacional».

El estudio de la evolución del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en la época de la II Internacional puede ordenarse, en efecto, en torno a tres momentos centrales, que son a la vez etapas sociohistóricas y estadios teóricos:

1. Final del siglo XIX: período de arranque, de ruptura, en que se inicia la investigación.

2. Cambio acelerado por el seísmo de la revolución de 1905, período en el que se producen profundas mutaciones en la esfera ideológica y en el planteamiento del problema.

3. Cambio fundamental en el planteamiento de la cuestión en vísperas y durante la Primera Guerra Mundial, cuando desborda el marco organizativo y táctico para situarse en la perspectiva de la estrategia en función de la dinámica de los movimientos nacionales y de su relación con la revolución socialista.

En el presente artículo no nos proponemos ni mucho menos llevar a cabo la ambiciosa tarea que pudiera desprenderse de nuestra posición. Solo pretende sacar a la luz algunos puntos cruciales que se prestan a controversia, sin el menor deseo de agotar las cuestiones planteadas. [...]

I. UN DEBATE SIGNIFICATIVO

La forma como la cuestión nacional irrumpe en el seno de la II Internacional en vísperas de su IV Congreso convocado para el 28 de julio en Londres, y la óptica bajo la cual se impone, influyeron en el enfrentamiento, hasta el punto de falsear los datos, de hacer confusas y complicadas las posibles soluciones o salidas. En marzo de 1896, en el Congreso de Londres, la Unión en el extranjero de los socialistas polacos puso en primer plano una moción que reivindicaba el restablecimiento de una Polonia independiente como uno de los objetivos fundamentales del proletariado internacional. Para obtener el respaldo de los más eminentes representantes de la Internacional, el PPS [85] hizo vibrar la cuerda de las simpatías tradicionales hacia Polonia. La reacción inmediata de la SDKP fue impedir que esta plataforma del PPS obtuviera «la sanción, de tantísima importancia, contra la que habrían fracasado todos los intentos de crítica en las filas de los socialistas polacos» [86], la contraofensiva dirigida por Rosa Luxemburg adoptó la forma de una polémica violenta en la que «prevalecen los argumentos de carácter puramente político y táctico», y en la que las sutilezas teóricas no tenían cabida.

Con esta controversia viva y apasionada «a propósito de las tendencias socialpatriotas en el seno del socialismo polaco», impulsada a raíz del análisis de Rosa Luxemburg de marzo de 1896 en la prestigiosa *Neue Zeit* y que se extendió rápidamente al conjunto de la prensa socialdemócrata alemana, y más tarde a la italiana, «se abrió una significativa discusión en torno a la cuestión nacional en el socialismo», según la pertinente constatación de Hans-Ulrich Wehler [87]. Significativa, pero también reveladora en muchos aspectos. Reveladora del estado de ánimo predominante en la II Internacional, del horizonte mental del socialismo a finales de siglo y, en especial, de la óptica de que partían los marxistas, de los condicionamientos a que estaban sometidos, de las metas que se habían trazado en el plano nacional.

I. a. LOS OBJETIVOS DE ROSA LUXEMBURG

El hecho de que «la resolución polaca, superflua, pero anodina», según el comentario de Adler [88], y el tema de la restauración de Polonia, cargado de elementos pasionales, consiguieran, a pesar, de las reticencias, abrir un debate de tal amplitud, significaba que el momento era efectivamente propicio, maduro, para iniciar una revisión inevitable, cuya idea se había estado cebando ya desde hacía una década en ciertos teóricos marxistas. Había estado en el aire ya desde 1881 en los medios cercanos a Engels y sugerido por aquellos

considerados como los más eminentes representantes de la joven generación marxista, Bernstein y Kautsky, quienes habían intentado tímida y respetuosamente convencer a Engels de que revisara «sus posiciones de 1848», especialmente las relativas a los eslavos del sur y a Polonia.

Por sus orígenes, sus experiencias, sus afinidades políticas, Kautsky estaba sensibilizado hacia la problemática nacional, y entrevió de forma intuitiva los cambios que se estaban operando. Su estudio sobre «La nación moderna», aparecido en 1887 en la *Neue Zeit*, fue un ensayo pionero que proporcionaba una explicación, un análisis coherente. Constituyó durante veinte años la única elaboración teórica sobre el tema y sus tesis, que Rosa Luxemburg suscribía, fueron consideradas como el punto de vista marxista autorizado, ortodoxo, en la materia. Kautsky se dio cuenta con lucidez de la nocividad de las posiciones «superadas y paradójicas» mantenidas por las autoridades de la socialdemocracia y sobre todo por Wilhelm Liebknecht. «Su concepción de la cuestión nacional está superada», constata con frecuencia Kautsky a propósito de las tomas de postura de Liebknecht —considerado como el gran defensor de la política nacional de Marx—. Pero se limita a avanzar sus críticas, sus objeciones y sus sugerencias a sus amigos y solo emprende la revisión indispensable de forma gradual y a través de un tercero, es decir, a través de la política de Adler o de la pluma de Bernstein. El contencioso austriaco, cuyos pormenores Kautsky conocía bien, también le aconsejaba prudencia. Preocupado por el peligro de ver avivadas las pasiones nacionales en el interior de su partido, Adler había frenado conscientemente el debate en torno a este tema tan explosivo. Victor Adler era, además, uno de los pocos dirigentes socialdemócratas que fue, por aquel entonces, consciente de la importancia y de la amplitud que revestía la cuestión nacional, pero también del hecho de que este problema abocaba a su partido a un callejón sin salida; renunció a enfrentarse a él en favor de un imperativo que le parecía prioritario y decisivo: mantener la unidad tan difícilmente conquistada, evitar comprometer el precario equilibrio interior entre los distintos componentes nacionales. Sin compartir enteramente sus temores, Kautsky se abstuvo de contrarrestar los esfuerzos de aquel a quien reconocía sentido político y habilidad táctica sin igual.

Fue precisamente Adler el que se opuso decididamente a la iniciativa de Rosa Luxemburg y el que consideró peligrosas «estas consideraciones tan intempestivas», aparecidas además en la *Neue Zeit*. Frente al descontento del Partido Socialdemócrata de Galizia [89], pidió a Kautsky «salvar lo que esta oca doctrinaria ha estropeado... Unos apagan el fuego, otros lo reavivan». En el debate Kautsky no apagará el fuego, sino que tratará de circunscribir «el embrollo».

Rosa Luxemburg asumió de alguna manera «el compromiso de la conciencia con el impetuoso proceso histórico», la conciencia siendo, en este caso preciso, el coraje. Ella inició inmediatamente y con pasión lo que el «teórico prudente» Kautsky había rehusado asumir públicamente. El debate desencadenado por ella no tenía como objetivo al PPS solamente; ponía también en cuestión, sin términos medios, a todos aquellos que sostenían concepciones

y posiciones tradicionales, a las autoridades de la Internacional, desde Liebknecht hasta Plejánov. Rosa Luxemburg se enfrentaba, de hecho, a las ideas expresadas por Engels tan solo cuatro años antes, cuando había explicitado su convicción de la necesidad de una pronta restauración de Polonia.

Ella no temía enfrentarse ni a las tradiciones ni a sus defensores. Pero era consciente de los prejuicios que jugaban contra ella: tenía veinticinco años, era mujer, militante polaca sin apoyo en la poderosa socialdemocracia alemana; en la Internacional, solo se la conocía por un hecho negativo: el rechazo de su mandato para el Congreso de Zurich; sus adversarios la calificaban de «persona pedante y belicosa», «que apela a Marx y a Engels para deformar su pensamiento», y sus acusaciones de «socialismo desvirtuado en nacionalismo» eran consideradas como meras «calumnias pérfidas» «chismes de intrigante».

Sin embargo, su audacia tuvo un efecto de choque: desencadena el mecanismo. Sobre todo, implica a Kautsky. En un primer movimiento, el redactor de la *Neue Zeit* intenta eludir una toma de postura irreversible y pasar la responsabilidad a Bernstein, antes de introducir en el terreno desbrozado por Rosa Luxemburg los análisis madurados durante quince años (o, según el comentario irónico e injusto de Rosa Luxemburg, Kautsky «se vio en esta ocasión en la necesidad de crear con sus propias fuerzas toda una teoría para poder apoyar el programa de reconstrucción de Polonia») [90]. Con la entrada en liza de Kautsky, el debate se vio ampliado en sus dimensiones y en su audiencia, si bien a expensas de las tesis defendidas por Rosa Luxemburg. Solo la autoridad reconocida de «este célebre representante del marxismo» pudo conferir al intento de revisión el peso y la importancia requeridas. Su artículo, aparecido en vísperas del Congreso de Londres, permitió en cierto modo cerrar el debate en torno a Polonia y su punto de vista sería considerado como conclusión. No hubo réplica por parte de Rosa Luxemburg a pesar de las críticas a que se vieron sometidas sus tesis: la forma como el Congreso enterró la moción del PPS, objeto inmediato de la disputa, la satisfacía en el plano táctico. Pero sobre todo se dio cuenta de que en el plano internacional, «después del Congreso de Londres, el debate en torno al tema de la reconstrucción de Polonia ha perdido actualidad y valor» [91]. Desde ese momento, Rosa Luxemburg prolongaría el enfrentamiento sobre la cuestión nacional a través de la polémica suscitada por la cuestión de Oriente y la política de los socialistas, que había vuelto a ponerse en primer plano bajo la presión de los movimientos nacionales de los pueblos cristianos del Imperio otomano (la cuestión cretense y armenia).

Debate de envergadura que adquirió una amplitud y una audiencia considerables. La prensa socialista occidental —alemana, inglesa, francesa— se convirtió en la plataforma de vivas polémicas con respecto a las posiciones tradicionales, las de «Bax, Liebknecht, Hyndman», que seguían viendo en los movimientos nacionales del sureste europeo tan solo «la obra del «rublo itinerante»» y defendiendo la integridad de Turquía como «en la época de la guerra de Crimea» (Kautsky) [92]. En el campo marxista, la crítica de la posición de Liebknecht fue emprendida a la vez, pero de manera independiente, por Rosa Luxemburg y por Eduard Bernstein. La primera, a quien Liebknecht había ne-

gado las columnas del *Vorwärts*, se expresó a través de la *Sächsische Arbeiterzeitung*, mientras que Bernstein, inspirado incluso por Kaustky, publicaba en la *Neue Zeit*. Pero la crítica sería el único punto en común entre ambos. En su artículo, posterior al de Rosa Luxemburg, Bernstein basaba sus argumentos en la simpatía humanitaria hacia «las naciones civilizadas» en términos que habían merecido la reprimenda de Engels. Por su espíritu, el artículo de Bernstein se inscribía perfectamente en la línea de Liebknecht y de una visión ético-liberal, en tanto que la intervención de Rosa Luxemburg aspiraba a restaurar la posición marxista sobre la cuestión nacional.

Aparentemente, Rosa Luxemburg defiende posiciones contradictorias en estos dos momentos del debate. En el caso polaco, se niega a admitir la validez de los objetivos nacionales y, en el caso de los pueblos balcánicos, aboga en favor de su independencia. En realidad no hay ni incoherencia ni contradicción en sus posiciones. Las tesis expuestas en estas dos series distintas de artículos forman un todo indivisible. Este segundo polo del debate, la cuestión de Oriente, a menudo minimizado o considerado fuera de lugar, revela de hecho el alcance y los objetivos generales de la polémica que ella provoca sobre la cuestión nacional, delimita los objetivos; a través de las articulaciones de su posición aplicada a dos situaciones concretas, se configura su concepción fundamental de la cuestión nacional.

I. b. LAS ARTICULACIONES DE LA POSICIÓN DE ROSA LUXEMBURG

La coherencia, es decir, la unidad orgánica del discurso de Rosa Luxemburg en los debates de los años 1895-1897, parece poder ordenarse en torno a tres componentes: 1) la revisión fundamental de posiciones tácticas ya superadas; 2) la crítica de las visiones «utópicas» o residuales en el pensamiento socialista; 3) el intento de homogeneizar las concepciones de la socialdemocracia acerca de la cuestión nacional, para definir «una posición unitaria basada en el internacionalismo proletario». La revisión se refiere a dos aspectos concretos:

1. Las opiniones comunes al socialismo europeo occidental sobre las relaciones internacionales. El fin perseguido es esclarecer las mutaciones ocurridas en ese plano y poner de manifiesto los nuevos datos sobre los que debe articularse la política internacional del socialismo. La revisión consiste en una «crítica de las posiciones tradicionales sobre Rusia» con el fin de neutralizar la rusofobia que falsea todo juicio y sustituir la imagen superada de «la Rusia patriarcal de Nicolás I por la idea de la Rusia moderna, capitalista, la Rusia del proletariado en lucha».

2. «Las concepciones envejecidas de Marx», las apreciaciones ya caducas. La situación había sido perfectamente resumida por Kautsky: «Tanto sobre la cuestión de Oriente como sobre la de Polonia, soy de la opinión de que la vieja posición de Marx es ya insostenible —lo mismo que su posición con respecto

a los checos. Sería completamente no marxista cerrar los ojos ante los hechos y persistir en el punto de vista ya superado de Marx» [93]. Premisa indispensable para recuperar los principios, las líneas directrices, la posición marxista, del fárrago de lo circunstancial era la de terminar con la absolutización de las tradiciones, con la elevación a dogma de las apreciaciones circunstanciales de Marx y de Engels. Así pues, según la definición de Rosa Luxemburg, era necesario «revisar las viejas ideas de Marx sobre la cuestión nacional para dar libre acceso a los principios de la teoría marxista sobre el movimiento obrero polaco» y para poder «aplicar el método y los principios fundamentales de la doctrina marxista» [94].

La afirmación del método que «no se deja influir en absoluto por fórmulas abstractas sino únicamente por las condiciones reales de cada caso concreto» [95], pasa obligatoriamente por la crítica de las ilusiones nostálgicas, de las nociones abstractas, que «no tienen ningún vínculo con el socialismo o con la política obrera» [96]. Ello equivale para Rosa Luxemburg, en primer lugar, a precisar el sentido, el alcance del concepto-clave, el principio del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. «Principio reconocido por el socialismo», y que se deriva de «sus principios fundamentales», se convierte, una vez convertido en derecho absoluto, en una fórmula metafísica y vuelve, en el plano ideológico, a sus orígenes, a «una paráfrasis del viejo eslogan del nacionalismo burgués de todos los países y de todos los tiempos» [97]. Y es en la actitud adoptada frente al principio del derecho de las naciones a disponer de sí mismas donde cristalizan, según Rosa Luxemburg, las divergencias fundamentales entre los socialistas, internacionalistas o socialpatriotas, entre una visión marxista y una visión liberal-humanista. A una interpretación ético-liberal, Rosa Luxemburg opone un enfoque de clase capaz de abordar el fenómeno nacional en su historicidad a través de la dinámica concreta de las condiciones y de los intereses de la lucha de clases.

¿Cuáles son las premisas de este enfoque? ¿Cuáles sus consecuencias tácticas? Los textos de Rosa Luxemburg de los años 1895-1897 se prestan a interpretaciones contradictorias. Según la interpretación de J. P. Nettl —interpretación habitual— Rosa Luxemburg habría avanzado, para apoyar sus tesis, el axioma de «la incompatibilidad ante las aspiraciones nacionales y los socialistas», y habría reducido la consigna de la autodeterminación a un «síntoma de oportunismo que liga el socialismo al carro del enemigo de clase» [98]. Este punto de vista postula una generalización de las tesis defendidas por Rosa Luxemburg para el caso de Polonia. Pero no corresponde a la concepción de Rosa Luxemburg, a su manera de plantear globalmente la cuestión.

Ella no razona en términos de compatibilidad entre aspiraciones nacionales y socialistas, como tampoco es el caso que se plantee la no-conciliación, en lo político, entre el factor nacional y el factor de clase. Hace suyas, de forma rígida, las premisas fundamentales de Marx, partiendo de una distinción entre el derecho y la necesidad, entre el principio y la consigna de autodeterminación. En la medida en que el fenómeno nacional no es unívoco, en esta misma medida aquel principio no es universal, no constituye un objetivo en sí mismo; no reviste para la socialdemocracia sino un valor táctico, una función

histórica limitada. Esta tesis cardinal de Rosa Luxemburg se desprende de su axioma general: son las posiciones de clase y no las posiciones nacionales las que constituyen el fundamento de la política socialista y determinan la actitud en torno a la cuestión nacional. El objetivo central de la clase obrera a propósito de la cuestión nacional se deduce de la finalidad del proletariado y las soluciones vienen subordinadas a las exigencias de la lucha de clase. En Polonia, incluir la idea del Estado nacional en el programa socialista no corresponde a los intereses del proletariado, entra incluso en conflicto con ellos.

El primer punto de la homogeneización de las concepciones socialistas reside, pues, para Rosa Luxemburg, en la definición de una actitud de principio que consiste en abordar la cuestión nacional desde el punto de vista de clase. «Para la socialdemocracia, la cuestión de las nacionalidades, como todas las demás cuestiones sociales y políticas, es ante todo *una cuestión de interés de clase*», precisa en 1908 [99], resumiendo así su posición fundamental. Las aspiraciones nacionales deben, por tanto, ser juzgadas y zanjadas en cada situación concreta a partir de estas posiciones de principio, lo que supone actuar de acuerdo con «el método y el espíritu de Marx, tomando siempre como punto de partida los fenómenos históricos concretos de un período determinado», según la justa constatación de Nettl [100]. La posición de principio no se identifica con las tomas de postura de los fundadores del socialismo científico históricamente superadas, sino que se define «a partir del punto de vista del socialismo científico»; del mismo modo que la política nacional del socialismo tampoco puede articularse sobre un fondo de tareas cumplidas o superadas, sino sobre las nuevas tareas políticas que han surgido y que deben ser asumidas en función de la correlación de fuerzas cambiantes, en función de las mutaciones ocurridas que reflejan tendencias generales del desarrollo del capitalismo y las contradicciones que de él resultan.

El punto de vista socialista sobre la cuestión de las nacionalidades depende ante todo de las circunstancias concretas «que difieren sensiblemente de un país a otro», de la especificidad de las contradicciones; la política a que obliga, la actitud a adoptar, no pueden ser sino tácticas, no se identifican con una posición de principio. Ya que «en cada país la cuestión de las nacionalidades varía con el tiempo, y ello debe obligar a una consecuente modificación en la valoración de estos fenómenos» [101]. Ella no formula con claridad estas exigencias metodológicas subyacentes hasta 1908; pero ya las tiene en cuenta en 1897 cuando intenta definir los criterios que deben guiar a los socialdemócratas en su consideración de las aspiraciones nacionales y en su actitud diferenciada hacia los movimientos nacionales. Rosa Luxemburg hace una distinción entre a) el principio que consiste «en estar siempre de parte de toda aspiración a la libertad»; y b) los «intereses prácticos de la socialdemocracia». Dos criterios complementarios que no pueden coincidir en todos los casos, siendo el segundo el determinante.

¿Por qué surgen la no-concordancia y la contradicción? Porque la realidad de la cuestión nacional y la de los movimientos nacionales, el contenido de las aspiraciones nacionales, cambian en función de las relaciones específicas de clase. La aspiración a la independencia nacional no expresa forzosamente

un mismo tipo de fenómenos, no reviste un carácter idéntico ni un alcance que trascienda las condiciones históricas y los intereses de clase; del mismo modo que la lucha nacional no es siempre la forma que mejor corresponde a la lucha de liberación, no es siempre el medio de hacerla avanzar. Por estas razones, el problema en los Balcanes, en Europa Central y en la Europa del Este se plantea de forma distinta, puesto que no hay en ellos ningún tipo de homogeneidad entre las condiciones históricas y las realidades económicas que prevalecen en ellos.

Así, en el caso de los movimientos nacionales en Turquía, los principios y los intereses prácticos de la socialdemocracia coinciden. Los movimientos nacionales asumen allí, en una vasta región de Europa, la tarea de desarrollar las fuerzas productivas, tarea hasta aquel momento imposible, cerrada. La liberación nacional de los pueblos cristianos oprimidos es condición necesaria para el progreso social que solo puede realizarse con la conquista de su independencia. El que Estados nacionales sustituyan a un Imperio «decrépito y podrido» corresponde perfectamente a las exigencias del desarrollo económico y social de los Balcanes, es la premisa indispensable para el desarrollo del capitalismo y para la aparición del movimiento obrero. Al mismo tiempo, y paralelamente, la liberación de los pueblos balcánicos oprimidos significa un progreso en la constelación política internacional, dado que el proceso de desintegración del Imperio otomano conlleva al debilitamiento de las posiciones estratégicas de las grandes potencias y, más concretamente, va en contra de los intereses y los objetivos de dominación de Rusia en el sureste europeo.

Por el contrario, Polonia había llegado a ser, para Rosa Luxemburg, el ejemplo-tipo de la no-coincidencia y del conflicto de ambos criterios. La aspiración a la independencia ha dejado aquí de ser una reivindicación revolucionaria: ya no corresponde a la necesidad del desarrollo social. Ya no se identifica tampoco con los intereses estratégicos del socialismo internacional. Pues Polonia ha dejado de ser «el bastión de Europa contra el zarismo» y el eslogan de su restauración ha dejado de representar una estrategia global y coherente para convertirse en algo retórico que esconde en realidad, el hecho de la sustitución del socialismo por el nacionalismo, por lo que el PPS intenta entorpecer la lucha de clases. El lugar privilegiado que la cuestión nacional polaca sigue ocupando en la Internacional, la reivindicación de su independencia erigida en principio, en objetivo prioritario del proletariado, no es ya en realidad más que un concepto ideológico, calcado del «derecho liberal a la autodeterminación reforzado por las antipatías hacia Rusia» [102].

Polonia se ha convertido en un aspecto particular del problema general de la cuestión nacional. Polonia pertenece, al igual que Alsacia-Lorena y Bohemia, a ese grupo de regiones dominadas que están, sin embargo, integradas dentro de grandes conjuntos a raíz del desarrollo de las relaciones capitalistas. Lo que obliga a una modificación fundamental en las premisas y en la consideración misma de la cuestión nacional. Según los términos de Rosa Luxemburg: «En todos estos casos, asistimos a un claro proceso contradictorio de asimilación capitalista de los países anexionados con el dominante, lo que condena las aspiraciones separatistas a la impotencia, y los intereses del

movimiento obrero nos fuerzan a luchar en favor de la unificación de las fuerzas y no de su fragmentación en luchas nacionales».[103] Desde ese momento, los intereses prácticos del movimiento obrero constituyen el criterio único y prioritario.

Así pues, a través de estos dos puntos del debate se concreta la trayectoria orientada por la historicidad del concepto y de la realidad de las aspiraciones y de los movimientos nacionales. Rosa Luxemburg basa sus juicios antinómicos en la especificidad de las contradicciones que determina la naturaleza específica de la cuestión nacional en cada uno de los casos.

I. c. EL NÚCLEO DEL DEBATE: TÁCTICA Y ORGANIZACIÓN

Para apoyar su tesis del cambio en la significación histórica de la cuestión polaca y sus implicaciones para los objetivos del socialismo polaco y la política internacional del socialismo, Rosa Luxemburg recurre a argumentos de orden táctico, político, que se ordenan en torno al «análisis de la orientación esencial del desarrollo social de Polonia» en el marco de las transformaciones fundamentales que Rusia había conocido. Ya dentro de la esfera de desarrollo del capitalismo europeo, convertida en epicentro de un desarrollo rápido del movimiento obrero revolucionario, Rusia está minada por contradicciones explosivas. En este proceso de desarrollo acelerado, la Polonia rusa en plena expansión juega un papel de motor que demuestra menos «la vitalidad de la nación polaca» (Engels) que los rasgos específicos de la vida social en Polonia y el dinamismo de los cambios en el Imperio ruso.

Por otra parte, la burguesía polaca de las tres zonas ocupadas nunca había reivindicado la independencia porque sus intereses, especialmente en la Polonia rusa, habían estado desde siempre demasiado estrechamente ligados a los del capitalismo del país ocupante como para sentir la necesidad de la existencia de un territorio homogéneo donde ejercer su hegemonía. El proletariado polaco no tenía, por tanto, ningún motivo para tomar como propio un objetivo que nunca había sido el de la burguesía polaca, pues «si el proletariado es capaz de restablecer el Estado de clase polaco a pesar de todas estas dificultades —la de los Estados ocupantes y la de las tres burguesías polacas— entonces también es capaz de hacer la revolución socialista» [104]. Las tendencias del desarrollo capitalista habían creado un mecanismo económico único y habían hecho a Polonia, más industrializada, orgánicamente dependiente del mercado ruso y vinculada a él. Estas mutaciones obligaban, pues, al movimiento socialista polaco a establecer sus programas de acuerdo con «la impecable lógica de la necesidad histórica». Ahora bien, esta necesidad histórica era la revolución en Rusia, el derrocamiento del zarismo, condición necesaria para la libertad de las naciones oprimidas. Los objetivos nacionales se veían, por consiguiente, subordinados a los objetivos de la clase obrera convertida

en el motor y la fuerza hegemónica de la lucha revolucionaria. La liberación de las naciones oprimidas en Rusia pasaba y se realizaba por la lucha solidaria, unida, del proletariado ruso y polaco.

Este proceso de integración, que desde el punto de vista del progreso de la lucha del movimiento obrero es un factor de desarrollo, define pues, los intereses prácticos de la socialdemocracia. La dinámica de la lucha de clases impone una estrategia unificadora que debe traducirse y realizarse en el plano organizativo. La organización en tanto que praxis constituye para Rosa Luxemburg el segundo pilar para la clarificación de principios, la matriz donde se produce la homogeneización de las concepciones de la socialdemocracia en torno a la cuestión nacional.

¿Cuál es el impacto del hecho nacional en la estructura organizativa? De acuerdo con Rosa Luxemburg, las dos exigencias solidarias, tácticas y organizativas, en el marco de las tareas prácticas inmediatas, imponen las opciones y definen los intereses prácticos del movimiento obrero. La organización de acuerdo con el principio nacional, tal como la reivindica «el socialpatriotismo, sabotaría la lucha de clases y diluiría la lucha política compacta del movimiento obrero en una serie de luchas atomizadas y estériles» [105]. Provocaría una revisión fundamental de la posición de la socialdemocracia internacional, un deslizamiento en el programa, en la táctica y en los principios organizativos, de posiciones puramente políticas y de clase a posiciones nacionalistas. Lo esencial de su argumentación se resume en este párrafo: «Si los polacos de las tres partes de Polonia se organizaran según el principio de las nacionalidades para la liberación estatal de Polonia, ¿por qué no las diferentes nacionalidades de Austria no podrían hacer lo mismo?, ¿por qué los alsacianos no podrían organizarse conjuntamente con los franceses, etcétera? En una palabra, la puerta abierta quedaría a las luchas nacionales y a las organizaciones nacionales. En lugar de organizar a los trabajadores en función de datos políticos y estatales, se privilegiaría al principio de la organización según la nacionalidad. En lugar de programas políticos de acuerdo con los intereses de clase, se elaborarían programas nacionales. El sabotaje de la lucha política unitaria del proletariado en cada Estado se vería consagrado desde el principio por una serie de luchas nacionales estériles [106]. Este argumento nos sitúa en el centro del problema en torno al cual se articularán las divergencias y las divisiones entre los marxistas en los países donde se plantea la cuestión nacional. En 1896, el problema queda circunscrito a la socialdemocracia austriaca que, más por pragmatismo que por consideraciones ideológicas, adopta una posición diametralmente opuesta a la de Rosa Luxemburg y estima que «las mejores condiciones prácticas para la organización de las numerosas nacionalidades de Austria» residen en el principio de la federalización de las organizaciones nacionales. Dos soluciones, dos opciones que corresponden a tipos de relación diferentes entre las organizaciones socialistas de las naciones dominantes y las de las naciones dominadas en función de la agudización del problema nacional y del grado de tensión alcanzado. Si en Austria ha llegado a ser explosivo y se sitúa en el centro mismo de la lucha política y social, en el Imperio ruso no reviste sino una importancia subalter-

na en relación con las grandes contradicciones sociales y políticas que harán madurar la revolución de 1905.

Aquí, el trasvase de grupos u organizaciones aisladas a los partidos territoriales o nacionales se lleva a cabo principalmente en las regiones occidentales del Imperio, las que primero se han industrializado, donde la población está constituida, en su mayoría, por la nacionalidad polaca y la judía. Si en la Rusia propiamente dicha la diseminación de los centros industriales frena la organización del naciente movimiento obrero a escala nacional, la geografía económica del oeste del Imperio cataliza el proceso y posibilita ese objetivo. Así, la SDKP y el PPS, los dos partidos socialistas polacos rivales, son muy anteriores al POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia), y el Bund, el partido obrero judío fundado en 1897, es un elemento impulsor y constitutivo del nacimiento del POSDR. Precediendo parcialmente al de la nación dominante, el movimiento obrero de las nacionalidades del Imperio ruso contribuirá a plantear al POSDR la cuestión nacional en términos de una asociación de las organizaciones surgidas en las distintas regiones. Además, con ocasión del Segundo Congreso del POSDR, en 1903, es la SDKP (convertida desde 1900 en la SDKPiL) quien solicita que sean definidos los términos de su asociación con el partido global.

Para Rosa Luxemburg el problema organizativo no se plantea en términos de adaptación a las realidades y situaciones tácticas: reviste una importancia cardinal, llega a ser la piedra de toque del internacionalismo. La alternativa socialismo o nacionalismo queda reflejada en la alternativa de la organización del movimiento obrero de las nacionalidades según el principio de clase o según el principio de las nacionalidades. En el problema de organización que ella plantea en 1896, Rosa Luxemburg parte de una corrección restrictiva a la definición engelsiana del marco de lucha nacional necesario al movimiento obrero y de la distinción que ella opera entre marco de acción, tarea política y marco organizativo. De acuerdo con su interpretación, la disolución de la AIT en favor de «partidos organizados en cada Estado» fue motivada no por una sensibilización hacia el factor nacional, sino por las «condiciones políticas existentes» [107]: los partidos obreros, organizaciones nacionales surgidas de esa forma, no toman en consideración la nacionalidad de un obrero sino simplemente el marco político específico que representa la realidad del Estado. El marco de acción no viene trazado, pues, en función de un Estado nacional abstracto, la organización no se limita a las fronteras de las nacionalidades, sino que parte de las fronteras del Estado constituido. Rosa Luxemburg desplaza el acento del marco nacional (Estado nacional independiente) en tanto que terreno de implantación, al marco fijado por el Estado capitalista existente, en tanto que terreno de acción y terreno de lucha. Esta realidad determina las tareas políticas específicas en función de las particularidades económicas, políticas e históricas de cada país, pero no afecta, no modifica los principios que están en la base de la organización, ni la naturaleza del movimiento obrero que sigue siendo y debe seguir siendo internacional en su esencia. Instrumento para llevar a cabo las tareas políticas, la organización no es el producto del marco de acción, sino que se deriva del principio del in-

ternacionalismo proletario. Pues no son las exigencias o las consideraciones nacionales las que determinan los medios y los métodos de lucha ni en los Estados nacionales ni en los multinacionales, sino la motivación de principio del programa socialdemócrata. Lo que permitirá al movimiento obrero polaco alcanzar sus objetivos en el campo nacional no es «la mezcla artificial de los intereses de clase del proletariado polaco con las tradiciones nacionales» [108] en base a una alianza entre socialismo y nacionalismo, sino solo una alianza orgánica con el conjunto del movimiento obrero de Rusia.

I. d. LA CONTROVERSIA CON KAUTSKY

A través de la homogeneización de las concepciones y de las posiciones sobre la cuestión nacional, el debate va más allá de una ruptura con la mentalidad tradicional, y se llega a un enfrentamiento teórico en el seno del marxismo en torno a cuestiones cruciales planteadas y dejadas abiertas por Engels. El artículo de Kautsky con el título evocador de «Finis Poloniae?» [109] refuta tanto a Rosa Luxemburg como se opone por razones de principio a la resolución del PPS.

Kautsky suscribe los dos objetivos de la posición de Rosa Luxemburg: la revisión de concepciones ya superadas sobre la cuestión nacional y la reevaluación del significado de la cuestión polaca para el socialismo internacional. Admite que «el acontecimiento de un poderoso movimiento revolucionario en Rusia tiene como efecto que el apoyo a la restauración de Polonia, y el de la integridad de Turquía, dejen de ser una necesidad urgente para la socialdemocracia de Europa occidental» (p. 491). Pero de ahí a concluir que la independencia polaca esté superada o sea utópica, es una vía por la que no seguirá a Rosa Luxemburg. Sus divergencias tocan un problema de fondo: el rol del factor nacional en el desarrollo del movimiento obrero. Kautsky se opone al rechazo obstinado de Rosa a transigir con la idea de Estado nacional, pero también previene contra la amalgama que hace el PPS entre marco y objetivo de la lucha, por medio de una fórmula un tanto elástica: «la independencia nacional no está lo suficientemente ligada a los intereses de clase del proletariado en lucha como para constituir una aspiración incondicional, defendible en cualquier circunstancia» (p. 520). Pero en el caso de Polonia esta reivindicación no es ni utópica, ni está superada, pues solo en una Polonia restaurada el socialismo adquirirá una influencia equiparable a su nivel de desarrollo. Kautsky es categórico en rechazar la separación rígida que hace Rosa Luxemburg entre marco de implantación y marco de lucha, entre tareas políticas y factor nacional. Kautsky considera una abstracción irreal la subestimación del factor sentimiento nacional, puesto que «la comunidad de lengua constituye un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas» del movimiento obrero en el interior de un mismo Estado (p. 521). La socialdemocracia no puede ni debe hacer abstracción del factor nacional. Así, en el caso de Polonia, Kautsky percibe que el proceso endógeno de extensión de la

conciencia nacional deja de ser patrimonio de las capas reaccionarias, campesinas o pequeñoburguesas, y alcanza a la clase obrera. Y contrariamente a lo que Rosa Luxemburg sostiene, que la clase obrera es impermeable a la idea nacional o que esta desaparece en la comunidad de lucha, Kautsky afirma: «cuanto más sólidamente arraigue la socialdemocracia en las masas, cuanto más actúe sobre y por las masas, tanto más se dejarán sentir las diferencias nacionales, con o sin programa socialpatriota» (p. 521). En otras palabras, la socialdemocracia debe, en sus tareas prácticas, tomar en consideración esta realidad del momento nacional en el seno del movimiento obrero, momento que se impone como realidad objetiva.

Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky no constituyen simplemente dos interpretaciones diferentes, dos puntos de vista opuestos: traducen ya en miniatura dos sensibilidades, dos concepciones del lugar a asignar a la cuestión nacional en la praxis y en la reflexión teórica del movimiento obrero. Sin embargo, las premisas ideológicas e históricas son idénticas. Como escribe H. Mommsen, Rosa Luxemburg «tuvo el mérito de haber reconocido la importancia y el alcance del problema nacional para el socialismo internacional mucho antes que la mayoría de la socialdemocracia alemana» [110]; Kautsky fue una de las primeras autoridades del marxismo en darse cuenta no solo de la necesidad de tomar sus distancias con respecto a la herencia de 1848, sino también de la complejidad de sus implicaciones y de su peso para el movimiento obrero. «Ya no resulta tan fácil para nosotros como lo fue para los de 1848, para quienes los alemanes, los polacos, los húngaros eran los revolucionarios y los eslavos los reaccionarios. La entera situación muestra, por el contrario, que no se puede entusiasmar a las masas de forma durable en favor del socialismo sino allí y en la medida en que las cuestiones nacionales sean resueltas» [111]. Al igual que Rosa Luxemburg, Kautsky no alimenta ilusiones sobre la posibilidad inmediata de que el movimiento obrero puede plantearse esta hipótesis. Pues los Estados multinacionales, y en primer lugar Austria-Hungría, «ruinas feudales y absolutistas incapaces de transformaciones democrático-burguesas», habían llegado a un tal estado de cosas que «no hay salida posible». Para Kautsky, «la sociedad burguesa tampoco tiene ya la fuerza para acabar con los edificios más podridos, el Sultán, el zarismo, Austria. Pero no podemos prever cuándo encontraremos la fuerza necesaria para dismantelar las ruinas. Sin duda, tenemos que tener paciencia», escribe a Adler [112].

Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky se ponen de manifiesto en la definición de las tareas que incumben al movimiento obrero y en la actitud a adoptar. Para Rosa Luxemburg, la cuestión nacional pertenece a aquel ámbito en que las «posibilidades concretas de realización superan las posibilidades del proletariado» [113]. La socialdemocracia debe afrontado solamente y en el momento en que se inscribe en el orden del día, en las contradicciones y luchas políticas, cuando todos los partidos políticos se ven abocados a hallar una solución a esta cuestión «en el marco de las tareas inmediatas a partir de la política práctica» [114]. Este enfoque no se desprende de la naturaleza de la cuestión nacional sino del momento de realización en el que se encuentra

el movimiento obrero, momento en que debe someter «todas las tareas y todos los objetivos a un examen crítico de sus posibilidades concretas de realización; aquellas que parecen superar las posibilidades del proletariado son abandonadas a pesar del atractivo que puedan presentar» [115].

En Polonia, este es el caso de la reivindicación de independencia y, más globalmente, de la problemática nacional. Por consiguiente, siendo intelectualmente seductor por las dificultades que plantea, es políticamente peligroso e inoportuno lanzarse prematuramente a una elaboración teórica y política que no puede pasar de generalidades, de utopía, alejándose, por esa razón, de las tareas inmediatas. Además Rosa Luxemburg concibe sus tesis sobre la cuestión nacional como una «reflexión histórica sobre la actualidad», según la feliz fórmula de Nettl. Pues la naturaleza de la cambiante realidad histórica de la cuestión nacional excluye la posibilidad de soluciones generales o de generalizaciones prematuras. Para Rosa Luxemburg, concebir teóricamente el problema nacional equivale a clarificar y a unificar las concepciones, a formular los principios generales para poder asegurar «a la política de la socialdemocracia una solución y un tratamiento de principio homogéneo». Abordarlo políticamente consiste en afrontarlo en el plano práctico, en su actualidad. En Polonia, como tarea inmediata, debe ser resuelto en el plano en el que directamente se plantea: la organización de clase.

Kautsky, en cambio, califica la manera como Rosa Luxemburg plantea el problema de miopía política. El socialismo no debe renunciar a reivindicaciones que pueden hoy aparecer como incompatibles, como el abandono de la independencia de Polonia, ni rehuir enfrentarse a la cuestión nacional fuera del marco improvisado por el movimiento obrero, porque supere las posibilidades de realización del proletariado. «Nuestras reivindicaciones prácticas se miden no por lo que tengan de realizables según la correlación de fuerzas existente, sino por lo conciliables con el orden social existente y porque su realización sea susceptible de facilitar la lucha de clase del proletariado y de allanarle el camino que conduce a la dominación política [116]». Ciertamente, la solución del problema nacional escapa al proletariado, pero esto no significa que se deban arrinconar las permanentes preocupaciones de la socialdemocracia hasta el momento en que esta se vea obligada a afrontarlo en tanto que tarea política inmediata. La socialdemocracia debe tener una política ofensiva; concebir teóricamente y políticamente la cuestión nacional significa intentar controlarla: «ella [la socialdemocracia] debe estar en situación de intervenir en las luchas nacionales con un programa que sea realizable en el contexto dado y no con fórmulas de consuelo para el futuro» [117].

A través de la controversia Rosa Luxemburg-Kautsky, esta primera confrontación del socialismo con la cuestión nacional cambia de dimensiones y significación. Más allá de una ruptura con la mentalidad tradicional y de un esfuerzo por revisar legados embarazosos, desemboca en un enfrentamiento que jalona la problemática marxista y afecta a las cuestiones fundamentales que subyacen a los problemas con que se enfrenta el movimiento obrero en esta fase de su desarrollo.

II. EL INTERNACIONALISMO INTRANSIGENTE

El alcance del debate supera su punto de partida sin que por ello pueda justificarse en absoluto la importancia que le fue otorgada más tarde: la de un giro definitivo a partir del cual el profundo significado político de los problemas nacionales se habría comprendido y aclarado. La distorsión se produce la víspera de 1914, en el momento de la polémica de Lenin con Rosa Luxemburg a partir de la exégesis de la moción adoptada en el Congreso de Londres de 1896. Concebida en términos generales, redactada muy probablemente por Kautsky, esta moción reafirma el reconocimiento del derecho de todas las naciones a disponer de sí mismas y expresa la simpatía de la Internacional «por los obreros de todos los países que se encuentran bajo un yugo militar, nacional o cualquier otro despotismo» [118]. Significa indudablemente la victoria del enfoque marxista sobre la visión ético-liberal de la solidaridad internacional. Texto de compromiso, debe más su existencia a las maniobras para hacer fracasar un debate juzgado inoportuno que a un esfuerzo consciente por clarificar posiciones de principio. Incorporada de manera expeditiva por la Comisión IV del Congreso en el proyecto de resolución general sobre la acción política, fue adoptada en medio de la incomprensión y de la indiferencia totales. Además, solo el original alemán lleva el término «Selbstbestimmungsrecht» [119], las variantes francesa e inglesa hablan de autonomía. No-concordancia acerca de la quintaesencia misma de la resolución, que pasaría desapercibida durante muchos años, hasta ser recuperada por Lenin en 1913. De hecho, la confusión en la terminología obedece a la del concepto en una época en que «independencia» y «autonomía» son empleados indistintamente por los socialistas, incluido Engels.

El proceso de reflexión marcado por el debate sobre Polonia, el crecimiento en el seno de la socialdemocracia de una corriente de ideas favorable a un reexamen del ámbito nacional, no debe ponerse en la cuenta de las mutaciones ocurridas en la esfera ideológica, sino que debe ser atribuida a la toma de conciencia de un número restringido de teóricos directamente afectados por el problema. La trayectoria de las elaboraciones se inició sin que se hubieran transgredido las fronteras de la sensibilidad tradicional. El debate sobre la cuestión nacional testifica menos una ampliación del horizonte que la puesta en evidencia de otro fenómeno: la dinámica nacional se había desarrollado a tal punto en el seno del movimiento obrero que ya no era posible mantenerlo entre paréntesis. Convertido en un factor de división en el social polaco, «a la vez una pausa y un índice de divergencias políticas» (Nettl), la cuestión nacional fue motivo de «impasses» y de dificultades mal solucionadas o apla-

zadas por los otros partidos, especialmente por la «pequeña internacional». Gracias al debate de 1896 pudo salir a la luz, y, por ello mismo, en lugar de una concepción que la reducía a una simple cuestión lingüística, se afirmó un enfoque que la planteaba en términos políticos. Es aquí donde reside el cambio más notable. Hasta la explosión de esta polémica habían tenido lugar reacciones de tipo táctico o político, pero no se había planteado la necesidad de definir una política socialdemócrata consecuente. Los esfuerzos por elaborar las premisas hacen su aparición y la trayectoria de Rosa Luxemburg es prueba de ello.

El impulso político y emocional dado por la irrupción de la cuestión nacional en la II Internacional se traduce en urgencia, y con más ruido allí donde se plantea con más agudeza, en Austria. El rechazo táctico a tomarla en consideración fracasó, como también fueron superadas las resistencias en el interior del partido. El Congreso de Brünn (1899), donde se adoptó el primer programa de un partido socialdemócrata sobre la cuestión nacional, constituye una fecha importante en la trayectoria de las investigaciones marxistas: fue el primer intento de dar una «solución práctica de estas dificultades [y sus querellas nacionales] emprendida por un partido proletariado», estima Rosa Luxemburg [120]. Según su interpretación, fue la alternativa concreta formulada en Brünn y no la declaración de principios de Londres la que había dado coronado los esfuerzos de clarificación iniciados a partir de la revisión de las posiciones tradicionales con respecto a Polonia.

Bajo la presión de la realidad, del contencioso austriaco, y a partir de esa encrucijada que Adler concebía presuntuosamente como «un laboratorio de experiencias de la historia mundial» [121], los interrogantes, las interpretaciones se multiplican. El lugar que ocupa la cuestión nacional en la reflexión marxista se ve acrecentado. En primer lugar, Kautsky se incorporará. En esta primera etapa, que va hasta 1905, la elaboración se ve absorbida por la actualidad inmediata: está más ligada a los problemas tácticos que enfrentada a las lagunas teóricas o que mesurado su cambio en relación con la dinámica del fenómeno. Era necesario clarificar la actitud a adoptar, no tanto como respuesta a las reivindicaciones nacionales de las minorías cuanto como consecuencia de sus esfuerzos en la lucha política. La problemática se ve circunscrita al conflicto de las nacionalidades en los Estados multinacionales que Kautsky califica como «la esencia de las cuestiones nacionales de la época contemporánea» [122]. La búsqueda de soluciones sigue siendo el objetivo principal en torno al cual se articulan y se enfrentan las opciones.

El movimiento de búsqueda que se inicia a finales del siglo XIX no desemboca forzosamente en la conciencia, en el seno mismo del socialismo, de nuevos desarrollos que revelen facetas inexploradas de la compleja realidad englobada bajo el término de cuestión nacional. La organización y la táctica siguen siendo el punto central de las reflexiones y de las reacciones. La comprensión del significado político de la cuestión sigue siendo restringida. Solo un pequeño número de militantes, intelectuales en su mayoría, le presta atención, y con una perspectiva limitada. Kautsky es prácticamente el único que se ocupa

de los aspectos de principio de la cuestión de las nacionalidades, el único que intenta una tímida clarificación teórica [123].

La actitud fundamental, el horizonte mental, se mantienen inalterados: el pensamiento marxista se impide confrontar su posición con la realidad histórica global; los socialdemócratas, marxistas o no, revolucionarios o reformistas, asisten pasivos a los acontecimientos o se contentan con plantear la cuestión de saber cómo dominar el momento nacional en el interior del movimiento obrero. La delimitación con respecto a una concepción ya superada, a la visión congelada del período inicial, no afecta a las profundas sensibilidades, a las estructuras mentales de los sectores del movimiento obrero donde la cuestión nacional no ocupa un lugar independiente en la conciencia de clase. Ciertamente la coyuntura, el desencadenamiento de la «desgraciada y estúpida discordia nacional en Austria-Hungría» (V. Adler), condiciona las reacciones, polariza la percepción de los militantes, alimenta las resistencias, las actitudes defensivas. Se refuerza la desconfianza en el seno del movimiento obrero y aumenta la reticencia a meterse en este terreno minado por el explosivo nacional, acumulado por una burguesía que no había llevado a cabo su revolución y que se atasca en una lucha competitiva sin salida. La coyuntura no hace más que alimentar los prejuicios. El momento histórico suministra un elemento de explicación para la tenaz estabilidad de las sensibilidades y de las actitudes refractarias al problema nacional, encerradas en la antinomia nacionalismo o internacionalismo. En el plano político, la perseverancia en asimilar los elementos nacionales secretados en el interior del movimiento a tendencias separatistas, el temor a una desnaturalización de los intereses de clase por las reivindicaciones nacionales, condicionan en gran medida las posiciones, incluso allí donde aflora una cierta comprensión, una cierta elasticidad. En el plano teórico, la negativa a diferenciar objetivo nacional de proceso nacionalista pone de manifiesto la óptica desde la cual el pensamiento marxista de la época de la creación de la II Internacional aborda la cuestión.

Bajo este aspecto, la opción del frente de lucha que adopta Rosa Luxemburg es significativa. Ella señala claramente al adversario principal: el nacionalismo; combate la única variante liberal-humanista; asume íntegramente las tradiciones «ardientemente internacionalistas» del movimiento obrero polaco. La referencia de Rosa Luxemburg es el partido «Proletariado» nacido «de la *negación*, del rechazo categórico de la cuestión nacional», de la actitud «negativa respecto a las aspiraciones nacionales polacas», según su propia definición [124]. La SDKP se inserta en el humus embebido de «internacionalismo utópico»; no busca en una primera época más que «completar la actitud negativa de los socialistas polacos respecto a la cuestión nacional con un programa político positivo» que consiste en una lucha común del proletariado polaco con la clase obrera «de cada una de las potencias ocupantes por la democratización de las condiciones políticas comunes» [125]. Pero el internacionalismo de Rosa Luxemburg no es una simple variante del «internacionalismo utópico», como tampoco su concepción básica sobre la cuestión nacional es un simple reflejo ideológico de una determinada mentalidad.

La posición intransigente, sin reservas, de Rosa Luxemburg con respecto a la cuestión nacional, el punto de vista que defiende, expresa ya una orientación que cristalizará en una actitud política, la de la izquierda marxista, actitud que se autocalificó de «internacionalismo intransigente». Ésta sitúa el centro de gravedad de la cuestión nacional en el internacionalismo y valora el significado político de la dinámica nacional en función del nacionalismo. Es aquí donde Rosa Luxemburg sitúa el punto neurálgico de su controversia con el PPS: el «socialpatriotismo», «nueva versión del nacionalismo», «camuflado bajo el rótulo de programa político del proletariado», amenaza para el edificio internacionalista del movimiento obrero, es sentido por ella como síntoma de un peligro que no puede circunscribirse a un solo foco de contaminación, y representa una tendencia suficientemente extendida en el movimiento obrero internacional como para justificar el temor a las consecuencias de una infección nacionalista.

Esta percepción, expresada a través de la posición de Rosa Luxemburg, es reveladora de las perspectivas teóricas y de las alternativas políticas del pensamiento marxista de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, «momento histórico» que Rosa Luxemburg define como el de la rápida transformación del socialismo de una «secta ideológica» que era en «un partido de acción» que había llegado a ser «factor dominante» de la vida social en los principales países civilizados.

En esta fase de desarrollo del movimiento obrero, de arranque y de mutaciones rápidas, las perspectivas siguen estando condicionadas por una doble transformación en las tendencias del capitalismo ascendente. Su transformación en imperialismo se lleva a cabo sin que el pensamiento marxista llegue a aprehender y a analizar la nueva fase de desarrollo. En consecuencia, el campo geográfico del socialismo sigue centrado en Europa (y más concretamente en la Europa Occidental y Central desarrollada), en tanto que el sistema imperialista genera nuevas fuerzas históricas, desbloquea las energías de los movimientos de liberación nacional de los «pueblos sin historia» o de continentes «fuera del ámbito de la civilización occidental». La perspectiva general del movimiento obrero sigue siendo la misma que en el siglo XIX; los socialistas, incluidos los marxistas, están convencidos de que la batalla decisiva de la historia entre el socialismo y el capitalismo es inminente, convicción alimentada y mantenida por la dinámica del crecimiento y el ritmo de desarrollo del movimiento obrero. Considerado en función de las metas alcanzadas, el ámbito nacional sigue envuelto en la bruma del nacionalismo y la cuestión nacional aparece como un obstáculo o como un problema de escasa dimensión y sigue, por tanto, marginada.

Pero este rápido crecimiento alimenta también el temor a ver privilegiados los intereses nacionales sobre los intereses de clase. El desarrollo ha posibilitado una ampliación y un cambio de la base social de la socialdemocracia, de la función y de los objetivos a asumir por los partidos socialdemócratas convertidos ahora en partidos de masas. Bajo la presión misma de su base y a medida que se van implantando en las realidades nacionales, se conciben a sí mismos como órganos de defensa de las clases obreras nacionales y se dejan

llevar, en su acción y en sus objetivos, por el realismo cotidiano. De esta situación «nace una creciente tendencia a privilegiar los valores nacionales en relación con los intereses de la revolución internacional, a pensar en términos de intereses de la comunidad nacional de la que la clase obrera, cada vez más integrada, es solo una parte» [126].

A medida que se va percibiendo esta tendencia, comienza a manifestarse la insistencia en la dimensión internacional de la lucha, y, paralelamente, se concede la prioridad absoluta a los objetivos susceptibles de asegurar su cohesión, de contrarrestar el repliegue nacional, y la subordinación vigorosa de la cuestión nacional a este imperativo. La tarea de los marxistas ya no consiste, según Rosa Luxemburg, en «consolidar el nuevo evangelio» del socialismo, sino en imprimir una orientación a «la lucha de esas enormes masas impregnadas de evangelio socialista» [127], en construir y fundamentar el programa política de la lucha de clases para asegurar la unidad internacional en el combate político, unidad a la que el movimiento obrero debe su expansión. Una de las preocupaciones del pensamiento marxista a finales de siglo es impedir la pulverización del movimiento a través de las fronteras nacionales, reforzar los lazos orgánicos, como arma contra el nacionalismo. Paradoja reveladora: los marxistas de la época de la II Internacional perciben en términos puramente ideológicos el fenómeno del repliegue nacional y las tendencias nacionalistas que evidencian las profundas mutaciones habidas tanto en el seno de la clase obrera, en pleno crecimiento, como en la relación de los partidos socialdemócratas con el conjunto de la sociedad en el marco de su ámbito nacional de implantación. Asimilado a un fenómeno pasajero de crecimiento, el nacionalismo viene a ser equiparado a una especie de contaminación motivada por la penetración de elementos pequeñoburgueses en las filas del movimiento, a un subproducto inevitable del proceso de expansión. En su estudio sobre la nación moderna, Kautsky articula una opinión ampliamente extendida entre los socialdemócratas: los excesos nacionalistas, así como su infiltración en el movimiento obrero, son «un combate de retaguardia de una burguesía en declive» [128]. Esta convicción los lleva a concluir que a través de los avances de la lucha de clases, y de la implantación del socialismo científico en el movimiento obrero, el nacionalismo podría ser neutralizado. A la inquietud que el momento histórico suscita en Rosa Luxemburg se añade un optimismo que arranca, en última instancia, de una subvaloración de la naturaleza y de la amplitud del peligro. Así en 1905, al hacer balance de las consecuencias del debate de 1896, constata con satisfacción que «este giro no se ha producido solamente con respecto a la cuestión polaca, sino a las tendencias nacionalistas en el seno del movimiento obrero en general, que suscitan, sin embargo, una profunda hostilidad e incluso, allí donde resulta necesario, un rechazo absoluto» [129].

La polarización en torno al internacionalismo, la percepción de la cuestión nacional bajo la perspectiva del nacionalismo, son también una consecuencia de la contradicción entre la dinámica de crecimiento del movimiento obrero y el desarrollo desigual y diferenciado de la implantación del marxismo. En efecto, a finales del siglo XIX, el marxismo, que había conquistado la he-

gemonía política en el movimiento obrero internacional, es minoritario en la realidad del movimiento socialista de muchos países. El marxismo está implantado de forma desigual, su geografía sigue siendo limitada e, incluso en sus regiones privilegiadas de implantación, como es la Europa del Este, no representa sino una fracción del pensamiento socialista. En Polonia, la SDKP es minoritaria, estando el espacio ocupado por el PPS; en la lucha por la conquista del lugar hegemónico, la SDKP se ve obligada a acentuar sus vínculos internacionales y la alternativa internacionalista. El caso de la SDKP ilustra por lo demás una arraigada tendencia entre los marxistas de las nacionalidades oprimidas doblemente minoritarias, que Lenin habría de constatar más tarde en el interior de su propio partido: «En las naciones oprimidas, la aparición de un partido independiente del proletariado lleva a veces a una lucha tan exacerbada contra el nacionalismo de la propia nación que se desvirtúa la perspectiva y se olvida el nacionalismo de la nación dominante» [130].

Será necesario esperar a la revolución de 1905 para que se produzcan nuevos desplazamientos en la esfera ideológica y se acelere la trayectoria de las elaboraciones marxistas, teóricas y políticas, sobre la cuestión nacional. Si hasta entonces esta cuestión «solo se había planteado de manera crucial en el Imperio austrohúngaro [...] hoy le toca el turno a Rusia», constata Rosa Luxemburg en otoño de 1908 [131]. La Revolución rusa sería uno de los principales factores de una toma de conciencia iniciada a partir del cambio de siglo. Los acontecimientos externos al movimiento obrero que se acumulan, la extensión del problema nacional y su agudización, el auge de los movimientos nacionales, dan luz a un nuevo modo de ver y comportan una revalorización de las premisas. En el curso de los acontecimientos, los interrogantes marxistas, los debates, desbordan las fronteras de los Estados multinacionales y adquieren dimensiones internacionales. Como constata Otto Bauer en 1907: «En todos los Estados del medio natural europeo, la actitud del partido obrero socialdemócrata respecto de las cuestiones nacionales se sitúa en el centro de las discusiones» [132].

Los esfuerzos teóricos para repensar los datos de la cuestión nacional a la luz de los nuevos desarrollos habidos en la época imperialista, para superar la visión de un proceso histórico configurado esencialmente en función de los antagonismos internacionales de clase, como era el caso en la época de Marx, amplían considerablemente el espectro de los interrogantes respecto de las contradicciones fundamentales del imperialismo. Desde ese momento el problema de la contribución de Rosa Luxemburg a este esfuerzo colectivo del pensamiento marxista se planteará en otros términos.

Desde 1905 Rosa Luxemburg matizará sus posiciones, completará o añadirá nuevos matices, sin que varíe su concepción fundamental ni su temática, cristalizada a raíz de la primera gran polémica sobre la cuestión. ¿En qué medida había quedado marcada por el momento histórico en que había emprendido la tarea de plantearla en términos nuevos para su época, llevando a cabo una revisión ya inevitable, contribuyendo así considerablemente a impulsar la investigación y el movimiento intelectual? ¿No había sufrido, precisamente por eso mismo, la suerte de todo pionero, quedando condicionada por una

problemática, por una tarea surgida de un contexto ideológico y político concreto, inmovilizada dentro de los objetivos impuestos por el momento histórico, es decir, prisionera del conservadurismo de la ideología, como constata en 1905 en su prefacio a la antología *La cuestión polaca y el movimiento socialista*?:

«Toda ideología se distingue por su conservadurismo, y la ideología del movimiento obrero está sometida a esas mismas leyes a pesar del carácter revolucionario de su concepción del mundo. [...] Ciertos puntos de vista constituyen un saber [...] conservado intacto en el baúl de la socialdemocracia, aunque las condiciones sociales correspondientes hayan desaparecido hace mucho tiempo de la escena. Y es precisamente en el momento en que nuevas necesidades vitales del movimiento, nacidas del desarrollo, entran en contradicción flagrante, en conflicto, con las polvorientas tradiciones, cuando la opinión pública las saca a relucir nuevamente y las somete a una crítica fundamental» [133].

¿Había ella sentido, en su nueva constelación después de 1905, la necesidad de emprender este tipo de trayectoria en relación con sus propias experiencias sobre la cuestión nacional? La respuesta a estos interrogantes desborda ya el marco de este artículo. Conciérne a la trayectoria general de Rosa Luxemburg frente a los problemas de su tiempo. Reside también en las hendiduras habidas en las posiciones marxistas sobre la cuestión nacional, en la estructuración global del punto de vista mantenido por los defensores del internacionalismo intransigente: Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Josef Strasser.

Georges Haupt. |

**ROSA LUXEMBURG:
UN EXAMEN
RETROSPECTIVO**

Paul Mattick: Nacido en 1904 en Berlín, obrero metalúrgico de profesión, se adhiere en 1918 a las Juventudes Socialistas Libres, organización juvenil de la Liga Espartaco. En 1920 pasa al KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán, escindido del KPD) y en 1926 emigra a los Estados Unidos, donde se adhiere a la IWW (International Workers of the World, una de las principales organizaciones «consejistas» del mundo) y funda el *Chicago Arbeiterzeitung*. A partir de 1934 promociona y colabora sucesivamente en las revistas *International Council Correspondance*, *Living Marxism* y *New Essays*. Se ha publicado en España gran parte de su obra, entre la que cabe destacar: *Marx y Keynes* (México: Ed. Era, 1975), *Crítica a los neomarxistas* (Barcelona: Ed. Península, 1978), *El hombre unidimensional en la sociedad de clases* (Barcelona: Grijalbo, 1975), y *Rebeldes y renegados*. Barcelona; Icaria, 1978.

Muy pronto se cumplirá el sesenta aniversario de la fecha en que los mercenarios de la dirección socialdemócrata alemana asesinaron a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Aunque siempre aparecen mencionados conjuntamente, ya que ambos simbolizaban el elemento radical de la revolución política alemana de 1918, el nombre de Rosa Luxemburg tiene mayor entidad dado que su trabajo teórico tuvo mayor influencia. En realidad, puede decirse que fue la personalidad más sobresaliente del movimiento obrero internacional después de Marx y Engels, y que su obra no ha perdido su relevancia política a pesar de los cambios ocurridos en el sistema capitalista y en el movimiento obrero desde su muerte.

Pero al mismo tiempo, y como todo el mundo, Rosa Luxemburg fue hija de su tiempo y solamente puede ser entendida en el contexto de aquella fase del movimiento socialdemócrata del que ella misma formaba parte. A diferencia de la crítica marxiana de la sociedad burguesa que se desarrolló en un período de desarrollo capitalista muy acelerado, la actividad de Rosa Luxemburg se produjo en un momento de creciente inestabilidad del capitalismo, momento en que las contradicciones abstractamente formuladas de la producción capitalista aparecían en las formas concretas de la concurrencia imperialista y en la intensificación de la lucha de clases. Mientras la crítica proletaria real de la economía política consistía en un principio, según Marx, en la lucha obrera en favor de mejores condiciones laborales y de niveles de vida más altos que pudieran preparar las futuras luchas por la abolición del capitalismo, para Rosa Luxemburg esta lucha «final» ya no podía relegarse a un futuro lejano, sino que estaba ya presente en las cada vez más extendidas luchas de clase. La lucha cotidiana en favor de reformas sociales estaba inseparablemente vinculada a la necesidad histórica de la revolución proletaria.

Sin entrar de lleno en la biografía de Rosa Luxemburg [134] debe decirse, no obstante, que procedía de clase media y que se integró en el movimiento socialista a temprana edad. Al igual que otros, tuvo que huir de la Polonia rusificada y trasladarse a Suiza a estudiar. Su interés prioritario, como correspondía a una socialista influida por el marxismo, se fijó en la economía política. Su más temprana obra en este campo únicamente posee hoy día un interés histórico. Su tesis doctoral, *El desarrollo industrial de Polonia* (1898), significó para Polonia, si bien de una forma más modesta, lo que *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin, supondría un año más tarde para la Rusia zarista. Impartía también unas populares clases en la Escuela del Partido socialdemócrata, publicadas póstumamente por Paul Levi (1925) bajo el título de *Introducción a la Economía política*; en esta obra, convendría no olvidarlo, Rosa Luxemburg afirmaba que la validez de la economía política era sustancial al capitalismo, y que dejaría de existir con la desaparición de este sistema. En su tesis, llegó a la conclusión de que el desarrollo de la economía polaca era inseparable de la de Rusia, y que ello conducía a una completa integración de ambas, poniendo así en cuestión las aspiraciones nacionalistas de la burguesía polaca. Pero a su vez, este desarrollo contribuiría a la unificación

del proletariado ruso y polaco, y haría posible la destrucción del capitalismo ruso-polaco. La contradicción principal de la producción capitalista era para ella la existente en el seno de las relaciones capitalistas de producción entre la capacidad de producción y la limitada capacidad de consumo; esta contradicción producía crisis económicas periódicas y la creciente depauperación de la clase obrera y a causa de ello, a largo plazo, la revolución social.

Sus teorías económicas se hicieron polémicas solamente a partir de su obra sobre *La acumulación del capital* (1912). A pesar de su advertencia de que este libro había surgido de las dificultades encontradas en el curso de sus clases sobre Economía política, es decir, de su incapacidad para relacionar el proceso global de la reproducción capitalista con los límites objetivos de la producción capitalista que se postulan, resulta evidente a partir de la propia obra que fue también una reacción frente a la mutilación de la teoría marxiana iniciada por el «revisionismo» que sacudió el movimiento socialista hacia finales de siglo. El revisionismo actuaba a dos niveles: el empírico, y también el más primitivo, personificado en Eduard Bernstein [135], quien únicamente comparó el desarrollo capitalista real con el que se infería de la teoría marxiana; y el más sofisticado, el del marxismo académico, que culminaba con la interpretación que de Marx hacían Tugan-Baranowsky [136] y sus varios discípulos.

Durante la vida de Marx solo se había publicado el primer volumen de *El Capital*; el segundo y tercero fueron preparados por Friedrich Engels a partir de manuscritos no revisados de los que era albacea, a pesar de que habían sido escritos con anterioridad a la publicación del primer volumen. Mientras el primer volumen trata del proceso de producción capitalista, el segundo se centra en el proceso de circulación; el tercero, por último, estudia globalmente el sistema capitalista en su forma fenoménica, tal y como viene determinado por sus relaciones de valor subyacentes. Puesto que el proceso de reproducción controla necesariamente el proceso de producción, Marx creyó conveniente desvelar este hecho mediante diversos esquemas abstractos de la reproducción en el segundo volumen de *El Capital*. Los esquemas dividen la producción social total en dos partes: una que produce los medios de producción, y la otra los medios de consumo. Las relaciones entre ambas secciones se imaginan de tal modo que permitan que la producción del capital social total prosiga a un mismo o mayor ritmo. Pero lo que es una *presuposición* para los esquemas de la reproducción, a saber, una fijación del trabajo social necesario para el proceso de reproducción, debe en realidad efectuarse en un principio a ciegas, a través de las actividades no coordinadas de los diversos capitales individuales en su búsqueda competitiva de plusvalía.

Los esquemas de la reproducción no hacen distinción alguna entre valores y precios; es decir, tratan los valores como si fueran precios. Si se tiene en cuenta la finalidad que se perseguía con ellos, a saber, llamar la atención acerca de la necesidad de una cierta proporcionalidad entre las distintas esferas de la producción, los esquemas cumplen su función *pedagógica*. No describen el mundo real, pero son útiles para ayudar a comprenderlo. Limitados en este sentido, el que las interrelaciones entre producción e intercambio se den en términos de valor o en términos de precio no importa mucho. Ya que

la forma precio del valor, que se retoma en el tercer volumen de *El Capital*, hace referencia al proceso real de producción e intercambio capitalistas, las condiciones de equilibrio imaginario de los esquemas de la reproducción de Marx no se refieren al mundo capitalista real. Aún más, Marx consideró que «es absolutamente necesario considerar el proceso de reproducción en su forma fundamental —prescindiendo de todas las figuras intermediarias, que solo sirven para oscurecerlo— para descartar los falsos subterfugios que producen la apariencia de una explicación «científica», como ocurre cuando el análisis recae inmediatamente sobre el proceso social de reproducción en su complicada forma concreta» [137].

Efectivamente, según Marx el proceso de reproducción bajo las condiciones capitalistas excluye cualquier tipo de equilibrio e implica, por el contrario, «otras tantas posibilidades de crisis, puesto que el mismo equilibrio constituye algo fortuito dentro de la estructura elemental de este régimen de producción» [138]. Tugan-Baranowsky, sin embargo, leyó los esquemas de la reproducción de modo diferente a causa de su superficial semejanza con la teoría burguesa del equilibrio, el principal instrumento de la teoría burguesa del precio. Llegó a la conclusión de que en tanto el sistema evolucione proporcionalmente con respecto a sus necesidades de reproducción, este no tiene límites objetivos. Las crisis se producen por la aparición de desproporcionalidades surgidas entre las diferentes esferas de la producción, pero siempre pueden evitarse o superarse restaurando aquella proporcionalidad que garantiza la acumulación del capital. En lo que concierne a Rosa Luxemburg, esto constituía una concepción inquietante, aún en mayor grado dado que ella no pudo negar las implicaciones equilibradoras de los esquemas de la reproducción de Marx. Si Tugan-Baranowsky los interpretaba de forma correcta, Marx se había equivocado, ya que esta interpretación negaba el fin inevitable del capitalismo.

La discusión en torno a los esquemas abstractos de la reproducción fue particularmente vehemente en Rusia, a causa de las anteriores diferencias entre marxistas y populistas con respecto al futuro de Rusia dado su atraso y sus peculiares instituciones socioeconómicas. Mientras que los populistas afirmaban que para Rusia ya había pasado el momento de entrar en competencia mundial con los poderes capitalistas establecidos, y que, además, era totalmente posible construir una sociedad socialista en base a la todavía existente colectividad de producción campesina, los marxistas sostenían que el desarrollo de los modelos occidentales era ineludible ya que este desarrollo produciría los mercados necesarios en el interior de Rusia y, a la larga, en el mundo. Los marxistas acentuaban el hecho de que era la producción del capital, y no la satisfacción del consumo, lo que determina la producción capitalista, y que, por tanto, no había razón alguna para suponer que una restricción del consumo retrasaría la acumulación del capital; por el contrario, cuanto menos se consumiera más rápidamente crecería el capital.

Esta «producción por la producción» carecía de sentido para Rosa Luxemburg, y no porque no fuera consciente de que el objetivo de la producción capitalista es exclusivamente el beneficio, que obliga a reducir constantemen-

te la parte de la producción social correspondiente al trabajo, sino porque no entendía cómo podía realizarse la plusvalía extraída en dinero en un mercado compuesto solo por trabajo y capital, tal y como estaba representado en los esquemas de la reproducción. La producción debe atravesar el proceso de circulación. Empieza con dinero, invertido en medios de producción y en fuerza de trabajo, y termina con una mayor cantidad de dinero en manos de los capitalistas para ser invertido de nuevo en otro ciclo de producción. ¿De dónde procedía ese dinero adicional? Según Rosa Luxemburg, no podía proceder de los capitalistas, porque si así fuera estos no serían los receptores de la plusvalía, sino que estarían pagando con su propio dinero su equivalente en mercancía. Tampoco podía venir de las adquisiciones de los obreros, quienes tan solo reciben el valor de su fuerza de trabajo, dejando la plusvalía en forma de mercancía en manos del capitalista. Para que el sistema funcione tiene que haber un «tercer mercado», aparte de las relaciones de intercambio entre capital y trabajo, en el que la plusvalía producida pueda ser transformada en dinero adicional.

Rosa Luxemburg echaba en falta el tratamiento de este aspecto de la cuestión en Marx. Quiso remediar esta laguna y verificar con ello la convicción marxiana del inevitable derrumbe del capitalismo. Aunque *La acumulación del capital* trata el problema de la realización de modo histórico —empezando con la economía clásica y terminando con Tugan-Baranowsky y sus muchos imitadores— a fin de mostrar que este problema ha sido siempre el talón de Aquiles de la economía política, la solución que ella misma propone para este problema tan solo contiene, en esencia, una interpretación equivocada de la relación entre dinero y capital y una deficiente lectura del texto marxiano. No obstante, a causa de la presentación formal que ella hace del asunto, todo parece situarse en su lugar correcto: la naturaleza dialéctica del proceso de expansión del capital, como emergido de la destrucción de las economías precapitalistas; la necesaria extensión de este proceso a todo el mundo, como demuestra la creación del mercado mundial y el pujante imperialismo en búsqueda de mercados para la realización de plusvalía; la consiguiente transformación de la economía mundial en un sistema parecido al sistema cerrado de la reproducción marxiana; y, finalmente, el inevitable derrumbe del capitalismo por falta de oportunidades de realizar su plusvalía.

Rosa Luxemburg se vio arrastrada por la lógica de su propia construcción hasta el punto de revisar a Marx más profundamente de lo que lo habían hecho los mismos revisionistas en su concepción de un teóricamente posible desarrollo armónico del capital que, para ellos, convertía al socialismo en un problema puramente ético y de reformas sociales obtenidas por medios políticos. Por otro lado, los esquemas de la reproducción marxianos, si se leían como una especie de repetición de la ley de Say acerca de la identidad de la oferta y la demanda, debían ser rechazados. Al igual que sus adversarios, Rosa Luxemburg no fue capaz de ver que estos esquemas no tienen relación alguna con el problema de la viabilidad del sistema capitalista, sino que solamente eran un paso intermedio, metódicamente determinado, en el análisis de las leyes de funcionamiento del sistema capitalista globalmente considerado,

que extrae su dinámica de la producción de plusvalía. Aunque el capitalismo sufre evidentemente dificultades en la esfera de la circulación, y, por ello, en la realización de plusvalía, no es aquí donde Marx buscó, o descubrió, la clave para entender la debilidad del capitalismo con respecto a las crisis y a su inevitable final. Incluso en el supuesto de que no exista problema alguno en lo concerniente a la realización de plusvalía, el capitalismo encuentra sus límites objetivos en los de la *producción* de plusvalía.

Según Marx, la contradicción básica del capitalismo, de la que surgen las restantes dificultades, debe hallarse en las relaciones de valor y de plusvalía de la producción capitalista. Es la producción del valor de cambio en su forma monetaria, que se deriva de la forma valor de uso de la fuerza de trabajo, lo que produce, además de su propio equivalente en valor de cambio, una plusvalía para el capitalista. El estímulo para el valor de cambio lleva a la acumulación del capital, que se manifiesta a sí misma en un crecimiento del capital invertido en medios de producción relativamente más rápido que el invertido en fuerza de trabajo. Mientras este proceso amplía el sistema capitalista, mediante la creciente productividad del trabajo asociado con él, tiende también a reducir la tasa de beneficio sobre el capital, ya que parte del capital invertido en fuerza de trabajo —que es la única fuente de plusvalía— disminuye en relación al capital social total. Este largo y complicado proceso no puede tratarse de modo satisfactorio en este breve artículo, pero debe mencionarse al menos a fin de diferenciar la teoría de la acumulación marxiana de la de Rosa Luxemburg. En el modelo abstracto del desarrollo capitalista marxiano, las crisis capitalistas, así como el inevitable final del sistema, encuentran su origen en el colapso parcial o, finalmente, total del proceso de acumulación debido a la carencia de plusvalía o beneficio.

Para Marx, por tanto, los límites objetivos del capitalismo vienen dados por las relaciones sociales de producción concebidas como relaciones de valor, mientras que para Rosa Luxemburg el capitalismo no puede existir en absoluto, sino a través de la absorción *de su excedente (plusvalía)* por las economías precapitalistas. Esto implica el disparate de que esas naciones atrasadas disponen de un excedente en forma monetaria lo bastante amplio como para proveer la plusvalía de los países de capitalismo avanzado. Pero como ya se ha mencionado, esta idea errónea era la irreflexiva consecuencia de la falsa concepción de Rosa Luxemburg de que la plusvalía total, destinada a la acumulación, debe deparar un equivalente en forma monetaria, a fin de que se realice en capital. En realidad, naturalmente, el capital toma a veces la forma de moneda y en otras la de mercancías de todo género, siendo expresados todas ellas en términos monetarios sin asumir simultáneamente la forma de moneda. Únicamente una pequeña y decreciente parte de la riqueza capitalista debe asumir la forma dinero; la parte principal, aunque se exprese en términos monetarios, permanece en su forma mercancía y como tal permite la realización de plusvalía como capital adicional.

La teoría de Rosa Luxemburg fue considerada de modo totalmente unánime como una aberración y una crítica injustificada de Marx. Y sin embargo,

sus críticos estaban tan alejados de la posición de Marx como la misma Rosa Luxemburg.

La mayor parte de esas críticas recurrían a la tosca teoría del subconsumo, a la teoría de la desproporcionalidad, o a una combinación de ambas. Lenin, por ejemplo —por no hablar de los revisionistas— veía la causa de las crisis en las desproporcionalidades debidas al carácter anárquico de la producción capitalista, y simplemente añadía a los argumentos de Tugan-Baranowsky el del subconsumo de los trabajadores. Pero en cualquier caso, él no creía que el capitalismo se dirigiera hacia su derrumbe a causa de sus contradicciones inmanentes. Únicamente con la Primera Guerra Mundial y sus secuelas revolucionarias, la teoría de Rosa Luxemburg encontró un mayor eco en el sector radical del movimiento socialista. Y no tanto, sin embargo, a causa de su particular análisis de la acumulación de capital, sino a causa de su insistencia en los límites objetivos del capitalismo. La guerra imperialista dio a su teoría alguna plausibilidad y el fin del capitalismo parecía estar realmente al caer. El derrumbe del capitalismo se convirtió en la ideología revolucionaria del momento y fomentó las abortadas intentonas de convertir las agitaciones políticas en revoluciones sociales.

Naturalmente, la teoría luxemburguiana era no menos abstracta que la de Marx. La hipótesis marxiana de una tendencia descendente de la tasa de beneficio podía no revelar en qué punto particular del tiempo no sería ya posible compensar por más tiempo esa caída con una creciente explotación del relativamente menguante número de obreros, lo que incrementaría la masa de plusvalía de modo suficiente como para mantener una tasa de beneficio que asegurara la posterior expansión del capital. De modo similar, Rosa Luxemburg podía no decir en qué momento la conclusión de la capitalización del mundo excluiría la realización de su plusvalía. También la extensión del capital hacia el exterior era solo una tendencia, que suponía una más arrolladora competición imperialista para la obtención de los cada vez menos frecuentes territorios en que realizar la plusvalía. El hecho del imperialismo mostraba el carácter precario del sistema, que podría conducir a situaciones revolucionarias mucho antes de que se hubieran alcanzado sus límites objetivos. Por tanto, a pesar de sus intenciones prácticas ambas teorías asumían la posibilidad de acciones revolucionarias, y no a causa del resultado lógico de sus modelos abstractos de desarrollo, sino justamente porque esas teorías señalaban de modo inconfundible las crecientes dificultades del sistema capitalista, que junto con algunas crisis importantes podría convertir la lucha de clases en un combate por la abolición del capitalismo.

La teoría de Rosa Luxemburg, aunque indudablemente errónea, conservaba un carácter revolucionario porque, a semejanza de la marxiana, desemboca en la conclusión de la insostenibilidad histórica del capitalismo. Aunque con argumentos dudosos, Rosa Luxemburg restauraba, sin embargo, —contra el revisionismo, el reformismo y el oportunismo— la perdida proposición marxiana de que el capitalismo está predestinado a desaparecer a causa de su propia e insalvable contradicción y que este fin, aunque objetivamente determinado, se efectuará mediante acciones revolucionarias de la clase obrera.

El derrumbamiento del capitalismo convertiría a todas las teorías de su desarrollo en redundantes. Pero mientras el sistema persista, la autenticidad de una teoría puede juzgarse mediante su propia historia particular. Mientras que la teoría marxiana, a pesar de los intentos hechos en esa dirección, no ha podido ser integrada en el cuerpo del pensamiento económico burgués, la teoría luxemburguiana ha encontrado algún reconocimiento en la teoría burguesa, aunque en una forma muy distorsionada. Al rechazar la propia economía burguesa la concepción que hacía del mercado un mecanismo de equilibrio, la teoría de Rosa Luxemburg encontró una especie de aceptación como precursora de la economía keynesiana. Su obra ha sido actualmente interpretada por Michael Kalecki [139] y Joan Robinson [140], por ejemplo, como una teoría de la «demanda efectiva», la carencia de la cual explicaría probablemente las periódicas dificultades capitalistas, Rosa Luxemburg imaginaba que el imperialismo, el militarismo y la preparación para la guerra ayudaban la realización de plusvalía, por la transferencia de poder adquisitivo de la población en general a manos del estado, justamente como el moderno keynesianismo intentaba alcanzar el pleno empleo por medio del financiamiento del déficit y las manipulaciones monetarias. No obstante, aunque es posible sin duda alguna conseguir así el pleno empleo durante algún tiempo, no es posible mantener este estado de felicidad, ya que las leyes de movimiento del capital exigen no una distribución diferente de la plusvalía sino su constante aumento. La carencia de demanda efectiva es únicamente otro término para señalar la carencia de acumulación, ya que la demanda necesaria para que existan condiciones prósperas es producida únicamente por la expansión del capital. De todas formas, la actual bancarrota del keynesianismo hace innecesario matar teóricamente esta teoría. Basta con decir que su absurdidad se muestra en el crecimiento absoluto tanto del desempleo como de la inflación.

Aunque a Rosa Luxemburg no le fue muy bien con su teoría de la acumulación, tuvo mayor éxito con su internacionalismo consecuente, que estaba relacionado, naturalmente, con su concepción de la acumulación como la extensión global del modo de producción capitalista. Según su parecer, la competencia imperialista estaba transformando rápidamente el mundo en un mundo capitalista y desarrollando consiguientemente la libre confrontación de trabajo y capital. Mientras el ascenso de la burguesía coincidió con la formación de la nación-estado moderna, creando la ideología nacionalista, la madurez y ocaso del capitalismo suponía el «internacionalismo» imperialista de la burguesía y por consiguiente también el internacionalismo de las clases trabajadoras, a condición de que, claro está, estas debieran convertir en efectivas sus luchas de clases. La integración reformista de las aspiraciones proletarias en el sistema capitalista lleva al socialimperialismo, el reverso de la moneda nacionalista. Objetivamente, nada existía tras el frenéticamente creciente nacionalismo sino el imperialismo imperialista. Oponerse al imperialismo exigía, por tanto, rechazo total de cualquier forma de nacionalismo, incluso de aquella de las víctimas de la agresión imperialista. Nacionalismo e imperialismo eran inseparables y debían ser combatidos con idéntico fervor.

Según el inicialmente encubierto, pero pronto descarado socialpatriotismo del movimiento obrero oficial, el internacionalismo de Rosa Luxemburg representaba el ala izquierda de este movimiento, aunque no totalmente. Hasta cierto punto, era una generalización de sus experiencias específicas en el movimiento socialista polaco, dividido a causa de la cuestión de la autodeterminación nacional. Rosa Luxemburg, como ya sabemos por su obra sobre el desarrollo industrial en Polonia, confiaba en una completa integración del capitalismo ruso y polaco y una consiguiente unificación de sus respectivas organizaciones socialistas, considerando ambas cosas un asunto práctico y fundamental. No podía concebir movimiento socialista con orientación nacionalista y aún menos un socialismo restringido a lo nacional. Lo que era verdad para Rusia y Polonia seguía siéndolo para el resto del mundo; las fisiones nacionales debían acabar en la unidad del socialismo internacional. La sección bolchevique del Partido socialdemócrata ruso no compartía el internacionalismo estricto de Rosa Luxemburg. Para Lenin, la subyugación de las nacionalidades por los países capitalistas más potentes conllevaba divisiones adicionales en las fricciones sociales básicas que quizá podrían arremeter contra los poderes dominantes. No viene en absoluto al caso considerar si la defensa de Lenin de la autodeterminación de las naciones reflejaba una convicción subjetiva, o actitud democrática, con respecto a las especiales necesidades nacionales y a las peculiaridades culturales, o se trataba simplemente de una repugnancia contra cualquier forma de opresión. Lenin era, ante todo, un político práctico, aún cuando solamente pudo desempeñar totalmente este papel en época tardía. Como político práctico, comprendió que las diferentes nacionalidades existentes en el Imperio ruso representaban una firme amenaza al régimen zarista. Efectivamente, Lenin era también un internacionalista y contemplaba el socialismo en términos de revolución mundial. Pero esta revolución debía comenzar en alguna parte y dio por sentado que primeramente se rompería el eslabón más débil en la cadena de las potencias imperialistas en competencia. En el contexto ruso, apoyar la autodeterminación de las naciones, hasta el punto de la secesión, hacía prever el ganar «aliados» en un intento de derrocar al zarismo. Esta estrategia se apoyaba en la esperanza de que, una vez libres, las diferentes nacionalidades elegirían permanecer en el seno de la nueva comunidad rusa, bien prescindiendo de su interés propio, o bien mediante la creación de sus propias organizaciones socialistas.

Hasta que se produjo la Revolución rusa, sin embargo, esta discusión general sobre la cuestión nacional fue puramente académica. Incluso tras la revolución, la concesión de la autodeterminación en Rusia a las diferentes nacionalidades no era totalmente significativa, ya que la mayor parte de los territorios implicados estaban ocupados por potencias extranjeras. Con todo, el régimen bolchevique continuó exigiendo la autodeterminación a fin de debilitar a otras naciones imperialistas, en especial Inglaterra, en un intento de alentar revoluciones coloniales contra el capitalismo occidental, que amenazaba con destrozar al régimen bolchevique.

La Revolución rusa sorprendió a Rosa Luxemburg en prisión, donde permaneció hasta el derrocamiento de la monarquía germana. Fue, sin embargo,

capaz de seguir el proceso de la Revolución rusa. Pese a estar encantada con la toma del poder por los bolcheviques, ella no podía aceptar la política de Lenin hacia los campesinos y con respecto a las minorías nacionales. Aunque su predicción de que la concesión de la autodeterminación a las diferentes nacionalidades existentes en Rusia simplemente cercaría al nuevo Estado con un cordón de países reaccionarios y contrarrevolucionarios resultó ser correcta, solo lo fue a corto plazo. Rosa Luxemburg no entendió que la política bolchevique con respecto a las nacionalidades rusas la dictaba no tanto el principio de autodeterminación, cuanto la fuerza de las circunstancias, sobre la que los bolcheviques no tenían control alguno. A la primera oportunidad empezaron a dar marcha atrás en el tema de la autodeterminación para acabar incorporando a todas las nuevas naciones independientes en un Imperio ruso restaurado, y, además, forjando para las mismas esferas de interés en territorios extrarrusos.

Fundándose en su propia teoría del nacionalismo e imperialismo, Rosa Luxemburg debería haber comprendido que la teoría de Lenin no podía realizarse en un mundo de potencias imperialistas en competencia y que, muy probablemente, no debería necesitar para ser puesta en práctica que el capitalismo hubiera sido derribado por una revolución internacional. La desintegración del Imperio ruso no se debió o fue ayudada por el principio de autodeterminación, sino que se efectuó a causa de la pérdida de la guerra; ya que era el vencedor de otra guerra, que suponía la recuperación de los territorios anteriormente perdidos y un resurgir del imperialismo ruso. El capitalismo es un sistema expansivo y por tanto necesariamente imperialista. Este es el modo capitalista de superar las limitaciones nacionales de la producción de capital y de su centralización: o adquirir o asegurar posiciones privilegiadas o dominantes en la economía mundial. Es también una defensa contra esa tendencia general; pero en cualquier caso, es el inevitable resultado de la acumulación del capital.

Como Rosa Luxemburg señaló, la contradictoria «integración» capitalista de la economía mundial no puede alterar la dominación de las naciones más débiles por las más fuertes, mediante el control que las últimas ejercen del mercado mundial. Esta situación hace la real independencia nacional ilusoria. Lo que la independencia política puede conseguir, en el mejor de los casos, no es nada más que la subyugación de los obreros bajo control nacional y no internacional. Naturalmente, el internacionalismo proletario no puede impedir —ni tiene razón para hacerlo— movimientos encaminados a la autodeterminación nacional en el contexto colonial e imperialista. Estos movimientos son al igual que el imperialismo, parte de la sociedad capitalista. Pero «utilizar» esos movimientos en favor del socialismo solamente puede significar intentar despojarlos de su carácter nacionalista mediante un internacionalismo consecuente en favor del movimiento socialista. Aunque el pueblo oprimido goza de las simpatías de los socialistas, esta no se refiere a su emergente nacionalismo sino a su particular condición de pueblo doblemente oprimido, que padece una explotación nativa y una foránea. La tarea socialista es acabar con el capitalismo, lo que incluye el apoyo a las fuerzas antiimperialistas;

no, sin embargo, crear nuevas naciones-estado capitalistas, sino dificultar su aparición, o imposibilitarla, mediante revoluciones proletarias en los países capitalistas avanzados.

El régimen bolchevique se autodeclaró socialista y pretendía por este motivo acabar con todas las discriminaciones de las minorías nacionales. Bajo tales condiciones, la autodeterminación era, a los ojos de Rosa Luxemburg, no solamente un sinsentido sino una incitación a reavivar, a través de la ideología del nacionalismo, las condiciones que posibilitaran una restauración capitalista. En su opinión, Lenin y Trotsky sacrificaron erróneamente el principio del internacionalismo en aras de momentáneas ventajas tácticas. Aunque quizá esto fuera inevitable, no debía exaltarse como si de una virtud socialista se tratara. Rosa Luxemburg, naturalmente, acertaba al no poner en duda la sinceridad subjetiva de los bolcheviques en lo que se refiere al establecimiento del socialismo en Rusia y a la más lejana revolución mundial. Ella misma pensaba que era posible, por medio de una ampliación hacia el Oeste de la revolución, superar la inmadurez objetiva de Rusia para una transformación socialista. Culpaba a los socialistas de Europa occidental, y en especial a los alemanes, de las dificultades con que los bolcheviques se topaban, y que los obligaban a hacer concesiones, a establecer compromisos y acciones oportunistas. Ella creía que la internacionalización de la revolución podía acabar con las exigencias nacionalistas de Lenin y resucitar el principio del internacionalismo en el movimiento revolucionario.

Como la revolución mundial no se materializó, la nación-estado continuó siendo el campo de operaciones del desarrollo económico así como de la lucha de clases. El «internacionalismo» de la Tercera Internacional, bajo dominio ruso, servía estrictamente a los intereses de estado rusos, disimulados mediante la idea de que la defensa del primer estado socialista era un prerrequisito para el socialismo internacional. Al igual que la autodeterminación nacional, esta clase de «internacionalismo» estaba destinado a debilitar a los adversarios del nuevo estado ruso. Tras 1920, no obstante, los bolcheviques no confiaron ya en una reanudación del proceso revolucionario mundial, y se dedicaron a la consolidación de su propio régimen. Su «internacionalismo» expresaba ahora su propio nacionalismo, exactamente así como el internacionalismo económico de la burguesía sirve exclusivamente para el enriquecimiento de las principales entidades organizadas nacionalmente.

El resultado de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias acabaron con el colonialismo de las potencias europeas y produjeron la formación de numerosas naciones «independientes», mientras que, al mismo tiempo, emergían dos grandes bloques, dominados por las naciones victoriosas, Rusia y Estados Unidos. No existía en ninguno de los dos bloques independencia nacional real, sino subordinación de los países nominalmente autodeterminados a las exigencias imperialistas de las potencias sobresalientes. Esta subordinación se imponía mediante medios económicos y políticos y por la necesidad general de adaptar las economías y, por tanto, la vida política de las naciones satélite, a las realidades del mercado mundial capitalista. Para las antiguas colonias esto suponía una nueva forma de subyugación y depen-

dencia, que se denominó neocolonialismo; para las renacientes naciones de capitalismo más avanzado, esto implicaba el control directo de su estructura política mediante los útiles métodos de la ocupación militar y los gobiernos-títere. Esta situación fomentaba naturalmente, nuevos «movimientos de liberación», no solo en el campo capitalista sino también en el llamado socialista, al ofrecer pruebas de que no existe una cosa como la autodeterminación nacional ni en las economías controladas por el mercado ni en las controladas estatalmente.

Que el nacionalismo es meramente un instrumento defensivo de la clase dirigente se hizo pronto evidente en todas las «naciones liberadas», ya que proporcionaba arribistas políticos que disponían de un instrumento para autoerigirse en una nueva clase dirigente en colaboración con las clases dirigentes de los países dominadores. No es relevante saber si esas nuevas clases dirigentes se adherían al «mundo libre» o bien a la parte autoritaria del mundo; en cualquier caso, la forma nacional, sobre la cual se basaba su poder, excluía cualquier avance hacia una sociedad socialista. Dondequiera que sea posible, su nacionalismo supone un ferviente imperialismo, aunque sea en miniatura, que enemista a «naciones socialistas» con otras naciones, incluyendo a otras «naciones socialistas». Contemplamos así el lastimoso espectáculo de una amenaza de guerra entre los grandes «países socialistas» Rusia y China, y, a escala reducida, la guerra abierta entre una Etiopía «marxista» y una Somalia «marxista» a causa del control de Ogaden.

Esta historia, que caracteriza el estado actual de la política mundial, en que las naciones pequeñas actúan como apoderados de las grandes potencias imperialistas, o bien luchan en su propio nombre únicamente para ser víctima de uno u otro bloque de poder, podría alargarse, con algunas variaciones, casi indefinidamente. Todo esto justifica la aseveración luxemburguiana de que todas las formas de nacionalismo son perjudiciales para el socialismo y que solamente un internacionalismo consecuente puede ayudar a la emancipación de la clase obrera. Este inquebrantable internacionalismo es una de las mayores aportaciones a la teoría y práctica revolucionaria, y coloca a Rosa Luxemburg muy lejos tanto del socialimperialismo de la socialdemocracia como de la oportunista concepción bolchevique de la revolución mundial tal y como era defendida por su gran «estadista» Lenin.

Al igual que Lenin, Rosa Luxemburg consideraba a la Revolución de Octubre una revolución proletaria que, no obstante, dependía completamente de los acontecimientos internacionales. A la sazón, esta opinión era compartida por todos los revolucionarios fueran marxistas o no. Después de todo, como ella dijo, los bolcheviques al tomar el poder proclamaron «por primera vez las metas finales del socialismo como programa inmediata de política práctica» [141]. Ellos resolvieron el famoso problema de la mayoría: «no se llega a la táctica revolucionaria a través de la mayoría, sino a la mayoría a través de la táctica revolucionaria» [142]. Según su opinión, el partido de Lenin comprendió los verdaderos intereses de las masas urbanas al pedir todo el poder para los soviets a fin de asegurar la revolución. A pesar de todo, la cuestión agraria era

el eje de la revolución y aquí los bolcheviques se mostraron oportunistas en su política, así como en lo que respecta a las minorías nacionales.

En la Rusia prerrevolucionaria, los bolcheviques compartieron con Rosa Luxemburg la posición marxista de la nacionalización de la tierra como prerrequisito para la organización de la producción agrícola a gran escala, de acuerdo con la socialización de la industria. Con la intención de ganarse el apoyo de los campesinos, Lenin abandonó el programa agrícola marxista en favor del de los socialrevolucionarios, los herederos del viejo movimiento populista. Aunque Rosa Luxemburg reconocía que este giro era una «táctica excelente», en su opinión nada tenía que ver con la persecución del socialismo. Los derechos de propiedad deben traspasarse a la nación, o al estado, pues solamente así es posible organizar la producción agrícola a partir de una base socialista. La consigna bolchevique de «inmediata toma y distribución de la tierra por los campesinos» no era una medida socialista, sino una medida que, al crear una nueva forma de propiedad privada, cerraba el paso a medidas de ese tipo. «La reforma agraria de Lenin —escribió— ha creado en el campo una nueva y poderosa capa popular de enemigos, cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz que la de los terratenientes de la aristocracia» [143].

Esto resultó ser una realidad impidiendo tanto el restablecimiento de la economía rusa como la socialización de la industria. Pero, como en el caso de la autodeterminación nacional, de nuevo aquí la situación fue determinada no por la política bolchevique sino por circunstancias, que escapaban a su control. Los bolcheviques eran prisioneros del movimiento campesino; no podían seguir en el poder sin su apoyo pasivo, y no podían continuar el camino hacia el socialismo a causa de los campesinos. Además, su astuto oportunismo no inició la toma de la tierra por parte de los campesinos, sino que tan solo ratificaba una situación de hecho, independiente de su propia actitud. Mientras otros partidos dudaban en legalizar la expropiación de la tierra, los bolcheviques la favorecieron, a fin de conseguir así el apoyo de los campesinos y consolidar el poder que habían conseguido mediante un golpe de estado en los centros urbanos. Confiaban en conservar ese apoyo mediante una política de bajos impuestos, mientras los campesinos exigían un gobierno que impidiera el retomo de los terratenientes mediante la contrarrevolución.

En lo que concernía a los campesinos, la revolución suponía la ampliación de los derechos de propiedad y era, en este sentido, una revolución burguesa. Únicamente podía desembocar en una economía de mercado y en la capitalización intensificada de Rusia. En lo concerniente a los obreros industriales, tanto para Lenin como para Rosa Luxemburg, se trataba de una revolución proletaria incluso en aquel primitivo estadio de desarrollo capitalista. Pero dado que la clase obrera industrial solamente constituía una minúscula parte de la población, parecía obvio que tarde o temprano empezaría a dominar en la revolución el elemento burgués. El poder estatal bolchevique solamente podría sostenerse actuando de árbitro de esos intereses contrarios; pero el éxito de ese intento invalidaría tanto las aspiraciones burguesas como las socialistas en la revolución.

Se trataba de una situación no prevista por el movimiento marxista, y no predecible en términos de teoría marxista, que afirmaba que la revolución proletaria suponía un elevado desarrollo capitalista en el que la clase obrera se convirtiera en la mayoría y fuere así capaz de determinar el curso de los acontecimientos. Aunque Lenin no estaba interesado en hacer una revolución burguesa, excepto como preliminar de una revolución socialista, era burgués en su convicción de que era posible cambiar la sociedad por medios puramente políticos, es decir, por medio de la voluntad de un partido político. Esta inversión idealista del marxismo, en que la conciencia determina el desarrollo material en lugar de ser su producto, tan solo suponía a nivel práctico una imitación del propio régimen zarista, en el que la autocracia gobernaba el conjunto de la sociedad. En realidad, Lenin insistía en que si el Zar podía gobernar Rusia con la ayuda de una burocracia compuesta por pocos centenares de miles de hombres, los bolcheviques debían ser capaces de hacerlo igual de bien o aún mejor con un partido que superaba ese número. En cualquier caso, una vez en el poder, los bolcheviques no tenían otra alternativa que intentar mantenerse en él para defender su existencia. Con el transcurso del tiempo apareció un aparato estatal que se encargó del control autoritario no solo de la población sino también del desarrollo económico, transformando la propiedad privada en propiedad estatal sin cambiar las relaciones sociales de producción, es decir, manteniendo las relaciones capital-trabajo que permiten la explotación de la clase obrera. Este nuevo tipo de capitalismo —correctamente denominado capitalismo estatal— persiste hasta nuestros días ataviado con el ropaje ideológico de «socialismo».

En 1918, Rosa Luxemburg no podía prever esta evolución, ya que quedaba fuera de todas las suposiciones marxistas. En su opinión, el bolchevismo estaba cometiendo algunos errores que podrían hacer peligrar su objetivo socialista. Y si bien esos errores eran ineludibles en el contexto de la aislada Revolución rusa, no debían ser generalizados en una táctica revolucionaria planteada para los tiempos venideros y a seguir por todas las naciones. Aunque en vano, combatió la realidad rusa con los principios marxistas, para salvar al menos la teoría marxista. Pero todo fue en vano, ya que resultó que el capitalismo y su propiedad privada no se guía necesariamente un régimen socialista, sino que aquel podía ser transformado en un capitalismo estatalmente controlado, en donde la vieja burguesía era sustituida por una nueva clase dirigente cuyo poder se basaba en su control colectivo del estado y de los medios de producción. Rosa Luxemburg sabía tan poco como Lenin acerca de cómo proceder en la construcción de una sociedad socialista, pero mientras este último actuaba pragmáticamente a partir de las experiencias de control estatal de las naciones capitalistas en tiempos de guerra, y se imaginaba el socialismo como el monopolio estatal sobre toda la actividad económica, Rosa Luxemburg continuaba proclamando que tal estado de cosas no podía emancipar a la clase obrera. Ella no podía imaginar que la emergente sociedad bolchevique representaba una formación social históricamente nueva, pero únicamente veía en ella una falsa aplicación de los principios socialistas.

Temía una posible restauración del capitalismo a partir de las reformas agrarias de los bolcheviques.

Sucedió en efecto que la cuestión agraria agitó incesantemente el estado bolchevique, y desembocó finalmente en una colectivización forzosa de los campesinos como solución intermedia entre las relaciones privadas de propiedad y la nacionalización de la agricultura. Esto no suponía un repudio auténtico de la política agraria de Lenin, basada en la necesidad y no en la convicción. Lenin, pura y simplemente, no se atrevió a nacionalizar la tierra, excepto sobre el papel, y Stalin no osó ir más allá de una colectivización forzosa de los campesinos, sin privarlos de cualquier tipo de iniciativa privada. Aún así, fue una horrible tarea que casi destruyó el régimen bolchevique. Si bien Rosa Luxemburg tenía razón en su oposición a la política agraria de Lenin, sus argumentos, sin embargo, no venían al caso, ya que solo era cuestión de tiempo y de poder del aparato estatal el que los campesinos pudieran perder su recién adquirida independencia relativa y cayeran una vez más bajo el control de un régimen autoritario.

Debería haber sido evidente a partir del concepto leninista del partido y de su papel en el proceso revolucionario, que este partido, una vez situado en el poder, solamente podía actuar de modo dictatorial. Totalmente al margen de las condiciones específicas rusas, la concepción del partido como conciencia de la revolución socialista dejaba claramente todas las decisiones efectivas del poder en manos del aparato estatal bolchevique. Esta asunción general se acentuó aún mucho más en la Revolución rusa que se encontraba dividida entre aspiraciones burguesas y proletarias. Si el proletariado, según Lenin, era incapaz de desarrollar una conciencia que fuera más allá del sindicalismo (esto es, de luchar en favor de sus intereses en el sistema capitalista), ciertamente aún sería más incapaz de realizar el socialismo, que suponía una ruptura ideológica con toda su experiencia anterior. Haciéndose eco de Kautsky, Lenin creía que la conciencia socialista debía encarnarse en el proletariado desde fuera, mediante el conocimiento de la clase media instruida. El partido era la organización de la «*intelligentsia*» socialista, que representaba la conciencia revolucionaria *para* el proletariado, aunque también podía incluir en sus filas algún puñado de obreros inteligentes. Era necesario que esos especialistas en política revolucionaria se convirtieran en los amos del estado socialista, si bien únicamente para impedir la derrota de la clase obrera a causa de su propia ignorancia. Así como el partido debía guiar al proletariado, del mismo modo la dirección del partido debía guiar a sus miembros mediante una centralización semimilitarizada.

Fue esta arrogante actitud de Lenin, presionando a su partido, la que hizo recelar totalmente a Rosa Luxemburg del posible resultado de la toma del poder bolchevique. Ya en 1904 criticó la concepción del partido bolchevique por su separación artificial de una vanguardia revolucionaria de la masa de los obreros, y por su ultracentralismo tanto en los asuntos generales como, en particular, en las cuestiones que afectaban al partido. «De hecho, no hay nada que pueda entregar con tanta facilidad y seguridad a un movimiento obrero todavía joven a las ansias de poder de los intelectuales —escribió— que la

canalización del movimiento entre los muros blindados de un centralismo burocrático que degrada a la clase obrera militante al nivel de instrumento dócil de un «comité» [144]. Al poner en duda el carácter revolucionario de la concepción leninista del partido, Rosa Luxemburg prefiguraba el curso seguido por el poder bolchevique hasta llegar a nuestros días. Efectivamente, su crítica de las ideas organizativas de Lenin se basaba en su comparación con la estructura organizativa del partido socialdemócrata alemán, que, pese a estar también fuertemente centralizado, aspiraba a conseguir una amplia base de masas para su tarea evolutiva. Este partido no pensaba en términos de toma del poder, sino que se conformaba con triunfos electorales y con la propagación de la ideología socialista como base para su crecimiento. En cualquier caso, Rosa Luxemburg consideraba que ningún tipo de partido podía efectuar una revolución socialista. El partido únicamente podía ser una ayuda para la revolución, que continuaba siendo prerrogativa y requería los esfuerzos de toda la clase obrera. No concebía al partido socialista como un organizador independiente del proletariado, sino como parte de él, sin ningún tipo de funciones o intereses diferenciados de aquellos de la clase obrera.

Con esa convicción, cuando Rosa Luxemburg levantaba su voz contra la política dictatorial del partido bolchevique, únicamente era fiel a sí misma y al marxismo. Aunque este partido ampliaba su posición dominante mediante la demagógica exigencia del poder único de los soviets, no tenía intención alguna de delegar ningún poder en los soviets, a excepción, quizá, de aquellos que estuvieran compuestos por bolcheviques. Es cierto que los bolcheviques en Petrogrado y algunas otras ciudades ostentaban la mayoría en los soviets, pero esta situación podía cambiar nuevamente y situar de nuevo al partido en la situación minoritaria que había padecido en los primeros meses posteriores a la Revolución de Febrero. Los bolcheviques no creían que los soviets fueran los órganos de una sociedad socialista que estaba emergiendo; únicamente veían en ellos un instrumento para la formación de un gobierno bolchevique. Ya en 1905, que supuso la primera aparición de los soviets, Lenin reconoció su potencial revolucionario, que para él, empero, era únicamente una nueva razón para fortalecer su propio partido y prepararlo para asumir las riendas de gobierno. Según Lenin, el poder revolucionario latente de la forma organizativa de los soviets no mutaba su naturaleza *espontánea*, lo que suponía el riesgo de que ese poder se disipara en actividades infructuosas. Aunque formaban parte de la realidad social, los movimientos espontáneos podían, en el mejor de los casos —según opinión de Lenin—, apoyar, pero nunca suplantarse a un partido guiado por un objetivo. La cuestión que en octubre de 1917 se planteaba a los bolcheviques no era elegir entre el soviet y el dominio del partido, sino entre este último y la Asamblea Constituyente. Como no era factible obtener la mayoría en la Asamblea y obtener así el gobierno, era necesario prescindir de ella para realizar la dictadura del partido en nombre del proletariado.

Aunque Rosa Luxemburg afirmó que el conjunto de las masas populares debían tomar parte en la construcción del socialismo de un modo u otro, no consideró los soviets como la forma organizativa tipificada que podía posibilitar esto. En 1905 la impresionaron de tal modo las grandes huelgas de masas

que se produjeron en Rusia, que prestó poca atención a su forma organizativa en soviets. Los soviets simplemente eran para ella comités de huelgas a falta de otras organizaciones sindicales más estables. Incluso tras la Revolución de 1917, creía que «la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico es algo que todavía está envuelto por la niebla del futuro» [145]. Solamente se conocía la dirección general a seguir, no los pasos concretos que debían darse para consolidar y desarrollar la nueva sociedad. El socialismo no podía derivarse de planos confeccionados y realizarse mediante un decreto gubernamental. Exigía la más amplia participación por parte de los obreros, o sea, una democracia auténtica, y era precisamente esta democracia lo único que podía denominarse dictadura del proletariado. Una dictadura de partido no era para Rosa Luxemburg más que una «dictadura en el sentido burgués, en el sentido del poder de los jacobinos» [146].

Todo es indudablemente cierto, a nivel general, pero el carácter burgués del poder bolchevique reflejaba —ideológica y prácticamente— la naturaleza objetivamente no socialista de esta revolución particular, que pura y simplemente no podía pasar de las condiciones casi feudales del zarismo a una sociedad socialista. Se trataba de una especie de «revolución burguesa» sin la burguesía, así como de una revolución proletaria sin un proletariado lo suficientemente amplio: una revolución en que un partido aparentemente antiburgués desempeñaba las funciones históricas de la burguesía por medio de su asunción del poder político. En estas condiciones, el contenido revolucionario del marxismo occidental era inaplicable, ni siquiera modificándolo. Eso puede explicar la vacuidad de los argumentos luxemburguianos en contra de los bolcheviques, sus quejas acerca de la falta de respeto hacia la Asamblea Constituyente y sus actos terroristas contra toda oposición, procediera de la izquierda o de la derecha. Sus mismas indicaciones sobre cómo proceder en la construcción del socialismo, pese a ser correctas y loables, no podían estar de acuerdo con una Asamblea Constituyente, que es una institución burguesa. Su tolerancia hacia cualquier opinión y sus deseos de expresarla a fin de influir en el curso de los acontecimientos, no podían realizarse bajo condiciones de guerra civil. La construcción del socialismo no podía dejarse a un lento método de ensayo-error, por el que el futuro podía discernirse en la «nebulosa» del presente, sino que estaba dictada por las necesidades del momento que exigían acciones definidas.

La carencia de realismo con respecto a los bolcheviques y a la Revolución rusa de Rosa Luxemburg podría deberse a sus propias ambigüedades. Por un lado ella era socialdemócrata y por otro revolucionaria, en un momento en que ambas posiciones se habían separado. Miraba a Rusia con ojos socialdemócratas y a la socialdemocracia con ojos revolucionarios; anhelaba una *socialdemocracia revolucionaria*. Ya en su célebre polémica con Eduard Bernstein [147] rehusó elegir entre reforma y revolución ya que procuraba combinar ambas actividades de forma dialéctica en una sola e idéntica política. Era posible, en su opinión, librar la lucha de clases en el parlamento y en la calle, no solo mediante el partido y los sindicatos sino también con las masas desorganizadas. El asidero legal obtenido en la democracia burguesa debía

apuntalarse por medio de acciones directas de las masas en sus luchas cotidianas; concebía las actividades parlamentarias como apoyo a dichos esfuerzos. Existían, empero, las acciones de masas, que eran las más importantes, ya que aumentaban la conciencia de su posición de clase y consiguientemente su conciencia revolucionaria. El combate directo de los obreros en contra del capitalismo constituía la auténtica «escuela de socialismo». La ampliación de las huelgas de masa [148], en las que los obreros se comportaban como una *clase*, era en su opinión el prerrequisito imprescindible de la revolución venidera, que derrocaría a la burguesía e instauraría gobiernos apoyados y controlados por el proletariado con madura conciencia de clase.

Rosa Luxemburg no comprendió la verdadera naturaleza de la socialdemocracia hasta la erupción de la Primera Guerra Mundial. En ella existían un ala derechista, un centro y un ala izquierdista; Liebknecht y Luxemburg representaban esta última. Existía una pugna ideológica entre estas tendencias, tolerada por la burocracia del partido porque se mantenía en el terreno puramente ideológico. La actuación del partido era reformista y oportunista, actuación que salía incólume de la retórica izquierdista, en el caso de que no la apoyara indirectamente. Creían que era posible transformar el partido y devolverle el carácter revolucionario de sus orígenes. Rosa Luxemburg desechó sugerencias para escindir el partido porque temía perder contacto con el grueso de los obreros socialistas. La confianza que ella depositaba en esos obreros no se veía afectada por la carencia de confianza en lo que a sus líderes atañe. Le sorprendió mucho que el socialchovinismo exhibido en 1914 uniera a los líderes y los lanzara contra el ala izquierda del partido. Aún así, no se dispuso a abandonar el partido hasta su ruptura a propósito del resultado de los objetivos de guerra, que condujeron a la formación del Partido Socialista Independiente (USPD), en que la Liga Spartakus, un círculo organizado en torno a Liebknecht, Luxemburg, Mehring y Jogiches, formaba una pequeña facción. Hasta entonces esa facción había desempeñado actividades independientes por medio de propaganda antibélica y en contra de la política de colaboracionismo de clase del viejo partido. Rosa Luxemburg únicamente reconoció la necesidad de un nuevo partido revolucionario y de una nueva Internacional hacia finales de 1918.

La Revolución alemana de 1918 no fue el producto de ninguna organización izquierdista, si bien miembros de todas ellas desempeñaron variados papeles en ella. Se trataba estrictamente de un levantamiento político encaminado a acabar con la guerra y a eliminar la monarquía a la que se consideraba responsable de ella. Fue una consecuencia de la derrota militar alemana y no gozaba de seria oposición por parte de la burguesía y de los militares que les permitió cargar el peso de la derrota al movimiento socialista. Esta revolución situó a la socialdemocracia en el gobierno, aliándose entonces con los militares a fin de aplastar cualquier intento de transformar la revolución política en una revolución social. Los consejos de obreros y de soldados surgidos espontáneamente, aún bajo el dominio de la tradición y de la vieja ideología reformista, apoyaron en su mayoría al gobierno socialdemócrata y anunciaron estar dispuestos a desaparecer en favor de una Asamblea Nacional en

el seno de la estructura democrática burguesa. Esta revolución, se ha dicho acertadamente, «era una revolución socialdemócrata contenida por los líderes socialdemócratas: un proceso que difícilmente cuenta con algún paralelismo en la historia mundial» [149]. Se trataba también de una revolución minoritaria, ¡claro está!, que abogaba y luchaba por la creación de un sistema social de consejos obreros que funcionase como una institución permanente; pero esto pronto fue sistemáticamente acallado por las fuerzas militares lanzadas contra ellos. La Liga Spartakus, junto a otros grupos revolucionarios, se autotransformó en el Partido Comunista de Alemania para organizar esta revolución minoritaria mediante acciones ininterrumpidas. Su programa fue escrito por Rosa Luxemburg.

Quedó claro ya en su congreso fundacional que el nuevo partido estaba escindido. Rosa Luxemburg, incluso en estos últimos momentos, no fue capaz de romper totalmente con las tradiciones socialdemócratas. Aunque afirmó que había pasado la hora del programa mínimo y sucinto de socialismo, aún se aferraba a la política de la doble perspectiva, o sea, a la opinión de que la inseguridad de una temprana revolución proletaria exigía considerar una política definida dentro de las organizaciones e instituciones sociales dadas. En la práctica, esto significaba participar en la Asamblea Nacional y en los sindicatos. Sin embargo, la mayoría del Congreso se pronunció a favor del anti-parlamentarismo y de luchar contra los sindicatos. Pese a sus reluctancias, Rosa Luxemburg acató esta decisión y escribió y actuó de acuerdo con ella. Dado que fue asesinada solamente dos semanas después, no es posible decir si ella habría mantenido o no esta postura. En cualquier caso, sus discípulos, alentados por Lenin mediante su emisario Radek, pronto dividieron el nuevo partido y fusionaron su sección parlamentaria con una parte de los socialistas independientes para formar un «partido verdaderamente bolchevique»; esta vez, empero, como una organización de masas en el sentido socialdemócrata, compitiendo con el antiguo partido socialdemócrata en la obtención de la lealtad de los obreros, a fin de forjar un instrumento para la defensa de la Rusia bolchevique.

Mas todo esto es historia. Las revoluciones fracasadas en Europa Central, y la evolución en la dirección del capitalismo de estado en Rusia, superaron las crisis políticas del capitalismo que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Sus dificultades económicas no fueron superadas del mismo modo y condujeron a amplias crisis mundiales y a la Segunda Guerra Mundial. Como las clases dirigentes —las viejas y las nuevas— recordaban las repercusiones revolucionarias a raíz de la Primera Guerra Mundial, impidieron su posible reaparición posterior a través de medios directos de ocupación militar. La enorme destrucción de capital y su posterior centralización por medio de la guerra, así como el crecimiento de la productividad del trabajo, produjeron un gran ascenso de la producción de capital tras la Segunda Guerra Mundial. Esto supuso un eclipsamiento casi total de las aspiraciones revolucionarias, a excepción de aquellas que tenían un carácter estrictamente nacionalista y de capitalismo estatal. Esto consolidó la «economía mixta», tanto a nivel nacional como internacional en la que los gobiernos influían en las actividades económicas.

El marxismo, como todas las cosas del pasado, se convirtió en una disciplina académica, lo que indica su ocaso como teoría del cambio social. La socialdemocracia dejó de autoconsiderarse una organización de la clase obrera, para pasar a ser solo un partido del pueblo, listo para desempeñar funciones gubernamentales en favor de la sociedad capitalista. Las organizaciones comunistas acapararon el papel clásico de la socialdemocracia, y también su pronta disposición favorable a la hora de formar gobiernos, o de participar en ellos, que apoyaban el sistema capitalista. El movimiento obrero —dividido en bolcheviques y socialdemocracia— que había preocupado a Rosa Luxemburg, dejó de existir.

Con todo, el capitalismo sigue siendo susceptible a las crisis y al colapso. Vistos los métodos actuales de destrucción, puede autodestruirse en otra conflagración. Pero también puede ser vencido por medio de las luchas de clase encaminadas a conseguir su transformación socialista. La alternativa que Rosa Luxemburg formuló —socialismo o barbarie— sigue siendo válida. El estado actual del movimiento obrero organizado, que carece de cualquier inclinación revolucionaria, subraya que un futuro socialista depende en mayor grado de las acciones espontáneas del conjunto de la clase obrera, que de las anticipaciones ideológicas de ese futuro que puedan encontrar su expresión en organizaciones revolucionarias de reciente aparición. Puestas así las cosas, no hay mucho que aprender de las experiencias pasadas, a excepción de la lección negativa de que ni la socialdemocracia ni el bolchevismo tienen nada que ver con los problemas de la *revolución proletaria*. Al oponerse a ambos, aunque de modo inconsecuente, Rosa Luxemburg abrió una nueva vía hacia la revolución socialista. Su impulso revolucionario, a pesar de algunas nociones falsas en lo que afecta a la teoría y a algunas ilusiones en lo que concierne a la práctica socialista, deparó los elementos esenciales que una revolución socialista requiere: un internacionalismo inquebrantable y el principio de la autodeterminación de la clase obrera en sus organizaciones y en la sociedad. Al tomarse en serio el aforismo de que la emancipación del proletariado solo puede realizarla el propio proletariado, tendió un puente entre el pasado revolucionario y el futuro revolucionario. Sus concepciones se mantienen aún rebosantes de la idea de revolución, mientras que todos sus adversarios en el viejo movimiento obrero se han convertido en parte de la decadente sociedad capitalista.

Diciembre 1977.
(Traducción de Rafael Grasa)

**LA DIALÉCTICA
ENTRE CIENCIA
SOCIAL E
IDEOLOGÍA EN
ROSA LUXEMBURG**

Michael Löwy: Nacido en mayo de 1938 en S. Paulo, Brasil. Militó en el movimiento estudiantil brasileño, en calidad de enlace con los sindicatos obreros. Licenciado en Ciencias Sociales en la Universidad de S. Paulo, continuó sus estudios en París, bajo la dirección de Lucien Goldmann. Doctorado en la Sorbona en 1964, su tesis doctoral fue publicada por Ed. Máspero con el título de *La teoría de la revolución en el joven Marx* (traducción castellana en Siglo XXI, Madrid). Ha escrito varios ensayos sobre Rosa Luxemburg, reeditados en el volumen *Dialéctica y revolución* (Ed, Anthropos; traducción castellana en Siglo XXI). Ha publicado, en colaboración con Georges Haupt una antología sobre los marxistas y la cuestión nacional que acaba de ser publicada en catalán —*Els marxistes i la qüestió nacional*— por Ediciones La Magrana, Barcelona, 1978). Doctorado de Estado sobre Lukács en 1975, publicado en P. U. F., París, con el título de *Pour une sociologie des intellectuels révolutionnaires: l'évolution politique de Lukács 1909-1929*. Profesor en la Universidad de Vincennes desde 1969, y aceptado como investigador en el Centre National de la Recherche Scientifique en 1977.

¿Cómo puede el marxismo ser al mismo tiempo una doctrina revolucionaria, que expresa el punto de vista o la ideología de una clase social, y una teoría científica que aspira a la verdad objetiva? Esta pregunta epistemológica decisiva sigue, todavía hoy, suscitando debates en el seno del pensamiento marxista, siendo el ejemplo más reciente la polémica en torno a las tesis de Althusser.

Nos parece que Rosa Luxemburg aporta a este debate una contribución importante, que se caracteriza por un rigor y una coherencia profunda, y que nunca se ha puesto suficientemente de manifiesto.

Para comprender la posición de Rosa Luxemburg, resulta necesario ante todo situarla en relación con la de sus contemporáneos en el seno de la socialdemocracia alemana, especialmente con la de su principal adversario político y científico: Eduard Bernstein.

El fundamento metodológico del pensamiento de Bernstein es una combinación notablemente articulada entre Kant y Comte. Se trata para él de disolver y de descomponer el socialismo científico —síntesis dialéctica entre ciencia y revolución— en una ética «socialista» inspirada en los Principios Eternos de la Justicia y en el Imperativo Categórico de Kant, de un lado, y en una ciencia económica y social empírica, neutra y positivista, de otro. Así se separan los juicios de valor (éticos) de los juicios fácticos (científico-positivos), que habrían estado confundidos en Marx. Será partiendo de esta teoría de la ciencia como Bernstein criticará el carácter *tendencioso* y *partidista* del pensamiento de Marx; según su opinión, habría en la obra de Marx análisis que estarían «exentos de prejuicios», pero «desde el momento en que Marx aborda la cuestión del objetivo final», dejaría de ser científico para convertirse en «prisionero de una doctrina» [150].

En el curso de una conferencia en 1901, Bernstein pondrá en duda la posibilidad misma de un socialismo científico, que le parece contener una contradicción: «la ciencia no podría ser tendenciosa» En tanto que conocimiento de aquello que es, no pertenece a ninguna clase ni a ningún partido». ¿Cómo podría, pues, el socialismo ser científico, siendo como es la expresión de un interés partidista, de un interés de clase? [151].

En su polémica contra Bernstein y los neokantianos, Kautsky hará la defensa de Marx, pero acepta en realidad la problemática bernsteiniana de la separación entre la «ética» por un lado: y la ciencia por otro. En su libro *Ética y concepción materialista de la historia*, de 1906, se sitúa, en última instancia, en un nivel metodológico muy próximo al de su adversario, a la vez que intenta lavar a Marx de la acusación de «tendenciosidad»: «incluso para un hombre como Marx, se hace sentir el efecto de un ideal moral en la búsqueda científica. Pero él siempre se esfuerza, y con razón, por excluirlo en la medida de lo posible. En la ciencia, efectivamente, el ideal moral se convierte en fuente de errores cuando pretende querer indicarle sus fines» [152].

En realidad, tras este debate un tanto confuso en torno a lo «ético» y lo «ideal» se esconde un problema mucho más extenso e importante: el de la

relación entre el punto de vista de una clase social, su visión del mundo, su «ideología» (en sentido amplio), y el conocimiento científico de la sociedad, y en particular el problema del vínculo epistemológico entre marxismo y proletariado.

Algunos años más tarde, tanto Kautsky como sus colegas austromarxistas harán explícita su posición sobre el particular, adoptando una posición fuertemente teñida de positivismo. Para Kautsky, en *La concepción materialista de la historia*, 1927, el marxismo, en tanto que «doctrina puramente científica, no está en ningún modo vinculado al proletariado» [153], mientras que Max Adler proclama con tranquilidad que «el marxismo es, como toda ciencia, completamente apolítica, si por ello se entiende una ausencia de toma de postura de partido político»... [154].

Al revés que Kautsky, Rosa Luxemburg, en su crítica a Bernstein pondrá en cuestión el fundamento mismo de su posición. En su folleto de 1889, *¿Reforma social o revolución?*, desarrolla una crítica radical del cientifismo pretendidamente no clasista y por encima de los partidos:

«Bernstein no quiere oír ni hablar de ninguna «ciencia de partido», o, mejor dicho, de una ciencia de clase, así como tampoco de un liberalismo de clase o de una moral de clase. Se cree que representa una ciencia general humana abstracta, un liberalismo abstracto, una moral abstracta. Pero como la sociedad real está constituida por clases, con intereses, aspiraciones, y concepciones diametralmente opuestos, resulta de momento pura fantasía, puro autoengaño, hablar de una ciencia general humana en cuestiones sociales, hablar de un liberalismo abstracto, de una moral abstracta. Lo que Bernstein tiene por su ciencia, democracia y moral universalmente humanas, no es sino la ciencia, la democracia y la moral dominantes, es decir, la ciencia burguesa, la democracia burguesa, la moral *burguesa*» [155].

Así pues, para Rosa Luxemburg, no solo las ideologías morales y políticas, sino también las ciencias sociales están inevitablemente comprometidas en la lucha de clases. La ciencia de la sociedad está necesariamente vinculada al punto de vista y a los intereses de una clase social, y solamente en un futuro, en una sociedad sin clases, podrá pensarse en una ciencia social no partidista, «universalmente humana». En la medida en que distingue las ciencias de la sociedad de las ciencias de la naturaleza, Rosa Luxemburg se libera, de un lado, de la hipoteca positivista y, de otro, evita la trampa de una exagerada ideologización de las ciencias naturales.

Esta afirmación no es para ella una simple cuestión de principio; en su *Introducción a la Economía Política* muestra cómo, en una ciencia social concreta, «los caminos del conocimiento burgués y los del conocimiento proletario se dividen» en torno a todas las cuestiones, incluidas aquellas que a primera vista puedan parecer abstractas e indiferentes para las luchas sociales [156].

Esto no quiere decir que los «caminos del conocimiento burgués» no puedan desembocar en resultados científicos importantes. Rosa Luxemburg insiste en el valor de los descubrimientos científicos de los fundadores de la

economía política (Quesnay, Boisguillebert, Adam Smith, Ricardo), quienes se atrevieron a mostrar el capitalismo en su «desnudez clásica», y ella opone esta «verdadera ciencia» de los grandes antepasados a la «masa amorfa» de los epígonos burgueses contemporáneos [157]. Partiendo de los análisis de Marx en *Teorías de la Plusvalía* sobre la historia de la ciencia económica, muestra la estrecha relación entre esta y la historia social real, la historia de la lucha de clases: «Dentro de un paralelismo estricto con sus transformaciones políticas, la burguesía tampoco es portadora en la economía política de la investigación científica más que cuando lucha contra la sociedad feudal; desde el momento en que se vuelve contra la clase obrera en ascenso, cae inmediatamente en la vulgaridad y en la apología» [158].

Por otra parte, la relación de Marx con sus predecesores es aprehendida por Rosa Luxemburg como un vínculo complejo y contradictorio, de continuidad y ruptura al mismo tiempo; no se trata de un «corte epistemológico» entre un pensamiento puramente ideológico (los clásicos) y «la ciencia» de Marx (ver Althusser), sino de una *superación* de los límites de la ciencia burguesa por medio de «los portavoces del proletariado moderno» que han «fabricado sus armas mortales» a partir de los descubrimientos científicos de Smith y Ricardo [159]. Dicho de otro modo; «las leyes de la anarquía capitalista y de su futuro ocaso desarrollados por Marx no son, sino una continuación de la economía política creada por los sabios burgueses, pero una continuación que, en sus resultados finales, se contraponen del modo más agudo a los puntos de partida de aquella» [160]. Esta *continuidad parcial* entre Marx y la economía política burguesa introduce implícitamente un problema clave para la epistemología marxista: la autonomía relativa de la ciencia de la sociedad con respecto de las clases sociales. Volveremos sobre ello.

¿Por qué el marxismo ha podido realizar esta *Aufhebung* (conservación-negación-superación) de la ciencia burguesa?

El pensamiento de Marx representa «en el terreno de la filosofía, de la historia y de la economía, el punto de vista histórico del proletariado»; los marxistas son, en última instancia, los «ideólogos de la clase obrera» [161].

El término *ideología* en Rosa Luxemburg (al igual que en Lenin) no es, como para el joven Marx de *La ideología alemana*, sinónimo de imagen invertida y falsa de la realidad, sino que designa simplemente *una forma de pensamiento vinculado en su estructura significativa, al punto de vista de una clase social*; por consiguiente, no es contradictorio ni con *ciencia*, ni con *conocimiento verdadero*.

Según Rosa Luxemburg, «un vínculo particular existe entre la economía política como ciencia y el proletariado moderno como clase revolucionaria». Precisamente porque Marx se sitúa en el punto de vista del proletariado revolucionario y de su ideología socialista, porque se encuentra en «un observatorio más elevado» (*höheren Warte*), puede, en su análisis científico del capitalismo, «aprehender los límites de las formas económicas burguesas» [162]. Esta metáfora topológica de Rosa Luxemburg es, según nuestra opinión, particularmente afortunada; permite entender la diferencia existente entre la ciencia de Marx y la de los economistas burgueses no como una división entre

la pura luz científica y las tinieblas ideológicas, sino como dos observatorios, dos promontorios, dos montañas *elevadas de forma desigual* con respecto al mismo paisaje, cada cual con su área de visibilidad, con su horizonte, donde la más alta, evidentemente, es capaz de abarcar más con su mirada y de superar los límites de los niveles inferiores. Esta metáfora permite también dar cuenta de la posibilidad, para un economista burgués, de descubrir un cierto número de verdades científicas dentro del área de visibilidad definida por su horizonte ideológico, dentro del espacio teórico estructurado por su punto de vista de clase (consciente o no). La ciencia económica no es, pues, en absoluto *reductible* a su zócalo social e ideológico, sino que este último determina los *límites* del conocimiento situado en una determinada perspectiva de clase.

Esta imagen de Rosa Luxemburg abre, además, el camino a una comprensión de las condiciones históricas concretas que explican el advenimiento del marxismo y su lugar en el desarrollo de la ciencia económica: no el «Fiat Lux» milagroso de un genio individual, sino la expresión científica de un nuevo punto de vista, el del proletariado moderno, que provoca la irrupción de un «observatorio más elevado», y que crea la posibilidad objetiva de un conocimiento más amplio y más avanzado de la realidad social.

Es obvio que queda por demostrar *por qué* el punto de vista del proletariado pone una superioridad epistemológica, por qué el marxismo se sitúa a un nivel superior de comprensión científica. En su polémica con Bernstein, Rosa Luxemburg aporta algunos elementos esenciales para una respuesta coherente a esta pregunta:

- 1) La diferencia entre Marx y Ricardo o Smith no se evidencia solo en las respuestas a preguntas comunes, sino en un nivel bastante más profundo: las *preguntas*, los *problemas* mismos, son nuevos en Marx.
- 2) Lo que permite a Marx plantear estas cuestiones nuevas y así «descifrar los jeroglíficos» de la economía capitalista, es su posición *historicista*, su percepción de los *límites históricos* del capitalismo, su superación de la posición naturalista y eternista de los clásicos.
- 3) Precisamente porque se sitúa en una perspectiva socialista-proletaria ha podido Marx dar cuenta de este carácter transitorio y perecedero del capital, invisible en el campo teórico burgués.
- 4) Lejos de ser contradictorio con el conocimiento de la verdad, la ideología socialista, el punto de vista de clase del proletariado, favorece la comprensión científica de la sociedad. El socialismo científico resulta de la indisoluble unidad dialéctica entre ambas dimensiones. («¿Cuál fue la llave mágica de Marx, la que le abrió precisamente los secretos más íntimos de todos los fenómenos capitalistas, con la que pudo resolver con facilidad rayana en el juego problemas cuya existencia ni siquiera pudieron intuir los grandes espíritus de la economía burguesa clásica, como Smith y Ricardo? Pues no fue otra sino la concepción de la economía capitalista en su conjunto como fenómeno histórico, y no solo hacia atrás, como en el mejor de los casos lo entendió la economía clásica, sino también hacia adelante, no solo en relación con el pasado económico feudal, sino también en relación con el *futuro socialista*. (...) Preci-

samente y no solo por haberse enfrentado Marx desde un principio en tanto que socialista, es decir, *partiendo de un punto de vista histórico*, a la economía capitalista pudo descifrar sus jeroglíficos, y por haber hecho de la perspectiva socialista el punto de partida del análisis económico de la sociedad burguesa pudo, viceversa, fundamentar científicamente el socialismo.» [163])

Partiendo de estas reflexiones de Rosa Luxemburg se podría esbozar un paralelismo entre la superioridad de la economía política clásica en relación con las doctrinas económicas feudales, por un lado, y la de Marx sobre los economistas burgueses, por otro: en ambos casos el punto de vista de la clase revolucionaria (la burguesía en el siglo XVIII y principios del XIX, el proletariado a partir de mediados del XIX) ha favorecido un conocimiento más profundo y más científico de las relaciones económicas y sociales, superando las concepciones conservadoras y ahistóricas de los ideólogos del orden establecido.

Es necesario, sin embargo, señalar que para Rosa Luxemburg la relación entre proletariado y ciencia presenta una característica muy particular, que le es específica como clase revolucionaria: «Dado que (...) el esclarecimiento en torno a las leyes del desarrollo fue necesario para la lucha de clases proletaria, esta ha fertilizado (*befruchtend gewirkt*) la ciencia social, y el monumento de esta cultura espiritual es... la doctrina de Marx» [164]. Por desgracia, Rosa Luxemburg no desarrolla esta idea, que nos parece muy rica e importante, y que permite precisamente aprehender la naturaleza única de la relación entre clase obrera y verdad científica: contrariamente a la burguesía revolucionaria, llevada al poder por el desarrollo «espontáneo» del capitalismo, el proletariado solo puede triunfar en su lucha a través de una *acción consciente* que implique el conocimiento objetivo de la realidad social [165].

Desde Max Weber, la ciencia social burguesa ha acusado siempre al marxismo de no haberse aplicado a sí mismo, de no analizar su propio estatus epistemológico, de no utilizar sobre sí mismo los mordaces instrumentos teóricos, que le sirven para desenmascarar a sus adversarios: el materialismo histórico, la teoría de las ideologías de clase, etc.

Un tal reproche no está totalmente desprovisto de fundamento en relación con ciertas corrientes marxistas, representadas por Kautsky y otros partidarios de un marxismo «puramente científico», sí no «apolítico» (Max Adler), pero deja ciertamente de tener sentido en relación con Rosa Luxemburg, quien pone explícitamente en evidencia las condiciones sociales e históricas del marxismo y se propone precisamente aplicar el método marxista a la obra de Marx. Así, después de haber insistido acerca de la historicidad de todos los problemas sociales, económicos, políticos e ideológicos, está abocada a plantear el problema de los *límites históricos del marxismo mismo*; los pensadores burgueses, describe con ironía, buscan en vano desde hace mucho tiempo una forma de superar el marxismo, y no comprenden que el único y verdadero medio se encuentra en el seno de la doctrina marxista misma: «Histórica hasta el final, no pretende tener más que una validez limitada en el tiempo. Dialéctica hasta el final, lleva en sí misma el germen cierto de su propia superación». La teoría de Marx corresponde concretamente a un período

determinado del desarrollo económico y político: el paso del capitalismo al socialismo en la historia de la humanidad [166]. Solamente cuando esta etapa se haya superado, cuando el comunismo sea realidad, y las clases sociales hayan desaparecido, se podrá ir más allá del horizonte intelectual representado por el marxismo.

Es interesante recordar, en este contexto, el párrafo de *¿Reforma social o revolución?*, en el que Rosa Luxemburg afirma, contra Bernstein, que una ciencia general humana en cuestiones sociales es «de momento pura fantasía, puro autoengaño» [167]. La expresión «de momento» sugiere la posibilidad, en una sociedad sin clases, de una ciencia social sin referencias ideológicas y sin punto de vista de clase. En esta ciencia de la sociedad comunista, el problema de la objetividad del conocimiento se planteará en términos radicalmente nuevos.

Esta tesis de la historicidad del marxismo será retomada más tarde por otros pensadores marxistas, especialmente por Lukács y Gramsci. En sus *Quaderni del Carcere*, Gramsci subraya que la filosofía de la praxis «se concibe a sí misma historicísticamente, como una fase transitoria del pensamiento filosófico» [168]. Resulta difícil saber si Gramsci fue directamente inspirado por los escritos de Rosa Luxemburg, pero la similitud de ambas problemáticas es innegable.

En realidad, solo partiendo de esta concepción de sí mismo puede el materialismo histórico llegar a ser un método de explicación coherente de las formas de la ideología, del pensamiento y del conocimiento social, un método que no admita excepción y no se sitúe a sí mismo al margen de la totalidad histórico-social. Toda otra concepción no puede desembocar (como en el caso de los estructural-marxo-positivistas) sino en el desplazamiento de la ciencia de la sociedad en general y del marxismo en particular fuera del proceso histórico y del movimiento social global.

Diciembre 1977.
(Traducción de María José Aubet)

**ROSA LUXEMBURG:
LA HUELGA DE
MASAS** [169]

Norman Geras: Nacido en 1943 en Bulawayo (Rodesia). Estudió en la Universidad de Oxford, Desde 1967 es profesor de la Universidad de Manchester. Miembro del consejo editorial de la revista *New Left Review* y miembro de la IV Internacional. Es autor de *The legacy of Rosa Luxemburg* (traducción castellana de próxima aparición en Ed. Era, de México), así como de diversos trabajos sobre Marx, Althusser y Trotsky.

«Las masas son el factor decisivo; son la roca sobre la que se basa la victoria final de la revolución. [170]»

Que Rosa Luxemburg concedía gran importancia a la espontaneidad de las masas, lo saben incluso aquellos que la conocen poco. No es probable que esas personas vean ninguna conexión entre esto y el hecho de que Rosa fuera mujer, pero esa conexión de hecho se ha dado. George Lichtheim, tras señalar la diferencia entre su posición revolucionaria y el reformismo de E. D. Kuskova, autora del Credo «economicista», proseguía diciendo: «Esto sugiere que la común confianza de ambas en la «espontaneidad» en detrimento de la conciencia pudiera tener raíces psicológicas. En cualquier caso está el hecho de que ambas eran mujeres, y que a lo largo de toda su carrera militante Luxemburg dio la impresión de considerar el control consciente como una amenaza frente a la espontaneidad, lo cual es una idea típicamente femenina» [171]. Esta idea, por más sorprendente que pueda parecer, coincide con la extendida tendencia a situar el origen de la actitud de Luxemburg hacia las masas fuera del discurso racional. Sobre este punto el consenso entre los estudiosos serios se hace extensivo incluso a la terminología con que estos la caracterizan. Así, C. Wright Mills habla de que «la metafísica del trabajo» era para Rosa Luxemburg «tanto un hecho final como una fe última». Según E. H. Carr, Luxemburg tenía «una fanática, pero utópica, casi anarquista, fe en las masas»; y según F. L. Carsten tenía «una fe ciega en las masas». El mismo Lichtheim identificaba en su línea política «una especie de romanticismo sindicalista» y se refiere también a su «vaga fe en «las masas»» y a su «mística doctrina de lealtad al proletariado» [172]. El lenguaje evoca de forma uniforme la imagen de algún fanático religioso.

El cuadro que ofrecen estos escritores no es, de todos modos, totalmente negativo. Están, por ejemplo, de acuerdo en señalar los aspectos morales, humanitarios y democráticos del pensamiento de Luxemburg. No es preciso extenderse en disquisiciones sobre ello, a condición de que no olvidemos su explícito rechazo de la idea según la cual puede darse una moral o una democracia no clasista en una sociedad dividida en clases [173]. Luxemburg luchó toda su vida contra lo que consideró en una ocasión como «la más profunda de las inmoralidades»: la explotación [174], y combatió así mismo por una democracia proletaria que pudiera abolirla. En toda su obra se trasluce un impulso profundamente humanitario. Sin embargo, poner únicamente en el lado positivo de la balanza su entrega incondicional a esos valores es rebajar su mérito. En su orientación hacia las masas había también una amplia visión estratégica basada en el más completo realismo. La importancia de Rosa Luxemburg reside igualmente ahí.

Podemos definir el problema al que se enfrentó Rosa Luxemburg como militante revolucionaria en el seno de la socialdemocracia alemana antes de la Primera Guerra Mundial, por referencia a la distinción en el programa del partido entre las reivindicaciones mínimas y máximas: por un lado, un con-

junto de reivindicaciones que respondían a los problemas inmediatos y cotidianos de las masas y que podían satisfacerse dentro del marco de la sociedad capitalista; por otro, los objetivos socialistas fundamentales. ¿Cuál era, y cuál debía ser, la relación efectiva entre estas dos secciones del Programa de Erfurt? ¿Cuáles eran las implicaciones estratégicas y tácticas de la distinción entre ambas? A un nivel muy general Luxemburg dio la única respuesta posible para un revolucionario. La socialdemocracia debía tener firmemente sujetos ambos extremos de la cadena. Solamente se podría realizar el socialismo si se vinculaba el programa del socialismo revolucionario con la lucha cotidiana de las masas. Solo si el objetivo final estaba relacionado con sus intereses inmediatos, y eventualmente formaba parte de ellos, podría triunfar la revolución. Por lo tanto, para una organización revolucionaria sería no podía tratarse de una opción entre o bien centrarse exclusivamente en luchas y reivindicaciones limitadas, o bien insistir unilateralmente en los objetivos finales. Como dijo Luxemburg:

«El movimiento histórico-universal del proletariado hasta su victoria plena es un proceso cuya particularidad consiste en que por primera vez en la historia las masas populares mismas imponen su voluntad contra todas las clases dominantes, mientras que la realización de esa voluntad solo es posible más allá, fuera de la sociedad actual. Sin embargo, las masas solo pueden llegar a asumir esa voluntad en el marco de la sociedad presente. La compenetración de las grandes masas populares con una meta que se sitúa más allá del orden establecido, la combinación de la lucha cotidiana con la transformación revolucionaria: he aquí la contradicción dialéctica del movimiento socialdemócrata, el cual, consiguientemente, ha de tratar de esquivar para marchar hacia adelante dos clases de escollos distintos; el abandono de su carácter de movimiento de masas y el abandono del objetivo final, la reducción a secta y el retroceso a movimiento reformista burgués» [175].

Evidentemente, subrayar la necesidad y la dificultad de trazar un camino entre el peligro sectario y el reformista no es suficiente para poder responder a una cuestión concreta de táctica o de perspectiva política. Pero, incluso en su generalidad, esa respuesta tenía una finalidad en las primeras intervenciones de Luxemburg en la vida política del partido alemán. A través de ella buscaba identificar y combatir el revisionismo de Bernstein. La polémica que se produjo en torno a esta cuestión cuando Luxemburg llegó a Alemania en 1898, puso inmediatamente sobre el tapete el problema de la relación entre los programas mínimo y máximo. Al comprender que con la renuncia a la revolución y a la dictadura proletarias en favor de las reformas graduales, Bernstein estaba eligiendo «no un camino más tranquilo, más seguro y más lento hacia la misma meta, sino también una meta *diferente*, [...] no la realización del *socialismo*, sino simplemente la reforma del *capitalismo*» [176], Luxemburg reafirmaba la validez de la esencia revolucionaria del objetivo final de la socialdemocracia. Sin embargo, en esta afirmación existía ya una importante laguna.

Podemos aislarla mediante un examen más profundo de la relación postulada, en sus contribuciones al debate revisionista, entre la lucha por las reformas y el objetivo socialista revolucionario. Afirmando de este último que constituía «el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués» [177], Luxemburg insistía en la necesidad de no perderlo de vista en ningún momento. Este momento debía, de alguna forma, informar todas las luchas parciales y limitadas. El objetivo revolucionario, como decía Luxemburg, debía ser «armonizado» con, e «incorporado» a, la actividad práctica cotidiana de la socialdemocracia; debía ser «inseparable» de la lucha sindical, de la lucha por las reformas sociales y por los derechos democráticos; era el «espíritu» y el «alma» de estas luchas prácticas, sin el cual estas no podían ser consideradas en sí mismas como parte de la lucha de clase por el socialismo [178]. En tales términos Rosa Luxemburg trataba de subrayar la necesidad de un vínculo real entre la lucha cotidiana por las reivindicaciones mínimas y la conquista revolucionaria del poder: de no ser así, la primera se convertiría, en la práctica, en un fin en sí mismo, y la segunda «se divorciaría enteramente de la realidad», sería una simple frase. Una de sus querellas constantes contra los «políticos prácticos» revisionistas se basaba precisamente en que para ellos las reivindicaciones programáticas de la socialdemocracia «no eran sino un peso que había que acarrear y al que había que referirse religiosamente en tanto carecieran de importancia práctica» [179]. La insuficiencia de la posición de Luxemburg en esa época puede formularse como sigue: sabiendo que, en un sentido objetivo, la lucha por las reformas *no estaba* encadenada, de forma sólida, al objetivo revolucionario, en lo único que ella pudo basarse en esa etapa para forjar los eslabones que faltaban fue en la reafirmación del objetivo mismo, la expresión de una intención subjetiva. O menas metafóricamente; conociendo perfectamente que la lucha por las reformas no podía por sí misma *realizar* el objetivo socialista, Luxemburg se limitó a insistir en que debía *expresar* la meta socialista. Más concretamente: comprendiendo intuitivamente la limitación de la distinción rígida entre reivindicaciones mínimas y máximas, Luxemburg planteó la voluntad de superarla, pero sin proponer todavía una estrategia o táctica.

Cuando, en el curso de su polémica con Bernstein, escribe: «El socialismo no se deriva automáticamente y bajo cualquier circunstancia de la lucha cotidiana de la clase obrera» [180], resume ahí el elemento central de su argumentación. Rechazaba categóricamente la idea de que los objetivos del socialismo pudieran diluirse en una serie de reformas parciales, que pudieran asegurarse por medio de conquistas parciales a través de la actividad sindical, electoral y parlamentaria de la clase obrera [181]. Tampoco veía en tales actividades ninguna dinámica automática o espontánea que condujera a la clase trabajadora a la conquista revolucionaria del poder. Por supuesto, y en términos generales, consideraba indispensables estas actividades, desde el momento en que permitían a la clase obrera aumentar su fuerza política y económica, y porque desempeñaban un importante papel organizador y educativo. Pero el punto central de oposición contra el revisionismo radicaba en el hecho de

que, per se, como táctica encerrada en sí misma, estas actividades parciales no podían resultar en la conquista proletaria del poder. Al contrario, podían apartarse completamente de este último objetivo, en cuyo caso constituirían la actividad de un partido burgués y no la de un partido socialista. La cuestión de la conquista del poder, de la dictadura del proletariado, tenía que ser planteada de forma independiente, por y para sí misma, en lugar de ser considerada como el producto orgánico de la lucha cotidiana por las reivindicaciones y reformas mínimas.

En cierto sentido, Luxemburg llegó y no llegó a esta última conclusión durante el debate revisionista. Haciendo hincapié constantemente en la totalidad de las reivindicaciones programáticas de la socialdemocracia y en la necesidad de no perder de vista su objetivo final, puede decirse que sí llegó a esta conclusión. Este es el sentido último del argumento según el cual el objetivo final debe de alguna manera informar o penetrar la lucha diaria. Pero al mismo tiempo no llegó a esa conclusión, porque, sabiendo que la «buena y vieja» táctica parlamentaria y sindicalista no podía producir por sí sola la dictadura del proletariado, no propuso ninguna estrategia alternativa que sí pudiera producirla. Quizá fuera mejor decir que, si bien entendió la necesidad de plantear, como una cuestión independiente, el problema de la conquista del poder, no estaba todavía en *situación* de responder con propuestas estratégicas concretas. De cualquier modo, resulta evidente que una táctica de reformas que no puede llevar al socialismo, por más que esté imbuida de, o vaya junto a, un objetivo socialista, no es lo mismo que una estrategia revolucionaria que sí pueda llevar a él. Esto motivó que la polémica de Bernstein con el partido alemán se planteara en aquellos términos. Bernstein hacía una llamada al partido para que «se emancipara de una *fraseología* ya gastada y [...] se decidiera a aparecer como lo que *en realidad* es hoy: un partido democrático, socialista, de reformas» [182]. Llevando hasta sus últimas consecuencias esta misma línea de razonamiento, el amigo de Bernstein, Ignaz Auer, llegó a la conclusión opuesta: si la realidad del partido era su táctica reformista y los objetivos revolucionarios simple fraseología, entonces una renuncia explícita a los objetivos revolucionarios no resultaba tan importante. «Querido Ede», escribió a Bernstein, «uno decide formalmente hacer lo que tú propones, uno no lo dice, sino que lo *hace*» [183]. Estos sentimientos, así como el posterior destino real de la socialdemocracia, indican los peligros inherentes al dualismo de los programas mínimo y máximo. Los objetivos materializados en el programa máximo pueden ser despojados con demasiada facilidad de toda trascendencia práctica. Pueden ser abandonados a su suerte por que o bien pertenecen a un futuro indeterminado, o bien no pertenecen a nada en absoluto. La actividad efectiva, la táctica real, se configura únicamente en función de la conquista de las reivindicaciones mínimas. Ya en el curso del debate revisionista Luxemburg intentaría construir un puente para zanjar esta dualidad en el Programa de Erfurt. La forma de hacerlo fue, para aquel momento, inadecuada: una combinación de conceptos tácticos cuya limitación ella misma conocía muy bien, y un énfasis abstracto en la necesidad de una conquista

proletaria del poder. En 1905 las masas rusas la ayudaron a colocarse en situación de poder reducir esa abstracción.

Pero ya con anterioridad, en los primeros años del siglo, pudo apreciarse un cambio significativo en sus escritos. A propósito de la huelga general belga de 1902, y con posterioridad, empezó a ir más allá de las cuestiones programáticas fundamentales y a subrayar también la importancia de la «acción de masas independiente», de la «acción directa», de encontrar los medios para «hacer a las masas trabajadoras cada vez más conscientes de su propia fuerza» [184]. Pero solo la Revolución de 1905 haría posible que esta tendencia de su pensamiento cristalizara en la concepción estratégica característica que el nombre de Luxemburg trae siempre a la mente: el concepto de la huelga de masas. Después de 1905 habló de la huelga de masas como «*el movimiento mismo de las masas proletarias*, la forma que reviste la lucha del proletariado en la revolución, [...] el concepto global a utilizar para la designación de todo un período de años, quizá de decenios, de lucha de clases» [185]. Luxemburg podía hablar en estos términos sobre la huelga de masas porque esa noción no implicaba para ella una acción demostrativa, planificada y ordenada, emprendida con la sola finalidad de conseguir objetivos estrictamente definidos y limitados, sino el contenido mismo de un período revolucionario o prerrevolucionario, precisamente el tipo de experiencia que Rusia había vivido en 1905: grandes huelgas y demostraciones, mítines y marchas, acciones de masas de todo tipo y en favor de un sinfín de reivindicaciones relacionadas entre sí, y flujos y reflujos en el marco de una auténtica marea de insurrección. Entendida en este sentido, la huelga de masas no era algo que pudiera ser ordenado o conjurado a voluntad por una dirección política revolucionaria, hecho en el que Rosa Luxemburg insistió repetidamente. En parte, a ello se debe, sin duda, el que haya sido tan a menudo considerada como una espontaneísta. Pero esa acusación, si es que se basa en lo anteriormente expuesto, lo hace bien en base a una interpretación errónea de lo que ella entendía por huelga de masas, bien en la ilusión de que las situaciones revolucionarias pueden ser ordenadas a voluntad. Luxemburg sabía que esto no era el caso, sabía que las situaciones revolucionarias son el resultado de cambios objetivos, subterráneos y moleculares, y por consiguiente rechazaba esa ilusión, considerándola simplemente como una concepción «policíaca» de la revolución [186]. Incidentalmente, eso mismo hizo Lenin quien, por lo que sabemos, nunca ha sido considerado como un espontaneísta. La clásica definición leninista de una situación revolucionaria la identifica como una consecuencia de «cambios objetivos [...] independientes de la voluntad no solo de los grupos y partidos concretos, sino incluso de las clases mismas» [187].

Las implicaciones estratégicas y tácticas del concepto de huelga de masas luxemburguiano fueron, por todo ello, considerables. Habiendo conocido las realidades de un período revolucionario, exhortó a la socialdemocracia a que comenzara a preparar a las masas para ello. El partido no podía, ciertamente, ordenar la revolución. Pero tampoco podía ya contentarse con viejas rutinas. Debía poder identificar, en toda situación, todas aquellas tendencias que llevaran o fueran susceptibles de llevar a luchas de proporciones masivas, debía

poder explicar y clarificar dichas tendencias a la clase obrera, agitar y desarrollar formas de acción de masas y, donde aquellas comenzaran a emerger —como, por ejemplo, en 1910 con motivo de una campaña a propósito de las leyes electorales prusianas —tratar de intensificarlas e impulsarlas, dando las consignas y proporcionando la dirección adecuadas [188]. En resumen, tenía que adoptar una estrategia ofensiva, que incluyera luchas de masas. Al impulsar esta estrategia en los años anteriores a la guerra, en contra de la burocracia sindical, de la dirección del partido, de Kautsky, Rosa Luxemburg trataba de llevar a la socialdemocracia alemana más allá de su orientación puramente electoral y sindicalista. Trató de llevar la conquista del poder por el socialismo fuera del ámbito propagandístico y situarla en un futuro real. Trató también de trascender el dualismo entre las reivindicaciones mínimas y el objetivo final [189]. Si bien todavía continuaba moviéndose dentro del marco conceptual del Programa de Erfurt, el puente, en ese caso, era de material mucho más sólido.

Estaba construido con la más profunda comprensión de la dinámica de un proceso revolucionario real. Lo que Luxemburg entendía con especial claridad era que solo *a través* de tal proceso, en el curso real de su realización, pueden las masas ser conquistadas únicamente a base de propaganda, no por la defensa rutinaria de sus intereses cotidianos dentro del marco del capitalismo, por mucho que ambos tipos de actividad sean indispensables. Con tales medios pueden conquistarse individuos, incluso puede conseguirse una vanguardia revolucionaria de considerable importancia. Pero es un error imaginar que, mediante la simple extrapolación de este proceso acumulativo, las masas, por millones, pueden ser empujadas a la lucha por la revolución socialista. La implantación de una conciencia revolucionaria en las grandes masas requiere como requisito necesario la participación de esas masas en luchas de un alcance y de una combatividad realmente extraordinarias. Las masas aprenden en la acción; como dijo Luxemburg «no por los folletos o los panfletos, sino simplemente en la escuela política viva, en la lucha y por la lucha, en el curso progresivo de la revolución». [190] Precisamente porque comprendió esto, no titubeó en alabar el aspecto espontáneo, elemental, de la revolución —acciones que brotan inesperadamente, movilizaciones en masa no totalmente bajo el control de una dirección, luchas iniciadas en las más hondas profundidades del movimiento de masas— el mismo aspecto que Lenin reconocía cuando hablaba de «festivales de los oprimidos y los explotados» [191]. Así, Luxemburg tan solo resaltaba el hecho de que lo que aparece en la pesadilla del burócrata reformista como el rostro del desorden, la provocación o el aventurerismo, es en realidad el rostro auténtico de la revolución proletaria, o al menos uno de sus rasgos indestructibles. Las posibilidades mismas del triunfo dependen de la irrupción en la vida y actividad políticas, de un número cada vez mayor de trabajadores anteriormente no politizados o no organizados; y pretender el triunfo pulcramente envuelto y empaquetado, sin explosiones espontáneas de cólera o iniciativa creativa, es la más lamentable de las ilusiones. Según Luxemburg: «Toda gran lucha de clases verdadera ha de basarse en el apoyo y en la acción común de las más amplias masas. Una estrategia de lucha

de clases sin esta acción común, que se encierre meramente en los avances perfectamente ejecutados de la pequeña parte encuadrada del proletariado, está condenada de antemano al más ridículo de los fracasos. [...] La conciencia de clase sembrada por la socialdemocracia entre los esclarecidos trabajadores alemanes es una conciencia *teórica, latente*. [...] Durante la revolución, en la que las masas mismas aparecen como tales en la escena política, la conciencia de clase se concierte en conciencia *práctica, activa*. Por este motivo un año de revolución le ha dado al proletariado ruso una «educación» que treinta años de acción parlamentaria y sindical no le han podido dar artificialmente al proletariado alemán» [192].

Un punto esencial relacionado con el anterior, y que Luxemburg percibía con toda lucidez, era que, en un período de luchas de masas, toda acción de masas sería tiende a desbordar sus objetivos originales y a generar o a mezclarse con otras demandas y otras luchas. En virtud de esta tendencia, las barreras establecidas por la sociedad burguesa entre lucha económica o sindical, por un lado, y lucha política, por otro, empiezan a diluirse. La huelga se convierte en un arma política. Las reivindicaciones políticas y económicas se entrelazan unas con otras. Los conflictos parciales se generalizan más fácilmente y con mayor frecuencia. Se configura una dinámica que contiene la *potencialidad* de que las demandas parciales, los intereses inmediatos, las necesidades urgentes, puedan unirse y configurarse como un desafío revolucionario global al orden existente [193]. Resulta evidente, a la luz de esta percepción, las razones por las que Luxemburg alegó en favor de una extensión de la agitación electoral en Prusia en 1910 mediante el uso de la huelga de masas política, y simultáneamente por un intento de incluir en aquella algunas de las luchas económicas entonces en curso [194]. En términos más generales, todo el sentido de su proyectada estrategia se evidenció como un esfuerzo por preparar, mediante el desarrollo de las luchas de masas existentes en favor de reivindicaciones limitadas, una situación en la cual pudiera plantearse de forma concreta la cuestión de la transición al socialismo. Enfocando la misma cuestión desde una óptica distinta, puede verse que en este pensamiento de Luxemburg viene implícito ya, aunque solo de forma embrionaria, un concepto de doble poder.

Esto puede mostrarse tanto positiva como negativamente. Negativamente, resalta claramente en sus escritos el hecho de que la democracia parlamentaria es «un medio específico del Estado de clase burgués» [195], y no el instrumento de poder proletario, lo que la aleja no solo de las concepciones políticas francamente interclasistas expuestas por Bernstein, sino también de las ambigüedades de Kautsky. Por supuesto que Kautsky sabía que el Estado es un órgano de dominación de clase, se pronunciaba por la conquista del poder y la dictadura del proletariado. Estaba más que dispuesto a contraponer, frente a las propuestas del gradualismo revisionista, la necesidad de «una batalla decisiva», de «grandes luchas» [196]. Pero desde el Programa de Erfurt hasta la víspera de la guerra, buscó el medio de dar a estas nociones «ortodoxas» un contenido absolutamente anodino, que puede encontrarse en cientos de fórmulas diseminadas por toda su obra: acerca de aumentar el poder

del parlamento y del parlamentarismo cambiando su carácter, de «la transformación de la correlación de fuerzas en el gobierno», de «la conquista del poder del Estado por medio de la conquista de la mayoría en el Parlamento y haciendo que este controle al gobierno» [197]. Luxemburg, por el contrario, hablaba un lenguaje totalmente distinto, ya incluso cuando estaba todavía unida a Kautsky en una oposición común contra el revisionismo. Según ella, el parlamentarismo era «una forma social concreta que ponía de manifiesto la violencia política de la burguesía» y la socialdemocracia podía llegar al poder «solo sobre las ruinas del Estado burgués» [198]; Bernstein fue anatemizado precisamente por considerar «el Parlamento burgués como el órgano a través del cual realizar la transformación social más profunda de la historia: *el paso de la sociedad capitalista al socialismo*» [199]. Sin explicitar todavía lo sustancial de la novedad implícita, estas líneas testifican ya la conciencia por parte de Luxemburg de que la revolución proletaria debía dar vida a un tipo radicalmente nuevo de poder político.

Es en su concepción de la huelga de masas donde la sustancia positiva de este poder comienza a ser elaborada. Método de acción y forma que reviste la lucha revolucionaria del proletariado, la huelga de masas era a sus ojos una vía para destruir las barreras erigidas por el Estado burgués contra cualquier expresión directa de la voluntad de las masas. Era una forma de liberar y galvanizar sus energías, de superar las divisiones y las debilidades creadas por la ideología burguesa y en parte por la misma condición del proletariado, con el fin de concentrar su fuerza y de dar, a esas masas, un sentido de esa fuerza. El proletariado, decía Luxemburg, «ha de recomponerse primero como masa, y a tal efecto, ha de salir, en primer término, de fábricas y talleres, de minas y fundiciones, ha de superar la pulverización y dispersión en talleres aislados a que le condena el actual yugo del capital» [200]. En la medida en que el socialismo, por su misma naturaleza, hace necesario el control de las masas trabajadoras sobre la totalidad del proceso social, no era posible prever una vía al socialismo que pudiera prescindir de la intervención directa y de la participación activa de esas masas en movimientos de un alcance y fuerza sin precedentes. No podía haber atajos, ni de tipo golpista ni tampoco de tipo burocrático-administrativo. Las masas mismas debían avanzar, labrar su propia emancipación mediante sus propios esfuerzos y experiencias, debían tener la oportunidad de formular sus necesidades y reivindicaciones en la forma más directa y democrática posible [201]. La revolución proletaria tenía sus propias formas específicas, de acuerdo con sus objetivos únicos, y debía oponerlas al poder institucionalizado de la burguesía. Luxemburg detectaba dichas formas en el proceso mismo de la lucha de masas. Como escribió en 1906: «En las condiciones «normales» de la sociedad burguesa [...] la lucha política no es conducida por las mismas masas en una acción directa, sino de acuerdo con las formas del Estado burgués, por el cambio representativo. [...] En cuanto se abre un período de luchas revolucionarias, es decir, en cuanto aparecen las masas en el campo de batalla, tanto la atomización de la lucha económica como la forma parlamentaria indirecta de la lucha política se esfuman» [202]. Apuntadas ya en la huelga de masas, Luxemburg veía las formas de democra-

cia proletaria que se requerían para derribar el Estado burgués. En ese sentido podemos decir que la concepción de la huelga de masas es *El Estado y la revolución* de Rosa Luxemburg; es el doble poder *avant la lettre*. Por supuesto que con respecto a 1917 y al verdadero *El Estado y la revolución* es solamente un embrión —lo repetimos para evitar malentendidos—. Luxemburg hablaba, concretamente, de la manifestación directa y democrática del poder de los trabajadores solo en el transcurso de *acciones* de masas revolucionarias; no hablaba todavía de la naturaleza e importancia de los *órganos* de la democracia proletaria en los que este poder adopta una forma institucionalizada, órganos que son fundamentales para llevar a buen término un levantamiento revolucionario. Sin embargo, la comparación más relevante no es con el Lenin de 1917. Es con Kautsky, con Lenin y con todo el marxismo europeo anterior a la Primera Guerra Mundial. A este respecto Luxemburg fue con mucho la *primera* en aprovechar las lecciones de 1905 para los países capitalistas avanzados y también la primera en empezar a plantear la cuestión del poder en esos países de una forma seria y no solo propagandística. Fue la primera en impugnar el fácil optimismo del crecimiento lineal pacífico implícito en las tácticas de la socialdemocracia alemana, la primera en contraponer a ellas una estrategia marxista, reconociendo que el poder de la burguesía podría ser destruido por la más vasta y profunda movilización de las masas.

En este reconocimiento había, sin duda, una cierta confianza, o «fe», en las masas. Más adelante demostraremos lo equivocados que están aquellos que han afirmado que esa fe carecía de límites. Sería oportuno señalar aquí que el énfasis que puso Luxemburg durante toda su vida en la importancia de la democracia proletaria, socialista, no se debía simplemente a cierto loable interés moral por su parte. Era eso, pero no eso solamente. Porque también se trataba en ella del más frío realismo estratégico. En una sociedad capitalista avanzada existen fuerzas de enorme peso y densidad alineadas en contra del proletariado, fuerzas económicas, políticas e ideológicas que constituyen, unidas, el dominio de la burguesía. Este poder del capital se reproduce en millones de formas, cada día y hora, en las rutinas automáticas, espontáneas y menos espontáneas, del proceso social. Se reproduce mediante los mecanismos impersonales del mercado y la opacidad de sus formas, mediante el flujo ideológico que brota de innumerables canales públicos y privados, por las fuerzas y fraudes del Estado burgués. El sistema *solamente* puede ser cuestionado seriamente mediante la organización y la concentración de las multitudes, de los recursos, de las capacidades que el proletariado posee potencialmente, y liberándolos, con energía, de su normal subordinación a los intereses del beneficio. Evidentemente esto no puede hacerse a espaldas de las masas o en nombre de ellas. Necesita de órganos genuinos de democracia proletaria, tales como los consejos obreros y las luchas de clase, las acciones de masas, que son su prerrequisito indispensable. Estos órganos y acciones no acaban inmediatamente con el poder de la burguesía, pero sí lo debilitan seriamente, y al mismo tiempo empiezan, a plantear materialmente una forma alternativa de dominación. Estimulando y organizando las capacidades de las masas, se minan las rutinas sociales que sostienen el poder burgués y pre-

paran su destrucción. Es por ello que la clase capitalista no puede tolerar ni siquiera por un breve período de tiempo una situación de luchas de masas en la que las instituciones de la democracia obrera estén evolucionando o hayan surgido. Hará cualquier concesión con tal de evitar y contener el movimiento, y se preparará para la contingencia de una lucha a muerte. La orientación luxemburguiana respecto de la huelga de masas representó el comienzo de una teorización de estas realidades revolucionarias. Más tarde, durante la revolución alemana de 1918-19, volvió a formularlas como sigue: «La «guerra civil» que algunos tratan, ansiosamente de separar de la revolución no puede ser eliminada. Porque la guerra civil no es sino otro nombre de la lucha de clases, y la idea de implantar el socialismo sin lucha de clases, mediante la decisión de una mayoría parlamentaria, es una ridícula ilusión pequeñoburguesa». «El socialismo no es algo que se haga, y no puede hacerse, por decreto; ni siquiera por los decretos del mejor gobierno socialista. El socialismo ha de hacerse por las masas, por cada proletario» [203].

Debe añadirse, para completar este punto, que en el pensamiento de Luxemburg no hay rastro alguno de anarcosindicalismo, ni tampoco una actitud de abstencionismo con respecto de las instituciones políticas de la sociedad burguesa. Ella había intentado ampliar los horizontes de la socialdemocracia más allá de «la perspectiva de las urnas electorales» [204] e integrar en ellos la dimensión de la acción de masas directa. Todo ello es cierto. Pero no subestimó la importancia del parlamento como foro de intervención y como plataforma de agitación [205]. Incluso en plena Revolución alemana, propuso utilizar las elecciones a diputados y el foro de la Asamblea Nacional, «fortaleza contrarrevolucionaria erigida contra el proletariado revolucionario», con el fin de movilizar a las masas para acabar con ella y poner el poder en manos de los consejos de obreros y soldados [206].

En páginas anteriores ya tratamos de demostrar que las acusaciones de espontaneísmo y de economicismo tan frecuentemente lanzadas contra Luxemburg no pueden hallar confirmación en su teoría de la crisis capitalista [207]. Lo mismo es aplicable a su concepto de la huelga de masas. Correctamente entendidas, las concepciones políticas y tácticas subyacentes a ese concepto se apartan del espontaneísmo y del economicismo. Esto no significa negar lo que ya se dijo sobre la cuestión de la espontaneidad, es decir, que cuando Luxemburg habla de la génesis y desarrollo de un período de luchas revolucionarias de masas, está otorgando la debida importancia a factores que, desde el punto de vista de la organización revolucionaria, son espontáneos u objetivos. Si no lo hubiera hecho así no habría sido marxista, Pero el significado fundamental de la estrategia de la huelga de masas es el de que la organización revolucionaria, en potencia la socialdemocracia, debe comenzar a preparar los llamados factores subjetivos. Y esto solo podía hacerse rompiendo con la idea de que la conciencia de clase socialista aumenta automáticamente, y de que el socialismo se va aproximando de forma automática, simplemente a través de la reiterada búsqueda de objetivos sindicalistas y triunfos electorales. En la concepción luxemburguiana, la socialdemocracia tenía que incluir en sus perspectivas *reales* el objetivo programático «final» de

la conquista revolucionaria del poder, incluir estas perspectivas en la lucha de clase y tratar de vincularlas ahí a las necesidades e intereses cotidianos de las masas; sobre todo, tenía que desarrollar formas de lucha que pudieran llevar de estos intereses inmediatos hacia la conquista del poder y que, tendiendo a ese fin, educasen a la clase trabajadora en el espíritu de la acción de masas. Ya sugerimos la presencia en su pensamiento de un concepto embrionario de doble poder. La conclusión que se deriva de todo el argumento anterior es que contiene también un germen de las ideas formuladas por primera vez por la Internacional Comunista en consciente oposición al economicismo de su predecesora e incorporadas posteriormente por Trotsky en el concepto de *programa de transición*.

Las «Tesis sobre la táctica» adoptadas, en los tiempos de Lenin, por el Tercer Congreso de la Comintern expresaban estas ideas de la forma siguiente: «En lugar del programa mínimo de los reformistas y centristas, la Internacional Comunista plantea la lucha por las necesidades concretas del proletariado, por un sistema de reivindicaciones que en su totalidad desintegren el poder de la burguesía, organicen al proletariado, representen etapas en la lucha por la dictadura proletaria, y cada una de las cuales exprese en sí misma las necesidades de las grandes masas, aun cuando las masas mismas no estén todavía conscientemente a favor de la dictadura proletaria» [208]. De igual modo Trotsky, sin renunciar ni por un momento a la defensa de hasta «los más modestos intereses materiales o derechos democráticos de la clase obrera», insistió en la necesidad de trascender el dualismo de las reivindicaciones mínimas y máximas construyendo el programa revolucionario en torno «a un sistema de *reivindicaciones de transición*, que, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de vastas capas de la clase trabajadora lleva inalterablemente a una conclusión final: la conquista del poder por el proletariado» [209].

No es necesario decir que la consideración hecha a propósito del doble poder se aplica aquí con idéntico énfasis. Rosa Luxemburg no elaboró en realidad una estrategia de reivindicaciones de transición: como serían la escala de salarios y horarios, el control obrero, el gobierno obrero, etc. Y ello no es un detalle que carezca de importancia. Porque si, como Luxemburg había observado correctamente, las masas aprenden en la acción, importa que cuando comience a emerger un período de acción de masas que las haga más receptivas a las ideas revolucionarias, exista ya una base importante de militantes obreros familiarizados con un programa con tales reivindicaciones, y capaz de explicarlas y popularizarlas. De no ser así, el movimiento será más fácilmente desviado y frenado por medio de concesiones que son recuperables. También aquí se trata, sin embargo, de poner de manifiesto *la orientación* que el pensamiento de Luxemburg comenzó a adoptar antes que el de cualquiera de sus contemporáneos. Por otra parte, dentro de los límites del Programa de Erfurt, al que se apegaba instintivamente, y no obstante la importancia que concedía a los efectos educativos de la lucha de masas, no pasó por alto la importancia de la agitación y de la propaganda previas en torno a la totalidad de las reivindicaciones de este programa. Lo enfatizó ya a partir de la polémica revisionis-

ta en adelante. En cualquier caso, sería durante el movimiento revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial cuando Luxemburg rompería explícitamente con la problemática del Programa de Erfurt: «La Revolución rusa», escribió, «[ha] puesto el problema de la revolución social en el orden del día de la historia. [...] A causa de ella, el socialismo ha pasado de inocua fraseología de agitación electoral proyectada a un futuro nebuloso, a convertirse en un problema vitalmente serio concerniente al aquí y al ahora» [210]. Todavía con mayor claridad, y con renovada fuerza a raíz de la Revolución alemana, dijo en el Congreso de fundación del Partido Comunista Alemán: «Para nosotros ya no hay ahora un programa mínimo y un programa máximo, el socialismo es una y la misma cosa; he aquí el mínimo que debemos conseguir en la actualidad» [211].

Debemos recordar por último que Luxemburg llevó a cabo una larga batalla política contra una dirección sindical y del partido enteramente burocrática y reformista. En este contexto contrapuso, en ocasiones, «masas» a «líderes», y hay pasajes en los que sugiere que si los líderes tratasen de oponerse a un levantamiento revolucionario, este escaparía a su control y los desbordaría [212]. Sin embargo, sería incorrecto sacar esa idea fuera de su contexto polémico y concluir que la espontaneidad de las masas era para ella una fuerza autosuficiente y que la naturaleza de la dirección era algo sin importancia. En su misma consideración de los sucesos de 1905, cuando la creatividad de aquella fuerza ocupaba el centro de su atención, en más de una ocasión recordó lo mucho que debía la revolución al «infatigable trabajo subterráneo de concienciación realizado por la socialdemocracia» en los años precedentes, y cuánto había sido influido el mismo curso de los acontecimientos por la agitación y dirección socialdemócratas [213]. La «fe» de Luxemburg en las masas, en definitiva, tenía límites claramente definidos. No se trata solo de que Luxemburg afirmara de forma general la importancia de una dirección revolucionaria determinada. Planteó de modo específico y preciso las consecuencias de su ausencia, a saber, la desmoralización y la confusión que comienzan a dominar a las masas en lucha cuando no se les muestra ningún camino claro de avance, y la disipación y dispersión de toda su energía. Con palabras como las que se citan a continuación, Luxemburg evidenció una aguda percepción de la dinámica real de una situación revolucionaria y, con ello, también de los límites de la espontaneidad: «Una táctica consecuente, decidida y dinámica por parte de la socialdemocracia despierta en las masas sentimientos de seguridad, de confianza en sí mismas y de voluntad combativa; por el contrario, una táctica oscilante, débil y basada en la infravaloración del proletariado actúa sobre las masas en un sentido paralizador y confusionista». «Las manifestaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no pueden ser mantenidas artificialmente a un mismo nivel o por un tiempo indefinido, como tampoco pueden ser encasilladas en una y la misma forma. Deben ser intensificadas, concentradas y deben adoptar formas nuevas y más eficaces. Una vez desencadenada, la acción de masas debe ir hacia adelante. Y si en el momento preciso el partido dirigente carece de resolución para proporcionar a las masas las consignas necesarias, entonces aquellas son inevitablemente

dominadas por cierta desilusión, su valor se evapora y la acción fracasa por sí sola»[214]. La Primera Guerra Mundial, y la respuesta de la socialdemocracia a ella, solo sirvió para reforzar este elemento en el pensamiento de Rosa Luxemburg. En 1918 situó la principal dificultad para la lucha por el socialismo «en el proletariado mismo, en su inmadurez, más bien en la inmadurez de sus dirigentes, de los partidos socialistas» [215]. Para entonces Luxemburg ya había apoyado la idea de crear una nueva Internacional cuyas decisiones habrían de ser vinculantes para cada una de las secciones nacionales [216].

Frente a cincuenta años de incomprensiones, no todas ellas enteramente inocentes, conviene consignar los maduros y ponderados juicios expresados sobre Rosa Luxemburg únicamente por dos personas, Lenin y Trotsky. Ninguno de ellos se entregó a una apología acrítica. Para ambos, su nombre era el de una gran revolucionaria, no el de una desviación. Lenin hizo una lista de sus errores: equivocada en la cuestión de Polonia, equivocada en 1903 en su apreciación del menchevismo, equivocada en la teoría de la acumulación capitalista, etc.; pero no hizo referencia a ningún error *sistemático* como el «espontaneísmo»; y sus obras, según Lenin, debían servir «como manuales para educar a muchas generaciones de comunistas en todo el mundo» [217]. Para Trotsky, la contraposición hecha por Luxemburg entre la espontaneidad de las acciones de masas y el aparato burocrático de la socialdemocracia alemana tenía «un carácter absolutamente revolucionario y progresista»; ella nunca se limitó a ello, no convirtió «la teoría de la espontaneidad en una metafísica consumada»; lo más que puede decirse es que no puso el suficiente énfasis en «la selección previa de la vanguardia» [218]. Hoy debemos hacer nuestra propia valoración de Rosa Luxemburg, La que aquí se ha hecho es una continuación de las de Lenin y Trotsky en el sentido de considerar su pensamiento como una parte valiosa de la tradición del marxismo revolucionario. Es una fuente que no puede ser cooptada para el servicio de las organizaciones burocráticas que temen a la democracia proletaria como a la peste. Los revolucionarios tienen menos razones que nadie para desperdiciar sus propios recursos.

(Traducción de María José Aubet) |

**LA TEORÍA Y
LA PRÁCTICA
REVOLUCIONARIA:
ROSA LUXEMBURG**

[219]

Dick Howard: Procedente del movimiento en favor de los derechos cívicos y pacifista, residió en Francia en 1968 tomando parte en los acontecimientos del Mayo francés y en los de Alemania. Miembro actualmente de la llamada «nueva izquierda» americana. Ha publicado una selección de textos de Rosa Luxemburg, *Selected political writings of Rosa Luxemburg* (1971); junto con Karl Klare, *The Unknown dimension: European Marxism since Lenin* (hay traducción castellana en Buenos Aires: Paidós, 1974); autor de *The development of the marxian dialectic* y de *The marxian legacy*. Coeditor, con Dean Savage, de los escritos de Serge Mallet sobre *The new working class*. Actualmente profesor de Filosofía en la State University de New York. Miembro del Consejo Editorial de la revista Telos y de Urinzen Press «Mole» Editions.

«No hay ninguna calumnia más grosera, ningún insulto más indignante contra los trabajadores que la afirmación de que las discusiones teóricas son solamente cosa de los «académicos» (Rosa Luxemburg, en *¿Reforma social o revolución?*?).

La cuestión que quiero afrontar aquí no es si esta o aquella teoría concreta es adecuada para dar cuenta de, o influir en, un determinado contexto de relaciones sociales. No me preocupa si, por ejemplo, la teoría expresada en *La acumulación del capital* es adecuada para explicar las condiciones de la época en que fue formulada o nuestras condiciones actuales; ni *a fortiori* me preocupa tampoco si esa teoría está de acuerdo con el edificio de *El Capital*, de Marx. Juzgar una teoría en base a tales criterios implica un conservadurismo y un positivismo latentes, desde el momento en que la teoría viene concebida como expresión de «hechos» concernientes a un mundo considerado en sí mismo como dado *a priori* y cerrado. Un tal enfoque implica un dualismo —de un lado la teoría, de otro los «hechos» que aquella está destinada a reflejar— que lo convierte en fundamentalmente no-dialéctico. Además, lo que realmente importa no es entender un mundo ya conformado y dado, sino ¡cambiarlo! Empresa que requiere una noción de teoría bien distinta.

Es más: la cuestión que planteo va más allá de la persona y de la actividad de Rosa Luxemburg. A través de su persona y de su actividad me propongo examinar un problema que afecta a nuestra interpretación del marxismo y a nuestra propia autopercepción como teóricos y revolucionarios, a saber: *la relación entre teoría y práctica*. Para Rosa Luxemburg esto no fue un problema ni tan siquiera en los momentos más oscuros: «La teoría marxista puso en manos de la clase obrera de todo el mundo una brújula con la que orientarse en medio del torbellino de los acontecimientos de cada día, con la que dirigir la táctica de lucha de cada hora en dirección a la irrenunciable meta final» [220].

Hoy, tras los retrocesos (si bien temporales) de la clase obrera en Occidente, tras los excesos, las estupideces y los crímenes cometidos en nombre del marxismo, tras los llamados éxitos de la revolución donde el marxismo menos lo esperaba, no podemos ya ser tan optimistas como lo fue Rosa Luxemburg. Y como teóricos, sabemos también que el mismo marxismo contiene profundas ambigüedades: sabemos que existe un positivismo latente en el mismo Marx, sabemos cómo Engels tendía a «naturalizar» la dialéctica, cómo la Segunda Internacional asimiló elementos del evolucionismo darwiniano en su doctrina; cómo la Tercera Internacional fue capaz de cambiar continuamente su línea para adaptarla a las necesidades y conveniencias nacionales, justificándose siempre con citas de Marx, etc. Hemos visto al marxismo perder su talante crítico para convertirse en lo que Oskar Negt llama una «ciencia de la legitimación». Y hemos visto, también, a aquellos que han intentado mantener el rigor de la crítica dialéctica caer víctimas de la *cultura pop* burguesa, de la desesperación, o de la teorización aislada.

Estamos viviendo una crisis del marxismo; y una crisis de los marxistas. Sus efectos sobre nuestra teoría y nuestra praxis han sido desastrosos, ya sea en forma de un tercermundismo exacerbado culminando en fenómenos como los *weather-people* [221], los Baader-Meinhof, etc., ya sea en una vuelta neopopulista a las fábricas en busca de un contacto, de alguna manera redentor, con la clase obrera «real», ya sea en forma de duda teórica, de esterilidad y/o de eclecticismo. Rotos los lazos entre la teoría y la práctica, la teoría se convierte en dogma, y la práctica en ciego activismo.

En un tal contexto resulta oportuno reexaminar la herencia de Rosa Luxemburg. No como una preciosa reliquia colocada sobre el tapete para ser contemplada, pero no tocada; no como una «tercera vía» política o teórica entre unas alternativas que, por las razones que sean, no queremos; porque Rosa Luxemburg no es ni un espectáculo a contemplar ni el portavoz de un nuevo dogma que nos dé la plácida certeza de aquello de lo que sentimos necesidad. No es una cuestión de o Luxemburg o Lenin, espontaneidad u organización, masas o partido, ni tampoco cuestión de teorías «compitiendo» en torno al imperialismo, la cuestión nacional, el campesinado o el papel de la democracia formal, y evidentemente no es tarea nuestra juzgar la «autenticidad» del marxismo de Rosa Luxemburg o de cualquier otro. No podemos afrontar el problema en términos de «si por lo menos se hubieran seguido sus consejos en tal o cual punto», puesto que una tal actitud interesa solamente para las discusiones de salón o para malas novelas. Lo que sí nos interesa es nuestro presente y las tareas que nos plantea; volvemos a la historia no para recuperar algún pensador «puro» o alguna «verdad» no contaminada, ignorada o malinterpretada por sus contemporáneos, sino sobre todo conscientes del hecho de que, aun en forma distorsionada, la historia es también parte de nuestro presente, de que debemos reflexionar sobre ella para poder comprender mejor qué hacer.

La fascinación que hoy ejerce Rosa Luxemburg sobre un grupo heteróclito de activistas y teóricos de izquierda opuestos a las tendencias dominantes en el seno del movimiento comunista internacional oficial es comprensible, y, sin embargo, hay algo paradójico en ello. Hay naturalmente en el pensamiento luxemburguiano la crítica del revisionismo y del oportunismo, en la teoría y en la práctica; la insistencia en la espontaneidad y en la autoformación de la conciencia; el temprano reconocimiento del dogmatismo kautskiano y de la creciente burocratización del PSD; el insistente grito de alarma contra el socialchovinismo de los partidos nacionales; el reconocimiento del papel del capitalismo imperialista que impone al proletariado mundial una estrategia internacionalista y antibelicista; la ávida defensa de la línea consejista como elemento crucial de la inminente revolución; y, ciertamente, está también la crítica de la concepción leniniana del partido. Todo esto, interpretado de uno u otro modo, ofrece razones más que suficientes para adoptar la etiqueta de «seguidores» de Luxemburg. Pero hay otro aspecto que debiera ser menos grato para aquellos que se aferran a una etiqueta para ser más papistas que el Papa. Luxemburg era una dogmática (en un sentido sobre el que luego volveremos). Por ejemplo: está satisfecha por haber refutado a Bernstein cuando

demuestra que «la práctica oportunista, por su esencia, por sus fundamentos, es incompatible con el sistema de Marx» [222]. Acepta el marxismo como «el método de pensamiento específico del proletariado ascendente y con conciencia de clase» [223], y no duda nunca de su verdad a pesar de los fracasos que ella misma, y el proletariado, sufrieron. O, para poner otro ejemplo: Rosa Luxemburg era una «legalista» cuando se trataba de tomar decisiones en el partido o en la Internacional, o de apoyar expulsiones, o de justificar su propia posición sobre la huelga de masas, apelando a «la verdadera esencia de la resolución de Jena...», y, en el plano internacional, de proponer la reconstrucción de una Internacional que tuviera un control sobre los partidos nacionales, y por consiguiente no demasiado alejado en esencia de lo que vino a ocurrir más tarde con la III Internacional. O, en lo que se refiere a su posición con respecto al leninismo, recordemos no solo la manera «no-democrática» en que actuó en el SDKPIL, sino también, en el ámbito de su crítica a Lenin, la opción en favor de un control desde arriba en el seno del partido *alemán*, al que iba dirigido, en realidad, la crítica a Lenin.

En la primera y segunda parte de este artículo me propongo examinar los dos aspectos de la actividad de Luxemburg para delinear y explicar su lógica. En la primera parte, *La praxis revolucionaria y su teoría*, intentaré dar a conocer la actitud de Luxemburg, como teórica, hacia las luchas de clase entonces en curso y las diversas formas que estas adoptaron. Para esclarecer su posición, serán necesario hacer referencias a la obra teórica de Marx. En la segunda parte, *La teórica y su praxis*, examinaré las implicaciones de la praxis de Luxemburg como teórica y como revolucionaria, para mostrar los problemas y las paradojas que el teórico-revolucionario debe afrontar. En la tercera parte, *La teoría revolucionaria*, intentaré extraer algunas conclusiones sobre la teoría misma, ¿Qué es lo que hace que una teoría sea revolucionaria?

I. LA PRAXIS REVOLUCIONARIA Y SU TEORÍA

«Solo la clase obrera, a través de su actividad, puede hacer del verbo carne»
(Rosa Luxemburg, en *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*).

La teoría marxiana siempre ha tenido una relación un tanto ambigua —o dicho con benevolencia: dialéctica— con la praxis revolucionaria. El marxismo pretende ser la teoría de la clase obrera. Esta noción, sin embargo, puede interpretarse de dos maneras, cuyas consecuencias son radicalmente distintas. De un lado puede significar que el marxismo es la teoría de la clase obrera, la teoría que la clase adopta, acepta y utiliza como guía para su acción. De otro lado, puede significar que el marxismo es la expresión teórica de la praxis real de la clase obrera, lo que significa que la praxis contiene implícitamente la propia teoría, expresada en el marxismo de manera tal que la clase puede reconocerse en la teoría, entender lo que de hecho está haciendo *como clase*, y

extraer las implicaciones de tal actividad. En otras palabras: la distinción está entre una teoría *para* la praxis y una teoría *de* la praxis.

La distinción entre ambas interpretaciones es a menudo confusa. Gramsci, que tiende a ser un representante de la segunda tendencia, habla no obstante de la necesidad del marxismo como ideología que ayuda al proletariado a mantener su fe en la lucha en los momentos de reflujo revolucionario. Lenin, que tiende a ser un representante de la primera, alcanza sus mejores momentos precisamente cuando rompe con la doctrina heredada y abre nuevas vías basadas en su comprensión empática de las masas y de sus capacidades en un momento determinado. Desde luego existe una ambigüedad en la obra del propio Marx. *El Capital* es una tentativa de integrar un modelo económico rigurosamente científico o deductivo en una teoría de la lucha de clases como base de las formas diversas que adopta el proceso de producción capitalista. Podemos ver el primero de estos dos momentos, por ejemplo, en la discusión en torno a la transición de la cooperación, de la división del trabajo y de la manufactura a la máquina y a la industria moderna; o en la «ley» de la baja tendencial de la tasa de ganancia. Pero en ambos casos, el segundo momento interviene inmediatamente; en el primer caso cuando la discusión marxiana señala el papel de la reacción capitalista frente a la lucha de la clase obrera como elemento que conduce a la introducción de nuevos métodos de producción de plusvalía relativa; y en el segundo, cuando en el capítulo sobre tendencias antagónicas aparece el nivel de la lucha de clases como la variable central de la tasa de ganancia. La misma ambigüedad atraviesa muchos de los análisis políticos coyunturales de Marx. Por ejemplo, la Comuna de París es primero condenada en el plano teórico, luego aceptada con entusiasmo e integrada en la concepción teórica del carácter de la revolución proletaria, para ser finalmente criticada brutalmente de nuevo, a nivel teórico, en algunas cartas posteriores.

Esta ambigüedad marxiana aparece en la praxis de Rosa Luxemburg como teórica revolucionaria. Ya se ha mencionado su convicción de que el revisionismo podía ser refutado cuando se hubiera demostrado su incompatibilidad con la teoría marxiana. Ella podía naturalmente apelar a la eficacia de un tal enfoque, en la medida en que, dentro de los límites dualistas del Programa de Erfurt, sus adversarios insistían en lo contrario, esto es, en que sus posiciones sí eran compatibles con el marxismo. Pero el concepto de una teoría *para* la praxis aparece en un segundo nivel, teóricamente más interesante, en su polémica en torno a la dialéctica del «objetivo final». Es necesario examinar atenta y detalladamente este aspecto antes de seguir adelante, para ver cómo el elemento de la teoría de la praxis figura en su obra.

En *¿Reforma social o revolución?* podemos leer afirmaciones como las siguientes: «Es solo la meta final lo que constituye el espíritu y el contenido de nuestra lucha socialista, lo que la transforma en una lucha de clase» [224]. «La meta final del socialismo constituye el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués, es lo único que hace que el movimiento obrero en su conjunto no se convierta en un vano empeño de apuntalar el orden capitalista, sino que

hace de él lucha de clases *contra* este orden...» [225] ¿Cómo deben interpretarse estas afirmaciones? A un primer nivel, existen, por supuesto, respuestas a las implicaciones políticas de la famosa frase de Bernstein de que «el movimiento lo es todo, el objetivo final nada». Pero en el mismo texto una ulterior afirmación, algo más larga, va más lejos: «El secreto de la teoría del valor de Marx, de su análisis del dinero, de su teoría del capital, de su teoría de la tasa de ganancia y, consiguientemente del sistema económico en su conjunto, es el descubrimiento del carácter transitorio de la economía capitalista, de su derrumbe y, por lo tanto —lo que no es más que un aspecto complementario de lo anterior— de la meta final socialista. Precisamente y solo por haberse enfrentado Marx desde un principio, en tanto que socialista, es decir, partiendo de un punto de vista histórico, a la economía capitalista, pudo descifrar sus jeroglíficos» [226].

Lo que preocupa a Rosa Luxemburg, como teórica *revolucionaria*, de la posición bernsteiniana —y lo que es más, de la traducción pragmática que hacían los políticos oportunistas de ella, por ejemplo, en la política militar de Schippel— es su *empirismo*. En efecto, para el empírico los hechos son exactamente lo que ve, lo que tiene ante la vista, en toda su fea y tosca realidad. El empírico de buen corazón —es decir, el humanista— enfrentado a esa realidad desea suavizar las asperezas, borrar la fealdad, apaciguar. El punto de vista empírico es el del economista vulgar, del «benthamiano», que Marx atacaba continuamente por su mentalidad de pequeño tendero que solo ve las cosas desde un punto de vista individual, y nunca desde el de la clase o el de la totalidad social. La estrecha conexión de las cosas escapa al empírico, para el que toda relación es accidental y externa. El resultado político del empirismo es que las huelgas, la actividad electoral, las manifestaciones, etc., no son en sí mismas revolucionarias, sino que son o reacciones morales frente al mal o reacciones defensivas contra la opresión, que el político «socialista» puede utilizar como instrumentos o peones en el juego político. Pero si no existe una estrecha conexión entre las diversas actividades de la clase obrera, entonces se pierde de vista una intuición fundamental de Marx, a saber, que el capital y el trabajo forman una pareja conflictiva tal que la una afecta a, y depende de, la otra. La tesis de Luxemburg al respecto, como Lukács percibiera correctamente, es que el llamado «hecho» no existe. Los «hechos» solo tienen sentido entendidos en su interrelación, en su totalidad, en nuestro caso en el contexto del sistema capitalista, de un sistema intrínsecamente contradictorio y abocado a perecer: y, por consiguiente, en el contexto de la revolución en gestación.

Si bien estamos de acuerdo con la crítica política y epistemológica luxemburguiana del empirismo y sus consecuencias, estamos obligados también a plantear aquí un problema. Uno queda algo perplejo por el uso que hace Luxemburg del término «*a priori*» cuando se refiere al punto de vista teórico de Marx en *El Capital*. ¿Es realmente un *a priori*? Si es así, la argumentación asume un carácter ideológico que plantea una pregunta de tipo técnico: «¿Qué significado debo dar a los “hechos” para que puedan adecuarse a las estructuras teóricas y prácticas que deseo desarrollar?», y entonces deja de ser una

teoría de la praxis para convertirse en una teoría *para* la praxis. Es decir, si, como sugiere Luxemburg, lo que diferencia al socialismo de la democracia burguesa y del radicalismo burgués no es sino esta fe *apriorística* en la meta final, entonces uno se ve impotente para explicar la concienzuda y detallada investigación llevada a cabo por Marx en *El Capital*; ¡*El Capital* resultaría ser una interpretación! Si el marxismo parte de la premisa de la necesidad de la revolución, entonces resulta que topamos con un círculo vicioso como base teórica, no demasiado distinta de la doctrina cristiana del «pecado original».

Rosa Luxemburg puso inconscientemente de relieve una ambigüedad del mismo Marx. En la filosofía marxiana de la historia aparece con frecuencia una creencia neoilustrada o hegeliana latente en el carácter progresivo y externo de la historia en su movimiento hacia una reconciliación final. Latente o real, esta tendencia fue teorizada —mejor dicho, ideologizada— por la Segunda Internacional. Hasta un cierto punto, su argumentación no está desprovista de sentido. Si reconocemos la inutilidad del hiperempirismo, resulta lícito preguntarse qué sentido tiene el presente. Evidentemente, el presente es histórico, pero esto no es más que una simple variante. Es necesario algo más: una direccionalidad, un objetivo positivo, un punto final a la (pre)historia. Si, por lo tanto, la historia tiene una dirección, todas aquellas fases que todavía no han alcanzado el «fin» están impregnadas de una especie de valencia negativa; surge una dialéctica entre el presente-todavía-no-futuro, y el futuro-hacia-el-cual-tiende-el-presente. En un presente impregnado de futuro podemos evitar los errores simétricos del oportunismo-revisionismo y del utopismo ético.

Puede argumentarse que esta tendencia —que reifica la historia en un proceso mecánico que se despliega con una necesidad predeterminada— viene de hecho superado en las obras de Marx y Luxemburg. Para los fines que aquí nos hemos trazado, baste con señalar su presencia, aunque solo sea latente. Sin las matizaciones de las que luego me ocuparé, sería una mistificación del proceso revolucionario real, y resultaría, como consecuencia lógica, en una especie de tecnología de la revolución, una doctrina medios-fines que deduciría de la presunta inevitabilidad de la revolución una serie de técnicas para acelerar «los dolores del parto». El resultado final sería la ecuación de socialismo, nacionalización y planificación, y la indiferencia hacia el contenido central del socialismo: las relaciones humanas.

La experiencia práctica que Luxemburg extrajo de las luchas políticas cotidianas sirvió para inmunizarla contra las abstracciones de la teoría. Habla de «dos obstáculos» entre los que el proletariado debe encontrar su cauce: «el abandono de su carácter de movimiento de masas o el abandono del objetivo final; la reducción a una secta o el retroceso a movimiento reformista burgués» [227]. El mismo enfoque aparece repetidamente en su obra; la teórica como revolucionaria parece tener la tarea, como teórica, de mantener en todo momento la tensión entre el presente y el posible futuro, evitando por igual las tentaciones de lo inmediato y los sueños en un más allá, inclinándose ahora hacia un lado, ahora hacia el otro, con el fin de mantener aquella *diferencia* que es el espacio en el interior del cual puede desarrollarse el movimiento.

Aquí nos limitaremos tan solo a recordar sus brillantes críticas a la tentación blanquista —en *En memoria del partido «Proletariado»*, en *Huelga de masas, partido y sindicatos*, o en *Nuestro programa y la situación política*— y su insistencia en el carácter y papel del *programa de transición* para ver cómo evita la tentación de reificar el proceso histórico. En su análisis del partido polaco «Proletariado» —un modelo de análisis histórico marxista— escribe que «lo que distingue precisamente a la socialdemocracia de las otras corrientes socialistas es (...) la concepción de la relación entre las tareas inmediatas y las metas finales del socialismo» [228]. Luego presenta un análisis detallado de las declaraciones programáticas del partido, comparándolas con la actitud blanquista del *Narodnaja Volja* y con las secciones programáticas del *Manifiesto Comunista*, y concluye que «el ABC del socialismo, pero del socialismo marxista, enseñaba que la sociedad socialista no es un ideal de sociedad inventado, susceptible de alcanzarse por diversos caminos y de diversas maneras más o menos ingeniosas, sino que constituye sencillamente la tendencia histórica de la lucha de clases del proletariado en el capitalismo contra el dominio de clase de la burguesía» [229]. Es el desarrollo de la lucha y la tensión creada por la oposición de clases, y no una necesidad poética, ética o técnica, lo que hace al socialismo aparecer como el *sentido* de la efectiva actividad de clase del proletariado.

La historia es la historia de la lucha de clases; y ciertamente antes del 4 de agosto de 1914 Luxemburg no había dudado nunca de que esta lucha de clases acabaría como Marx había previsto. Pero tenía que asumir las tareas inmediatas de la política práctica y Luxemburg lo hace de forma innovadora y rica en enseñanzas. Fiel a Marx, afirma: «Los hombres no hacen su historia de modo arbitrario. Pero la hacen ellos mismos. El proletariado está condicionado en su acción por el grado de madurez que haya alcanzado el desarrollo social, pero el desarrollo social no discurre por su cuenta, más allá del proletariado. El proletariado es en la misma medida resorte y causa del desarrollo social como producto y consecuencia suyo. Su acción misma es una pieza codeterminante de la historia » [230].

La consecuencia de esta tesis es fundamental no solo para la teoría de la historia —que debe perder todo carácter de necesidad predeterminada, debe perder su carácter externo y mecánico, y convertirse en aquella *experiencia* de opción y creación que vivimos diariamente— sino también para la praxis política. Esto significa que la *conciencia de clase* viene a ser el núcleo central de la actividad revolucionaria.

Luxemburg apunta a una paradoja fundamental inherente a la lucha de clases. Observa que «el ejército proletario solo se recluta en la lucha misma», pero «solo en la lucha se hace consciente de los objetivos de la misma» [231]. Esta «contradicción dialéctica» no puede ser resuelta por la conciencia de clase leninista-kautskiana, desde fuera. Sería una operación *técnica* que presupondría el conocimiento de una necesidad histórica predeterminada susceptible de ser enseñada a quien la desconoce, perpetuando así las relaciones de subordinación. Luxemburg insiste en que «las masas solamente pueden dotarse de esa *voluntad* [revolucionaria] en la lucha constante con el orden es-

tablecido, en el marco de ese orden» [232]. Lo que quiere decir que «la solución de esta contradicción aparente en las tareas está en el proceso dialéctico de la lucha de clases del proletariado, el cual combate por la consecución de condiciones democráticas en el estado, organizándose al mismo tiempo, en el curso de la lucha, y adquiriendo conciencia de clase. Consiguiendo esa conciencia de clase y organizándose en el curso de la lucha, el proletariado promueve la democratización del estado burgués y en la medida en que madura él mismo, hace que maduren las condiciones para una revolución socialista» [233].

Es necesario subrayar que no se trata simplemente de un proceso psicológico, de una especie de aprendizaje suplementario en base a la acumulación de parcelas de experiencia; esta concepción adquiere sentido solamente si reconocemos que las condiciones en que el proletariado comienza su lucha son condiciones de las que él mismo es cocreador, y cada nueva fase de la lucha impone nuevas condiciones que modifican a su vez al proletariado tanto objetiva como subjetivamente. Así pues, a pesar de todos sus estudios sobre economía y a pesar de su rígida insistencia en la centralidad de la teoría del derrumbe, cuando se trata de cuestiones de política práctica y de su teoría, Luxemburg insiste —de forma vehemente en su *Anticrítica* [234], por ejemplo— en que la economía por sí sola no traerá el socialismo. La historia es algo más rico, más complejo y más humano que todo eso.

Como teórica de la lucha de clases, para quien el desarrollo de una conciencia de clase revolucionaria se convierte en la variable principal, Luxemburg pone implícitamente en cuestión todo dogmatismo en torno al «objetivo final», y, con ello, toda visión lineal de la evolución del capitalismo al socialismo. En cualquiera de sus trabajos pueden encontrarse manifestaciones en este sentido, especialmente en *Huelga de masas, partido y sindicatos*.

«Cada nuevo avance y cada nueva victoria en la lucha política se transforma en un poderoso estímulo para la lucha económica en la medida en que amplía sus posibilidades externas y aumenta el impulso interior de los trabajadores, mejora su situación y eleva su combatividad. Tras cada espumeante ola de acción política que da un fértil sedimento sobre el que inmediatamente surgen mil nuevos brotes orientados a la lucha económica. Y viceversa. El incesante estado de guerra económica de los trabajadores con el capital mantiene despierta en todas las pausas políticas la energía combativa de la clase obrera, constituye, por así decirlo, el depósito en constante renovación de la fuerza de la clase del que la lucha política toma una y otra vez nuevos ánimos, haciendo que el incansable martilleo económico del proletariado se convierta en todo momento, unas veces aquí y otras allá, en agudos conflictos localizados de los que insensiblemente surgen conflictos políticos en gran escala.

En una palabra: la lucha económica supone la continuidad entre un eslabón político y el siguiente, mientras que la lucha política representa la fertilización periódica del terreno sobre el que ha de florecer la lucha económica. Causas y efectos van intercambiándose en todo momento sus puestos en este proceso. (...) Y su unidad es precisamente la huelga de masas» [235].

La huelga de masas, que es una acción de clase que tiene lugar en momentos excepcionales, altera las condiciones mismas que la habían generado, mientras las nuevas condiciones que ella crea la produce en una forma distinta. Lo económico continúa y desarrolla lo político, y lo político, a su vez, hace lo mismo con lo económico, y ambos influyen en las iniciativas y reivindicaciones del proletariado, y son a su vez influidos por estas. Es interesante hacer notar que en ningún párrafo de su *Huelga de masas*, Rosa Luxemburg presenta un análisis «económico» en el sentido estricto del término, en ningún sitio habla, por ejemplo, del papel del capital francés, del desarrollo desigual regional, o de la composición de clase del Estado ruso. En efecto, subraya la íntima conexión que existe entre una serie de luchas económicas y políticas a lo largo de un período de casi una década, pero no cita ninguna «causa» ni ninguna «necesidad» externa de este proceso, e insiste repetidas veces en que «la huelga de masas no puede ser propagada». En realidad, si se considera el «marxismo» como una teoría explicativa de la sociedad capitalista, en base a su contradictoria infraestructura económica que engendra necesariamente la crisis y la revolución —y esta es, en parte, la interpretación dada por Rosa Luxemburg en *¿Reforma social o revolución?*—, entonces está por ver cuán «marxista» es la teoría luxemburguiana de la huelga de masas.

La teoría de la huelga de masas es la teorización de la praxis proletaria. La interacción entre las luchas económicas y las luchas políticas teorizadas por Luxemburg solo adquiere sentido si comprendemos que ambos aspectos de la lucha son *el resultado* de la praxis proletaria. En efecto, el proletariado ha asumido el papel de sujeto social; aquello a lo que se enfrenta no es ninguna forma estática y eterna —el «capital», «la burguesía», «el estado»—, sino tan solo el resultado y encarnación de su propia acción anterior, en lugar de sufrir pasivamente el proceso de acumulación de capital analizado por la «ciencia» en sus posibilidades creativas de clase. Cuando Luxemburg habla de la huelga de masas como la «unidad» de las luchas económicas y políticas, debemos entender esta unificación no en función de ciertos factores «objetivos», sino como encarnación en la práctica de la clase sujeto activo. La huelga de masas es el *sentido* del movimiento de *diferenciación* entre lo político y lo económico.

La actividad de Luxemburg durante la Revolución alemana de 1918-1919 refuerza esta interpretación, a la vez que plantea el problema que tratamos en la próxima sección, a saber, el papel del teórico en el proceso revolucionario. La posición luxemburguiana —derrotada en el congreso fundacional del KPD «Spartakus»— se basaba en el reconocimiento del hecho de que la teorización abstracta en base a esquemas modélicos de lo «deseable», es estéril, y de que el teórico debe enfrentarse a la práctica real del movimiento teorizándola, con el fin de desvelar sus puntos fuertes y sus debilidades, sus posibilidades y límites. Las posiciones defendidas por la extrema izquierda, que dominaron aquel congreso fundacional, hicieron que el matizado análisis de Luxemburg de las futuras tareas de la revolución parecieran moderadas e insensibles al nuevo ritmo inaugurado en 1917. Su discurso fue recibido de hecho, y según informe taquigráfico, con «débiles aplausos». La oposición al análisis de Luxemburg estaba en parte basado en el impacto del triunfo ruso

y en las lecciones que los revolucionarios alemanes creían poder extraer de lo que sabían del leninismo. Luxemburg ya había dado una respuesta a este tipo de crítica, cuando subrayaba el hecho de que la concepción leninista del partido no traería el socialismo, porque «no está basada en la inmediata conciencia de clase de las masas trabajadoras»; más bien transforma incluso a los miembros del grupo revolucionario «en simples órganos de ejecución de una voluntad previamente determinada y externa a su propio campo de actividad, en instrumentos de un comité central»; se convierte «la masa de los compañeros» en «masa de emitir juicios válidos y se le atribuye como virtud esencial la «disciplina», es decir, la obediencia pasiva al deber» [236]. Si estas críticas al leninismo son ciertamente válidas en abstracto, importa reconocer que la argumentación luxemburguiana parte de la específica concepción del socialismo como un proceso cuyos matices se han bosquejado anteriormente, y que cada situación concreta reclama un análisis concreto cuyo cometido es el de desvelar sus posibilidades y límites.

En *Nuestro programa y la situación política*, Luxemburg subraya la diferencia entre la revolución burguesa y la socialista: en la primera «bastaba derrocar en el centro el poder oficial y sustituirlo por unas cuantas docenas de nuevos hombres», mientras que ahora «tenemos que trabajar a partir de la base, lo que corresponde precisamente al carácter de masas de nuestra revolución» [237]. Lo que había ocurrido el 9 de noviembre, había sido, en este sentido, una revolución burguesa, a pesar de haberse encarnado formalmente en los consejos de obreros y soldados.

«Es una característica del primer período de la revolución (...) el hecho de que haya sido —debemos ser plenamente conscientes de ello— una revolución todavía exclusivamente política y en ello estriba el carácter balbuciente, la insuficiencia, lo parcial e inconsciente de esta revolución. (...) Pero la lucha por el socialismo solo puede ser conducida por las masas, en un combate directo, cuerpo a cuerpo contra el capitalismo, en cada fábrica, en un combate de cada proletario contra su patrono. Solo entonces será socialista la revolución» [238].

Los límites de la situación venían claramente dados por la inmadurez de las masas; las posibilidades eran las creadas por la propia acción de las masas, acción que había cambiado el significado y la realidad de su situación y a las masas mismas. La dialéctica de la praxis y su sedimentación, que Luxemburg ya había puesto en evidencia en su análisis de la huelga de masas, debía jugar aquí un papel. Ella propuso la participación en las elecciones a la Asamblea Nacional, en la misma línea que Paul Levi, quien, en su discurso, había planteado esa participación como la tarea principal, admitiendo, claro es, al mismo tiempo que ello no «realizaría» la revolución. Contra el activismo de la ultraizquierda —ejemplificado en la frase de Gelwitzki «diez hombres en la calle valen más que un miliar de votos»— Luxemburg habló de una «larga revolución», del proceso de maduración del proletariado a través de una serie de luchas, y criticó la esquemática alternativa de «o fusiles o parlamento», reclamando «una opción más sutil, más dialéctica».

La posición de Luxemburg no logró prevalecer en el congreso; y dos semanas más tarde ella y Liebknecht morían entre las ruinas de la revolución. Su último artículo, *El orden reina en Berlín*, vuelve a proponer una teorización de la lucha; no ofrece recetas para un futuro triunfo, solo indica posibilidades y límites. Los límites eran, en parte, coyunturales —la necesidad de luchar contra el régimen Ebert-Scheidemann-Noske— pero hacían referencia principalmente al limitado desarrollo de la conciencia de clase. Las posibilidades venían representadas por la espontánea creatividad de las masas berlinesas, «a partir del convencimiento instintivo de que la contrarrevolución, por su parte, no se iba a conformar con la derrota sufrida, sino que iba a buscar una prueba de fuerza general» [239]. Insiste en el hecho de que «la victoria moral estuvo desde el primer momento de parte de la «calle»» [240]. El acento puesto en el carácter moral de la lucha, en la *posibilidad* de que el pueblo reconozca que su propia liberación depende de él mismo, en el carácter histórico de esa lucha que crea significados y abre posibilidades en el presente— este acento aparece a lo largo de toda la vida de Luxemburg. El socialismo seguía siendo para ella una necesidad objetiva; y, sin embargo, en los momentos, teóricos cruciales, en la teorización de la praxis revolucionaria, aparecía siempre como prioritario el elemento consciente, subjetivo, moral. Reflexionando sobre la lucha de 1919, escribe:

«La dirección ha fracasado. Pero la dirección puede y debe ser creada de nuevo por las masas y a partir de las masas. Las masas son lo decisivo, ellas son la roca sobre la que se basa la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura, ellas han hecho de esta «derrota» una pieza más de esa serie de derrotas históricas que constituyen el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por eso, del tronco de esta «derrota» florecerá la victoria futura» [241].

Aquí, como siempre, la teórica no ofrece ni recetas ni tácticas; se esfuerza por entender, por expresar y por cristalizar el sentido de la lucha. Y, sin embargo, se trata de la misma teórica que enseña economía en la Escuela del Partido, que escribe *La Acumulación del Capital*, la misma persona que en incontables ocasiones analiza la coyuntura político-económica internacional en muchos y muy diversos periódicos del partido de extensa difusión; y es también la misma que se autodeclara marxista ortodoxa, defensora de la teoría tanto frente a las críticas internas como frente a los intentos, por parte de la burguesía, de debilitarla o apropiársela.

Habíamos comenzado esta parte de la discusión con una cita: «solo la clase obrera, a través de su actividad, puede hacer del verbo carne». La formulación es típica. De un lado, está la fraseología ética unida a la insistencia en la capacidad de actividad autónoma del proletariado. De otro, está aquella «palabra» enigmática, «verbo», que parece como algo dado y preestablecido. Si el Verbo es ya inmanente y en espera de la historia para ser realizado, aparece evidente aquí el peligro de la teoría *para* la praxis y la semilla del dogmatismo. Si, por el contrario, entendemos, con Luxemburg, la revolución como un pro-

ceso, como la totalidad y sentido de la lucha expresada en la huelga de masas y basada, en última instancia, en la dialéctica de la conciencia de clase y de su sedimentación objetiva, entonces el Verbo adopta el significado de una abierta autocreación. Solo así podemos evitar el peligro de las recetas tecnológicas para la revolución, y definir, con Rosa Luxemburg, nuestra tarea:

«La esencia de la sociedad socialista consiste en que las grandes masas trabajadoras dejan de ser una masa a la que se gobierna para vivir por sí mismas el conjunto de la vida política y económica dirigiéndola sobre la base de una autodeterminación consciente y libre» [242].

El Verbo no es el del teórico, sino el de la praxis, ¿Cuál es, entonces, el papel y la tarea del teórico?

II. LA TEÓRICA Y SU PRAXIS

«En las huelgas de masas en Rusia, el elemento espontáneo juega un papel prominente, no porque el proletariado ruso sea «ineducado», sino porque la revolución no se deja amaestrar fácilmente» (Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, partido y sindicatos*).

Rosa Luxemburg era una persona de partido. Recordemos, en este sentido, la enojada carta que dirigió a Henriette Roland-Horst sobre la decisión de la izquierda de la socialdemocracia holandesa de escindirse del centro descaradamente oportunista y de formar un nuevo partido verdaderamente de izquierda. Incluso si teóricamente tenían razón, sostenía Luxemburg, la separación del «partido de la clase obrera», por muy corrompido que este estuviera, era un suicidio. Una escisión significaría la separación de la sangre vital del socialismo, significaría privilegiar la pureza a expensas de la participación en la inevitable revolución. La Bella Alina, atrincherada en su pureza a costa de la imposibilidad de poner en práctica tal pureza, no es marxista. Más importante que cualquier cuestión de eficacia —a pesar de que el destino de la izquierda holandesa, y de otras innumerables doctrinas puras, es ciertamente instructivo— es la noción fundamental de teoría revolucionaria como teoría *de* la práctica, que implica que si uno se separa de las masas, su teoría se convierte en ideología, resulta estéril e incapaz de evolucionar con la evolución de la lucha misma de las masas. Incluso en su forma más corrompida, el partido representa aquel foco en el seno del cual las formas de lucha hallan su expresión, su reflejo, y de él se proyectan, a su vez, en las masas que pueden así devenir conscientes de la riqueza de posibilidades implicadas en sus propias acciones.

Existe una ambigüedad en esta concepción del partido que, como veremos, corresponde a una ambigüedad en el papel mismo de la teoría y también a una ambigüedad en la propia inserción social del teórico. A nivel fáctico, sa-

bemos que la actividad de Rosa Luxemburg en el seno del SDKPIL polaco no correspondía a su visión de la función del partido alemán; y sabemos que, tras serias dudas, abandonó la SPD para entrar en él recién constituido Partido Comunista alemán (Spartakus). Podemos ofrecer explicaciones coyunturales para ambas actitudes; y por ahora es suficiente. Lo que en cambio resulta más paradójico es el hecho de que ella insistiera en la necesidad del partido, pero *no* como una herramienta táctica para la toma del poder. Esto aparece con claridad en su crítica a la técnica leninista de la revolución, y en su análisis de la revolución alemana de 1918-1919. Con respecto a esta última, pone de relieve el comienzo político de la revolución, demuestra su insuficiencia, e insiste en que el estadio sucesivo debe ser la lucha económica en la que, «cuerpo a cuerpo» cada proletario será gradualmente consciente de sus tareas, consciente de la situación y de sus exigencias. Decretos, toma del poder central, declaraciones programáticas, no son suficientes. «Las masas aprenden a ejercer el poder en la medida en que lo ejercen de hecho» [243]. Parece, en efecto, que el partido deba esforzarse precisamente por *evitar la tentación de tomar el poder*, la tentación política; debe, como dice Luxemburg en *Huelga de masas*:

«Dar la consigna, la orientación a la lucha, disponer la *táctica* de la lucha política de modo que en cada fase y en cada momento de la lucha se realice la totalidad de la fuerza proletaria en presencia y previamente suscitada expresándose en la posición de combate del partido, hacer que la táctica de la socialdemocracia no quede nunca, por su decisión y agudeza, por *debajo* del nivel de la relación de fuerzas efectivamente existente sino más bien que la supere...» [244]

O, dicho de otro modo: el partido depende del nivel de lucha de las masas para la elaboración de la táctica; y, al mismo tiempo, el partido debe «elevarse» por encima del nivel real de la lucha, superarlo. ¿Cómo puede hacer ambas cosas? Este es el problema de la teoría, y un desafío para el teórico radical.

El mismo problema viene planteado, de forma algo distinta, en la última parte de *Huelga de masas*. En torno a la relación partido-sindicatos, Luxemburg continúa afirmando que es el partido el responsable del crecimiento de los sindicatos, en la medida en que el partido, al difundir lo que podríamos llamar la «ideología» de la socialdemocracia, sensibiliza a las masas respecto de su situación. Ella rechaza el argumento de los sindicalistas, según el cual su fuerza numérica indicaría que son ellos y su ideología de compromiso los que debieran dominar el movimiento. El movimiento, para Luxemburg, es algo más que sus formas organizativas, y el partido, como «espíritu» del movimiento, trasciende sus masas organizadas, y es más que su simple núcleo organizado localizado en oficinas y en funciones oficiales. Pero, si esto es así, debemos preguntarnos por qué Rosa Luxemburg hizo tanto hincapié en la función «legislativa» de los congresos del partido, como si realmente esperara que estas «asambleas anuales de budistas y bonzos» formularan la táctica correcta vinculante para todos. La única explicación parece radicar en el hecho de que ella consideraba el partido y sus decisiones no como la simple

expresión (es decir, la teorización) de la práctica en acto, sino también como su guía, su estímulo, dándole así a esta práctica un sentido de misión y de totalidad. Esto, sin embargo, es una función ideológica y presupone una determinada teoría —lineal— de la historia.

Esta actitud ambigua recorre toda la actividad de Rosa Luxemburg. Observamos las contradicciones aparentes en casi todas las cuestiones principales: de un lado, insiste en el hecho de que las luchas parlamentarias y sindicales no son la vía para la revolución socialista dado su carácter unilateral y defensivo, que hunde sus raíces en las reglas de juego del sistema capitalista; de otro, afirma que sin democracia parlamentaria y sin sindicatos libres y sus respectivas luchas, no es posible una revolución socialista, dado que no habría espacio político para el desarrollo de la conciencia del proletariado ni espacio económico para que este se liberase de la presión inmediata de la lucha por la existencia en una sociedad de esclavitud salarial. Sostiene que la democracia burguesa es una cáscara vacía, una formalidad que encubre la dominación de clase de la burguesía; pero insiste en el hecho de que sin esta formalidad no habría posibilidad de que el proletariado se organizara y se reconociera como clase; es más, quiere demostrar que en la era imperialista el único partido que debe objetivamente sostener la democracia es el partido del proletariado. Insiste repetidas veces y con vigor en afirmar que sin la necesidad económica del derrumbe del capitalismo, no existen bases objetivas para la revolución socialista, pero afirma con igual énfasis que solo el proletariado con conciencia de clase puede, por su propio esfuerzo y a través de su propia experiencia autoeducativa hacer temblar al sistema. En su último combate político, se pronunció en contra de una política hiperactivista y en favor de una «larga revolución» basada en luchas electorales y económicas; sin embargo, apoyó la decisión de la mayoría, sacrificando su vida en los abortados acontecimientos revolucionarios que siguieron, justificándolos no como un «error», sino como un paso necesario en el desarrollo histórico del proletariado.

En cada una de esas decisiones —y se podrían añadir otras, pues esta teórica de la espontaneidad revolucionaria fue también probablemente la única marxista de su tiempo en comprender la importancia de un programa de transición, sobre cuya necesidad volvería una y otra vez; esta convencida internacionalista no dudó en «oponerse» a Marx en lo que respecta a la cuestión nacional; esta «Rosa la sanguinaria» no dudó en criticar lo que ella consideró como excesos en la Revolución rusa—; en cada caso el primer polo de la oposición parece representar una posición teórica basada en la ideología del marxismo y válida para el capitalismo en su conjunto; en tanto que la posición contraria, que adoptó efectivamente en el fuego de la acción, es una modificación de aquella teoría basada en lo que es, en realidad, su base: la acción del proletariado orientada a cambiar la configuración socio-política existente, es decir, el capitalismo. La marxista ortodoxa que Rosa Luxemburg era incorpora ambos polos; la ideología misma debe ser defendida contra las incursiones oportunistas de aquellos demasiado miopes para ver las necesidades básicas hacia las que apunta la contradicción fundamental entre capital y trabajo; y al mismo tiempo el núcleo revolucionario de la teoría —que la conciencia de

clase, alcanzada en la lucha dentro del orden existente, es la condición *sine qua non* de su abolición— debe mantenerse abierto. Dicho de otro modo: el teórico marxista revolucionario es al mismo tiempo *un conservador* y *un visionario*. Ambos son necesarios, pues la teoría sin visión se convierte en un peso muerto para la praxis, de la cual fue en su día expresión, esto es, se convierte en una ideología; y la visión sin contenido analítico se convierte en un deseo utópico y sin base, en activismo existencial sin fundamento, es decir, también en ideología.

La praxis de Rosa Luxemburg como teórica es un notable intento por conservar ambos polos de esta dialéctica de la teoría revolucionaria. Por ejemplo, en la polémica con Bernstein, su defensa de la ortodoxia económica cede inesperadamente cuando se encuentra frente al desafío de Bernstein: ¿qué sucedería si, de repente, el poder cayera en manos del proletariado? Ella responde que «la idea de una conquista «prematura» del poder político (...) es un absurdo político...» [245]. Es decir, la pregunta de Bernstein presupone una visión ideológica de una historia que se desarrolla independientemente de, en particular, aquellas fuerzas que la constituyen, presupone que el teórico se encuentra en una situación externa a la lucha de clases, capaz de tomar en consideración la totalidad de la historia y sus necesidades *desde fuera*. Sin embargo, inmediatamente después de esta defensa de una posición teórica situada en el interior de la lucha de clases, de la que es también partícipe, Rosa Luxemburg vuelve a la defensa de la ortodoxia económica, sosteniendo la necesidad de la teoría del derrumbe en términos puramente económicos (esto es, externos). El hecho es que ambas cosas van juntas, que ninguna por sí sola es suficiente y cada cual influye sobre la otra. Podría demostrarse en detalle —tanto en sus obras polacas, o en su análisis de la situación en Francia, como en sus intentos prácticos y teóricos de demostrar la necesidad, y prevenir el estallido de la Guerra Mundial— esta doble vertiente de su actividad práctica y teórica. Si se analiza su discurso *Nuestro programa y la situación política*, llama sobre todo la atención el hecho de que sintiera la necesidad de introducir una resolución contra las actividades contrarrevolucionarias que el gobierno socialdemócrata estaba llevando a cabo en relación con la situación rusa, y el cuidado con que documenta estas intervenciones. Esta preocupación por el legalismo socialista es transferida al nivel de consideraciones reales con el retorno al Programa de Erfurt, que ella intenta interpretar según el espíritu de la actividad revolucionaria en curso, con el claro propósito de vincular las actividades del nuevo partido con la tradición marxista. Al mismo tiempo, sin embargo, puede distinguirse el lado visionario de su posición en el énfasis puesto en (y en el reconocimiento de) las nuevas formas creativas asumidas por la actividad de las masas: los consejos de trabajadores y soldados. Ambos polos están ahí, como siempre.

Pero lo que resulta paradójico en la actividad práctica de esta teórica revolucionaria es el hecho de que *fracasó*. Fue refutada en *todos* los puntos centrales —desde la polémica en torno al revisionismo-oportunismo, la huelga de masas, pasando por el problema del militarismo y del imperialismo, hasta la actitud que adoptó frente a la guerra, y la táctica a seguir por el KPD en

1918-1919, y refutada también en otras cuestiones —la táctica parlamentaria a seguir, el carácter y función del partido, el papel de los sindicatos, el estatus de la Internacional. Lo importante en estas refutaciones es que ella nunca fue vencida a nivel teórico, sino por los hechos, por los acontecimientos; *refutada por la historia*. ¡Para un marxista esta es, evidentemente, la peor de las refutaciones!

Hay todavía otra peculiaridad en la praxis de Rosa Luxemburg como teórica: *fue una dogmática*, en el sentido aludido anteriormente. Nunca puso en cuestión el marxismo, nunca dudó ni por un momento de sus enseñanzas. Sabemos que el suyo fue un marxismo creativo, fiel a su espíritu y no a su letra, abierto a nuevos desarrollos tal como debe de ser una teoría *de la praxis*. Sin embargo, de ello *únicamente* resultaría que fue una *dogmática eternamente en la oposición*, lo que no deja de ser paradójico, porque si no me equivoco al afirmar que ella supo aprehender en su teorización el espíritu del movimiento, entonces su propio destino pone en duda la praxis de la teórica revolucionaria, y la teoría revolucionaria misma.

Podrían adelantarse diversas explicaciones. Podría decirse, como Fidel Castro en su famoso discurso, que «la historia la absolverá». Ello implica, sin embargo, una visión lineal de la historia, considerada desde un punto de vista divino o trascendente, donde el progreso se desarrolla continuamente hasta alcanzar finalmente su —es decir, nuestra— presunta meta. Pero decir de un marxista que está «por delante de su época» equivale a afirmar que ella estuvo en realidad equivocada en sus análisis, dado que lo que diferencia el marxismo de los utópicos a la caza de quimeras es su proclamada capacidad de descubrir el futuro dentro del presente. La visión lineal de la historia, como ya se ha mencionado, separa la historia de la lucha de clases que la constituye; es una visión ideológica.

Podría decirse que los análisis de Rosa Luxemburg, sus percepciones de la cambiante realidad de su tiempo, fueron incorrectos, bien a causa de una adhesión excesivamente dogmática a la teoría, bien por una interpretación excesivamente optimista de la realidad. Podríamos decir que escogió los momentos equivocados para intervenir; que, a título de ejemplo, debería haber roto con la SDP ya en 1907-1908, o que debería haber intentado construir una base más sólida de oposición en el seno del partido, en lugar de confinarse en el periodismo, en la Escuela del partido, o en hacer discursos de agitación. También podría decirse que concedió excesivo crédito a la espontaneidad de las masas, y que por consiguiente no se preocupó por evitar que estas cayeran víctimas de los engaños del aparato dirigente; que debería haber seguido la táctica de Lenin y utilizado medidas organizativas para salvaguardar la pureza del partido. Podríamos adelantar una variante de la tesis sobre la oligarquía de Michels para explicar por qué una teoría, que es una teorización de la práctica *de una vanguardia*, no puede, por razones *apriorísticas*, alcanzar la posición dominante en el seno de un partido democrático de masas. Podríamos añadir más detalles sobre la manipulación por parte de la dirección del partido. El análisis de Michels sobre la SDP está lleno de detalles de este tipo. (De hecho, en las observaciones sociológicas contenidas en la última parte del

ensayo luxemburguiano sobre la huelga de masas, parece verse algo similar a los análisis de Michels.) Podríamos seguir diciendo, con A. Rosenberg, que Rosa Luxemburg debería haber sabido, como Lenin en julio de 1917, cuándo batirse tácticamente en retirada con el fin de escoger luego el momento más idóneo para volver al ataque; o podríamos referirnos a la interpretación de Hannah Arendt, según la cual Rosa Luxemburg fue en última instancia una romántica y una moralista, y en absoluto una marxista.

Vemos, pues, que hay múltiples explicaciones posibles de la praxis de Luxemburg como teórica, y de su destino. Ninguna resulta, en sí misma, convincente, porque todas ellas deben recurrir forzosamente a factores externos y contingentes. En el mejor de los casos, se dice que si Luxemburg acabó siendo derrotada, si existieron contradicciones en su posición, la causa radicaría en el marco histórico en que se movió. Las contradicciones de su obra serían, así, debidas a la inmadurez del capitalismo, y a la consiguiente inmadurez del movimiento proletario; sus «derrotas» podrían así verse solo como temporales, con lo cual el avance de las contradicciones capitalistas demostraría la fecundidad a largo plazo de su posición. En otras palabras, se afirma que la teoría de Luxemburg era correcta, pero que *aplicada* a la realidad de entonces, había producido una distorsión, porque la realidad misma no era la adecuada. De ello se deduce que sería necesario salvar, a través de una especie de «inversión» marxista de la hermenéutica bíblica, la teoría (o método, si se prefiere la noción lukacsiana) correcta, y aplicar esta piedra filosófica revolucionaria para transformar el pesado presente en dorado futuro. Esta solución olvida, sin embargo, algo fundamental, propio de la dialéctica de Marx y de Hegel: que la teoría (o método) dialéctica es inseparable de su contenido. En otras palabras: esta solución pertenece a una fase anterior a Hegel y a Marx; implica una especie de dualismo kantiano de forma y materia y, por consiguiente, una dialéctica del mal infinito «resuelta» por la eterna lucha ética de la razón práctica. En efecto, siempre que se trata de una derrota puede imputarse a uno u otro de los dos términos en interacción que es externa precisamente en la medida en que ninguno de los dos está influido por el contacto del otro, porque cada cual posee sus propios «criterios de verdad» internos a sí mismos. Esta separación implica una visión lineal, externa, de la historia, y divide precisamente lo que el marxismo se esfuerza en unir: la teoría y la práctica. Debemos por consiguiente, preguntar ¿por qué una verdadera marxista —y los argumentos anteriores implican que Luxemburg fue fiel a lo mejor del marxismo mismo — fue incapaz de vincularse, como revolucionaria, a la praxis real de su tiempo? Y, si la teoría marxista, como teorización de la praxis proletaria, es incapaz de conseguir la fidelidad de las masas y de llevar a cabo el cambio social, entonces, ¿quizá hay algo que no funciona en la teoría misma?

Podría sugerirse que el llamado «fracaso» de Rosa Luxemburg es una especie de juicio pragmático situado igualmente fuera del contexto histórico en que su obra fue elaborada. Podría parecer que se ha llegado al veredicto de «fracaso» superponiendo su teoría y su práctica a una historia en continuo movimiento, que era la base material sobre la cual se desarrolló su actividad. Este argumento daría a su teoría y a su praxis un carácter cerrado, positivo y,

en última instancia, ideológico, en lugar de presentarla como una teoría *de la praxis*, abierta y problemática. Así, la cita del principio de esta sección —nadie puede amaestrar al proletariado revolucionario— sugiere que nuestra crítica ha violado una de las enseñanzas centrales de Luxemburg. Para clarificar este problema examinaremos, en la sección que sigue, las ambigüedades de la teoría revolucionaria misma, volviendo a la pregunta que planteábamos en esta segunda parte y que no hemos contestado: ¿cómo es posible que la teoría sea una teoría *de la praxis* real del proletariado, y al mismo tiempo *supere*, esté por encima de, esa misma praxis?

III. LA TEORÍA REVOLUCIONARIA

«Lo más importante no es lo que está literalmente escrito» en el programa, sino cómo se entiende el programa en la práctica viva.» (*Nuestro programa y la situación política.*)

La variable esencial en la actividad práctica y teórica de Rosa Luxemburg es la conciencia de clase. Por esto no hay duda de que hoy que el capitalismo se ha revelado como un sistema global aparentemente capaz de absorber sus propias contradicciones económicas, sociales y políticas, encontramos en la obra luxemburguiana una fuente de reflexión para nuestros propios problemas. Lo que resulta, en cierto modo, paradójico, porque Luxemburg fue demasiado ortodoxa, demasiado dogmática y demasiado optimista para haber intuido los problemas planteados por un capitalismo científico, burocrático, como el que conocemos. Ella no se interesó por los mecanismos de la psicología individual o de masas, por problemas tales como el de la reificación, alienación o falsa conciencia. Pero en cambio ha sido, y es, una fuente de fructíferas reflexiones en torno precisamente a estas cuestiones.

Cuando afirma que la conciencia de clase es la componente principal, el *sine qua non* de todo movimiento revolucionario, no se diferencia en nada de otros muchos marxistas. Lo que sí la distingue, en cambio, es su análisis de esa conciencia de clase; o, mejor dicho, el hecho de que ella no la transforma nunca en el *objeto* de su teorización, sino que presenta su manifestación real como la reflexión y la autorreflexión crítica de las posibilidades abiertas creadas por la acción proletaria. Este «ingrediente» central no es nunca tema de discusión, está siempre presente entre líneas, emerge y adquiere forma solo para ser llevado hacia adelante y reaparecer en una forma distinta; no es algo tangible, sino el *sentido* y el *significado*, la *unidad* y la *totalidad* de la lucha de clases. No es algo externo, no es el producto de una teoría o una propiedad del partido; es la condición de posibilidad de la lucha y el producto de esa misma lucha. Podemos fijar los elementos que juegan un papel en la determinación del actual estado de la conciencia de clase hablando sobre las condiciones materiales que determinan las formas de conciencia. Pero ello no puede entenderse como una relación de causa-efecto, empíricamente determinada.

Sabemos, por ejemplo, que las mismas condiciones pueden originar formas muy diversas de conciencia y de actividad; y sabemos, por ejemplo, que la ola inflacionista que hoy vivimos tiene en sí un significado humano distinto del que aparece reflejado en las estadísticas oficiales. Lo que importa es que las condiciones materiales pueden influir en la clase solo en la medida en que la clase misma quiere ser influida, esto es, en la medida en que *da un significado a estas condiciones*.

Al leer los artículos en los que Luxemburg analiza los acontecimientos de su época, y siguiendo sus cursos sobre economía política en la Escuela del partido, nos damos cuenta de que lo que convierte su obra en algo más que un buen análisis o una interpretación «justa», es su capacidad de poner continuamente el acento en la dinámica, en las *posibilidades*, en el sentido y *significado* radical, en el *carácter abierto* de la situación que describe. Naturalmente, mucho de lo que ella «predijo» no ha llegado a ocurrir. Pero, como ya se ha observado, no puede juzgarse este «fracaso» desde el punto de vista trascendente de una historia que ha bloqueado estas posibilidades y que ha demostrado hoy lo erróneo de un juicio. La tarea de Luxemburg no era la de presentar «la» vía necesaria a seguir, la de «probar» inductiva y/o deductivamente la justeza de sus puntos de vista; era más bien la de revelar el sentido, la orientación, de una situación, indicar sus aspectos centrales: su carácter abierto. Cuando la juzgamos como un «fracaso», estamos considerando su actividad política práctica como algo cerrado y unívoco; actuando así retrocedemos y recaemos en una concepción lineal y mecanicista de la historia. La historia como realidad viva es precisamente algo abierto a los interrogantes; y la tarea de Luxemburg como teórica práctica era la de poner énfasis en este carácter abierto, en la posible conciencia de clase con la que toda situación se enriquece.

Sería simplificar demasiado afirmar que, siendo la conciencia de clase la variable central del proceso revolucionario, el teórico debe actuar siempre de forma tal que eleve el nivel de esa conciencia, porque ello presupondría que nosotros sabemos qué es la conciencia de clase; implicaría que la conciencia de clase es una cosa y que crece, de alguna forma, con la suma de pequeños fragmentos de información recibidos desde el exterior; ello convertiría la teoría en una especie de herramienta o de arma, abonando así el terreno para la famosa práctica del «sustitucionalismo» por medio del cual el partido, como detentador de la teoría, sustituye a las masas, cuya «justa» conciencia pretende ser. Claro es que la conciencia de clase tampoco es indeterminada; y ya hemos mencionado (en la sección I) la justa apropiación epistemológica por parte de Lukács del uso luxemburguiano de la noción de la necesidad del «objetivo final» del socialismo. Pero Luxemburg evita también la trampa de una concepción externa, lineal, de la historia, inseparable de una visión rígida de la naturaleza de la conciencia socialista. La vemos, así, hablar confiadamente y con optimismo de la necesidad, para el proletariado, de acceder al poder varias veces, perdiéndolo cada vez antes de aprender finalmente a construir su nueva sociedad [246]. Y nos quedamos perplejos ante su continuo volver sobre los «fracasos» históricos del movimiento —huelgas y revueltas perdi-

das, 1848, 1891, la historia del Primero de Mayo, etc.—, presentándolos como componentes necesarios para el desarrollo de la conciencia de clase. No ofrece ninguna explicación pseudomaterialista de estos «fracasos», y *se niega a justificarlos*; por el contrario, y la diferencia es sustancial, les da un significado positivo en la medida en que abren perspectivas nuevas.

Sin embargo, seguimos frente al problema de la teoría que es a la vez una teoría *del* movimiento real y algo que está *por encima* de este al mismo tiempo. En efecto, vemos que se trata de un pseudoproblema desde el momento en que evitamos la visión externa, lineal de la historia y reconocemos que nuestra teoría es parte integrante de la historia misma. La teoría no puede ser simplemente un reflejo estático del presente, ni tampoco una construcción externa que sirva de guía. Y ello porque la variable principal que determina el proceso histórico no es fija, sino indeterminada, abierta, cambiante y creadora de nuevos significados. *La teoría no es ni puede ser un sistema*; por lo menos si es una teoría revolucionaria. Y, entonces, ¿en qué sentido podemos decir que Rosa Luxemburg «tenía» una teoría? Es cierto que aceptaba el marxismo y que intentó incluso plantearle una corrección teórica en *La acumulación del capital*. Pero en su praxis, y en la relación de su teoría con la praxis, nunca intentó elaborar una serie de fórmulas positivas y concretas a seguir. Por ejemplo, ¿es su *Huelga de masas* la exposición de una teoría? Ciertamente que no, en el sentido tradicional del término; en cambio como marxistas comprometidos hablamos como si lo fuera. ¿Por qué? Si examinamos una vez más la teoría de la huelga de masas, vemos que el punto central viene representado por las formas cambiantes que adopta la conciencia de clase, que se expresa bien política, bien económicamente, bien a través de movimientos menores o en reposo, latente, bien a través de grandes explosiones, cuya causa parece poco importante en relación con la enormidad de la opresión de clase. Además, el movimiento de la huelga de masas que culminó en la revolución de 1905 tenía sus raíces en acciones que habían tenido lugar en distintas regiones geográficas a lo largo de un período de más de una década. La *Huelga de masas* misma, como Luxemburg explícitamente observa, es un *concepto*, una totalización, la unidad de acciones múltiples y diversas. Los agentes históricos no tuvieron conciencia de haber sido parte de ese movimiento, cuya unidad fue puesta en evidencia por la teórica; no siguieron consigna ni instrucción alguna para pasar, en la lucha, de un plano a otro, de una región, de una reivindicación, a otra. Y, *sin embargo, la huelga de masas está ahí*. Es el *sentido* histórico de la lucha proletaria, no conscientemente presente en las acciones individuales, pero sí en el *significado* y *sentido* latente de estas. La teoría ofrece una explicación empírica de los acontecimientos, y es, por tanto, una teoría *de* la acción; y al mismo tiempo se «eleva por encima» de ella, la supera, en la medida en que unifica e indica las *posibilidades* que se han abierto.

¿Qué es el proceso revolucionario, y de qué depende? En última instancia de un espacio libre, de un vacío que se ha creado y sentido en las relaciones de poder que habían tenido hasta ahora al proletariado encadenado. La apertura de este espacio no es el resultado de la teoría o de la conciencia de clase, puesto que ni la una ni la otra funcionan como un punto de Arquímedes. Es

evidente que los acontecimientos reales y las condiciones materiales juegan un papel importante. Pero cuando empezamos a analizar estos acontecimientos y estas condiciones materiales vemos que han podido jugar su papel solamente gracias a su *significado humano*, a lo que supone de humano, vivido. Precisamente a través de esta noción de *significado* la teoría halla su función como algo que se «eleva por encima», y ello es así en la medida en que es la integración del *sentido* y de la *posibilidad* del presente, del que es teoría. Y esto no simplemente como teoría, sino como experiencia vivida, insiste Rosa Luxemburg, observando que «en la tempestad del proceso revolucionario el proletario se transforma precisamente de padre de familia que exige previsiblemente un subsidio en «revolucionario romántico» para el que incluso el bien máspreciado, es decir, la vida y no hablemos ya del bienestar material, posee, en comparación con el ideal de lucha, un valor muy reducido» [247]. El sentido y la posibilidad, inherentes al movimiento y teorizados por la revolucionaria, son el *elemento diferenciador* que define la acción revolucionaria y la distingue de cualquier otra.

La noción de los «dos escollos» entre los que tiene que navegar continuamente la praxis revolucionaria, puede hacerse extensiva a las paradojas de la teoría revolucionaria. Como teoría de la praxis en el seno de la sociedad capitalista, debe seguir sólidamente vinculada a su base material; pero al mismo tiempo debe «elevarse por encima» y situarse en el reino del sentido, de la diferencia, de lo posible. Debe tener agarrados ambos polos: aislado, el primero convierte lo histórico en mitológico, y acaba por convertirse en un empirismo desvergonzado o en una técnica que trata a los seres humanos como objetos; en tanto que el segundo, solo, corre el peligro de caer en utopías morales, en vagas esperanzas o en reivindicaciones éticas vacías. La cita con la que hemos abierto esta última sección implica que el acento *no* debería ponerse en los adjetivos mistificadores tales como «proletario», o «revolucionario», sino más bien, en lo que concierne a la teoría, aplicarlos para especificar el tipo concreto de teoría que deseamos —uniendo rigor con carácter abierto, crítica con autocrítica, y necesidad que apunte a posibilidad. La dualidad que he señalado en la actividad teórica y práctica de Rosa Luxemburg no es algo que pueda explicarse de forma mágica por medio de la famosa *Aufhebung*. Es más bien parte constitutiva del proyecto mismo. Debe ser entendido; y no puede ser cambiado o deformado con meras simplificaciones.

(Traducción de María-José Aubet) |

**NOTAS SOBRE
LA TEORÍA
LUXEMBURGUIANA
DE LA
ACUMULACIÓN** [248]

Tadeusz Kowalik: Nacido en 1926 en Polonia. Estudió Derecho, Economía e Historia en Kraków, en Varsovia, en Wsen, en Ginebra y en Cambridge. Tesis doctoral sobre Historia del pensamiento económico (1958), alcanzó el grado de docente con su trabajo de investigación sobre el pensamiento económico de Rosa Luxemburg (1964), ambos trabajos presentados en la Universidad de Varsovia. Ha sido profesor en el Instituto de Ciencias Sociales y en la Escuela Superior de Ciencias Sociales (ambos en el Comité Central del Partido Obrero Unificado de Polonia), y en la Facultad de Económicas de la Universidad de Varsovia. Desde 1961 es profesor adjunto para la investigación en la Academia de Ciencias Polaca. Responsable de la publicación de las obras de Oskar Lange y Michael Kalecki. Especializado en el pensamiento socialista (marxista) y en Historia y Metodología en las Ciencias Económicas.

I

En la evolución del pensamiento económico de Rosa Luxemburg pueden distinguirse dos períodos claramente diferenciados. Hasta 1912 estuvo convencida de que con las obras de Marx —principalmente en *El Capital*— la economía política había alcanzado su «punto culminante» y que sus seguidores solo iban a poder desarrollarla en algunos meros detalles. Esta opinión se encuentra bien reflejada en su *Introducción a la Economía Política*. Sin embargo, al intentar acabar este popular esquema, Rosa Luxemburg se encontró con una inesperada dificultad. En el último capítulo, en el que está considerando las tendencias generales del desarrollo de una economía capitalista, llega a la conclusión de que, para poder solventar los nuevos problemas surgidos en el nuevo estadio del capitalismo, es necesaria una reelaboración del análisis de los problemas básicos de la teoría de la economía capitalista.

Los cambios aparecidos en el capitalismo hicieron modificar la actitud de Rosa Luxemburg respecto a la teoría marxiana y ello se manifestó en un cambio en su metodología. En la *Introducción a la Economía Política* utilizó el mismo método que Marx había aplicado en el primer tomo de *El Capital*; en él se partía de un análisis de las necesidades individuales y se consideraba al capitalista también de forma individual. A pesar de la similitud del tratamiento, este esquema difería notablemente del que le diera la escuela marginalista, puesto que tanto Marx como Rosa Luxemburg tuvieron siempre en cuenta que el capitalista individual es relativamente independiente del capitalismo globalmente considerado. Con todo, su análisis no podía considerarse macroeconómico, hasta que no se introdujo en él el estudio del capitalismo entendido de forma global con sus interdependencias internas.

La esencia del nuevo punto de vista de Rosa Luxemburg a partir de 1912 consiste en la comprensión de la importancia que tendrá, para el estudio del capitalismo, el desarrollo del análisis macroeconómico. Para ello se basará en los conceptos de reproducción y acumulación que Marx había elaborado en el segundo tomo de *El Capital* y que, por otra parte, consideraba como la más perfecta materialización del método marxiano y el instrumento analítico más importante de la economía política. A Rosa Luxemburg le aparecía ahora Francis Quesnay con el rango de fundador de la economía como ciencia exacta y este mismo criterio le permitía criticar a los economistas de la Escuela Inglesa Clásica quienes, en opinión de Rosa Luxemburg, habían mistificado y confundido la función universal y eterna de los medios de producción dentro del proceso de trabajo. En un sentido diverso a como lo hicieran Smith y Ricardo, Marx, en su esquema de reproducción, había comprimido las relaciones más importantes del proceso de producción y de acumulación del capital en dos series sorprendentemente simples de números.

Diversos autores de la generación de Rosa Luxemburg (M. Tugan-Baranovsky, V. Lenin, Otto Bauer, Rudolf Hilferding) trataron de utilizar estos mismos conceptos, pero, básicamente, solo tomaron en consideración esta construcción teórica para proporcionar una solución al problema de la reproducción y realización en una economía capitalista. Rosa Luxemburg fue la única economista conocida que comprendió, ya incluso antes de la Revolución de Octubre y de la creación de la economía planificada, la naturaleza universal y supracapitalista y el significado de la construcción marxiana como base teórica para la planificación. Además, podemos encontrar en *La acumulación del capital* una detallada descripción de la aplicación del esquema de reproducción (simple y ampliada) en las condiciones de una planificación socialista. Los comentarios que hace Rosa Luxemburg a este respecto pueden parecer hoy triviales, pero, en el momento en que fueron escritos, no cabe duda de que supusieron un acontecimiento importante. Es por lo demás lamentable que su obra haya permanecido prácticamente desconocida durante tanto tiempo y que el desarrollo de esta rama del conocimiento teórico en el campo del socialismo haya ignorado tan importante aportación.

II

La profunda admiración que siente Rosa Luxemburg por el esquema de reproducción marxiano no le impide subrayar el hecho de que la parte fundamental de *El Capital* (la última parte del segundo tomo) no estaba acabada y mucho menos elaborada. En la forma en que lo dejó Marx y publicada por Engels después de su muerte, el modelo de la acumulación se construye en base a unos supuestos drásticos que, de alguna forma, dificultan la comprensión de la naturaleza del desarrollo capitalista y de sus límites.

1. En el modelo se supone una correspondencia entre producción y realización, lo cual significa que la producción capitalista es capaz de generar por sí misma el mercado que precisa. Este supuesto no solamente contradice la esencia misma de la teoría marxiana, sino que además ignora la existencia de las continuas referencias de Marx en el primer y tercer volúmenes de *El Capital* a la existencia de posibles desfases entre la demanda total y una producción en continuo crecimiento.

2. El primer supuesto está estrechamente ligado a la siguiente gran laguna en el esquema de Marx, en el que no se considera en forma adecuada el proceso de circulación del dinero. Evidentemente, al rechazar la llamada Ley de Say, le fue difícil a Marx extraer conclusiones al respecto (en el primer volumen de *El Capital*). En términos actuales podríamos decir que al no conceder importancia al proceso de circulación monetaria Marx estaba identificando el ahorro con la acumulación real.

3. Marx analizó la acumulación del capital en el marco de una sociedad constituida por dos únicas clases sociales, a saber, los capitalistas y los obreros. En opinión de Rosa Luxemburg, este supuesto tan restringido y abstracto

hacía imposible dilucidar a quién beneficia y quién impulsa la expansión capitalista ya que, desde este punto de vista, el modelo marxiano de reproducción no puede ser entendido más que como una visión de la producción para la producción misma como fin.

4. Otra laguna en el concepto marxiano es el supuesto de una inmutable composición orgánica del capital y de una productividad constante del trabajo. Al igual que otros marxistas de su tiempo, Rosa Luxemburg solo conocía un tipo de progreso tecnológico, que en nuestros días recibe el nombre de consumo de capital. Estaba convencida de que el progreso tecnológico debía materializarse en un constante crecimiento de la composición orgánica del capital y, por lo tanto, en un incremento de la parte de capital constante incorporado al valor del producto, o, lo que ella expresaba en otros términos para reflejar el mismo fenómeno, en el aumento del Sector I (producción de los medios de producción) en relación con el total del producto social.

Sin embargo, en este capítulo de la obra de Rosa Luxemburg se promete mucho más de lo que finalmente fue capaz de producir. En algunas partes de su análisis, donde trató de rebatir los mencionados presupuestos marxianos, no consiguió transformar el esquema de reproducción como había sido su propósito. Por ejemplo, el criticado concepto de capitalismo puro (o restringido a obreros y poseedores de capital) pulula a lo largo de todo su libro. Cada vez que la autora menciona el esquema de reproducción, acude indefectiblemente al elaborado primitivamente por Marx.

La única corrección que introduce en la construcción marxiana es la de admitir un incremento en la productividad del trabajo: en su esquema de reproducción, la composición orgánica del capital (c/v) sufre un incremento periódico. Con el fin de fundamentar tal aserto, Rosa Luxemburg arguye que en la reproducción ampliada se produce un creciente déficit en el sector de producción de medios de producción y un creciente superávit en el sector de producción de los medios de consumo. Estas desproporciones, de acuerdo con su tesis, solo se amortiguan fuera del marco del capitalismo puro, en el comercio exterior a través del intercambio entre el sistema capitalista y el precapitalista.

Esta conclusión no solo se basa en la mencionada ley general de la tendencia creciente de la composición orgánica del capital, sino también en la errónea convicción de que el producto de la acumulación se invertirá en el mismo sector en el que ha sido obtenido. Así pues, no se puede decir que este único intento de introducir correcciones en el esquema marxiano de reproducción ampliada permita a Rosa Luxemburg arrogarse el mérito de haber realizado visibles logros teóricos en el análisis de la acumulación capitalista. No se deriva ninguna conclusión de esa parte central del debate: de la insuficiente demanda global como principal obstáculo del desarrollo capitalista. Es en este sentido que el libro de Rosa Luxemburg resulta decepcionante. A pesar de ello, incluso desde un punto de vista teórico, no puede despreciarse una obra como *La acumulación del capital*, cuyas partes más significativas, en mi opinión, residen en lo siguiente:

1. Un intento de hallar una solución teórica a la conocida afirmación marxiana de que las condiciones de la producción no se corresponden a las condiciones de la realización. En consecuencia, al rechazar la Ley de Say, Rosa Luxemburg intentaba demostrar que la acumulación depende, en gran medida, de la perspectiva de un mercado capaz de ir absorbiendo la producción. Este mercado, a su vez, viene determinado por la existencia previa de posibilidades de consumo. Así pues, el capitalismo puro (o restringido) proporciona una base demasiado débil para un rápido crecimiento económico, por lo que, siendo esto así, el ahorro no tiene por qué transformarse automáticamente en inversión real.

En esta dirección se desarrolló la teoría de la dinámica capitalista en las décadas posteriores a la obra de Rosa Luxemburg. De todos los teóricos que participaron en su elaboración quizá fue Michael Kalecki quien mejor comprendió las cuestiones planteadas por Rosa Luxemburg y quien las desentrañó de una forma más efectiva. Desgraciadamente, y debido a determinados condicionantes históricos, los teóricos marxistas se ocuparon, durante muchos años, de la obra de Kalecki con una notable indiferencia cuando no con un cierto recelo.

2. También merece atención el intento realizado por Rosa Luxemburg de incluir el sistema monetario en la teoría de la reproducción y acumulación capitalistas. Como puede verse a través de numerosos pasajes del segundo tomo de *El Capital*, Marx trató de resolver tan difícil cuestión sin demasiado éxito. También es verdad que Rosa Luxemburg no pudo llegar a mejores resultados. Sin embargo, a diferencia de otros discípulos de Marx, ella no obvió el problema e intentó formularlo de una forma mucho más lúcida y precisa que todos sus colegas y predecesores. Puso todo su empeño en destacar que se trataba de uno de los más importantes problemas de la teoría de la acumulación capitalista, y no cabe la menor duda de que esta intuición le es reconocida hoy por la mayoría de los economistas actuales.

III

¿Qué movió a Rosa Luxemburg a cuestionar problemas tales, como los incentivos de la acumulación, la inversión y el progreso técnico en el sistema capitalista? ¿Cómo llegó al convencimiento de que el análisis de Marx ya no era suficiente? Puede pensarse que no fueron únicamente razones de tipo teórico y que también influyeron en ella las de tipo histórico. Pienso que su polémica de finales de siglo con Eduard Bernstein podría ofrecer alguna posible explicación de sus razones. Su punto de vista por aquel entonces se expresaba de la forma siguiente: «En el curso general del desarrollo capitalista los pequeños capitales (...) juegan el papel de pioneros de la revolución técnica. (...) Si los pequeños capitales son los pioneros del progreso técnico, y el progreso técnico es el motor vital de la economía capitalista, entonces los pequeños capitales son un fenómeno inseparable que acompaña al desarrollo capitalista. (...) La

desaparición progresiva de las empresas medias significaría no una tendencia revolucionaria del desarrollo capitalista, como cree Bernstein, sino precisamente lo contrario, un parón, un adormecimiento de este último». [249]

Una docena de años más tarde estaba ya muy claro para Rosa Luxemburg que la economía capitalista estaba entrando en la era de los gigantes de la industria y del «empresario» del período de la libre competencia, y, con él, los mecanismos de la relativamente libre competencia empezaban a diluirse y a desaparecer. Probablemente Rosa Luxemburg se preguntaría más de una vez: «¿Cuál puede ser el motivo de que, a pesar de este evidente proceso de transformación estructural, el capitalismo no muestre indicios de estancamiento?». Con las nuevas condiciones que habían surgido a principios de siglo, ya no podía ser válida la explicación de Marx de la incesante pugna del capitalista en aras de una maximización de sus beneficios y de que, en condiciones de libre competencia, esta pugna se convierte, para cada capitalista individual, en la «ley externa de compulsión». Asimismo la conocida exclamación de Marx: «Acumulad, acumulad, esta es la ley de Moisés y de los Profetas» pertenecía, también, al pasado. A mí juicio fue esta la causa fundamental que impulsó a Rosa Luxemburg a emprender sus trabajos históricos y teóricos sobre el desarrollo del capitalismo.

Ya conocemos las líneas generales de su respuesta: el capitalismo puro no puede proporcionar incentivos suficientes para la acumulación porque existe una tendencia a limitar el consumo de la clase obrera y porque la parte de los gastos dedicados al consumo por parte de los capitalistas tiene límites naturales. Todo análisis basado en estos términos ha sido incapaz hasta el momento de explicar el rápido desarrollo de los recursos productivos y el crecimiento de la producción. Una parte importante de los incentivos de la acumulación capitalista está basada en un regular e ininterrumpido intercambio económico entre zonas capitalistas y no-capitalistas. Es muy posible que al principio de su investigación Rosa Luxemburg considerara necesario abandonar el supuesto de la absoluta hegemonía de la producción capitalista a nivel mundial, puesto que ello comportaba excluir *a priori* el proceso de colonialismo imperialista. Pero la misma lógica interna de la investigación la llevó a la conclusión de que tan importante fenómeno (la experiencia del imperialismo) obligaba a reformular, en su conjunto, la teoría marxiana del desarrollo capitalista, según ella obviamente basada en fundamentos históricos demasiado estrechos. Su estudio de la historia la convenció de que no existe ninguna «muralla china» entre el capitalismo clásico y la fase imperialista. Y ello era así porque para Rosa Luxemburg la violencia política no era más que «un vehículo del proceso económico» [250]. El otorgar una mayor importancia a los factores no económicos de la acumulación capitalista, tanto en el pasado como en el futuro, le permitió alcanzar una más amplia interpretación del proceso del desarrollo capitalista que la expuesta por Marx en *El Capital*. El capital no solo nace «embebido de suciedad y sangre» (Marx), sino que crece con y en base a esos elementos, hasta el momento de su colapso. Así pues, a Rosa Luxemburg no le parece muy afortunada la noción de la «acumulación primitiva» elaborada por Marx y entendida como un apéndice histórico que

representa la génesis del capital. Casi una tercera parte de su *opus magnum* está consagrada al análisis de las condiciones históricas de la acumulación; en ella sostiene acaloradas controversias no solo con los economistas burgueses, sino también con los economistas que preconizan las tendencias en boga de la teoría económica marxista.

Es importante recordar que Rosa Luxemburg no se limitó a combatir la teoría gradualista de Eduard Bernstein, sino que también hizo objeto de sus ataques a la «ortodoxa» visión del capitalismo presentada, por ejemplo, por Karl Kautsky, reflejada en el siguiente razonamiento: «En los antiguos sistemas económicos, tales como el esclavista o el feudalismo, al no practicarse más que un mínimo de racionalidad económica, las situaciones de dominio debían imponerse a la población por la vía de la violencia física. Por el contrario, el capitalismo industrial no precisa de tal compulsión para poder funcionar. Al racionalizar la producción e introducir la ley de los precios, desplaza a los anteriores modos de producción precapitalistas y con ellos a sus correspondientes estructuras sociales. Así, pues, la compulsión de tipo no-económico es un factor de segundo orden en el nacimiento del capitalismo. Por otra parte, la acumulación de capital precisa de un alto grado de paz y seguridad a fin de poder realizar sus fines con la máxima eficacia. Y eso es lo que, básicamente, cuenta para el liberalismo de la burguesía industrial». Kautsky interpretó al pie de la letra el dogma «libre comercio y paz» en boga en la Inglaterra de su tiempo; para él no solo reflejaba adecuadamente la genuina sustancia de las aspiraciones de la clase media inglesa, sino que lo extrapolaba a todas las clases medias en general.

Kautsky conocía las tendencias expansionistas y militaristas que en los países industriales de Occidente se estaban produciendo a finales del siglo pasado y principios del actual. Pero las atribuía a la presencia de grupos y estratos sociales procedentes de formaciones precapitalistas. Si bien era cierto que algunos sectores de la alta clase media también condescendían con tales dogmas, no es menos cierto que en tanto en cuanto estos fueran incompatibles con los intereses de clase de la mayoría de los capitalistas, esta mayoría podría siempre forzar a la minoría rebelde a abandonar su expansionismo. Una ulterior consecuencia de esta afirmación de los objetivos de la burguesía fue el concepto kautskiano del ultraimperialismo, es decir, una situación en la que los países capitalistas industrializados llevan a cabo acuerdos de forma estable y pacífica.

Por el contrario, Rosa Luxemburg desarrolló un punto de vista totalmente opuesto. La idea de un desarrollo pacífico de la acumulación capitalista a escala mundial era considerado por ella como la expresión de la ideología que preconizaba la armonía de intereses entre capital y trabajo. En consecuencia el libre comercio no podía, en su opinión, expresar las necesidades de la acumulación de capital, y no podía representar en la historia del capitalismo más que una anécdota ocurrida en Europa durante la década de 1860 a 1870. No fue otro el motivo que la impulsó a criticar a Engels, ya que este «atribuye la tendencia general al proteccionismo poco después de los años sesen-

ta, simplemente a una reacción defensiva frente al sistema inglés de libre comercio». [251]

Por otra parte, el tradicional análisis marxiano de la acumulación de capital, entendido como una relación entre burguesía y proletariado, era considerado por Rosa Luxemburg como ciertamente limitado y parcial. Para ella, la acumulación de capital, entendida como un proceso histórico real, tiene dos aspectos fundamentales:

«Uno se refiere al mercado de mercancías y al lugar concreto donde se produce la plusvalía —la fábrica, la mina, la finca agrícola—. Desde esta perspectiva la acumulación aparece como un simple proceso económico. (...) Aquí, aparecen siempre, de algún modo y bajo cualquier circunstancia, la paz, la propiedad y la igualdad. (...) El segundo aspecto de la acumulación del capital se refiere a la relación entre diferentes modos de producción, capitalistas y no-capitalistas, que empiezan a hacer su aparición en la escena internacional. Sus métodos predominantes son la política colonial, el sistema internacional de empréstitos —una política de zonas de interés y de guerra. Un enorme despliegue de violencia, fraude, pillaje y opresión se ejerce abiertamente sin el más mínimo disimulo, lo que hace realmente difícil descubrir, de entre esta maraña de violencia política, las austeras leyes del proceso económico. (...) Hasta tal punto están orgánicamente entrelazados ambos aspectos de la acumulación capitalista que el curso del capitalismo solo puede comprenderse considerándolos a ambos conjuntamente». [252]

IV

Rosa Luxemburg no quiso ocuparse, en su libro, de los cárteles y trusts como fenómenos específicos de la fase imperialista. A pesar de ello, su interpretación de la esencia y carácter del imperialismo es muy amplia. Ante todo se trata, para ella, de un período de guerras y revoluciones provocadas por el agotamiento del entorno no-capitalista, suministrador de mercados exteriores para la acumulación capitalista, o sea, de áreas de provechosa inversión de capitales y fuentes de materias primas básicas. La ausencia de este entorno, como base de «alimentación», hace la acumulación prácticamente imposible. El principal logro de Rosa Luxemburg en su *Acumulación del capital* reside, probablemente, en el planteamiento del problema de los países subdesarrollados como punto central de interés, enfocándolo desde el punto de vista de la perspectiva del futuro desarrollo o colapso del sistema capitalista. Esta pretendía ser la cuestión clave de la desintegración del sistema capitalista internacional anunciador del colapso o derrumbe del modo de producción capitalista.

Al analizar las mutuas relaciones entre el capital y su entorno histórico desarrollado en base al sistema de préstamos internacionales, Rosa Luxemburg constata el problema de la emancipación nacional en la época del im-

perialismo y destaca el hecho de que esta época comprende tanto el reparto de las colonias entre los diversos poderes coloniales como el proceso de emancipación de estas mismas colonias para liberarse del yugo imperialista. La emancipación de los «hinterlands» es llevada a cabo a través de un proceso revolucionario cuyo objetivo es la abolición de las obsoletas formas de gobierno y establecer un nuevo sistema de gobierno adecuado a las necesidades de una producción capitalista. No era otro el sentido que habían tenido aquellas revoluciones en Rusia (1905), en Turquía y en China. En la revolución rusa, y en la china, Rosa Luxemburg percibió nuevos elementos consistentes en la evidencia no solo de «residuos precapitalistas», sino también de nuevos antagonismos dirigidos contra el dominio del capitalismo. Generalmente la decisión de entrar en guerra para una joven nación capitalista obedece a la necesidad de rechazar el yugo del control imperialista; y estas guerras de liberación no son más que un bautismo de fuego y un intento de independencia del joven Estado.

Siendo su pronóstico político tan sólido, el análisis de Rosa Luxemburg desde un punto de vista económico, pecaba, por el contrario, de cierta fragilidad. Es decir, que al igual que otros economistas de su generación, sobrestimó la capacidad del capitalismo internacional de industrializar países atrasados. Hoy en día sabemos muy bien que el despertar de estos países de su letargo y su esfuerzo por conseguir la independencia política y económica apareció en ellos en un momento de nivel de desarrollo relativamente bajo, y ello está relacionado con una cada vez mayor convicción de que el capitalismo monopolista no puede industrializar estos «hinterlands». Pero no hace más de dos o tres décadas que esto es así.

Al intentar explicar el imperialismo como un fenómeno vinculado, ante todo, al problema del desfase entre la demanda global y la producción potencial y real, Rosa Luxemburg brindó un interesante análisis de la industria de armamento como un nuevo campo para la acumulación. El militarismo, como esfera para la acumulación del capital —así reza el título del último capítulo de *La acumulación del capital*. En él Rosa Luxemburg trata de abordar, desde un punto de vista teórico, la importancia de la industria de armamento — como producción y no como instrumento para la expansión exterior— para el estímulo del crecimiento económico en el capitalismo. El análisis pionero de este gran problema contemporáneo, emprendido por Rosa Luxemburg en los comienzos del fenómeno, contenía, como es natural, algunos vacíos y ciertas inconsistencias. Sin embargo, es de destacar el hecho de que las líneas fundamentales que propone se pueden considerar como un antecedente de las actitudes contemporáneas, tanto marxistas como keynesianas, frente al problema.

Rosa Luxemburg atacó la por entonces extendida opinión de que el estado burgués solo puede redistribuir beneficios y rentas sin cambiar ninguna de las condiciones de reproducción del capital social total. Esta convicción se hacía extensiva también al gasto público en la producción de armamentos y a la creencia de que el Estado, actuando de esta forma, creaba, como por arte de magia, una nueva demanda, un nuevo poder adquisitivo y, por lo tanto, estaba

incidiendo en la magnitud de la acumulación total de capital. La demanda así creada por el Estado tiene los mismos efectos de un mercado recién abierto, puesto que en la era imperialista la producción de armamentos se convierte en una de las formas más importantes de resolver las dificultades para llevar a cabo el aumento de la producción. Además, lo más atrayente de la ampliación de esta esfera específica de acumulación consiste en el hecho de que esta forma de capacidad adquisitiva del Estado para equipamiento militar está «libre de las caprichosas fluctuaciones subjetivas que afectan al consumo privado, lo que le permite alcanzar una regularidad casi automática y unos crecimientos rítmicos» [253]. Otro rasgo importante de este sector de la producción es el hecho de que su control está enteramente en manos del Estado capitalista, lo que, al parecer, le confiere una capacidad de expansión ilimitada.

No es necesario recordar que, desde una perspectiva actual, el enfoque de Rosa Luxemburg es un tanto limitado. El papel asignado al Estado moderno no es más que el de protector de los intereses del capital privado (en los capítulos precedentes Rosa Luxemburg había hablado de temas tales como las subvenciones, las exenciones arancelarias, etc.) y por lo tanto el de procurarle a este las exenciones tributarias necesarias y la gestión de los pedidos. El Estado, así, no había asumido todavía, de forma directa, la función de «empresario». A pesar de percibir muy claramente el efecto multiplicador del sector de la producción armamentista, Rosa Luxemburg no vio las posibilidades que tiene el Estado para la creación de créditos por la vía del presupuesto deficitario. Tampoco incluyó en su análisis el problema de la capacidad productiva no utilizada y en cambio puso excesivo énfasis en los salarios y rentas de los pequeños productores como fuente principal de ingresos públicos.

En su intento por precisar y definir la función del sector de producción militar en la acumulación de capital, en base al esquema de reproducción ampliada, Rosa Luxemburg asignó a esta producción el papel de tercer sector de la producción social (lo que, en sí mismo, parecía una buena idea), Pero esta división no aportó los resultados apetecidos, sobre todo porque nuestra autora no consiguió dilucidar el problema de la relación entre las condiciones de producción y las de venta.

A pesar de ello es imposible negar que Rosa Luxemburg fue una de las precursoras de la ciencia económica contemporánea, aunque solo sea por el mero hecho de haber enunciado y planteado tan importante problema y de haber mostrado la dirección correcta para la consecución de su solución.

Rosa Luxemburg destacó el hecho de que en la era del imperialismo, la existencia de un sector dedicado a la producción de armamentos deviene una de las más importantes vías de amortiguamiento de las dificultades en la realización del aumento de la producción. Al Estado capitalista se le asigna el papel de creador de un mercado adicional y artificial. Al analizar Rosa Luxemburg la producción de armamentos como mercado artificial creado por el Estado, veía claramente no solo la posibilidad del intervencionismo de Estado, sino también sus límites fundamentales.

V

El problema del derrumbe del sistema capitalista juega un importante papel en el discurso de Rosa Luxemburg. Uno de los móviles centrales de su insistencia en el tema de la acumulación de capital era su deseo de lograr una completa comprensión teórica de los límites objetivos históricos del modo de producción capitalista. Tanto en *La acumulación del capital* como en la *Anti-crítica* vuelve una y otra vez sobre este problema central; incluso sus formulaciones teóricamente más abstractas pueden reducirse, en el fondo, a una y la misma idea: proporcionar una solución al problema de la acumulación. De acuerdo con sus propias palabras y entendiendo la acumulación como un proceso histórico, esta depende «en su conjunto de los estratos sociales y de las formas de organización social no-capitalistas» [254]. En este sentido, la solución luxemburguiana del problema, un problema que había sido motivo de polémica desde los tiempos de Sismondi —según el cual la acumulación de capital es del todo imposible; junto al ingenuo optimismo de Ricardo, Say y Tugan-Baranowsky, para quienes el capitalismo es capaz de autoproducirse *ad infinitum*—, está, con respecto a estas últimas, en contradicción dialéctica, contradicción que se expresa en la afirmación de que la existencia de un entorno de formaciones sociales no capitalistas es esencial para la acumulación del capital, y que solo gracias al intercambio comercial con ellas puede la acumulación progresar y perdurar en tanto siga existiendo ese entorno.

Este último pensamiento, subrayado por mí, y su implicación de que la acumulación internacionaliza el modo de producción capitalista al eliminar los modos de producción tradicionales, y de que, al mismo tiempo, no puede sobrevivir en forma de capitalismo puro, se repite una y otra vez a lo largo de su obra. Sin embargo, este tema representa, en su análisis, tan solo un elemento abstracto para poder abordar la cuestión; no se trata de un concepto comprensivo del derrumbe del sistema capitalista, sino tan solo de una «formulación teórica» que señala unas tendencias generales en el desarrollo del capitalismo, y solo eso.

Rosa Luxemburg calificaba su trabajo de «ficción teórica» cada vez que sus críticos, al intentar simplificar su tarea, interpretaban su esquema como una descripción del derrumbe automático o mecánico, que explicaba el colapso del capitalismo exclusivamente por la imposibilidad de realizar la plusvalía si desaparecía aquel entorno no-capitalista. Lo que no ha impedido, sin embargo, que su *Acumulación* haya sido considerada, durante medio siglo, como una obra dedicada al derrumbe automático del capitalismo.

Parece, sin embargo, que Rosa Luxemburg perfiló un análisis mucho más interesante e históricamente correcto de las contradicciones que habrían de conducir al colapso del capitalismo y a la revolución socialista. Su abstracta tesis sobre la imposibilidad de existencia del capitalismo sin su entorno pre-capitalista ganó en precisión al introducir en ella su análisis del papel jugado por el sector de producción armamentista y por el Estado capitalista en

el proceso de acumulación. Desde este punto de vista puede afirmarse que lo más importante de su trabajo es el análisis que lleva a cabo de los conflictos de intereses económicos y socio-políticos entre los países imperialistas y los países dependientes, así como de los surgidos entre las diferentes fuerzas imperialistas entre sí, cuya manifestación se traduce en guerras imperialistas, revoluciones de liberación nacional, catástrofes que habrían de facilitar la lucha revolucionaria del proletariado internacional y su victoria definitiva. Es en este sentido que para Rosa Luxemburg el imperialismo no era más que un estadio precursor del socialismo.

Diciembre de 1977. |
(Traducción de María Rodríguez)

**ROSA LUXEMBURG,
MARX**

**Y EL PROBLEMA DE
LAS ALIANZAS**

**(En torno al problema de la
estrategia revolucionaria)**

Gilbert Babia: Nacido en septiembre de 1916 en Causses-et-Veyran (Francia). Licenciado en Filología Germánica en Montpellier (1935-37) y doctorado en Letras en 1972. Participó en la resistencia (1940-1947), arrestado dos veces (en 1941 y en 1943) y enviado a un campo de concentración en Rouillé, del que se evade. Miembro de la dirección del Frente Nacional de aquel campo, y miembro de la dirección del Frente Nacional (febrero-agosto 1944). De 1944 a 1959 secretario general, y más tarde redactor-jefe, de *Ce soir*. Actualmente profesor de la Universidad de Paris-Vincennes. Ha publicado, entre otros: *Rosa Luxemburg journaliste, polémiste, révolutionnaire* (su tesis doctoral) (París, 1975); *Histoire de l'Allemagne contemporaine* (París, 1962); *Les Spartakistes: 1918 - L'Allemagne en révolution* (París; 1966); *Le Spartakisme* (París, 1967; hay traducción castellana en Barcelona; Editorial Mateu, 1971); *Rosa Luxemburg: Textes* (París, 1966); *Le III Reich* (Encyclopaedia Universalis, 1973); *Remarques sur les objectifs et les méthodes du national-socialisme* (París, 1963). Traductor, asimismo, de varias obras de Marx y Engels, y responsable de la traducción y edición de la Correspondencia Marx-Engels y de las *Teorías de la Plusvalía*, de Marx.

Franz Mehring definió a Rosa Luxemburg como «la más brillante continuadora de Marx» y desde entonces no se ha dejado de repetir este juicio, pero variándolo. Lo que sí es bien cierto es que durante toda su vida, Rosa Luxemburg se dedicó a divulgar entre el público alemán y polaco el pensamiento de Marx, de quien era ferviente admiradora. Ya desde los comienzos de su actividad política en Alemania escribe que «no puede existir socialismo a excepción del socialismo marxista» [255]. Ella es, junto con Bebel, Kautsky y Mehring, uno de los autores socialdemócratas que más han contribuido a difundir las concepciones de Marx y Engels en Alemania. Su competencia en esta materia era ampliamente aceptada. En ocasión del aniversario de la muerte de Marx o bien de la aparición de una nueva obra de los fundadores del marxismo, se le pide un artículo para *Vorwärts*, y esto sucede incluso con posterioridad a 1908, cuando la dirección del partido manifiesta abiertamente su oposición a la línea política por ella (Rosa Luxemburg) defendida.

En el discurso que pronuncia para presentar el programa espartaquista, dedica sus primeras palabras a afirmar que el nuevo partido se coloca en el campo del marxismo, que retoma las ideas de Marx abandonadas por la socialdemocracia; tras haber explicado que el programa espartaquista enlaza «con la trama tejida justo hace ahora setenta años por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*» [256], exclama: «Bien, camaradas, hoy estamos viviendo el momento en el que podemos decir: hemos vuelto a Marx, hemos vuelto bajo su bandera» [257].

Ferviente admiradora de Marx, ella no siempre acepta incondicionalmente sus análisis, que a veces cuestiona y no solo en su *Acumulación del Capital*.

Creemos que, en un importante punto de la estrategia política —el problema de las alianzas de la clase obrera con otras capas sociales—, Rosa Luxemburg se distanció del pensamiento de Marx y Engels, y que también Lenin, por ejemplo, partiendo de análisis concretos de la sociedad rusa de su época, ha propuesto una estrategia totalmente diferente.

Los problemas planteados en esta ocasión por Rosa Luxemburg no han perdido nada de su actualidad.

RECHAZO DE CUALQUIER ALIANZA Y DE CUALQUIER COMPROMISO

Pese a las dudas en el uso de ciertos términos que se encuentran en la obra de Rosa Luxemburg, sus ideas políticas pueden esquematizarse así; el desarrollo del capitalismo trae aparejado la aparición en su seno de contradicciones insolubles, pero el cambio de sistema económico y social, la revolución, solo es posible a partir de la intervención consciente del proletariado. El socialismo será obra suya o no será.

En su lucha contra la dominación de la clase burguesa, el proletariado no sabría tener aliados. Desde 1899, Rosa Luxemburg preconiza «luchar implacablemente contra *todos* los partidos burgueses» [258] (el subrayado es de G. B.) y naturalmente ella no hace distinción alguna entre estos partidos. Se comprende por tanto que hubiera criticado vivamente el acuerdo establecido por la socialdemocracia, para la segunda vuelta de las elecciones generales de 1912, con los progresistas (*Fortschrittspartei*) [259]. Rosa Luxemburg declaró a este propósito: «lo más peligroso que hay en este acuerdo son las excesivas esperanzas que pone en el parlamentarismo y en las combinaciones parlamentarias...» [260].

Esta formulación es un buen testimonio, dicho sea de paso, de la dificultad de la posición de Rosa Luxemburg: dado que el grupo parlamentario socialdemócrata está dominado por la derecha del partido, dado que ella misma combate justamente la tendencia que querría atribuir una prioridad absoluta a la acción parlamentaria, a la que opone la acción de masas, ella acaba desestimando la democracia parlamentaria en sí misma.

La posición de Marx y Engels durante la revolución de 1848 es totalmente diferente. Es significativo que a su vuelta a Alemania, en abril de 1848, Marx y Engels se afilien a la Sociedad democrática de Colonia, y recomienden a sus partidarios incorporarse a las filas de las organizaciones democráticas [261]. En el Manifiesto del Partido Comunista se leía ya: «los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países» [262]. El periódico que fundan en Colonia, *La Nueva Gaceta renana*, tiene como subtítulo *Órgano de la democracia* y Marx escribe en el diario *l'Alba* de Florencia, en mayo de 1848, que *La Nueva Gaceta renana* «se inspirará en los mismos principios democráticos que *l'Alba*» [263]. En noviembre de 1848, escribe a Lassalle «en nombre del Comité democrático de Renania» a fin de que ayude financieramente al «Comité central democrático de Berlín» [264]. En suma, sean cuales sean las críticas que Marx y Engels formularan a la dirección de los demócratas alemanes, y estas son a veces acerbadas, intentan impulsarlos colaborando con ellos, afiliándose a sus asociaciones, etc.

Se objetará que esta estrategia política se explica por las circunstancias y por la debilidad del movimiento obrero. Por supuesto. En 1875, el movimiento obrero alemán que se fusionará en Gotha se ha reforzado considerablemente. Y sin embargo, Marx, en esa fecha, rehúsa dividir toda la sociedad alemana en dos clases: burguesía y proletariado. Toma en consideración en el plano político la existencia de capas medias que dudan entre una y otra.

En sus *Glosas marginales al programa del partido obrero alemán*, Marx empieza por recordar que en el Manifiesto «la burguesía está concebida como clase revolucionaria —en tanto que portadora de la gran industria— frente a los feudales y los estratos intermedios, todos los cuales quieren afirmar posiciones sociales producto de modos de producción caducos» [265]. Ahora bien, esto sigue siendo válido para Alemania tanto en 1875 como en 1900. La burguesía alemana acelera durante todo este período el desarrollo de la gran industria. Intenta imponer (o favorecer) medidas (particularmente en materia de política aduanera) que hacen realmente del segundo Reich la primera

potencia industrial europea, *contra* la voluntad o las resistencias de otras capas, primordialmente de los Junkers, partidarios de una política ferozmente proteccionista que proteja los intereses de los grandes terratenientes.

Si bien Marx aquí opone *económicamente* a los feudales y las clases medias frente a la burguesía, *políticamente* distingue entre la burguesía y los feudales, por un lado, y las capas medias por otro. En efecto, él escribe en el mismo texto: «¿Acaso se les ha dicho en las últimas elecciones a los artesanos, los pequeños industriales, etc. y los campesinos: vosotros, frente a nosotros, no sois junto con los burgueses y los feudales sino una masa reaccionaria?» [266].

Marx no continuó desarrollando su pensamiento. Pero está claro: 1.º que aprueba la táctica de la socialdemocracia que en ocasión de las últimas elecciones no ha utilizado el mismo lenguaje frente a las capas medias que frente a los feudales y burgueses; 2.º que propone, por tanto, establecer una importante diferenciación entre estas dos categorías.

En efecto, si bien burgueses y feudales son, políticamente, los adversarios irreductibles del proletariado, las capas medias *pueden* por el contrario, *convertirse* en revolucionarias. Marx recuerda, en 1875, lo que está escrito en el Manifiesto de 1848, a saber: que las capas medias «(...) (se convierten) en revolucionarias (...) a la vista de su inminente tránsito al proletariado» [267].

Pese a que Marx no haya desarrollado su pensamiento, es evidente que condena la frase de Lassalle (deformación de una fórmula del Manifiesto) según la cual, frente al proletariado, todas las clases restantes no forman más que una masa reaccionaria. Engels, por otro lado, lo dice expresamente en una carta a Bebel: «Esta proposición solo es cierta en casos excepcionales muy particulares» (Engels cita la comuna parisina) «o en un país (como Suiza) donde la pequeña burguesía democrática haya impulsado hasta sus últimas consecuencias la transformación del Estado» [268].

El Programa de Erfurt, cuyas líneas maestras han sido aprobadas por Engels, contiene, por otro lado, sobre estas cuestiones, formulaciones más matizadas. Frente a los capitalistas y los grandes terratenientes, menciona el «proletariado y las capas intermedias empobrecidas —pequeñoburguesas y campesinos—» [269] igualmente víctimas de la explotación capitalista. En la página siguiente se trata de las «clases explotadas» (en plural) [270]. El texto muestra cómo la propiedad privada de los medios de producción lleva a «expropiar a los campesinos, los artesanos y a los pequeños comerciantes» [271]. La afirmación de que «la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado (...) separa la sociedad moderna en dos campos hostiles» [272] implica que el «campo» del proletariado se compone de otras fuerzas además de los propios proletarios.

En su carta a Bebel de marzo de 1875, Engels mostraba ya los numerosos puntos comunes existentes entre el programa socialdemócrata y el del *Volks-partei*, y concluía afirmando que la pequeña burguesía democrática no pertenecía a «la masa reaccionaria única» cara a Lassalle [273].

El 28 de octubre de 1882, Engels retoma nuevamente el problema de la crítica de la fórmula lassalleana. «En realidad —escribe—, justamente al contrario, la revolución comienza porque la mayoría de la nación, y también de los

partidos oficiales, se unen contra el gobierno, con lo que aislado, lo derrocan y únicamente entonces es posible consolidar nuestro poder» [274].

Este punto, que se nos muestra como una importante diferencia de estrategia política entre Marx y Rosa Luxemburg, nos remite a la cuestión del compromiso.

En 1852, Marx establecía «que en política, para conseguir un objetivo determinado, es lícito aliarse con el diablo en persona — simplemente es preciso estar seguro de que el engañado será el diablo— y de que la situación inversa no se producirá» [275]. En el mismo sentido, Lenin explica que en la lucha para el derrocamiento de la burguesía no se puede renunciar «a explotar las contradicciones de intereses que dividen a nuestros enemigos, a establecer acuerdos y compromisos con aliados eventuales». E insiste subrayando «la necesidad absoluta para la vanguardia del proletariado (...) de establecer compromisos (...) con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos. Toda la cuestión estriba en saber aplicar esta táctica para elevar, y no para rebajar, el nivel general de conciencia del proletariado, su espíritu revolucionario» [276]. Los bolcheviques, dice Lenin, han aplicado esta táctica de compromiso antes y después de la Revolución de Octubre.

En la obra de Rosa Luxemburg, por el contrario, el vocablo «compromiso» se ha empleado siempre con sentido peyorativo. Siempre que la palabra surge bajo su pluma es un sinónimo de «contrato», de «chalanceo», y todos los ejemplos escogidos por Rosa Luxemburg demuestran que esos acuerdos (con los liberales, con el *Zentrum*, etc.) no han producido más que fracasos para la socialdemocracia [277].

Esta divergencia profunda entre Marx y Rosa Luxemburg se explica por un análisis diferente de la sociedad.

Uno de los méritos de Marx — como él mismo afirma en la célebre carta a Weydemeyer de marzo de 1899— es no el haber descubierto la existencia de la lucha de clases, sino el haber analizado las consecuencias de este antagonismo [278]; él ha extraído de la oposición de las diferentes clases y estratos sociales la importancia primordial del antagonismo proletariado-burguesía. Pero esto no significa en absoluto que ignore la existencia de otros estratos. En el *Manifiesto Comunista*, cuyo eje es precisamente la pareja antagónica burguesía-proletariado, se trata de otras fuerzas políticas; la pequeña burguesía, la aristocracia feudal, los campesinos, a propósito de los cuales, por otro lado, Marx y Engels utilizan si se tercia el término de clase [279].

Al analizar las condiciones en que Napoleón III se apoderó del poder en Francia, Marx insiste en la necesaria alianza del proletariado industrial con el campesinado [280].

Rosa Luxemburg, que reanuda, prolonga y enriquece en algunos puntos el pensamiento de los fundadores del marxismo, tiene tendencia a simplificar exageradamente cuando se trata de estudiar las fuerzas sociales presentes en la sociedad moderna. Reduce la compleja lucha de clases al antagonismo burguesía-proletariado. Los restantes estratos han desaparecido casi totalmente de su análisis: en realidad han sido integrados pura y simplemente en una u otra de las dos fuerzas. Políticamente, no tienen existencia autónoma y por

consiguiente no sabrían desempeñar un papel diferente; se leerá, por tanto, no sin sorpresa estas frases escritas en 1902; «Forman parte del proletariado primeramente los obreros asalariados (*die Lohnarbeiterschaft*) (...) también forman parte estratos de la población (...) tales como los pequeño burgueses y los pequeño campesinos» [281].

Es sorprendente no solamente que Rosa Luxemburg nunca haya abordado el estudio sociológico del electorado socialdemócrata, sino que haya rechazado, en este punto, toda discusión.

En 1898, un reformista, Gradnauer (como Eduard Bernstein, por otro lado), establece un vínculo entre el nivel de vida de las diversas categorías de obreros y su posición política en el seno de la socialdemocracia. Lanza la hipótesis de que el ala izquierda socialdemócrata representa las categorías más explotadas (por ejemplo, trabajadores a domicilio), mientras que el ala derecha expresaría la opinión de las categorías mejor pagadas. Se trata en el fondo del esbozo de la teoría de la aristocracia obrera que Lenin desarrollará un poco más tarde. Pues bien, Rosa Luxemburg rehúsa discutir esta opinión, limitándose a afirmar sin pruebas aparentes que el núcleo revolucionario de la socialdemocracia expresaba el punto de vista del conjunto del proletariado industrial, mientras que los oportunistas traducían la ideología de la pequeña burguesía [282].

Un poco más tarde, en *¿Reforma social o revolución?*, emplea, en el mismo párrafo y con el mismo sentido, indiferentemente, *Proletariat* y *Volksmassen* o *grosse Volksmasse* (gran masa popular) [283]; en otra parte caracteriza a la socialdemocracia como «partido del pueblo» [284] o bien la califica de «clase popular» (*Volksklasse*) [285] y no duda en afirmar que liberales y *Zentrum* forman una única masa reaccionaria frente al pueblo, término este último que aquí equivale a socialdemocracia [286].

Señalemos de pasada que, si bien el significado de la palabra *pueblo* varía en la obra de Rosa Luxemburg según las épocas, es a menudo sinónimo de proletariado, noción que engloba, pues, las capas opuestas a la burguesía [287]. Esta, por su parte, comprende todo lo que no es proletariado y constituye, según la expresión de Lassalle varias veces utilizada por Rosa Luxemburg, una masa reaccionaria única que va desde los Junkers a los pequeños burgueses, masa reaccionaria representada por varios partidos políticos (conservadores, liberales, *Zentrum*, progresistas) [288] de los que Rosa Luxemburg no analiza ni el electorado ni la táctica política.

Frente a esta masa reputada de uniformemente reaccionaria, Rosa Luxemburg erige una masa intrínsecamente revolucionaria, ignorando o fingiendo ignorar hasta qué punto la clase obrera, en un país capitalista, está compuesta por estratos que difieren entre sí sociológica, ideológica y políticamente, y hasta qué punto algunas de sus fracciones son permeables a la ideología dominante, la de las clases dominantes [289].

Ciertamente, en agosto de 1914, en el momento en que las masas berlinesas se entregan a una crisis de histerismo bélico, Rosa Luxemburg presenta en las primeras páginas de *La crisis de la socialdemocracia* un panorama de las masas populares exento de indulgencia [290]. Ciertamente apunta durante

la guerra —pero *una sola vez* que nosotros sepamos— la posibilidad de una recaída en la barbarie en el caso en que la clase obrera no cumpliera su tarea histórica, pero son mucho más numerosos los casos en que Rosa Luxemburg parece atribuir a las masas, porque se trata de las masas, una lucidez política casi infalible [291]. ¿Cómo explicar estas simplificaciones de Rosa Luxemburg? Anteriormente nosotros mismos hemos subrayado los cambios existentes entre 1848 o 1852 y 1902 o 1911 en el que Alemania ha mudado totalmente su aspecto. Si en 1848 el proletariado industrial era aún en el caso de Alemania un concepto poco constatable en la realidad, ya no sucede lo mismo al principio del siglo xx. La economía alemana ha sufrido un despegue prodigioso: su desarrollo económico es más impetuoso que el de todas las naciones europeas. En 25 años, de 1886 a 1912, la producción de acero se ha decuplicado, la producción de hierro fundido se ha quintuplicado, y la producción de carbón se ha triplicado.

Paralelamente, la población asalariada, y en especial los obreros industriales, han visto aumentar rápidamente su número. Al mismo tiempo, el crecimiento del número de electores y de afiliados socialdemócratas es tan rápido que, en 1890, Bebel y Engels creen que la conquista del poder es cuestión de pocos años —y así lo escriben—; Engels incluso llega a afirmar que el momento en que el ejército alemán será socialdemócrata «se acerca con el carácter ineluctable de un final de viaje» [292].

En realidad, la socialdemocracia, a causa de su prensa, sus diputados, sus concejales municipales y los sindicatos de tendencia socialdemócrata, ejerció entre 1895 y 1914 una influencia progresivamente mayor sobre el «pueblo alemán» [293]. Quizá esto explique, en la obra de Rosa Luxemburg, esas formulaciones que parecen asimilar la primera al segundo.

Al mismo tiempo, esta socialdemocracia numerosa y poderosa se vuelve cada vez más oportunista. Rosa Luxemburg sostiene contra ese «viraje a la derecha» una lucha sin cuartel y hace gala de una gran intransigencia, es decir, de una gran clarividencia.

Fue muy consciente de los peligros del militarismo, denunció incansablemente los riesgos de la guerra, intentó por todos los medios contrarrestar el oportunismo que iba a conducir al grupo socialdemócrata a votar el 4 de agosto de 1914 los créditos militares y a aprobar la guerra imperialista emprendida por el Reich. El rechazo de todo compromiso con cualquier fracción de la burguesía se explica en la obra de Rosa Luxemburg por la voluntad de conservar todo el potencial revolucionario de la socialdemocracia, desarrollando en sus afiliados una conciencia de clase lúcida y combativa.

Pero esta lucha, justa en su principio, se desarrolló a menudo sin matizaciones. Como la dirección de la socialdemocracia se inclinaba a establecer compromisos con los partidos burgueses, Rosa Luxemburg rechaza cualquier compromiso. Puesto que la socialdemocracia consagraba toda su atención a la organización del partido, Rosa Luxemburg niega la importancia de la organización y opone las masas a las «instancias», es decir, a la dirección, y finalmente al propio partido. Puesto que una parte de la socialdemocracia olvida el «objetivo final», es decir, niega la necesidad de una transformación revolu-

cionaria de la sociedad (y también puesto que la Alemania wilhelminiana es una monarquía autocrática), Rosa Luxemburg subestima la importancia de las conquistas políticas que la clase obrera puede arrancar al Estado burgués, escribiendo que «la legalidad burguesa e incluso el parlamentarismo (...) no es más que una forma social de (...) la violencia política de la burguesía [294]. Y esto contribuyó sin duda alguna a desarrollar en el joven Partido Comunista Alemán tendencias «izquierdistas» que impidieron (o en cualquier caso no facilitaron) la conjunción de todas las fuerzas revolucionarias. En efecto, al hacerse eco de las ideas defendidas por Rosa Luxemburg, el Congreso fundacional del Partido Comunista Alemán rehúsa, el 1 de enero de 1919, contra la propia opinión de Rosa Luxemburg, participar en la elección de la Asamblea constituyente. No se obtuvo el acuerdo con los delegados revolucionarios (*Revolutionäre Obleute*) y el ala izquierda de los socialistas independientes, que no estaban tan alejados de las posiciones espartaquistas, en nombre de la intransigencia revolucionaria. Así pues este aislamiento de los revolucionarios más consecuentes y más decididos facilitará su aplastamiento en enero de 1919 por los *Freikorps* de Noske.

En el Congreso fundacional del KPD, Rosa Luxemburg se opondrá al «simplismo» de sus jóvenes camaradas. Disponía de demasiada experiencia política como para no medir las dificultades de una transformación revolucionaria en profundidad de la sociedad alemana de su época. Sin embargo, no podemos dejar de pensar que algunas de sus formulaciones —que se explican por las circunstancias, la aspereza de la lucha contra Kautsky y los oportunistas primeramente y posteriormente contra los mayoritarios—, fueron tomadas al pie de la letra por muchos de sus jóvenes camaradas que rehusaron cualquier compromiso en nombre de la «pureza revolucionaria», construyendo un proletariado mítico (y que, por naturaleza, progresa siempre en el camino que lleva a la revolución), que no facilitará las alianzas indispensables con las capas y partidos de izquierda, alianzas que al menos habrían podido permitir que la revolución democrática y burguesa se realizara totalmente en Alemania.

Es preciso constatar, sin embargo, que el oportunismo de la socialdemocracia a partir de 1905, la lucha necesaria contra esa política de colaboración de clase que se persiguió bajo la República de Weimar, impidieron la unión de los partidos obreros y, más allá, el reagrupamiento de los demócratas (piénsese en el fracaso de las tentativas de Frente Popular en las filas de la emigración alemana en Francia), los únicos que hubieran podido hacer fracasar al fascismo. Incluso algunos aspectos de la actual situación en la República Federal Alemana nos parecen explicables por el hecho de que no ha podido ser expuesta, explicada y llevada a buen puerto en el movimiento obrero alemán esta política de alianzas.

Diciembre 1977.
(Traducción de Rafael Grasa)

**DE LA
ORGANIZACIÓN:
NOTAS SOBRE
ROSA LUXEMBURG**

José Luis de la Mata: Nacido en Madrid en 1938, participa muy joven en la lucha antifascista en los frentes popular y sindical. En los años 60 pasa a la universidad (Filosofía, Economía, Psicología), Ha sido profesor de Estética, de Introducción a los Métodos de las Ciencias Sociales, de Antropología, de Psicolingüística y de Teoría de la Comunicación, entre otras materias. Actualmente Profesor Numerario en Historia de los Sistemas, Historia de las Ciencias. Estética y de Historia de la Psicología. Autor de numerosos trabajos, políticos y profesionales. Desde hace varios años ha sido representante del Movimiento de PNNs de la Universidad. Es militante de la Organización de Izquierda Comunista (OIC).

I. ROSA LUXEMBURG Y LA CONTINUIDAD DEL MARXISMO

No pretende —ni lo podría ser— ser este un artículo «arqueológico» sobre la memoria de Rosa Luxemburg. Nos interesa su posible actualidad. Yo diría que nos interesa *la forma misma, crítica y revolucionaria, del marxismo que opera en Rosa*, militante y dirigente del movimiento revolucionario. Pero, además, nos interesa respecto a los problemas políticos del momento histórico que vivimos. O, mejor dicho, nos interesa ese marxismo en la medida en que se demuestra como un medio de análisis y crítica, de crisis y superación. Nos interesa en la medida en que Rosa Luxemburg puede estar presente (falseada o no, que ese es otro problema) en las mediaciones políticas de respuesta a las tareas que plantea hoy la lucha de clases. De esa manera, «actualidad» tendrá, al menos, tres acepciones. Una, referida al tiempo histórico mismo de existencia de Rosa. En segundo lugar, como «pensamiento» y como «acción» que conectan con unas determinadas problemáticas, con unas concretas alternativas de resolución a los objetivos impuestos por las exigencias revolucionarias de ese período. En tercer lugar, «actualidad» como expresada en función de las necesidades que el hoy y las realidades específicas del estado español nos plantean, en tanto que marxistas y revolucionarios. De ahí la intención no arqueológica de este artículo.

Antes, una muy simple constatación: pocos autores marxistas existen tan desconocidos, tan deformados, como la propia Rosa Luxemburg. Autor «maldito» de los años 30, heresiarca excomulgada por la III Internacional y, más tarde, convertida en fetiche, como «inspiración» de tendencias organizadas o no del Movimiento Comunista Internacional (MCI). En el «problema luxemburguista» hay, en unas y otras direcciones, unas ocultaciones conscientes y, por ello mismo, falseadas.

Rosa Luxemburg queda así como inspiradora, no reducida, del «izquierdismo». Pero esto significa la misma sucia utilización por parte de las dos contra tendencias. Antileninista, antiorganización, espontaneísta, autonomista de las tendencias que apenas se asumen izquierdistas. De «la otra parte» el mecanicismo obligado de una cadena que tiene que hacerse en los modos «civilizados» de un *estalinismo que se niega*. Entre ambos, sin embargo, la constancia de un pensamiento y de una acción revolucionarios que exige su comprensión marxista, *precisamente marxista*.

Rosa Luxemburg, pues, abanderada de la antiorganización, enemiga de la democracia representativa, campeona de la acción y de la democracia directas. Pero siempre (y esto es lo que reclama la necesidad de abordar el fenómeno desde el marxismo, como crítica consciente y revolucionaria del fenómeno

político que se oculta), Rosa Luxemburg como representante del marxismo más inquietante. Es decir, del marxismo que «se reconoce», creador, equivocado acaso, pero jamás fórmula ideologista que se repite a sí misma, en los dogmas inevitables del Talmud oficial. Marxismo que se enriquece en la dimensión de la crítica que ejerce y que provoca. Marxismo ni como ejercicio de una concepción científicista ni como simple desarrollo de un poder que usurpa. En todo caso, marxismo como quehacer político, en la doble dimensión *de análisis riguroso de la realidad y de guía consciente de la acción*.

Si lo queréis, *se trata de realizar un ejercicio de materialismo histórico*. Y, en ello, no valen ni las exégesis apasionadas ni el sectarismo de unas condenas de escuela o de oportunismo político. Es decir, se trata de adecuar el método al objeto (y al contrario) y ello desde la tradición a la que, por derecho propio, pertenece (y aquí sí que no valen medias tintas) Luxemburg. Si lo preferís, tradición que se sitúa fuera de ese «ismo» que ha esterilizado, con los mil fantasmas del fetichismo, al MCI.

Acusada de «espontaneísta», de «aventurera liquidacionista», de «izquierdista» o bien, intentada recuperar desde el infantil izquierdismo de los que han querido mostrar y demostrar su «fidelidad» al leninismo, *Rosa ha sido arrancada a su historia*. Lo que representaba arrebatárnosla a la historia propia de nuestra militancia. Quiero decir, a la historia de ese compromiso lúcido y crítico, en la lucha de clases. Porque la historia de Rosa no es solo la historia de la lucha del movimiento obrero que se desarrolla desde comienzos del siglo xx hasta la bancarrota de la revolución alemana. Es también, y acaso más fundamentalmente, *la historia que se desprende de esa bancarrota*. La historia que hará oscilar al movimiento entre el oportunismo y el reformismo, entre el burocratismo y el izquierdismo, entre *la rigidez de las organizaciones subordinadas al PCUS y los fetichismos de la acción directa*.

Así también, la historia de Luxemburg se inscribe no solo en el desarrollo de ciertas expresiones marginalistas y testimoniales del MCI, sino también en una cierta comprensión de la tarea de Marx y del «sentido» que había de darse a su continuidad. Luxemburg debatirá permanentemente sobre los problemas que plantea la organización revolucionaria, la acción de masas, la relación entre organización y conciencia de clase, el tema de las reformas y la revolución, el porvenir revolucionario de las sociedades desarrolladas, la dictadura del proletariado y el desarrollo de las libertades, la permanentización del proceso de revolución...

Luxemburg se plantea dramáticamente el tema del proletariado alemán, *heredero directo del proyecto revolucionario de la Comuna*. Y se lo plantea no en abstracto, como pretendería hoy esa comprensión fetichista de la revolucionaria alemana. Se lo plantea en función directa de las tareas que «ha» de acometer la socialdemocracia alemana, precisamente en la medida en que esta es *«la expresión históricamente decantada de la clase obrera y de la cultura socialista alemana»*. Nada, pues, de un espontaneísmo que se pueda desprender con toda pureza de la obra y de la acción de Rosa. Sus mismas dudas en separarse del partido, ese «centrismo» de que tanto se la acusa hoy en ciertas

publicaciones recientes, sería el testimonio más directo del drama político en que se debate durante más de 10 años.

Así, la presunta oposición radical Lenin-Luxemburg debe ser muy matizada. Y comprendida en función de las variables históricas concretas que confluyen en cada una de las «dos políticas». Imperialismo/internacionalismo, partido/masas, reforma/revolución, etc., deben, por tanto, matizarse en realización a los problemas concretos tal como se expresan.

Hay terribles equivocaciones en la obra y en la acción política de Rosa. Hay aciertos, sin embargo, que pertenecen *todavía* a la historia viva del marxismo. Su lucha contra el revisionismo (Bernstein testigo: «Rosa, en lo que concierne al método, se encuentra entre lo mejorcito de lo que se ha escrito contra mí»), su crítica marxista (y en absoluto antileninista, como a veces quiere presentársenos) de la revolución rusa, su análisis del militarismo y del reformismo, etc., cuentan entre aquello de lo que no podrá prescindir jamás una historia real del MCI.

Sin embargo, repito, ni esas equivocaciones ni esos importantes hallazgos pueden oponerse a cuenta (en una y otra dimensión) de la oposición Lenin-Luxemburg. Cuando, en la actualidad, hay autores que afirman que hay que buscar en esa oposición la clave total del pensamiento de Luxemburg (lucha contra el reformismo/revisionismo = lucha contra el leninismo), creo que se yerra en el método de análisis y, por supuesto, en la comprensión de un pensamiento tan rico, tan contradictorio como el que representa Rosa Luxemburg.

En todo caso, esa presunta lucha no puede esclarecerse si no es en la comprensión que demos al tema de *la organización*. Lo que equivale a definir tal elemento en función, precisamente, de la teoría revolucionaria. Pero no en abstracto, sino en los elementos concretos que plantea una concreta situación histórica. En ese sentido, se trata de situar correctamente el tema. Esto significa analizar la contradictoriedad de una situación material (= proceso concreto de la lucha de clases), con su traducción política correspondiente (= la crisis de unas instancias políticas, económicas, ideológicas de poder) y en relación al problema de la formación material de conciencia de clase (= el proletariado, como único sujeto revolucionario, pero, además, como el agente de constitución de un bloque social enfrentado al bloque en el poder).

Lo que plantea radicalmente la dialéctica (*material*, y no teorícista) entre *ser social y organización*, entre *acción de masas y proceso revolucionario*, entre *práctica política y conciencia de clase*, entre *partidos y los índices objetivos que marcan la construcción histórica de esa conciencia* (no solo lucha, sino formas, contenidos y objetivos de esa lucha; no solo oposición, sino crítica de esa misma crítica). Si la organización es la expresión histórica de la conciencia política, todavía habría que distinguir entre organización de vanguardia y organizaciones históricas de masas. Solo a partir de aquí podría tratar de encarar esa presunta oposición Lenin-Luxemburg.

Y no se trata, sencillamente, de huir de un fetichismo (= el espontaneísmo de una utópica acción directa) para caer en otro (= leninismo como fórmula definitiva de materialización del marxismo). Equivoca el problema tanto

quien relativiza la aportación de Lenin como quien dice oponerse a la definición de que «el leninismo sea el marxismo de nuestra época». En este último sentido no solo porque se expresa una posición estratégica política de alcance amparada en unos conceptos equívocos. También porque se expresa en términos de un vocabulario que el «marxismo revolucionario» ya ha rechazado. Quiero decir, la fórmula «el leninismo es el marxismo de nuestra época», encubre tanto *el alcance de un proyecto político de carácter reformista* como la justificación de un rechazo (en este caso del leninismo) que se ampara en *una asimilación «subterránea» del leninismo con el estalinismo*. Porque tal fórmula es estalinista, en la propia materialidad de su expresión.

Se quiera o no Rosa Luxemburg es patrimonio del marxismo y su historia. Como lo es el propio Lenin. Que no actúa porque determine una «realización única» del «marxismo revolucionario» (forma de organización, proceso de revolución, modelo de transición), sino que opera porque es actuación, profundización, enriquecimiento, efectuación del propio marxismo. Como lo es la misma Rosa. *Como no lo es ni el revisionismo ni el reformismo*.

La polémica se instala no solo en la relación ser social/ser político, sino en la misma caracterización de esos conceptos. En su determinación dialéctica que los expresa, radicalmente, en sistema de relaciones y no de entidad abstracto-idealista. Pero, además, en separar artificialmente *ser social material de la clase y su ser político*. Como si lo primero definiera simplemente *el «ser» de las masas* y lo segundo *el «ser» del partido*. Porque esto, inevitable, dogmáticamente, conduce al callejón sin salida de la «consciencia» separada. La dialéctica clase/partido *no se separa del «ser político» de la clase* (en su ser materia, social). Porque la clase no puede definirse exclusivamente en función de una materialidad exclusivamente sociologista. De ahí el gran equívoco. Y las confusiones que determinan una determinada (y equivocada, por tanto) «lectura» tanto de Lenin como de la propia Luxemburg.

Cuando Lenin en el *¿Qué hacer?* subraya que la espontaneidad primaria de la lucha no es capaz de superar las dimensiones de un economicismo primario, está diciendo no solo lo que afirma la socialdemocracia de Kautsky, sino *algo más*. *Ese algo más que, desde otra línea de análisis, pretende Luxemburg*. Por supuesto que también la socialdemocracia dice algo más, algo que se expresará ejemplarmente en *la institucionalización del sindicalismo y del parlamentarismo*. El problema en Lenin y en Luxemburg es el de «eso de más». La determinación vendrá no solo por cómo se lean las afirmaciones. Más fundamentalmente, por que es necesario comprender que el lenguaje de la política (y más aun del marxismo) pertenece al *plano de la acción*. Esto supone que es necesario buscar en esa acción, política la determinación política del problema que más hondamente parece separar a Lenin de Luxemburg.

II. MITOLOGÍA Y VOLUNTARISMO REVOLUCIONARIO

He afirmado que era necesario la aplicación del materialismo histórico a la obra de Luxemburg para comprender su alcance. Lo que representaba situar los problemas en su contexto material (= social, político, económico, ideológico), como *determinación de un sistema de acontecimientos sociales* y, por lo mismo, como determinados por otro sistema contradictorio social. En ese sentido, hay dos primeros elementos que es esencial destacar como premisas del debate. Uno, comprender que, como decía Korsch, el materialismo histórico es una teoría comprensiva de la historia, es decir, que *el marxismo es esencialmente una concepción unitaria, donde teoría y acción se determinan mutuamente*. Otra, no es posible asimilar dos fenómenos históricos coincidentes, *por más que se produzcan en planos semejantes de contextualización*.

En ese sentido, la polémica organizativa entre Luxemburg y Lenin hay que ubicarla convenientemente. La historiografía al uso (incluida, por supuesto, la marxista) coincide en señalar como acontecimientos determinantes de la situación política de las dos primeras décadas de este siglo 1905, 1914, 1917, 1918-19. Pero, incluso, cuando se quiere afinar más, el acontecimiento clave se sitúa en la revolución triunfante de Octubre y en la revolución fallida alemana. Y esto determina, a su vez, que los hechos políticos sean establecidos por el diafragma (para positivo o negativo) del fenómeno bolchevique. Lo que contribuye a la deformación del leninismo.

¿Es obligado «pensar» los acontecimientos políticos europeos de ese período en términos leninistas? En parte sí, pero siempre que se sea capaz de establecer con rigor qué se quiere decir con ello. Y lo primero que habría que establecer es la nula influencia del leninismo sobre el proletariado europeo de esa época. Desde 1905 a 1918 hay una influencia indudable de los acontecimientos rusos en el panorama europeo. Pero es una influencia fuertemente mediatizada por la influencia central del movimiento socialdemócrata alemán. Lo que equivale, igualmente, a establecer que si bien la Revolución de Octubre tendrá unas resonancias indudables en el interior del movimiento obrero europeo, esta revolución no es sino el acontecimiento *atípico* de una situación general, cuyo centro es Alemania.

Lo fundamental de esa situación general (y por respecto a la cual la Revolución de Octubre es *atípica*) se sitúa, precisamente, *en la incidencia de la Realpolitik de la socialdemocracia alemana*, incidencia no solo sobre el proletariado alemán, sino también sobre el resto de formaciones sociales, donde las condiciones objetivas revolucionarias parecían más maduras. Vista la situación en perspectiva, lo fundamental no es comprender por qué la revolución europea fracasó: *lo fundamental es comprender por qué la revolución tenía que fracasar*.

¿Este fracaso tenía como causa determinante la ausencia del partido bolchevique? Aquí nos encontramos con una paradoja divertida: los enemigos del «leninismo» no han sido capaces de justificar ese fracaso. Sobre todo, desde el hecho fundamental de esa ausencia (salvo los que no dudan en asimilar bolchevismo a kautskismo): *el espontaneísmo fue incapaz de determinar, en un sentido revolucionario, la crisis social alemana*. Los leninistas ingenuos, por el contrario, señalan, como única causa del drama, *precisamente* tal ausencia. En todo caso, nos encontramos frente a una representación mecanicista del período. Pero, fundamentalmente, frente a una concepción rígida del partido, concepción que establece el determinismo a-marxista que, con tanta frecuencia, se encuentra en quienes hacemos profesión de fe «marxista-leninista»... *Acaso, porque tal «profesión de fe» sea lo más antimarxista-leninista*.

Cuando se constata que tal fracaso era *del «orden político» de las cosas*, se suele recurrir al viejo mito del determinismo. Pero determinismo que interviene después de los acontecimientos y que interviene como factor causal de explicación. Lo que de muestra que el determinismo en materia de acontecimientos históricos no es sino del orden de la acción política. Y es desde aquí que debemos abordar el problema.

La conversión operada por la socialdemocracia alemana sobre el marxismo (al que convierte en «ciencia» que es necesario desentrañar y cuya clave interpretativa reside en el aparato del partido) no es ajena a la «determinación» del fracaso de la revolución alemana. *El marxismo convertido en «ciencia»* (sería mejor decir, al estilo escolástico, en «dogmática») *deja de ser revolucionario*. Pero esta conversión va a provocar esas reacciones en cadena que se llaman «izquierdismo» y/o «espontaneísmo», Estos últimos van a venir a parar, por distintos caminos, en lo mismo que critican: *el tacticismo*, ya adopte las formas *del estrategismo principista* (y la acción directa como máximo fetiche), *ya las reglas de un blanquismo que se desconoce*. Pero que no por ello deja de ser menos evidente.

Para unos, *acción y conciencia se contraponen*. Para otros, *acción y conciencia se siguen*, espontáneamente. En unos, la táctica no es sino el proceso de adaptación a los acontecimientos de desarrollo del capitalismo, su racionalización, la previsión de lo más incómodo de las crisis. En los otros, es la causa general y pura contra el sistema, el todo o el nada que, indefectiblemente, conduce a la masacre. Unos pretenden prever el curso de las leyes y amortiguar sus efectos más penosos. Otros tienen esa antorcha de la Comuna que es necesario, a toda costa, traspasar a las manos más maduras. Entre ambos, siempre la misma relación: el desastre.

Se ha dicho que el bolchevismo fue un producto necesario de la formación social rusa y de las características que adoptaba la naturaleza de las fuerzas revolucionarias rusas. En consecuencia, el bolchevismo estaría determinado por la aplicación de un principio organizativo que se concreta en las determinaciones que adopta la estrategia revolucionaria, *por relación a una formación histórica y a una coyuntura muy específicas*. Lo que se suele *sobreentender* en estas afirmaciones es la relación que guarda el movimiento de vanguardia con los movimientos sociales de base. Pero «sobreentendido», sin embargo,

que es necesario definir, si no queremos caer en el idealismo de una relación que se agota en sí misma.

Cuando se trata de establecer las diferencias Luxemburg-Lenin, se olvida frecuentemente esa necesaria historicidad de los problemas y, por relación a la cual, las diferencias se explican. En ese sentido, acaso el lugar común más repetido sea el que trate de establecer las diferencias entre *un comunismo de «partido»* (Lenin) y *un comunismo de «consejos»* (Luxemburg). En todo caso, se necesita precisar a qué responde la diferencia *entre partido y consejos*. Porque de no aclararse tal diferencia, si es que la hubiera, podríamos venir a dar en la deformación específica de esos elementos (*burocratismo y sustituisimo*, por una parte y, por otra, *la concepción obrerista de una autogestión ilusoria*).

La degeneración brutal del socialismo es la hipertrofia del partido, el estalinismo, los campos de concentración, la eliminación de la libertad y democracias proletarias. El ideologismo de los consejos se convierte en la instancia radical-espontaneísta que puede llegar hasta adoptar las formas más descamadas de la contrarrevolución. Hoy, si miramos la experiencia soviética, comprendemos que los soviets son incapaces de detener la dictadura del partido, más y más despegado de las bases sociales revolucionarias. Pero, a la vez, desde 1919 la izquierda comunista sabe muy bien cómo, en Alemania, *la forma «consejista» no basta para asegurar la determinación revolucionaria del movimiento*.

Las ilusiones de una «autogestión», de un «autogobierno revolucionario», de una oposición radical contra las instancias reformistas de partido/sindicatos no duran apenas nada, cuando los jóvenes revolucionarios alemanes se enfrentan ante la complejidad creciente del proceso revolucionario. De aquí que ciertas recuperaciones simples del pasado sean profundamente engañosas. De aquí también que ciertas interpretaciones ahistóricas puedan, inmediatamente, deslizarse hacia el *ideologismo*. Por ejemplo, las lineales oposiciones Lenin-Luxemburg.

En el trabajo de D. Bensaïd y A. Nair esas diferencias se establecen por respecto al problema de la organización y su propio sentido histórico, Lenin funda los principios de organización *por referencia a un análisis perfectamente determinado de la realidad*. Y cuando se encuentra ante formas organizativas espontáneas (caso de los soviets), capaces de impulsar la dinámica revolucionaria, lo que hace es reducirlas a esos principios. No hay en él ningún fetichismo organizativo: «los principios constituyen la estrategia de la organización, del que el sistema no es sino la aplicación táctica», nos dicen estos autores. Es esta comprensión de *la determinación histórica de la táctica* y, en consecuencia, *de las tareas políticas fundamentales para cada coyuntura concreta, lo que funda su sentido radical de la historia*. Desde esta perspectiva, lo que distingue a Rosa Luxemburg (con una constante que se repetirá en todos los comunistas que nos reconocemos consejistas) no es tanto la irracionalidad de su emotividad revolucionaria, *cuanto el ahistoricismo que se expresa en ese fetichismo de los principios organizativos*. Fetichismo que se desconoce.

En Rosa hay un *naturalismo organizativo* que se aúna con un *voluntarismo político, muy primario*. Enfrentada al reformismo de las instancias organizati-

vas tradicionales (y que se expresarán en el parlamentarismo/economicismo de los grandes bonzos), una teórica de la calidad de la polaco-alemana cede al impulso primario de favorecer la espontaneidad. Su mismo desprecio y despreocupación por los problemas cotidianos organizativos, le lleva a desconocer *la densidad política* (precisamente política) de tales acontecimientos. Su preocupación por controlar y corregir la tendencia burocratizante del partido no solo le induce a una polémica estéril y equívoca con Lenin, sino también a privilegiar elementos que son secundarios en la teoría y la filosofía de la organización.

Se advierte en su entusiasmo por las grandes acciones de masas en la Rusia de 1905, se advierte en la facilidad con que se desliza hacia *un catastrofismo*, que no es sino lo complementario de su optimismo desmesurado, en lo que se refiere a *la huelga general*. Y esta impresión general es lo que permite una mala lectura de Luxemburg. La mitología sobre el consejismo que hoy mismo se mantiene por muchas formaciones de la izquierda revolucionaria se explica a partir de *esa ahistoricidad de lo organizativo* que mueve la polémica de Luxemburg contra los bolcheviques.

Cuando hoy renace esta polémica, también lo hace con una desorientación absoluta acerca de la función histórica de esos principios de organización (de ahí, consecuentemente, *la mitología del consejismo*). Rosa no solo sería la campeona de la democracia y la libertad frente al ultracentralismo de un leninismo que, con toda necesidad, se dice, acaba en necesidad burocratizante. Sería, asimismo, la campeona que devuelve al marxismo su función original, si entendemos por esta la necesidad de «consagrar» al único sujeto revolucionario, *el proletariado en su acción directa*.

No comprende la dialéctica que se establece *entre el ser social y el ser político de la clase*. Pero, sobre todo, no comprende el *proceso* mismo en el que tal dialéctica se cumple. No es solo que equivoque y haga conflictiva la relación entre la organización de la vanguardia revolucionaria «de» la clase y su conexión orgánica (histórica y política) con la clase, en sus mismas organizaciones de masas. Es que llega, en determinados momentos, a antagonizar tal relación, de manera que se hace realmente complejo descubrir, en su teorización, cómo pueda llegar a ser *el ser mismo político de la propia clase*.

El sistema de Lenin, tanto en su alcance organizativo como en sus dimensiones políticas, no es que sea *lógico*, por relación a los principios que lo materializan. Es que, en lo fundamental, *respeto la dimensión de su estricta historicidad* y, en consecuencia, *de su necesidad*. El principio de organización solo es abstracto *si se le desprende de su relación a una correlación determinada de fuerzas, a unos objetivos políticos que pueden variar*, pero que están perfectamente delimitados. En Lenin, *la lógica del sistema es «externa» al sistema mismo*: porque son las tareas políticas necesarias y, por tanto, la dinámica concreta de la lucha de clases las que determinan la concreción del sistema.

Lenin no lucha solo contra el oportunismo: si hay un rasgo que en él «denuncie» su profunda, su creadora aportación al marxismo, ese rasgo consiste *en su lucha infatigable contra el determinismo*. Y adviértase que no pretendo refugiarme en categorías psicologistas. La comprensión de las leyes de la his-

toria es, para Lenin, la exclusiva garantía de su acción política revolucionaria. Rosa funda el partido a partir de una comprensión catastrofista de la historia, de una afirmación de la inevitabilidad de las crisis del capitalismo que se ahondan progresivamente hasta la definitiva. Es ahí donde cobra sentido la «naturalidad» de su confianza en la acción de un *espontaneísmo revolucionario irresistible de las masas*. En Lenin, la comprensión es distinta: la contradicción entonces del sistema no se encuentra en él, en su concepción, sino que se desprende del análisis y, por tanto, de la comprensión en profundo de la realidad.

Cuando Rosa combate contra Lenin y los bolcheviques, cuando critica su «fetichismo organizativo» lo está haciendo desde una comprensión muy determinada de las organizaciones obreras. Lo está haciendo desde su experiencia de la socialdemocracia alemana: desde esa posición, está claro que no puede llegar sino a afirmar el retraso político de las organizaciones respecto al movimiento de masas. Sin embargo, lo que jamás niega Rosa es el *carácter de clase de tales organizaciones*. Y esto es lo asombroso en ella. Partidos, sindicatos que se constituyen en períodos no revolucionarios y que, objetivamente, son *frenos del movimiento no dejan, por ello, de ser organizaciones de clase*. Organizaciones que habrán de ser revitalizadas por la clase, en el proceso revolucionario. De ahí su constante negativa a escindir-se del partido mayoritario. De ahí su constante afirmación de que las masas, en el ascenso irresistible del movimiento, *tendrán que «reconquistar» sus organizaciones*.

De tal manera, su concepción organizativa tiene esos puntos de referencia y explicación: 1.º) La afirmación de la inevitabilidad de las crisis. 2.º) La organicidad misma de la clase que se constituye en el movimiento. 3.º) La relativización de la autonomía de las organizaciones por relación al proceso revolucionario. 4.º) La afirmación del carácter necesariamente revolucionario de las masas. 5.º) La comprensión final de que el partido (en tanto que conciencia política de las masas) es el *efecto* y no la necesidad del proceso revolucionario.

III. EL MARXISMO, ARMA IDEOLÓGICA DEL REFORMISMO

Pero he dicho que era necesario «historizar», si queríamos llegar a comprender a Rosa Luxemburg. Si queríamos comprenderla desde el punto de vista del marxismo, del materialismo histórico. Esa comprensión es imposible si no se parte de la comprensión del SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands), el partido obrero más importante de todo ese período histórico. No solo por la cantidad de sus efectivos, sino también porque en el fondo, es el único partido *democrático* alemán. Una base social amplísima es representada por él. Y su práctica, desde el momento mismo de su nacimiento, se desarrolla en torno a los ejes de un reformismo sindicalista y parlamentario que no cuestiona la naturaleza social del sistema. Desde su nacimiento en 1875

(Congreso de Gotha) hasta 1914 (voto a los créditos de guerra), el SPD es todo menos una organización revolucionaria.

Además, el SPD reúne en su seno las distintas tendencias que se reclaman marxistas. Desde las tendencias radicales, representadas por Rosa Luxemburg hasta la dirección reformista, pasando por la «ortodoxia» (Kautsky) y el «revisiónismo» (Bernstein). Será, precisamente, esa ortodoxia la que marque el compás de comportamiento político del partido. Y para que se vea la línea por donde se desarrolla, no estará de más recordar que incluso Bernstein fue acusado como perteneciente a la oposición... de izquierda (!).

El SPD contradice la teoría de Luxemburg en los propios términos de la práctica política: su autonomía por relación al movimiento y su dependencia del capital, se manifiesta sangrientamente con el triunfo de la contrarrevolución. Pero, lo más trágico, el proletariado revolucionario es masacrado por la dirección contrarrevolucionaria, situada al frente de las masas. Cuando en 1915, Luxemburg es acusada de «centrista» en Zimmerwald (crisis de la II Internacional) lo es por la obstinación con que trata de defender el compromiso entre las dos tendencias, la reformista mayoritaria y la radical minoritaria.

No pretendo con esto sino contribuir a esclarecer la contradictoriedad política de una Luxemburg falseada. La teórica que ha esclarecido el necesario papel de las reformas, como una de las dimensiones ineliminables de la acción revolucionaria, no alcanza a formular el papel del partido y su relación, en la *constitución organizativa y política del sujeto revolucionario*. No obstante lo cual, es incapaz de romper (lo hará tardíamente) con la organización reformista. No, Rosa Luxemburg no se libra de la crítica que pretende *realizar contra el fetichismo organizativo*. A lo que, además, se une su fetichismo de masas.

No comprende ni la necesidad de un proceso de constitución que construya un bloque social contrapuesto al dominante. Su fetichismo de la acción le impide la comprensión de la *necesidad materialista de intervenir políticamente, globalmente, en la agudización de las contradicciones*. O, lo que es lo mismo, le impide la *comprensión marxista de la determinación política del movimiento revolucionario y su complejidad no lineal*.

El problema no es el de la contraposición pura y simple entre partido y clase: ese es otro problema (no por ello, claro está, menos esencial y cuyas dimensiones de alguna manera intuye Rosa en elementos muy válidos de la crítica de la revolución rusa). El problema es *el de la función del partido*, en la determinación política del *único* sujeto revolucionario.

Luxemburg es prisionera de una experiencia, a la que no consigue transformar de una manera revolucionaria. Su posición en Zimmerwald es heredera de una larga tradición, de la que la crisis de la II Internacional no es sino el estallido final. Desde la Comuna la escisión en el movimiento revolucionario internacional está ya consumada. Y no es que se trate de la división anarquismo/ marxismo, sino de la instrumentalización de este último en una práctica política organizada (la del SPD), que hace al proletariado alemán perder la dimensión, el sentido último de su práctica como clase. Es decir, que efectivamente tienen razón quienes afirman la cuestión organizativa del pro-

blema. A condición, claro está, de establecer la raíz política de esa cuestión de organización.

El reformismo alemán de las organizaciones sindicales se complementará con el brazo político del parlamentarismo, de igual manera que el apoliticismo radical francés e italiano de esa época se formulará en un «sindicalismo revolucionario» y antipartido. Lo que se instala en una determinada concepción política que pretende hacer de la clase un producto inacabable, *el efecto de una acción permanentemente «exterior»*. O bien, la concepción que se instala ya en una clase perfectamente constituida y armada.

Pero, ¿no es esa «acción exterior» lo esencial de la socialdemocracia clásica y, por tanto, del propio leninismo? ¿No es contra eso contra lo que combate Rosa Luxemburg? ¿No es el mismo Lenin el que, en su polémica contra los economicistas, destaca que el proletariado, por sí mismo, es incapaz de trascender el terreno de la lucha economicista? En primer lugar, habría que comprender los términos del problema, tal y como los presenta Lenin. Frente a los populistas, Lenin indicará que el proletariado es el único sujeto histórico revolucionario. Pero ante los oportunistas y reformistas, Lenin completará la formulación: el proletariado como único sujeto revolucionario... *a condición de que lo sea*. Y este condicionante se instala en *una comprensión no idealista de los procesos mediante los cuales el proletariado se convierte, consciente, organizadamente en clase*.

¿Se trata de la utópica afirmación de los famosos «factores subjetivos»? Se trata de la interrelación entre factores objetivos y subjetivos, se trata de las condiciones materiales, en función de las cuales se construyen los determinantes subjetivos. Lo consciente se complementa con lo organizado o, mejor dicho, es efecto y causa de lo organizado. Pero no es solo eso. La determinación última reside *en la intervención de lo político: objetivo del poder que se desvela en la conexión entre reformas y revolución*. Por tanto, lo que determina esa politización superior de las tareas reformistas es *la relación que se establece entre las acciones cotidianas de las masas y sus formas políticas independientes*.

Para que se comprenda mejor: el problema es el de la interrelación permanente entre lucha económica y lucha política. Interrelación en la que el partido constituye el momento esencial de la mediación. A menudo se afirma la estrecha conexión (cuando no, la simple identificación) entre Lenin y Kautsky en este tema de la organización. Sin embargo, si se quiere ser históricamente preciso hay que hacer matizaciones, y no solo por cuestión de matices. Desde su nacimiento, la socialdemocracia alemana y los sindicatos operan la ruptura organizativa entre acción económica espontánea y acción política. Y el reformismo de signo contrarrevolucionario cobra en esa ruptura su caracterización. Porque no se trata de un sujeto abstracto: *la lucha del proletariado alemán se desprende de su radicalidad revolucionaria, en la medida en que economía y política se organizan en esferas estancas*. Al separar esas dimensiones de la vida social, la organización se convierte simplemente en un mecanismo de equilibración, plenamente integrado por el sistema.

La socialdemocracia alemana deja de ser instrumento mediante el cual *el proletariado se convierte en sujeto político, en único sujeto del proceso revolu-*

cionario. Conservando su «ser social», se aleja, cada vez más, de su «ser político». Se conservan los principios, pero estos dejan de intervenir, en tanto que mediadores «prácticos» que transforman las condiciones (objetivo-subjetivas) de la constitución del proletariado en clase revolucionaria. El SPD nada tiene que ver con esas prácticas. Desde su constitución, *la organización se convierte en el mediador que mantiene la conservación del statu quo del sistema social*. La socialdemocracia se instala en la conservación de una estrategia de largo alcance: *la que sirve a los intereses permanentes del capital*.

En ese sentido, ni Lenin ni Luxemburg han ido, en un principio, más allá de lo que les exigía una consideración superficial del SPD. Lenin, en *La bancarrota de la II Internacional*, no consigue comprender que el SPD ha cumplido su papel: precisamente *como defensor de la democracia burguesa*.

La «ortodoxia» *cientificista-reformista* de Kautsky conduce su marxismo no solo a los límites del ideologismo, sino a las posiciones *ofensivas de la acción contrarrevolucionaria*. Con Kautsky se produce, efectivamente, la radical separación entre *el ser social material* de la clase y su *ser político*. La caracterización «democrática» del SPD elimina su determinación *revolucionaria*. Porque lo que jamás podrá negarse es el hecho de que, aislada la acción económica de su *orientación política*, la «conciencia» *no puede, en absoluto, construirse*. Sobre todo, si tal aislamiento se comprende con las bases del protagonismo histórico de la misma clase.

Es decir, lo que en un primer momento no ven ni Rosa, ni Lenin es el sentido de que la «construcción» de la clase obrera es la consecuencia de una profunda reestructuración social. La dialéctica entre ser y organización es *del orden de la dialéctica práctica/organización*. Pero esa organización es función no del simple ser social material, sino de la posición que ocupa la clase en un sistema dado de relaciones sociales y de su *determinación política*. La socialdemocracia alemana nace como expresión del *límite político que el espontaneísmo provoca*. Entonces, la teoría se convierte en *ideología* que frena el movimiento y no en teoría que funde *la continuidad independiente y política de la práctica económico-política del movimiento*.

Luxemburg explica la concepción del partido bolchevique como efecto del escaso desarrollo de las relaciones sociales en Rusia. El economicismo será entonces tanto más radical cuanto tiene por reivindicaciones las más elementales. Por ello los objetivos políticos «le tienen que venir dados *desde fuera*». Lo que ocurre es que es plenamente inconsecuente con la comprensión de la historia misma del SPD. Y es inconsecuente porque no comprende la teoría tanto como comprensiva de *una práctica dada como determinante política* de una práctica que *ha de darse*. No se trata, pues, de una «ciencia» que, desde fuera, le sea aportada al movimiento. Se trata, en todo caso, de la mediación que permite la organización de la vanguardia y que funda, por su propia práctica, *pero, fundamentalmente, de los determinantes que permiten convertirse a la acción colectiva en acción colectiva política y, por ello mismo, revolucionaria*.

El problema no es del orden de la sustitución de la clase por su partido: el problema, como dice la propia Luxemburg, *es de saber cómo el partido «teoriza» la experiencia producida por la lucha de clases y cómo esa experiencia es*

«devuelta», en objetivos, en formas de organización y de lucha al movimiento, para que este alcance, por su práctica, su propia identidad política. El problema reside en cómo superar la inmediatez de las reivindicaciones económicas, en la necesidad de superarlas, articulándolas a los objetivos revolucionarios. Cuando Rosa afirma que el papel del partido debe consistir en provocar las condiciones que conducen a la maduración de la conciencia de clase del proletariado o se está refiriendo a la necesidad de situar la lucha en superiores condiciones políticas o está cayendo en el idealismo.

Las barricadas de 1848 no han conseguido lo esencial de la propuesta de Marx: conseguir la unidad de la clase, en el seno del capitalismo. Pero no se trata de crear un sistema en el interior de otro (sueño imposible de los cooperativistas, de los lassalleanos y aún de los anarquistas). No se trata de permitir la supervivencia de un modo de producción (el artesanal) ya superado, en paralelo con el modo de producción dominante, el capitalista. Se trata de «organizar» esa unidad y de hacerla ofensiva. El SPD realizará esa unidad con los sindicatos. Pero desde una estrategia de reformismo equilibrador. Y es así que desde 1849 el SPD sobrevive en la medida en que cumple las previsiones del enemigo de clase. La burguesía aprende bien la lección de aquellas barricadas: la transformación económica tiene sentido de continuidad, si se la apoya en la hegemonía y en el control del poder político.

El «marxismo» del SPD es, al menos, discutible. La tendencia es el lassalleísmo reformista y esto incluso en vida del propio Marx. No solo el marxismo es negado en su propia consistencia teórica: es, sobre todo, eliminado en sus efectos políticos (recuérdese el programa de Gotha y el de Erfurt). Las continuas apelaciones a un «Estado democrático», a un programa de «libertades políticas» sitúan perfectamente el drama: la tensión al comunismo por una clase que habrá de consumir la revolución democrático-socialista, es desplazada por el equilibrio de un sistema político en el que Lassalle sigue siendo dominante.

No es que se niegue el elemento «utópico» del marxismo: se lo afirma en las palabras, siempre y cuando tal elemento utópico no se traduzca en acción. El reformismo consiste entonces en la negación misma de la clase. Es así (y esto es actual) cómo el reformismo se convierte en democrático y en estatista. La negación de Lassalle es solo formal. Del marxismo solo quedará la «idea» de un socialismo lejano, que se impondrá por la fatalidad de las cosas y la necesidad de una organización obrera independiente. Como se ha dicho, el pensamiento de Marx es filtrado por el SPD y el programa de Erfurt (redactado por Kautsky) concluye legítimamente en una democracia social. La socialdemocracia se convierte en un movimiento social que acepta una forma de Estado, que refuerza el marco de una dominación y las condiciones de una mejora paulatina de la venta de la fuerza de trabajo.

Del programa de Gotha al de Erfurt media una transición de continuidad político-social, lógica y coherente. La práctica no será la del orden de los principios, enunciados de manera general en la primera parte de tales programas. Cambia el agente transformador (el Estado y no la clase): la alianza entre reformismo y movimiento «comunista» se realiza sobre la base de la incapaci-

dad del capitalismo para hacerse «democrático». Por tanto, sobre la creencia de que el instrumento parlamentario será el verdadero agente revolucionario. *La integración del movimiento no será sino la consecuencia legítima de esta premisa contrarrevolucionaria.*

IV. EL PARTIDO Y LA FORMACIÓN POLÍTICA DE LA CONCIENCIA DE CLASE

Si se estudia con más detenimiento el proceso de consolidación de la política contrarrevolucionaria alemana hasta 1918 (cosa que no podemos hacer aquí), se advierte que tal política se apoya en una concepción bifrontal de la organización.

Desde 1869 a 1890 *el partido será función directa de la estrategia de los sindicatos*. En 1906 los sindicatos consiguen imponer su derecho de veto a las decisiones del partido, en materia de alternativas políticas superiores. Las alas radicales, tanto políticas como sindicales, se encuentran en las bases del movimiento (secciones y ramas locales). Pero el aparato, en su totalidad, es dominado por la burocracia. El proceso de centralización superior, pues, de las organizaciones se acelera, en la medida en que posibilita unas mayores capacidades de freno del movimiento. A la vez, mientras que los sindicatos tratan de excluir de su seno toda tendencia radical, el partido de alguna manera las alienta. Pero las tácticas se complementan: *mientras que los sindicatos necesitan siempre de aquella forma estatal que garantice su papel de mediador, el partido precisa alcanzar aquella forma estatal que le garantice su función. Entre unos y otro, el movimiento queda perfectamente encuadrado.*

No solo existen intereses de las dos capas burocráticas: ambas se complementan a la perfección. *El movimiento obrero queda enmascarado ante sí mismo*. El socialismo no es solo nacional o democrático. Es también (y lo es fundamentalmente) el cuadro donde toda radicalidad se invierte, hasta adecuarse al ritmo de equilibrio que el sistema impone.

Rosa Luxemburg parte de este cuadro, está aprisionada en este marco. Las más de las veces su acción revolucionaria está mediada por acontecimientos que le son externos. Teórica, pero, más que ello, periodista y polemista de incalculable valor, sufre de esa impotencia a que la condena la integración por el SPD de las juventudes y, con ellas, de sus alas izquierdas. *Su obra pretende ser, convertirse inmediatamente en acción directa*. Pero la «acción general» no es acción revolucionaria por esencia, casi fatalmente diríamos. La acción general puede convertirse en una acción integrada, precisamente por su mediación política reformista. Su error (el de Rosa) consiste en esa «*exterioridad*», contra la que se debate inútilmente. Partido, estado, sindicatos e ideología le parecen elementos de un determinismo contra el que el marxismo debe, con toda necesidad, alzarse. Comprende la necesidad de que el movimiento se escisione, en un momento dado de la «acción general», de las organiza-

ciones que lo traban. Pretende situarse en la onda de un proceso histórico, de un devenir revolucionario (como dirá Lukács). *Pero su contradicción reside, sin embargo, en la hondura de un marxismo que quiere permanentemente crítico y creador, y al que, no obstante, sucumbe en su dimensión oficial.*

La concepción materialista de la historia la lleva a combatir el reformismo de Bernstein, pero la lleva en unas condiciones de las que no será bastante consciente. Plantear que no es posible el movimiento sin la presencia-guía del objetivo final, no es otra cosa que comprender que la acción debe ser política. Que la acción solo puede ser revolucionaria en función de un análisis del pasado que, reconociéndose en el presente, se proyecte al futuro, en tanto que *proyecto racional, conscientemente fundado*. Pero no es solo reconocimiento del presente y adhesión al proyecto. Es otra cosa superior: *es hacer operante a ese proyecto, materializarlo en las guías-acción que parten del presente y lo superan*. Y aquí es esencial el partido.

No basta con enfrentarse a Bernstein para, negando la catástrofe, afirmar el movimiento. El proceso de acumulación, del que ella dice que históricamente *es limitado*, no puede ser roto simplemente por la acción. *Esa acción consciente de la que habla no puede ser un producto ideal, una importación externa ni una segregación interna*. La lucha negativa contra la explotación solo es (y ella lo sabe) no simplemente la lucha de las masas, más allá de las organizaciones reformistas, sino la lucha económicamente organizada (y desorganizada políticamente) de las masas. La creación de organizaciones nuevas, apropiadas a objetivos políticos superiores, es el efecto no de nada, *sino precisamente* de un proyecto político actuante. Y aquí aparece de nuevo la necesidad del partido.

Por supuesto que es en la lucha donde el proletariado adquiere el alcance definitivamente político de su identidad. Pero esa lucha, en la que la espontaneidad interviene y con toda necesidad, o está mediada por dicho proyecto político o no alcanza sus objetivos generales. Se ve en la polémica «huelga general»: donde el sindicalismo revolucionario ve un ataque «apolítico» (sin partido o contra los partidos) contra el sistema, es para la derecha socialista solo un instrumento de acción que busca las mediaciones institucionales del sistema (derecho al voto, creación del parlamento, etc.), mientras que, para el centro (Kautsky), solo es una autoadaptación del movimiento a nuevas condiciones de la lucha de clases.

Para Luxemburg tal «acción general» se hace no solo *a pesar* de las organizaciones tradicionales, sino también *obligándolas a intervenir*. ¿Para qué?, podríamos preguntarnos con toda ingenuidad. Una interpretación de izquierdas podría adelantar que la propia dinámica del movimiento le lleva a «superar» sus organizaciones tradicionales. En su lugar, aparecen las formas organizativas que se «adecúan» a una nueva praxis social, a un nuevo nivel de conciencia. Pero la dificultad en Rosa estriba en no esclarecer los distintos momentos que sancionan el proyecto revolucionario: relación dinámica masas/bloque social-partido (con recíproca influencia), relación clase obrera-estado, donde la clase no es «masas obreras más partido», *sino la resultante «masas/partido»*, no indiferenciada, *sino fundiendo los objetivos políticos en la acción general y cotidiana*.

Rosa entiende la revolución como un proceso de «totalidad», en el que la ciase forja los instrumentos positivos (consejos), a partir de los cuales y con los cuales se «reconoce». Pero, además, concibe tal totalidad desde sus manifestaciones más modestas, como «la exigencia revolucionaria» permanente de las masas. *El proletariado o es revolucionario o no es*. Este es su error. Como diría más tarde Korsch, Luxemburg no ha superado, en este punto de su crítica, la «ideología del marxismo»: no se supera, a ese nivel, *la crítica de la teoría de la socialdemocracia*. De lo que se trataba era de criticar la *práctica* socialdemócrata misma.

En Rosa (como en general en toda la izquierda alemana) hay una incompreensión de las tareas políticas esenciales del movimiento. *Una insuficiente comprensión de las tareas del partido revolucionario*. Una caracterización débil de la dinámica de la crisis (y de toda la coyuntura) y de la conexión materialista-histórica entre crisis y revolución. Durante la guerra, la tendencia encabezada por Rosa esperará la eclosión de la crisis política interna. Después de ella, confiarán en que la crisis económico-social prepare las condiciones políticas de la revolución. Es consecuente con su análisis del capitalismo, con su crítica del oportunismo. Piensa, sin más, que el oportunismo nace en las condiciones de una situación calma: basta con que aparezca la corriente social y obrera, para barrer dicho oportunismo.

Pero no comprende la complejidad de la crisis ni la capacidad de maniobra de la burguesía y de las fuerzas de la reacción, el SPD incluido. Al igual que desconoce la complejidad que el movimiento obrero organizado plantea, en una sociedad desarrollada. *Ni acierta a romper con la organización tradicional ni le salva el fetichismo de una forma organizativa importada*. No es capaz de pasar de ser «corriente de crítica», en el seno del partido mayoritario, a convertirse en fuerza política efectiva, capaz de contribuir a crear el verdadero partido revolucionario. Cuando lo intenta, es demasiado tarde. *No existen condiciones para que el movimiento pase de la ruptura a la revolución*.

Es ahí donde se demuestra su incompreensión radical del problema político de la organización. Ahí, donde se demuestra que, después de todo, Lenin sí tenía razón. Donde la rigidez y el dogmatismo no se ponían exactamente en la organización «ultracentralizada»; porque es la organización política leninista la que es capaz de adaptarse, flexiblemente, a las necesidades de la revolución.

Una comprensión lineal del desarrollo del imperialismo, de las contradicciones sociales, del modo cómo el proletariado alcanza su hegemonía, de la necesidad del partido revolucionario, no ya como efecto, sino como antecedente esencial en la determinación del proceso principal, lleva a la izquierda alemana a su fracaso. Necesitaban luchar contra el reformismo y creyeron que la derrota suponía ya la incapacidad de la burguesía para reformar. No comprendieron la necesidad del «momento consciente», como base esencial de construcción del partido proletario. Y ello les lleva tanto a desconocer las posibilidades de las tendencias rupturistas (pero espontáneas) que existían en las organizaciones de base como a supervalorar la necesidad de un autonomismo que, por su sola dinámica, conduciría al ascenso irresistible de la revolución.

En esas condiciones, la revolución no es que tuviera que fracasar, *es que era imposible*. Si se analizan las dos situaciones históricas, pero si se definen las dos prácticas políticas, Lenin y Luxemburg adquieren perfiles diferenciados. Se comprenderá por qué entonces Octubre fue posible. Por qué los espartaquistas no podían significar el inicio de ese proceso que lleva al movimiento desde sus dimensiones *combativas* a sus características *socialistas*.

La ruptura de la izquierda alemana con el leninismo en el fondo tiene conexiones con la dogmatización que efectúa la III Internacional estalinista o con el abandono contemporáneo. El leninismo, comprendido en su raíz histórica, en su práctica política histórica es la única vía de desarrollo del marxismo revolucionario. Pero lo es tanto en el terreno de la organización como en el de la acción, en la medida en que ambos son inconcebibles sin la aportación de una y otra. Rosa no comprendió exactamente estos componentes. Y mucho menos lo comprenden quienes apelan, contra un «leninismo dogmático», a un luxemburguismo de la espontaneidad, de la libertad y de la democracia. El KPD, como todos los otros partidos de la bolchevización, no fueron ya los partidos del leninismo. Aunque tampoco pudieran ser ya la tradición «recuperada» (críticamente recuperada) del luxemburguismo.

¿Hay una actualidad de Rosa Luxemburg? Creo honradamente que sí. Y no solo como la hay de la revolución fallida alemana. *El problema general del partido y su construcción es el problema permanentemente renovado de la revolución*. Al que nos emplaza esa realidad vigente de un leninismo que no es fórmula, sino profundización y desarrollo del marxismo. Lo que es vivo en esa tradición leninista. La izquierda revolucionaria hoy mejor que nunca podemos asimilar esa actualidad, precisamente en tanto que práctica efectiva de nuestra autocrítica.

Pienso que comprender desde el materialismo histórico a Rosa, es, a la vez, recuperar a Lenin. Y esto, en especial, para los comunistas que tenemos que adecuar la recuperación revolucionaria del consejismo al proceso revolucionario, en una sociedad desarrollada. Rosa es el punto de referencia del que parte una tradición de ruptura con el oportunismo reformista. Porque Rosa es el centro de una situación dominada por las fuerzas contrarrevolucionarias, aunque se tratara de una situación *ideológicamente* (y no material y *políticamente*) determinada por el *optimismo revolucionario*. Ese optimismo (purismo más tarde, principismo, estrategismo siempre) fue el denominador común de una ilusión que solo podía ser destruida.

Creo que en la obra de Rosa el problema organizativo no resulta tanto el producto de una negación del partido cuanto el efecto de sus teorías sobre el imperialismo y la conciencia de clase. Especialmente de lo primero. Además, Rosa fue (como hemos sido, en un momento u otro, todos los movimientos enfrentados a grandes formaciones reformistas) idealista en la comprensión de la lucha política. Para ella el partido, gran estrategia precisamente en tanto que vanguardia organizada de la clase, no es el productor de los objetivos políticos de las masas, en sus luchas cotidianas. Confundir la lucha de clases tal como se desarrolla históricamente con su reflejo material es verse obligados a negar no ya el papel de catalizador del partido, sino su carácter fundamental

productivo, su *politicidad*. El partido es un producto de la lucha de clases. Pero no y tal como espontáneamente se refleja cotidianamente en la lucha de las masas. Y este es el gran error de Rosa.

Lenin lo comprende desde el primer momento, por más que su expresión no fuera en absoluto «dulcificada». De ahí que su coda lo ha expresado cuando dice que, en Lenin, la contradicción da la voz de «todo el poder a los soviets». Rosana Rossanda lo ha expresado cuando dice que, en Lenin, la contradicción teóricamente se resuelve desde el momento en que comprende la importancia que cubre el partido hasta conseguir el proceso revolucionario. *Se trata entonces ya del tema del poder*. Y es claro que el poder solo puede tener por sujeto a la clase, que se realiza contradictoriamente desde el asalto al poder, desde la toma del poder, en la consolidación del poder (proceso de transición revolucionaria que continua en la transición de construcción del socialismo y que solo se cumple en la culminación de esta transición).

La gran lección se inscribe en cómo comprendamos la construcción de esta fase de transición. Pero, incluso, para el problema de la conciencia de clase, es determinante comprender que son las prácticas políticas de masas las que construyen esa identidad de clase. Combinación de factores objetivos que determinan, en su materialidad, al único sujeto revolucionario, *el proletariado*.

Madrid, diciembre de 1977 |

BIBLIOGRAFÍA

(No pretende sino dar una visión más profunda de algunos de los temas tratados en el artículo. En todo caso, señalo los textos más importantes, aún cuando haya dejado fuera autores que podrían dar una visión más especializada.)

Authier, D. y Barrot, J.: *La gauche communiste en Allemagne. 1918-1921*, Payot, 1976.

Badia: *Le Spartakisme. 1914-1919*, L'Arché, 1967.

Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, EDI, 1969.

Broué: *La révolution en Allemagne, 1917-1923*, Ed. de Minuit, 1972.

Frölich: *R. Luxemburg*, Máspero, 1965.

Invariance, nueva serie, n.º 5 y vieja serie n.º 7.

Korsch: *Anti-Kautsky*, Champ Libre, 1973.

R. Luxemburg: especialmente «Cuadernos Espartacus», n.º B56 (*Marxismo contra Dictadura*), n.º C7 (*Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa, 1904*), *L'accumulation du capital*, Maspero, 1967 (2 vol.), *Reforma o revolución*, Grijalbo, 1969, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, «Cuadernos de pasado y presente», n.º 13.

Meijer: *Le mouvement des conseils en Allemagne*, n.º 101, ICO (La vieille Taupe).

Prudhommeaux: *Spartacus y la Commune de Berlín*, Spartacus, 1949.

R. Rossanda: «Sobre el partido», en *Tesis de Il Manifesto*, Era, 1971.
Varios: *R. Luxembourg et sa doctrine*, Spartacus, 1977; *Teoría marxista del partido político*, polémica Luxemburg-Lenin «Cuadernos de pasado y presente», III tomo, 1973.

**ROSA LUXEMBURG
Y SU CRÍTICA DE
LENIN**

Annette Jost: Nacida en 1950. Finalizó sus estudios de Sociología, de Ciencias Políticas y de Psicología en 1976. Actualmente trabaja en su tesis doctoral sobre el Partido Comunista Italiano. Otro artículo suyo de interés: *Gewerkschaften und Massenaktion. Rosa Luxemburgs Kritik der deutschen Gewerkschaftsbewegung* («Sindicatos y acción de masas. La crítica de Rosa Luxemburg al movimiento sindical alemán»), 1973.

|

Ocuparse de la relación existente entre Rosa Luxemburg y Lenin, de sus diferencias y coincidencias, no obedece solamente a un puro interés historiográfico. Más bien resulta de la concepción de la actualidad como historia, en conexión con problemas organizativos y prácticos del actual acontecer político. Si presentamos aquí las diferencias esenciales entre ambos, de tipo teórico y táctico, renunciamos, sin embargo, a tratar de constatar quién de los dos, y cuándo y en qué, ha tenido razón. Esto lo ha hecho por nosotros la marcha de la historia.

Las controversias esenciales entre Luxemburg y Lenin se pueden distribuir en dos períodos: 1) La crítica por Rosa Luxemburg de las ideas organizativas de Lenin después de la división de la socialdemocracia rusa (POSDR) en bolcheviques y mencheviques. 2) La crítica que hace Rosa Luxemburg de la Revolución rusa de 1917, desde la prisión de Breslau, y que apareció como escrito póstumo. Por lo demás, sigue todavía abierta la cuestión de si Rosa Luxemburg llegó a revisar, tras la experiencia de la revolución alemana de 1918-1919, sus opiniones expuestas en dicha crítica del bolchevismo.

Si bien entre ambos predominan los elementos de concordancia sobre las divergencias, el sentido de una tal comparación no puede consistir en tratar de negar o minimizar esas diferencias. Después de la larga fase del «luxemburguismo» discriminatorio la obra de R. Luxemburg ha sido entretanto objeto de rehabilitación, pero con la aclaración de que ella se habría estado acercando cada vez más al leninismo y que este proceso fue interrumpido por su trágica muerte [295]. Esto por una parte. Pero hay otra dirección, la vinculada positivamente a Luxemburg, y que presenta dos orientaciones fundamentales. La primera de ellas, defendida por los biógrafos y estudiosos de Luxemburg, Paul Frölich y Lelio Basso, parte del supuesto de que la relativa poca monta de las divergencias no autoriza a hablar de un antagonismo entre ambos teóricos; la segunda, representada por intérpretes como Peter Nettle y Paul Mattick, enfatiza sus diferencias esenciales y la inconciliabilidad de ambas posiciones [296].

Un análisis de la diversidad de posiciones debe partir, ante todo, del hecho de que tanto Lenin como Rosa Luxemburg escribieron obras de lucha, en torno a sus respectivas situaciones políticas, y no verdades de validez eterna. Y así es como Lenin tendrá que ser defendido incluso frente a algunos «leninistas», pues Lenin, era mucho menos intransigente que sus epígonos y se aferraba mucho menos que ellos a estimaciones que hubiera podido hacer alguna vez. No se pueden pasar por alto las condiciones y la concreta situación social, completamente diferentes, en que se movían Lenin y Luxemburg. Mientras Rosa Luxemburg tenía que vérselas, en un país altamente industrializado, con los dirigentes reformistas del movimiento obrero oficial alemán,

que cada vez se independizaba más de las necesidades e intereses a largo plazo de sus militantes, Lenin, por su lado, tuvo que acentuar el papel dirigente del Partido en un país en que el proletariado representaba una minoría en comparación con la masa de campesinos y la pequeña burguesía y en el que todavía tenía que llevarse a cabo la revolución burguesa. Y estas circunstancias pueden explicar, por lo demás, el que R. Luxemburg intentara recuperar para el movimiento obrero alemán las experiencias de la reacción espontánea de las masas en la Rusia de 1905, mientras que Lenin sigue considerando como modelo, hasta 1914, a la socialdemocracia alemana.

No obstante, los puntos de coincidencia —lucha contra el revisionismo y oportunismo y unanimidad en la valoración de la Revolución de 1905— sus análisis son diferentes, así como también las consecuencias tácticas que de ellos se desprenden, en orden a la transformación socialista de la sociedad. Por tal razón, recalcaremos las diferencias existentes, dado que apuntan hacia dos vías distintas.

La crítica de R. Luxemburg a los principios organizativos de Lenin se remonta al año 1903, cuando en el II Congreso del partido socialdemócrata ruso, celebrado en Londres, bolcheviques y mencheviques se dividieron en torno a la cuestión de la estructura del partido. Al mismo tiempo, esta crítica venía determinada por las experiencias de Rosa Luxemburg en el seno de la socialdemocracia alemana; y se la puede considerar igualmente como una recapitulación de estas experiencias con las fuertes, pero rígidas organizaciones del movimiento obrero alemán. Los enfrentamientos habidos con Lenin en torno a la cuestión nacional pueden explicar el tono polémico [297].

La diferencia entre conciencia económica y conciencia política, formulada por Lenin en 1902, en su *¿Qué hacer?*, decisiva para su concepción del partido, tiene que ser considerada también en función del trasfondo de la atrasada situación rusa, donde todavía estaban por hacer las tareas propias de una revolución burguesa. Los obreros, escribía Lenin, «no pueden tener, en absoluto, una conciencia socialdemócrata (es decir, revolucionaria, A. J.). Esta solo se les puede inculcar desde fuera. La historia de todos los países prueba que la clase obrera solo es capaz de hacer surgir, con sus propias fuerzas, una conciencia tradeunionista» [298]. Con ello pone las bases para explicar la necesidad del partido bajo la dirección de los intelectuales. En consecuencia, exige un partido de cuadros revolucionarios de oficio, con una fuerte organización y disciplina. Rosa Luxemburg, en cambio, parte de la revolución proletario-socialista en un país industrialmente desarrollado, con una clase obrera fuerte, concibiendo el socialismo, con Marx, como «obra de la clase obrera».

Dada su concepción del desarrollo del proletariado como un proceso de constitución de «clase en sí» en «clase para sí», se manifiesta ella en favor de la acción autónoma de las masas, si bien esta precisa, de todos modos, una vanguardia que guíe y prevea. Pero tal vanguardia no es, como en Lenin, algo separado de la misma clase obrera, sino únicamente su parte más consciente, que puede intervenir para orientar.

El partido, como elemento de organización, no fue nunca cuestionado por ella. Esta controversia giraba no tanto en torno a una forma determinada de

organización como a las condiciones necesarias para la formación de la conciencia de clase y de la configuración de movimiento del proletariado. Así, la crítica luxemburguiana de los principios organizativos de Lenin —aparecida en 1904, como réplica al escrito de Lenin *Un paso adelante, dos pasos atrás*—, se refiere sobre todo a dos puntos de la concepción bolchevique del partido: la separación de un grupo de revolucionarios profesionales de las masas y la omnipotencia del Comité Central con respecto a las organizaciones del partido [299]. La opinión de Lenin, de que la «idea de construir el partido de abajo a arriba» era un «falso democratismo» [300], era algo que Rosa Luxemburg, por sus experiencias en el movimiento obrero alemán, no podía aceptar. En el SPD, partido modélico para la II Internacional, se daba la tendencia hacia un «centralismo burocrático», una relación instrumental de las organizaciones obreras con la misma clase obrera que frenaba el movimiento real y el auto-desarrollo del proletariado [301]. Su concepción de la organización como proceso refleja las experiencias y necesidades de las masas [302]. Rosa Luxemburg contraponía el «autocentrismo» de las masas al «ultracentralismo» de Lenin. Y en contraposición al carácter blanquista de la organización leninista, el centralismo socialdemócrata no significa para ella más que «la imperiosa concentración de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a individuos singulares (...). Es, por así decirlo, el «autocentrismo» del estrato dirigente del proletariado, el reino de la mayoría en el seno de su propia organización de partido» [303]. Si bien la socialdemocracia alienta ya una fuerte tendencia a la centralización es, con todo, el primer movimiento «en la historia de las sociedades de clase que, en todos sus elementos, en toda su evolución, está pensado para la organización y para la acción directa y autónoma de las masas. En este sentido, la socialdemocracia crea un tipo de organización completamente distinta a la de los movimientos socialistas anteriores; por ejemplo, al tipo jacobino-blanquista» [304]. En este sentido las concepciones de Lenin significan un «centralismo sin concesiones» [305], para quien las distintas organizaciones del partido no son sino un instrumento ejecutivo de una autoridad central.

Cuando Lenin dice que el socialdemócrata revolucionario es un jacobino vinculado a la organización del proletariado [306] olvida, según Rosa Luxemburg, «que de este modo se produce una completa transmutación de los conceptos concernientes a la organización, que se le da un contenido completamente nuevo al concepto de centralismo, y que se alumbra una concepción completamente nueva de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha» [307]. El blanquismo no precisa de ninguna organización de masas, pues no se orienta hacia una acción directa de las masas como clase, y esta es su diferencia fundamental con relación a las formas de acción de la socialdemocracia revolucionaria: esta «surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se mueve en su acción en la contradicción dialéctica de que el ejército proletario solo se recluta en la lucha y solo en la lucha se hace consciente de los objetivos de la misma. Organización, esclarecimiento y lucha no son momentos separados, mecánica y también temporalmente escindidos, como en un movimiento blanquista, sino sencillamente aspectos diferentes

de un mismo proceso. Por una parte, no hay —a excepción de los principios generales de la lucha— ninguna táctica de lucha acabada y fijada con detalles por adelantado que les pueda ser inculcada a los militantes socialdemócratas por un comité central. Por otra parte, el proceso de lucha que da lugar a la organización determina un constante fluctuar de las esferas de influencia de la socialdemocracia» [308]. La concepción que aquí desarrolla Luxemburg de la organización como proceso, revela su idea fundamental del proceso histórico como totalidad en relación con el desarrollo necesariamente contradictorio de la lucha de clases, concebida asimismo como proceso. Dado que para Rosa Luxemburg hay identidad entre clase obrera y partido —identidad que pronto iba a tener que considerar como no existente, a la luz de la realidad del movimiento obrero alemán—, rechaza los principios de organización de Lenin para el movimiento socialdemócrata. Para ella no basta que la organización socialdemócrata esté «ligada» a la clase obrera, sino que ella misma es, sobre todo, el propio movimiento del proletariado.

Partiendo de su propia valoración de los condicionamientos históricos de toda organización, Luxemburg apunta a Lenin «que la concepción marxista del socialismo no se puede fijar en fórmulas rígidas en ningún terreno ni tampoco en las cuestiones organizativas» [309]. Si una característica esencial de la concepción leninista de la organización era la disciplina, asociada al centralismo, Rosa Luxemburg objeta que es precisamente este espíritu de disciplina el que impide el autodesarrollo de las masas. De lo que se trata es de abolir la disciplina en la fábrica y la disciplina que impone el Estado centralista capitalista. Solo «rompiendo y desarraigando ese espíritu de servil disciplina podrá el proletariado ser educado para una nueva disciplina: la autodisciplina voluntaria de la socialdemocracia» [310]. Una de las necesarias condiciones fundamentales para acabar con este marco de alienación es la superación de la dependencia de la autoridad, incluso con respecto a la propia organización, liberando con ello la «fantasía organizativa» [311].

De igual modo que Rosa Luxemburg, Trotsky se volvía entonces contra la teoría de Lenin de una organización de tipo blanquista, poniéndole en la disyuntiva: «O bien jacobino, o bien socialdemócrata revolucionario» [312]. La última consecuencia del modelo leninista era para él, como también para Rosa Luxemburg, «que la dictadura del proletariado se presente como dictadura sobre el proletariado. De modo que no sería la clase obrera autónoma, la que toma en sus manos el destino de la sociedad, la que asegura el tránsito al socialismo, sino la «fuerte y potente organización» que domina sobre el proletariado y, a través de él, sobre la sociedad» [313]. Lo importante es, tanto para Trotsky como para Rosa Luxemburg, que la clase obrera aprenda a desarrollar sus propias iniciativas y actividades autónomas, preparándose así para la toma del poder político [314]. De manera que el autocentralismo que Luxemburg contraponía a la concepción de élites y representantes de Lenin no significa sino democracia directa [315]. En la crítica que hace Luxemburg a las cuestiones organizativas de Lenin se revelan ya los rasgos esenciales de su teoría de la revolución, desarrollada a partir de las experiencias de la Revolución rusa de 1905; teoría que pone a las masas en primer plano, haciendo

del partido un ejecutor de la voluntad de las mismas. Esta idea nace de su conciencia histórica. Consta, por lo que se refiere al desarrollo organizativo que había tenido lugar en Rusia desde 1896, que la organización del proletariado no procedía, en absoluto, de una «instancia» superior al mismo; al contrario, se había realizado mediante movimientos espontáneos de masas. «La iniciativa y la dirección consciente de las organizaciones socialdemócratas jugaron un papel extraordinariamente reducido» [316]

Es el movimiento real, y no la dirección, lo que, al fin y al cabo, decide la marcha del proceso revolucionario. De la crítica concreta que hace a Lenin, Rosa Luxemburg extrae una serie de consecuencias generales válidas para todo el movimiento socialdemócrata. «La táctica de la lucha de la socialdemocracia en sus rasgos principales no se «inventa»; es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de una lucha de clases experimental y a menudo elemental. También aquí lo inconsciente precede a lo consciente, la lógica del proceso histórico objetivo va por delante de la lógica subjetiva de sus portadores. El papel de la dirección socialdemócrata tiene un *carácter esencialmente conservador*, pues como nos enseña la experiencia, tiende a explotar hasta sus últimas consecuencias todo nuevo terreno que se haya ganado en la lucha, convirtiéndolo de esta manera pronto en un bastión contra otras innovaciones de mayor alcance» [317]. Del antagonismo latente entre partido y movimiento que se va revelando ya abiertamente se desprende el hecho de que tiene que ser el movimiento real el que determine también la táctica, el avance concreto y práctico, a través de una toma de conciencia de lo que es el proceso histórico y de su plasmación en la praxis revolucionaria. De modo que la dirección del partido, tan propensa ya al conservadurismo, se independizaría todavía más de las masas si, además, estuviera provista de los «poderes casi absolutos de carácter *negativo*» [318] que se prevén en la concepción de Lenin. El conservadurismo se «potenciaría» e impediría el necesario desarrollo de la iniciativa revolucionario-espontánea. Y así, el «ultracentralismo» preconizado por Lenin «no nos parece impregnado de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del vigilante nocturno»; pues su atención se centra «en el *control* de la actividad del partido y no en su fecundación, en su *restricción* antes que en su *despliegue*, en el *recelo* y no en la *puesta en marcha* del movimiento» [319].

Lenin veía en su concepción del centralismo un medio adecuado para combatir el «oportunismo» y quiso incorporarla a los estatutos de la organización [320]. Rosa Luxemburg le objeta que «lo que decide sobre el valor de una forma de organización no es el texto literal del estatuto, sino el espíritu vivo que le confieren los militantes activos» [321] Resulta insostenible, y precisamente para las condiciones predominantes en Rusia —que pueden percibirse tras una consideración histórica específica—, la fundamentación de Lenin: «Burocratismo contra democratismo, esto es, centralismo contra autonomismo, he aquí el principio organizativo de los oportunistas de la socialdemocracia» [322]. Si, según Rosa Luxemburg, el parlamentarismo burgués se puede considerar, en los fenómenos del movimiento obrero europeo criticados por Lenin, como un terreno propicio al oportunismo y si ha alcanzado, en las socialde-

mocracias occidentales, un alto grado de desarrollo, en Rusia emerge como consecuencia de una situación de atraso político. «En general, puede demostrarse con facilidad que allí donde los sectores revolucionarios todavía no están firmemente asentados en las masas obreras, allí donde el movimiento mismo todavía es fluctuante, en una palabra, allí donde las condiciones son análogas a las que actualmente reinan en Rusia, la tendencia organizativa que el intelectual oportunista defenderá como la más adecuada será precisamente la de un rígido y despótico centralismo» [323]. Por ello, la propia concepción leninista de la organización constituye el mayor peligro con que se enfrenta la socialdemocracia rusa de sucumbir ante el oportunismo.

El principal origen de las «corrientes oportunistas» radica, según Rosa Luxemburg, en la esencia misma de las contradicciones internas de la lucha socialdemócrata, ya que esta se tiene que entablar en el marco del orden establecido y con una meta que lo trascienda. Razón por la cual el oportunismo solo puede ser superado, como producto que es del movimiento obrero, como un «elemento inevitable de su evolución histórica» [324], por obra del mismo movimiento, «con ayuda, en todo caso, de las armas suministradas por el marxismo» [325]. Pero si se quisiera evitar su aparición echando mano de medios «de papel», entonces ocurriría que el medio se alzaría contra el fin; un intento así trabaría «el desarrollo de una vida sana» en la socialdemocracia, debilitaría «su capacidad de resistencia no solo contra las tendencias oportunistas, sino también (...) contra el orden social establecido» [326].

Independientemente del grado de evolución alcanzado por un país, la clase obrera tiene que realizar sus propias experiencias, llevando a feliz término su propia emancipación, en el curso de todo un proceso de aprendizaje. Este es el resultado de la crítica de Rosa Luxemburg a las ideas leninistas sobre el problema de la organización, basándose ella también en sus experiencias con el movimiento obrero internacional. El «yo-colectivo» de la clase obrera, el sujeto, el que tiene que ser conductor de la historia, tendrá que «cometer sus propios errores por sí mismo y aprender de ella misma la dialéctica histórica»; «Los errores que comete un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, desde el punto de vista histórico, infinitamente más fecundos y valiosos que la infalibilidad del mejor de los comités centrales» [327]. He aquí el «hilo rojo» de toda la actividad y teoría de R. Luxemburg, que aparecerá de nuevo en su crítica de 1918.

Si en Lenin el movimiento aparece solamente como mero «momento», como marco para el partido, en la concepción luxemburguiana es el punto central de referencia, el sujeto activo. Es la «autoconducción revolucionaria de los mismos trabajadores» [328], la cual convertirá finalmente, sus errores y derrotas, en victoria. Es verdad que la contradicción entre el desarrollo social de las fuerzas productivas y el carácter privado de las relaciones de producción acabará necesariamente, en la superación de tal contradicción»; sin embargo, el mismo Marx afirma que el «momento» subjetivo, la «participación autoconsciente en el proceso histórico de transformación de la sociedad que se desenvuelve ante nuestros ojos» [329] es, al fin y al cabo, lo decisivo. «El proletariado aprende sobre todo, como todos los demás partidos, por las

consecuencias de sus propios errores; nadie le podrá ahorrar del todo esos errores» [330].

Lenin había intentado enumerar con toda precisión los «errores» de Rosa Luxemburg [331], pero también retiró y relativizó sus propias posiciones. Solo con sus apologistas comienza la transformación de las valoraciones que él hiciera en distintas épocas y, como él mismo declara, en una específica situación social determinada, en axiomas de validez universal; y la reducción de la teoría leninista de la revolución a una teoría del partido de corte autoritario.

Ya en 1903, en el II Congreso del Partido refiriéndose a su escrito *¿Qué hacer?*: «Ahora sabemos todos nosotros que los economicistas han tensado demasiado el arco hacia un lado. Para ponerlo de nuevo en su punto, yo no tenía más remedio que tensarlo hacia el otro lado, y esto es lo que yo he hecho» [332]. Más tarde matiza y rectifica una generalización de sus afirmaciones anteriores: «El error fundamental de todos aquellos que polemizan hoy día contra *¿Qué hacer?*, radica en que ellos arrancan por completo a esta obra de su contexto, en una situación histórica determinada, en un período de desarrollo de nuestro partido que hace ya mucho tiempo que ha quedado atrás. (...) *¿Qué hacer?* corrige, polémicamente, el economismo, y es falso considerar el contenido del opúsculo bajo la perspectiva de otra tarea» [333].

En cierto modo, Lenin incorporaba aspectos centrales de la argumentación luxemburguiana, afirmando, por ejemplo, que la clase obrera era «socialdemócrata de una forma instintiva y espontánea» [334]. Y tras las experiencias de la Revolución rusa de 1905, dice: «El marxismo rechaza decididamente todas las fórmulas abstractas, toda receta doctrinaria, exigiendo un atento hacerse cargo de la lucha de *masas* que de hecho tiene lugar; esta es la que hace surgir, con el creciente desarrollo del movimiento, con la concienciación de las masas, con la agudización de las crisis económicas y políticas, métodos cada vez más nuevos y variados de defensa y de ataque. (...) A este respecto, el marxismo *aprende*, si se puede hablar así, de la praxis de las masas, estando muy lejos de alzarse con la pretensión de *enseñar* a las masas formas de lucha que han sido producto de las sutilezas de «sistemáticos» de cámara» [335]. Más tarde Lenin hace suyos incluso los temores del peligro centralista en su vertiente burocrática a que se refiere R. Luxemburg: «Sería, sin embargo, imperdonable olvidar que cuando defendemos el centralismo, defendemos, exclusivamente, el centralismo *democrático*. (...) Entre nosotros, se confunde continuamente centralismo con arbitrariedad y burocratismo. Es natural que la historia de Rusia tenga que causar una tal confusión, pero, con todo, para un marxista sigue siendo imperdonable» [336].

Si R. Luxemburg anticipaba, ya en 1904, las consecuencias y las posibilidades de deformación que entrañaba la teoría leninista de la organización, Lenin la refería en principio, exclusivamente, a la socialdemocracia rusa [337], concibiendo la estructura bolchevique de partido como una adaptación a la específica situación rusa. Su orientación hacia la socialdemocracia alemana, la cual había decidido, en el Congreso de Jena de 1905, introducir cambios en sus estatutos organizativos, en el sentido de una mayor centralización, le lle-

varía a confirmar sus concepciones sobre el centralismo y a establecer su validez general [338].

Para R. Luxemburg la controversia en torno a las formas organizativas no radica, en abstracto, en saber qué es más necesaria, la organización o la espontaneidad; sino en las concretas formas de acción revolucionaria y en la acción recíproca entre los dirigentes y las masas, en el marco de una situación social concreta. La organización, que precisa de la autoactividad e iniciativa de las masas como correctivo a la tendencia conservadora, constituye, para la clase obrera, ante todo una instancia de mediación de la teoría revolucionaria. Lo que importa para Rosa Luxemburg, en su toma de postura frente el «ultracentralismo» de Lenin —al igual que en su lucha contra el revisionismo del movimiento obrero alemán—, es impedir que se abra un abismo entre la dirección, por un lado, y el movimiento del proletariado, por otro, entre espontaneidad y organización; elementos de la lucha revolucionaria que solo pueden desarrollarse con eficiencia, en la lucha emancipatoria de los trabajadores, si logran vincularse y enriquecerse uno al otro.

La crítica de Rosa Luxemburg a Lenin en 1904, es importante no solo por la amplitud de sus perspectivas, como resulta evidente hoy día a la luz de las experiencias actuales y de los resultados prácticos del «leninismo», sino porque contiene además las diferencias políticas fundamentales entre ambos —además de las que se refieren a la cuestión nacional—, tal como surgirán de nuevo en 1918. Con todo, la relación Luxemburg-Lenin contiene también muchos puntos de coincidencia. El estallido de la Revolución rusa de 1905, decisiva para la formación de ambas teorías revolucionarias, hace que sus diferencias pasen a un segundo plano. En el análisis de ambos sobre la Revolución rusa, la crítica recíproca brilla por su ausencia, y las estimaciones que ambos hacen concuerdan en lo esencial. Cuando Lenin extrae las «enseñanzas de la Revolución», asume el punto de vista luxemburguiano sobre la acción recíproca entre espontaneidad y organización, que no posibilita ningún tipo de táctica preestablecida: «El proletariado ruso ha mostrado qué fuerzas potentes se ocultan entre las masas trabajadoras, cuando llega a su madurez una crisis realmente revolucionaria. (...) Todo el mundo sabe que una explosión tal no puede surgir artificialmente, por deseo de los socialistas o de los trabajadores progresistas» [339].

A pesar de la agudeza de la polémica, la relación entre Luxemburg y Lenin se caracteriza por la mutua estimación [340]. Durante su estancia en Finlandia, en el verano de 1906, donde R. Luxemburg escribiera su ensayo fundamental sobre el papel de la huelga de masas en la lucha proletaria, extrayendo las enseñanzas de la Revolución rusa para el movimiento obrero internacional, se encontró frecuentemente con Lenin. La conocida resolución contra la guerra y el militarismo, presentada conjuntamente por Lenin, Luxemburg y Martov y sacada adelante por Luxemburg en el Congreso de Stuttgart en 1907 [341], fue algo que «había acercado mucho» [342] a Lenin y Luxemburg.

Pero antes del V Congreso del POSDR, celebrado en 1907 en Londres, había apoyado ya Luxemburg claramente a los bolcheviques. Ya en sus numerosos artículos sobre la primera revolución rusa se había manifestado consecuen-

temente contra los mencheviques. Aunque estaba en contra del desmembramiento del partido obrero ruso y, en calidad de representante del SDKPIL desde 1905 en el Buró Socialista Internacional, preocupada continuamente por la reunificación de las dos fracciones, Rosa Luxemburg se encontraba, en cuestiones tácticas, del lado de los bolcheviques, por lo menos desde la revolución de 1905, y consideraba a los mencheviques como la «epidemia más peligrosa» [343] para el partido. Va todavía más lejos, y llega incluso a retirar algunas partes de su crítica de 1904: «Nosotros discutimos el que los compañeros de la llamada «mayoría» en la Rusia actual hayan cometido, en la revolución, los errores que les imputa el compañero Plejánov. Puede que hubiera algo de ello en lo que se refiere al plan organizativo que el compañero Lenin hiciera en 1902, pero esto pertenece ya al pasado, a un pasado lejano, pues hoy día vivimos muy rápidamente, a una velocidad vertiginosa. Estos errores han sido corregidos por la misma vida, y ya no hay peligro de que puedan volver a repetirse» [344].

Los años posteriores a la revolución de 1905 se caracterizan por la armonía. Los dos se apoyaban mutuamente en el seno de la Internacional; así, en 1910, Luxemburg protesta por un artículo de Trotsky dirigido contra Lenin, aparecido en el *Vorwärts* [345], mientras que Lenin, a su vez, adoptaba su mismo punto de vista en 1911, en torno a la crisis marroquí [346]. La ruptura de Luxemburg con Kautsky —al que Lenin tenía en gran estima—, a causa de la huelga de masas y la actitud del SPD, supuso para los bolcheviques la pérdida de una positiva instancia de mediación (Kautsky recibía prácticamente toda la información sobre el movimiento obrero ruso de R. Luxemburg), así como de una prensa que les era positiva. Hasta 1914 Lenin seguiría considerando a la dirección del partido alemán junto a Kautsky, como el ala revolucionaria del mismo, sin ver tampoco en la controversia entre Luxemburg y Kautsky una cuestión de diferencia fundamental de principios. Solo con la llegada de la guerra variaría su opinión sobre Kautsky: «Rosa Luxemburg tenía razón al escribir, ya hace mucho, que Kautsky encarnaba el «servilismo del teórico», dicho más sencillamente, el arrastrarse ante la mayoría del partido, ante el oportunismo» [347].

La relación entre Luxemburg y Lenin, quien la visitó todavía frecuentemente en febrero de 1912, se enfrió con motivo del «caso Radek» y de la escisión del SDKPIL en el verano de 1912 [348], ya que Rosa Luxemburg seguía defendiendo los intereses de la dirección del SDKPIL ante el SPD y el Buró Internacional Socialista, a pesar de su más fuerte vinculación con el movimiento alemán. La solicitud presentada por ella en noviembre de 1913, ante el Buró Internacional Socialista, en orden a una reunificación de las fracciones del partido ruso, empeoró por completo sus relaciones, teniendo como consecuencia una serie de enemistades personales duraderas. Se llegó hasta el extremo de que, poco antes del estallido de la guerra, Lenin acusara a Luxemburg de «oportunismo» [349], intentando presentar a Kautsky como una víctima de sus intrigas. Luxemburg se convirtió en objeto de los más violentos ataques de Lenin, como defensora de Jogiches y del comité central del partido polaco [350].

El enfrentamiento con motivo del caso Radek evidencia el hecho de que una gran parte de las diferencias entre Luxemburg y Lenin surgen a raíz de disputas de carácter interno, que se refieren a Polonia o a Rusia, y se consideran en el Partido alemán como simples querellas [351]; querellas que se fundaban más en antipatías personales entre las distintas fracciones, que en una diferencia fundamental de principios en todas las cuestiones que se debatían. En la época en que estaban a la orden del día cuestiones concretas, políticas o tácticas, su relación mutua se había caracterizado siempre sobre todo por una «crítica solidaria» [352].

Otro punto polémico, de tipo teórico, entre Rosa Luxemburg y Lenin fue *La acumulación del capital*, publicado en 1913. En ese libro trata Rosa Luxemburg —a diferencia de Lenin, en su análisis del imperialismo tres años más tarde—, ante todo, la solución de problemas teóricos. Luxemburg vincula la revisión y desarrollo que lleva a cabo ahí del esquema marxiano de acumulación a la explicación del carácter imperialista y de las necesidades imperialistas de los países capitalistas, mediante el papel que ella confiere al mercado exterior. A pesar de las diferencias en la argumentación, viene a ratificar, con Marx, las leyes de la crisis y del derrumbe del sistema capitalista. Este trabajo fue motivo de violentas críticas, y no solo por parte de Lenin, críticas relacionadas con los análisis de entonces acerca del desarrollo contradictorio del capitalismo y la interpretación del pensamiento central de la teoría de Marx. Pero esta polémica tiene, sin embargo, una menor entidad en el conjunto de las diferencias políticas existentes entre Luxemburg y Lenin. Solo en torno a la cuestión nacional podía haber alcanzado aquella un significado práctico, pero no fue este el caso, de modo que se quedó en el campo de la teoría y no tuvo consecuencias políticas. A la luz de la actualidad política de los distintos análisis económicos hechos por Luxemburg y Lenin, resulta paradójica la evaluación a que llega, por ejemplo, Paul Mattick; dice este que, si bien la argumentación de Rosa Luxemburg era errónea, llegaba, sin embargo, a conclusiones verdaderas, en tanto que la teoría de Lenin, más correcta y de acuerdo con Marx, era, desde un punto de vista revolucionario, equivocada [353].

II

El trauma del estallido de la guerra y el fracaso de la Internacional fue motivo de análisis diversos por parte de Luxemburg y Lenin, lo que no quiere decir que hubiese entre los dos diferencias fundamentales. En la cuestión de la restauración de la Internacional, Luxemburg abogaba por su reconstrucción, previa limpieza de sus viejos elementos, mientras que Lenin estaba a favor de la construcción de algo completamente nuevo. Todavía a finales de la guerra se declaraba Rosa Luxemburg decididamente contraria a la creación de una nueva Internacional bajo el patrocinio de los bolcheviques, cuya mayoría en la misma temía [354]. Y mientras Luxemburg buscaba el fracaso de la Internacional en la «traición de sus dirigentes» [355], Lenin veía las causas de su

hundimiento —evidentemente en el marco de su concepción de la organización— en su estructura federalista.

El ajuste de cuentas de Rosa Luxemburg con la política del SPD y su análisis de la guerra imperialista en el *Folleto de «Junius»*, escrito en la cárcel [356], fue en esencia objeto de aprobación por parte de Lenin, si bien él no compartía su opinión sobre la imposibilidad de guerras nacionales en la época del imperialismo [357]. Esta misma concepción está contenida también, como punto central, en su escrito *Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional*, donde se presenta el programa básico de la Liga Espartaquista contrastan vivamente con la afirmación de Lenin sobre el potencial revolucionario de la guerra mundial; Rosa Luxemburg afirmaba, más bien, que la guerra mundial entrañaba ya en sí misma los presupuestos de nuevas guerras y que, por tanto, victoria o derrota no serían más que una derrota del socialismo y de la democracia [358].

Al estallar la revolución rusa, Rosa Luxemburg se encontraba en prisión. Ya en sus primeras y más cautelosas tomas de posición con respecto a la revolución rusa, en las *Cartas de Spartakus*, expresa sus temores acerca del futuro de la revolución y de ciertas medidas adaptadas por los bolcheviques. Su posición difiere de la de Lenin en el hecho de ver en Rusia algo digno de ser defendido; pero se vuelve repetidamente contra la afirmación de que la paz pueda comprarse al precio de una victoria del Imperio alemán imperialista [359]. Parte, al igual que Lenin, del supuesto de que la revolución solo podrá resultar victoriosa si recibe el apoyo del proletariado europeo, sobre todo del alemán [360]. Luxemburg califica la Paz de Brest de «capitulación del proletariado revolucionario ruso ante el imperialismo alemán» [361], como el primer «pecado» de la política bolchevique dentro de una larga serie de concesiones; Lenin, en su defensa de dicho Tratado de paz, se pone del lado del proletariado alemán con una argumentación «luxemburguiana»: «Sin razón se echa en cara a los obreros alemanes el que no hagan ninguna revolución. (...) Pero la cosa, en realidad, no es así. Las revoluciones no son algo que se haga por encargo, (...) sino que maduran en un proceso de desarrollo histórico» [362].

En el escrito —fragmentario— de Luxemburg sobre la Revolución rusa, de septiembre de 1918, reaparece con toda su fuerza su vieja oposición al concepto leninista de la organización y de la revolución. Cabe pensar que el escrito iba también dirigido contra una poderosa corriente en el seno del grupo espartaquista que aspiraba a orientarse según el «modelo ruso». Tras saludar el acontecimiento revolucionario en Rusia, Luxemburg desarrolla los puntos fundamentales de su crítica, establece una tajante delimitación en su crítica: por un lado contra la praxis kautskiana y menchevique; por otro contra la praxis bolchevique, si bien lo considera como la única posible en la situación que se daba en Rusia [363]. Se centra, en primer lugar, en la *política agraria* de los bolcheviques [364]. En su crítica contra las medidas leninistas señala la contradictoriedad existente en la cuestión campesina, reconociendo, por una parte, en el campesinado una fuerza revolucionaria contra el orden establecido, pero advirtiendo al mismo tiempo contra su carácter conservador. El reparto de tierras entre los campesinos, aunque tácticamente justificado en aquel

momento, había creado, según Luxemburg, un poderoso enemigo en el propio campo, a la hora de dar un paso más, cuando se planteara la socialización de la agricultura y de la producción rusa en general. Pues la nacionalización de las propiedades territoriales de tipo grande y medio, la unificación de agricultura e industria, eran puntos de vista esenciales de toda reforma económica socialista, sin la cual no era posible socialismo alguno. Pero la socialización de la agricultura se convertiría en una cuestión conflictiva entre el proletariado urbano y el campesinado propietario, cortando, con ello, la vía de efectivas reformas socialistas, operando incluso en una dirección opuesta [365].

Este dilema, que no se hubiera solucionado sin una guerra civil y que los bolcheviques quisieron zanjar por medio de la reforma agraria —pero sin conseguirlo durante mucho tiempo—, revela la contradicción de la Revolución de Octubre: ser, a la vez, una revolución burguesa y proletaria [366].

El segundo punto de la crítica radicaba en la *cuestión nacional*. Había sido ya, durante años, un punto de fricción entre Rosa Luxemburg y Lenin, entre la socialdemocracia polaca y la rusa. Durante toda su vida Rosa Luxemburg combatió la consigna de la autodeterminación de las naciones, lucha orientada, en primer lugar, contra el partido rival, el PPS polaco, pero estrechamente ligada a sus concepciones internacionalistas. «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen», se dice en el Manifiesto Comunista [367]. Y Luxemburg escribía, en el apéndice al *Folleto de «Junius»*: «La patria de los proletarios, cuya defensa está por encima de todo, es la Internacional Socialista» [368].

Para Rosa Luxemburg, la cuestión nacional era un problema táctico que debía ser tratado conforme a las condiciones históricas y económicas dadas en la perspectiva de las exigencias del socialismo internacional, de la revolución mundial. Para ella, no se trataba aquí, como en todos los otros campos, de una serie de axiomas de validez general, fijados de una vez para siempre, sino de la ordenación de determinados factores de acuerdo con la «meta final socialista», todo ello en relación con la concreta situación económica, política e histórica del país en cuestión. «Para la socialdemocracia la cuestión de las nacionalidades —al igual que todas las demás cuestiones sociales y políticas— es una *cuestión de interés de clase*» [369].

Este tratamiento de principio informaba también su crítica a los bolcheviques, referida exclusivamente a la situación de entonces, por lo que no es lícito contraponer en abstracto —como se suele hacer— Rosa Luxemburg a Lenin, para quien el derecho a la autodeterminación constituyó al principio una cuestión fundamental. El punto de partida de ambos era distinto: la concreta situación de Polonia y Rusia, respectivamente. Pero mientras Rosa Luxemburg ve la nación como algo propio de la sociedad burguesa y hace hincapié en sus limitaciones históricas, subordinando, por tanto, el interés nacional a los intereses proletarios, Lenin, en cambio, sitúa ambos al mismo nivel, como lo hiciera también Kautsky [370]. La postura de Luxemburg con respecto a la cuestión nacional va estrechamente ligada a su análisis del imperialismo, ya mucho antes de que ella explicitara tal vinculación. Frente a la tendencia bélica de las naciones burguesas en la época del imperialismo debe oponerse la

acción de clase del proletariado internacional, frenado en su desarrollo por las aspiraciones nacionalistas.

Así, ella ve en la aplicación del principio de la autodeterminación a pueblos no pertenecientes al Imperio zarista una táctica falsa y peligrosa de los bolcheviques, ya que no podía sino fomentar la aparición de corrientes enemigas y contrarrevolucionarias. Luxemburg reconoce como válidas las razones tácticas de los bolcheviques para asegurarse aliados, tanto en la cuestión nacional como en la agraria. Pero tal medida llevó a lo contrario de lo que se buscaba, pues las «naciones liberadas» no tuvieron nada más urgente que hacer que aliarse con el imperialismo alemán [371]. Y en vez de buscar la integración de todas las fuerzas revolucionarias del conjunto del país, lo que los bolcheviques habían conseguido era precisamente lo contrario: «con su tonante fraseología nacionalista del <derecho a la autodeterminación hasta la separación estatal>, no hicieron sino proporcionar a la burguesía de los países periféricos el pretexto más vistoso, el más deseado, casi el estandarte de sus aspiraciones contrarrevolucionarias» [372]. Por lo que la «consigna de la autodeterminación» y el movimiento nacional se le aparece a ella, en conjunto, como el mayor peligro del socialismo internacional. Por obra y gracia de su política de las nacionalidades los bolcheviques se habían creado, según Luxemburg, muchos adversarios, quienes representaban un peligro futuro para las metas revolucionarias y por ello debían ser combatidos.

De esta forma, Rosa Luxemburg llega, sin solución de continuidad, al punto central de su crítica a la política de los bolcheviques: el problema del *terror* y de la *democracia* [373]. En primer lugar, se declara en contra de la disolución de la Asamblea Constituyente y de la limitación del derecho de voto. Trotsky justificaba estas medidas en base a la «pesadez del mecanismo de instituciones democráticas», que no reflejan sino la situación coyuntural, espiritual y política del electorado. Frente a él, Luxemburg hace referencia a las experiencias históricas, las cuales muestran cómo «el fluido vivo del estado de ánimo popular irriga constantemente los cuerpos representativos, penetra en ellos, los dirige» [374]. Pero más grave que estas medidas es la represión de la vida pública por los bolcheviques, que tiene que llevar necesariamente a la liquidación de los sóviets [375]. Sin elecciones, sin libertad de prensa, de reunión y de opinión se construye una «apariencia de vida», en la que el único elemento activo es la burocracia. «La vida pública lentamente se duerme, algunas docenas de dirigentes del partido de energía inagotable y de idealismo sin límites dirigen y gobiernan, pero entre ellos dirige en realidad una docena de cabezas privilegiadas, mientras que una élite de la clase obrera es convocada de vez en cuando a asambleas para asentir con aplausos a los discursos de los jefes y para votar por unanimidad a favor de las resoluciones presentadas; en el fondo, pues, el dominio de una camarilla, una dictadura, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del poder de los jacobinos» [376]. Y aquí está presente no solo la Rosa Luxemburg de visión casi «profética», sino también la adversaria de Lenin de 1904.

Ella localiza el error fundamental de Lenin y Trotsky en la oposición que estos establecen, lo mismo que Kautsky, entre democracia y dictadura, cuando en realidad dictadura del proletariado significa también democracia socialista. Cuando esta dictadura viene realizada por la clase y no por una pequeña minoría dirigente, cuando es erigida con la participación activa de las masas, es garantía de democracia socialista. El socialismo no se puede implantar por medio de decretos [377]. Si la dictadura es ejercida por unos pocos políticos, no podrá por menos que degenerar. Es verdad que Rosa Luxemburg considero inevitable la dictadura del proletariado, «pero esta dictadura consiste en *el modo de aplicación de la democracia*, no en su supresión» [378].

Como lo hiciera ya en 1904 contra el «ultracentralismo» leninista, Rosa Luxemburg se vuelve también en 1918 contra la concentración de poderes en el Gobierno y en la cúspide del partido y contra la represión de las iniciativas de las masas populares. Ve en la concentración de poderes el mayor peligro para la revolución. Y cuando escribía que «libertad es siempre únicamente la del que piensa de otra manera» [379], no lo hacía en el sentido que se da al término en una democracia formal, sino en el marco de su concepción de antagonismo de clases. Luxemburg no presenta, en la crítica que hace al bolchevismo, ninguna alternativa concreta. Nettl constata, y con razón, que «ella no escribía para los bolcheviques, sino para el futuro, para revolucionarios alemanes» [380].

Los logros de los bolcheviques quedaron limitados para Luxemburg, por el marco de las posibilidades históricas. A diferencia de Kautsky, que reprochaba a Lenin y a los bolcheviques el abandono de la teoría marxista, Luxemburg reconocía la gravedad de las tareas con que tenían que enfrentarse los bolcheviques en Rusia, razón por la que su crítica no puede ser considerada, en conjunto, fuera del contexto concreto de aquel momento. «Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible y constituye una inevitable cadena de causas y efectos cuyo punto de partida y clave de bóveda es el fracaso del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. Sería pedir de Lenin y sus camaradas algo sobrehumano si se pretendiese que en tales circunstancias creasen por arte de magia la más bella democracia, la más módica dictadura del proletariado y una economía socialista floreciente. Con su decidida actitud revolucionaria, su energía ejemplar y su fidelidad absoluta al socialismo internacional, han hecho realmente lo que en unas condiciones tan endiablidamente difíciles podía hacerse» [381]. De ahí que ella se opusiera a toda pretensión por parte de los bolcheviques a convertir la revolución rusa en modelo de revolución para todos los países. Contra este peligro advertía Luxemburg, ya entonces, de que pudiera hacerse de la necesidad una virtud y elevar a teoría inamovible una táctica que había venido condicionada por las circunstancias y que pudiera ser presentada al proletariado internacional como modelo a imitar, como la táctica socialista. Advierte, pues, decididamente, con las siguientes palabras: «En Rusia el problema solo pudo ser planteado. No podía resolverse allí» [382].

En este escrito se evidencia que para Rosa Luxemburg se trata menos de cuestiones de detalle de la política cotidiana que del proceso global de la revo-

lución rusa, en relación con las enseñanzas a extraer para el futuro. Recurre de nuevo a su concepción de la organización como proceso, de la democracia «de abajo a arriba», concepción que no solo refiere a la estructura del partido, sino también al conjunto de la sociedad. A diferencia de Lenin, ella no separa el partido de la sociedad. «La revolución socialista es la primera que solo puede alcanzar la victoria en interés de la gran mayoría y por la intervención de la gran mayoría de los trabajadores. La masa del proletariado está llamada no solo a fijar con clara conciencia las metas y la orientación de la revolución, sino también, por su propia actividad, a dar vida paso a paso al socialismo. La esencia de la sociedad socialista consiste en que las grandes masas trabajadoras dejen de ser una masa a la que se gobierna para vivir por sí mismas el conjunto de la vida política y económica dirigiéndola sobre la base de una autodeterminación libre y consciente» [383].

Apenas cabe pensar en un mayor contraste con la relación leninista de democracia y socialismo. Así es como la tesis de Luxemburg de 1904 sobre el «autocentrismo» de las masas supone una anticipación de la democracia de los Consejos; no como la de Lenin, hija de la necesidad, y que desaparece de nuevo tan pronto como hubo cumplido su función, sino como expresión originaria de lo que es una sociedad socialista. En este sentido, se dice en el programa de la Liga Espartaco, adaptado, con algunas variaciones sin importancia, como programa del KPD, y de acuerdo con las tareas de la vanguardia proletaria desarrolladas por Marx y Engels [384]:

«La Liga Espartaco no es un partido que pretenda conseguir el poder por encima de las masas obreras o a través de las masas obreras. La Liga Espartaco es solamente la parte más consciente de las metas a alcanzar de todo el proletariado, la que recuerda a las amplias masas de la clase obrera a cada paso sus tareas históricas, la que representa en cada estadio particular de la revolución la meta final socialista y en toda cuestión nacional los intereses de la revolución mundial proletaria. (...) La Liga Espartaco no tomará nunca el poder gubernamental sino por la voluntad clara y tajante de la gran mayoría de las masas proletarias de toda Alemania, nunca lo tomará sino en base a su acuerdo consciente con las ideas, objetivos y métodos de lucha de la Liga Espartaco. La revolución proletaria solo puede llegar a adquirir plena claridad y madurez gradualmente, paso a paso, por la vía de Gólgota de las propias y amargas experiencias, por un camino sembrado de victorias y derrotas. La victoria de la Liga Espartaco no coincide con el principio sino con el final de la revolución: coincide con la victoria de las grandes masas, integradas por millones de personas, del proletariado socialista» [385].

Estas palabras, escritas muy poco antes de su muerte, no nos dan la impresión de que Rosa Luxemburg hubiera cambiado sus opiniones con respecto a la organización del partido y a la vía hacia el socialismo. En lo concerniente a la relación entre espontaneidad y conciencia, entre masa y vanguardia, estaba totalmente de acuerdo con Marx y Engels, y no se cansaba de repetir: «Ningún socialismo sin la voluntad y la acción conscientes de la mayoría del proletaria-

do» [386]. Se dice al respecto en el *Manifiesto*: «Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría» [387]. Y Engels escribía en 1895: «Ya ha pasado la época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones llevadas a cabo por pequeñas minorías conscientes, a la cabeza de masas no conscientes. Donde se trate de una transformación total de la organización social tienen que estar presentes las mismas masas, haber comprendido ellas mismas ya de qué se trata, a favor de qué ellas se ponen con cuerpo y alma» [388].

Si Lenin se aleja fundamentalmente de la consideración marxista del movimiento proletario con su fórmula del «socialdemócrata revolucionario vinculado a la organización del proletariado como un jacobino», parece, de todos modos, que retiró parte de sus anteriores concepciones sobre la organización. Ya en 1905 matizaba su concepción de élites: «He declarado en el III Congreso del Partido mi deseo de que en el Comité del Partido haya por cada dos intelectuales, ocho obreros. ¡Qué anticuado ha quedado este deseo! Ahora sería de desear que, en las nuevas organizaciones del Partido, por cada miembro de la intelectualidad socialdemócrata haya algunos centenares de obreros socialdemócratas» [389]. Y atenúa también la validez de su concepción sobre el centralismo: «En condiciones de libertad política, nuestro Partido puede ser construido y lo será, completamente, según el principio electoral» [390]. Algunas de sus últimas expresiones dan casi la impresión de «espontaneísmo»: «La historia en general y la historia de la revolución en especial es siempre más rica en contenido, más polifacética, más plurilateral, más viva, más «embrollada» de lo que se lo imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más progresistas. Y esto es comprensible, ya que las mejores vanguardias dan expresión a la voluntad, la pasión, la fantasía de diez mil, mientras que la revolución es llevada a cabo, en momentos de un empuje y tensión especial de todas las capacidades humanas, por medio de la conciencia, la voluntad, la pasión, la fantasía de muchos millones, a los que espolea la más aguda de las luchas de clase» [391].

Solo retrospectivamente, desde que se ha construido el luxemburguismo como «función del leninismo» [392] han cobrado importancia las diferencias entre Luxemburg y Lenin, y son raros los casos en que tales diferencias se hayan discutido tomando en consideración sus enseñanzas para las cuestiones políticas de hoy día. Llama la atención el hecho de que el tema de los errores de Rosa Luxemburg —no de Lenin— y el de sus posibles revisiones esté en el centro de las consideraciones, incluso en el caso de autores no leninistas, sin tener apenas en cuenta, en multitud de puntos, las condiciones históricas. En el presunto acercamiento de Luxemburg al «leninismo», se aducen sobre todo manifestaciones de Adolf Warszawski y de Clara Zetkin. Warszawski cita de memoria una carta de Rosa Luxemburg de finales de 1918: «Todas tus reservas y vacilaciones las he compartido yo también, pero las he descartado en las cuestiones importantes, y en muchas cosas no he llegado tan lejos como tú» [393]. Clara Zetkin informa, en un opúsculo escrito por encargo del comité central contra Paul Levi, quien había publicado la crítica luxemburguiana

de la Revolución rusa: «Aunque me escribió dos veces, en el verano de 1918, diciéndome que tuviera a bien actuar junto a Franz Mehring, en el sentido de una postura crítica y científica con respecto a la política bolchevique, y aunque me comunicara su intención de hacer un trabajo más amplio sobre el tema, en su correspondencia ulterior hablaba de esta cuestión como «solucionada». La razón es evidente para todo aquel que está familiarizado con las actividades de Rosa Luxemburg después de la revolución alemana: actividades caracterizadas por una toma de postura en relación con los problemas de la Asamblea Constituyente, la democracia, la dictadura, etc., en contradicción con su anterior crítica a la política bolchevique. Rosa Luxemburg había llegado, después de muchas luchas consigo misma, a un cambio en su valoración histórica» [394].

Pero si uno examina atentamente la posición de Luxemburg respecto de los problemas tácticos y de los fines de la revolución, no puede en absoluto hablarse de una revisión de sus opiniones. Y si ella hizo manifestaciones en este sentido —y únicamente por lo que se refiere a su crítica del bolchevismo—, lo hizo bajo la impresión de la revolución alemana, la cual pudo despertar su optimismo con respecto a un impulso del movimiento revolucionario. Y es bajo esta misma impresión como ha de valorarse también su cambio de posición en relación con la política bolchevique en la cuestión de la Asamblea Nacional [395]. Esta actitud suya demuestra su capacidad para reaccionar con flexibilidad frente a movimientos y desarrollos reales, de adaptar la táctica revolucionaria a las exigencias reales, y no su acercamiento a las posiciones leninistas. Hasta qué punto se dejaba llevar, también en esta cuestión, por la situación concreta y no daba una importancia fundamental al asunto es algo que queda claro en una carta a Clara Zetkin, de enero de 1919. Dice así: «Y bien, sobre todo por lo que se refiere a la cuestión de la no participación en las elecciones, tengo que decirte que sobrevaloras en demasía el alcance de esta resolución. (...) Hemos decidido por unanimidad no hacer del caso una cuestión esencial y no tomarla trágicamente. En realidad, la cuestión de la Asamblea Nacional ha sido relegada a un segundo plano por los actuales acontecimientos» [396]. Rosa Luxemburg se revela también aquí como una «excelente representante del marxismo no falseado» [397], según la calificara Lenin, no se deja tentar por fórmulas fijas y rígidas, algo contra lo que había luchado durante toda su vida en el movimiento obrero alemán y en relación con Lenin. Y Lenin asume aquí, de nuevo, y en contra de sus exposiciones anteriores, una posición «luxemburguista»: El marxismo pide, «necesariamente, un acercarse *histórico* a la cuestión de las formas de lucha, (...) Intentar afirmar o negar la aplicabilidad de un determinado medio de combate sin haber estudiado convenientemente la concreta situación del movimiento en el grado de desarrollo alcanzado significa dejar por completo el suelo marxista» [398]. Y lo siguiente podía ser incluso de Rosa Luxemburg: «La vida enseña. La lucha viva es la que soluciona mejor aquellas cuestiones que todavía hace poco eran tan debatidas. (...) El movimiento de las masas, vivo, enérgico, potente, se encarga por sí mismo de barrer de la mesa de estudio todas las recetas concebidas artificialmente, como trastos inservibles, y sigue adelante, siempre adelante» [399].

Contra la idea de un acercamiento de Luxemburg a la política de los bolcheviques habla no solo el programa del partido elaborado por ella, en el que se establecen, por ejemplo en la cuestión campesina, reivindicaciones opuestas a las bolcheviques [400] y su clara repulsa del terror [401] (si bien este pasaje no sería aprobado unánimemente por los delegados, entendiéndolo como una crítica indirecta de los bolcheviques) [402]. Ya en las discusiones en torno al nombre a dar al nuevo partido se evidencia una cierta diferenciación de Luxemburg con respecto a los bolcheviques. Mientras que algunos dirigentes espartaquistas querían afirmar con el nombre de «Partido Comunista» su estrecha vinculación con el bolchevismo, Luxemburg abogaba, con su propuesta de «Partido Socialista», en favor de una vinculación entre los revolucionarios rusos y los socialistas europeos, aunque consideraba como prioritaria la tarea de acercar a las masas de Occidente las metas revolucionarias [403]. Tales discusiones revelan que «las tareas y el papel del nuevo partido eran interpretados de forma diferente incluso por las fuerzas dirigentes del mismo, es decir, en sentido «luxemburguista», o bien en sentido «leninista». El asesinato de Rosa Luxemburg y de Leo Jogiches impidió que estas diferencias fueran discutidas hasta el fin, llevando, incluso, a una ruptura organizativa [404].

El asesinato de Rosa Luxemburg impidió que la política propugnada en el programa espartaquista y en los discursos sobre el mismo se concretara. Lo que está claro es que no se alejó de la teoría de la revolución expresada en su trabajo sobre la huelga de masas ni de la praxis que de ella se deduce, considerando a los trabajadores como sujetos activos de la transformación revolucionaria, cosa que quedaba singularmente clara en sus últimos artículos, aparecidos en la *Rote Fahne*. Esto no quiere decir que haya que dejar a las masas sin dirección alguna, a su libre arbitrio. Rosa Luxemburg concibe la lucha proletaria esencialmente como un proceso de aprendizaje. Escribe al respecto: «Las masas tienen que aprender justamente a luchar, a actuar por sí mismas» [405], «las masas aprenden a ejercer el poder en la medida en que lo ejercen de hecho. No hay otro medio para aportarles ese conocimiento. Felizmente hemos dejado ya atrás los tiempos en los que de lo que se trataba era de enseñar el socialismo al proletariado. (...) Los proletarios se educan en cuanto pasan a la acción» [406]. Pero también dice, por otro lado: «ahora se trata de establecer por doquier, en lugar de la *disposición* revolucionaria la indomable *convicción* revolucionaria, en lugar de lo espontáneo lo sistemático» [407].

A principios de los años veinte, Georg Lukács fue el primero en estudiar la crítica luxemburguista a la política bolchevique, no como algo separado de su concepción total, sino como parte integrante y esencial de su obra teórica. Así es como surge el «luxemburguismo» [408]. Y ya que Luxemburg había legado al KPD un programa que se apartaba de la línea política de los bolcheviques, el «luxemburguismo» tuvo que ser presentado —en el marco de un endurecimiento y petrificación crecientes del PC ruso y del proceso de «bolchevización»— como un sistema erróneo.

Si, después de erigirse el leninismo en teoría del Partido y de inventarse el «luxemburguismo» como medida defensiva, se comparaba alguna vez a ambos teóricos, se hacía la mayoría de las veces en el marco de unas argu-

mentaciones filosófico-escolásticas y sin considerar apenas las enseñanzas a extraer actualmente de ambas concepciones. Considerando las diferencias entre Luxemburg y Lenin en relación con el conjunto de sus obras, aquellas pueden parecer insignificantes en el marco de la política cotidiana y de cuestiones particulares; y esto es realmente así si se las compara con sus coincidencias en la lucha contra el revisionismo y contra el oportunismo y con su misma posición global socialista de izquierdas, que diferenciaba a ambos de la mayor parte de los representantes de la II Internacional. Mientras sus diferentes valoraciones no llevaron a consecuencias de carácter político, seguían prevaleciendo los puntos comunes; solo cuando se trató —como en la Revolución de Octubre— de traducir las ideas a formas organizativas y a medidas concretas que quedarían de manifiesto los límites de tales coincidencias.

La diferencia esencial entre Luxemburg y el «leninismo» radicaba en que ella no entendía que el movimiento obrero revolucionario se agotara en una «dirección» provista de la verdadera teoría, sino como una lucha política y un proceso de transformación social resultante de los reales antagonismos de clase. Pero las diferencias entre Luxemburg y Lenin se han revelado como fundamentales sobre todo a la luz de la evolución posterior. Esta ha evidenciado que sus respectivas concepciones fundamentales —para Luxemburg, son las masas el sujeto de la transformación revolucionaria, para Lenin, en cambio, es el partido— llevan a direcciones opuestas y solo pueden ser entendidas como alternativas.

Con la perspectiva de medio siglo aparecen con menos entidad las particularidades de su controversia, siendo lo importante la serie de acontecimientos ocurridos en Rusia tras la muerte de Lenin, cuyas tendencias de desarrollo Rosa Luxemburg había ya señalado en 1904. El «leninismo» anquilosado en ideología, se convierte en ciencia de legitimación de un capitalismo de Estado autoritario.

Septiembre 1977. |
(Traducción de Pedro Madrigal)

**REVOLUCIÓN Y
DIALÉCTICA: LA
LUCHA DE ROSA
LUXEMBURG
CONTRA EL
REVISIONISMO**

Narihiko Ito: Nacido en 1931. Estudió Filosofía Germánica en la Universidad de Tokio, y se especializó en temas relacionados con el socialismo y el movimiento obrero internacional. Ha publicado diversos artículos sobre Rosa Luxemburg, y G. Lukács. Editor (en alemán) de parte de la correspondencia de Rosa Luxemburg (a Mathilde Jacob y otros), y traductor de sus obras y de su correspondencia, además de autor de diversos ensayos sobre literatura japonesa en la postguerra y sobre fenómenos ideológicos. Actualmente profesor de la Universidad de Chuo, Tokio.

«El avance histórico-mundial del proletariado hacia su victoria no es, desde luego, «cosa fácil». Toda la singularidad de este movimiento consiste en que en él por primera vez en la Historia las masas populares imponen su voluntad por sí mismas y *contra* todas las clases dominantes, pero teniendo que fijar esa voluntad más allá de la sociedad actual, fuera de ella. Sin embargo, las masas solamente pueden dotarse de esa *voluntad* en la lucha constante con el orden establecido, en el marco de ese orden. La unión de las masas con una meta que trascienda por completo el orden establecido, la vinculación de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo: este es el gran problema del movimiento socialdemócrata, el cual, consecuentemente, ha de trabajar y avanzar entre dos escollos: entre el abandono del carácter masivo y el abandono de la meta final, entre el retroceso a la secta y la degradación a movimiento burgués de reformas, entre el anarquismo y el oportunismo» [409].

Este pasaje de la obra *¿Reforma social o revolución?*, de Rosa Luxemburg, ocupa un lugar muy importante dentro del marco de su pensamiento y su praxis política, y no solo por repetir estas mismas palabras cinco años más tarde, en *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa*; creo que en estas palabras quedan recapitulados también el método y el principio fundamentales que informan las luchas teóricas y prácticas de toda su vida. Pues, de hecho, el movimiento socialista seguía amenazado por las corrientes de tipo anárquico y oportunista. «Consecuentemente ha de trabajar y avanzar entre dos escollos» nos parece una frase de tan difícil solución como una aporía. Pero Rosa Luxemburg encontró la solución; si el movimiento socialdemócrata no puede aprehender dialécticamente la relación existente entre la lucha cotidiana y la meta final, entre la conciencia de clase del proletariado —sujeto del movimiento— y el proceso histórico objetivo, el movimiento caerá en el anarquismo y en el oportunismo. El método para solucionar la aporía fue en Rosa Luxemburg, precisamente, el dialéctico, aplicado continuamente una y otra vez, a todo el proceso de desarrollo histórico. Y este método dialéctico de conocimiento no lo extraía solamente de las distintas obras marxistas, sino también del conjunto de sus experiencias en el curso de diez años de actividad en el movimiento polaco.

La tendencia anarquista o terrorista surge siempre allí donde una clase o capa social es objeto de exclusión y opresión total por parte del sistema, faltándole a su lucha cotidiana una clara perspectiva de la meta final [410]. Rosa Luxemburg había conocido por primera vez esta tendencia anarquista a través del blanquismo del movimiento polaco. Sus decisivas experiencias con el blanquismo del movimiento socialista polaco, la historia de sus enconadas luchas contra la influencia del «Narodnaja Wolja» y su derrota, los expresa Rosa Luxemburg en el memorándum escrito en 1903 para el partido: «Esta influencia [del «Narodnaja Wolja»] lo situó [al socialismo polaco] en una vía blanquista, que había de significar para él, junto al socialismo, la desaparición al cabo de pocos años. Con ello se cierra el primer capítulo de la historia

de la ideología socialista en Polonia» [411]. Y después de esta primera vivencia sería de lucha contra el blanquismo del movimiento polaco, se enfrenta, en el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y en la II Internacional, al revisionismo. Este revisionismo no era, sin embargo, una simple tendencia coyuntural hacia la derecha en el seno del movimiento socialista; surgía más bien de una serie de tendencias de profunda incidencia internacional, relacionadas con la general transformación de estructuras que había sufrido el capitalismo del siglo XIX con la aparición del sistema imperialista del siglo XX y su política de integración de la clase obrera en su conjunto. De manera que el problema del revisionismo había aparecido en todo el movimiento obrero europeo, pero de forma más clara y grave en Alemania, donde la transformación estructural socioeconómica había sido más rápida y profunda. La reflexión de Rosa Luxemburg en torno a esta transformación estructural del movimiento socialdemócrata alemán cobró forma en su consideración del Congreso del partido en Stuttgart: «Si anteriormente un ala del partido tendía siempre a una infravaloración de la lucha cotidiana efectiva, si era propensa a su negación, el exuberante desarrollo del movimiento a partir de 1890 tuvo que llevar por fuerza al polo opuesto: a la sobrevaloración del trabajo positivo de reformas, a tendencias oportunistas. El Congreso de Erfurt representa un momento de transición característico, en el que el partido tuvo que luchar en dos frentes... por una parte, contra los restos del movimiento de independientes, contra los Werner y Cía., por otra, contra los primeros signos de oportunismo, presentes ya en la persona de Vollmar» [412]. Y sigue escribiendo más tarde: «Las teorías anarquistas se ven diariamente golpeadas en toda la cara por los éxitos prácticos de la socialdemocracia, es decir, por la fuerza de los mismos hechos, de forma que no tiene pies ni cabeza seguir aferrándose hoy día todavía a las quimeras anarquistas; las ideas oportunistas, por el contrario, parecen afirmarse diariamente por los hechos mismos, de modo que su refutación solo puede ser llevada a cabo por medio de un claro *conocimiento* del partido. Las exigencias que plantea la lucha contra la orientación oportunista, en lo que se refiere a la formación teórica y práctica del partido, son incomparablemente mayores que en el caso de la lucha contra el anarquismo» [413]. Esto pensaba Rosa Luxemburg del oportunismo y su primer intento de enfrentamiento sistemático con el mismo fue su escrito *¿Reforma social o revolución?*.

I

Cuando Rosa Luxemburg pasó a residir en Berlín, en mayo de 1898, para militar en el SPD, el oportunismo no había cesado de desarrollarse en el seno del partido. Según la descripción de Parvus, «payasos políticos de moda... se jactan de su oportunismo y lo pasean como un espectáculo por todos los mercados. El espíritu revolucionario tiene, sin embargo, a los ojos de estos políticos de novísimo cuño, decididamente algo de anticuado, provinciano en sí,

como las largas chaquetas y los convencionales cilindros del 1848. En una palabra, que el oportunismo está ahí y se regocija de su existencia» [414].

Se dice que «al principio fue la palabra». Pues bien, «la primera palabra» del revisionismo en Alemania fue el llamado «discurso de El dorado», de Georg von Vollmar (1-6-1891). Esta «primera palabra» fue criticada duramente por las figuras principales del SPD —incluso por Bernstein— y Vollmar no replicó. La tendencia representada por Vollmar penetraría más tarde tan hondamente en el SPD que, según nos dice Rosa Luxemburg, «precisamente aquellos compañeros que se entusiasman con lo que se conoce por política práctica asumen los más importantes puestos en el partido; cosa que asegura también una mayor extensión en la aplicación y difusión de sus opiniones, contando, como redactores, con un buen número de publicaciones del partido y, en calidad de diputados del *Reichstag* y del *Landtag*, con una serie de tribunas parlamentarias. O sea, que precisamente allí donde, propiamente, se mantiene la lucha del partido en dos frentes —contra el gobierno y las clases dominantes y en favor de la formación de las masas trabajadoras—, en la *prensa* y en la *representación del pueblo*, los partidarios de la táctica oportunista tienen una presencia más fuerte» [415]. Recopilando todos estos hechos, Rosa Luxemburg había avisado: «Así que hay que tomar *muy en serio* el peligro de que al movimiento socialdemócrata «se le rompa», más pronto o más tarde, «la columna vertebral», como dice Bebel» [416]. La serie de artículos en torno a «Los problemas del socialismo», escritos por Eduard Bernstein desde 1896 en el *Neue Zeit*, y su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899), no eran, por tanto, más que un trabajo de recopilación de estas tendencias oportunistas que habían penetrado profundamente en la praxis cotidiana del SPD, un trabajo que daba expresión teórica a esas tendencias.

Bernstein ya había dicho al comienzo de su primer artículo, escrito en el *Neue Zeit* en octubre de 1896: «El movimiento socialdemócrata ha hecho, en los últimos años y en casi todos los países civilizados, importantes progresos» [417]. «Si bien sería prematuro querer deducir de este hecho que estamos ya en vísperas de la victoria definitiva del socialismo, lo que sí se nos permite es llegar, a partir de la amplia difusión del pensamiento socialista y de sus correspondientes manifestaciones en el campo de la producción, comercio y transporte, vida profesional y movimiento obrero, a la conclusión siguiente: nos acercamos a pasos agigantados a una época en la que la socialdemocracia tendrá que modificar su punto de vista, hoy todavía esencialmente crítico, en el sentido de que tendrá que salir con propuestas positivas de reforma, más allá de las exigencias relativas a salario, protección laboral y cosas semejantes» [418]. Y Bernstein había expresado además, en un artículo aparecido en enero de 1898 en el *Neue Zeit*, su «firme convicción», ante las perspectivas optimistas que se abrían, «de que la generación actual podrá vivir ya algún día la realización del socialismo, si no en su forma patentada, sí, por lo menos, en su contenido» [419]. Y había declarado, polemizando con el socialista inglés Ernest Bax: «Lo confieso abiertamente: tengo muy poco interés por aquello que comúnmente se llama «meta final del socialismo». Esta meta, sea la que fuere, no es para mí absolutamente nada; para mí el movimiento lo es todo. Enten-

diendo yo con esta expresión «movimiento» tanto el movimiento general de la sociedad, es decir, el progreso social, como la agitación y organización política y económica necesarias para la realización de tal progreso» [420].

Ya que esta declaración de Bernstein desconcertaba incluso a aquellos que se basaban prácticamente en lo mismo, más tarde se justificaba, en una carta escrita al Congreso de Stuttgart: «Por ser yo de la firme convicción de que no se pueden saltar épocas importantes en el desarrollo de los pueblos, doy el mayor de los valores a las tareas inmediatas de la socialdemocracia: a la lucha por los derechos políticos de los trabajadores, a la actividad política de los mismos en ciudades y municipios en defensa de sus intereses de clase, así como a la tarea de organización económica de los trabajadores. En este sentido escribía yo entonces la frase de que, para mí, el movimiento lo es todo... y nada lo que comúnmente se conoce por meta final del socialismo; entendiéndola así, la suscribo todavía en la actualidad... Es evidente que la frase no expresa indiferencia o, mejor dicho, despreocupación por el «cómo» de la configuración definitiva de las cosas. Todas mis reflexiones y esfuerzos se consagran a las tareas de la actualidad y de un próximo futuro» [421]. Bernstein quería, pues, renunciar a la problemática fundamental del movimiento socialdemócrata, a la radical transformación de la sociedad y del Estado; esto es algo que vuelve a dejar muy claro en su citada justificación, reduciendo la finalidad de toda la actividad del SPD, es decir, de su estrategia y táctica, a las «tareas de la actualidad y de un futuro próximo», separando así el programa mínimo del programa máximo.

El libro *¿Reforma social o revolución?* fue escrito como crítica de esta concepción revisionista de Bernstein. Su primera parte fue apareciendo en una serie de 7 artículos (21-28 del 9 de 1898) en el órgano del ala izquierda del partido, el *Leipziger Volkszeitung*, poco antes del Congreso de Stuttgart; la segunda parte apareció también en el mismo periódico, en una serie de cinco trabajos (4-8 del 4 de 1899), como crítica del libro de Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Las dos partes aparecían en abril de 1899, en imprenta y editorial del mismo periódico, con el título *¿Reforma social o revolución?*, con un apéndice sobre *Milicia y militarismo*, con una tirada de 3000 ejemplares [422].

¿Que qué es lo que Rosa Luxemburg ha aportado, con su primera crítica sistemática del revisionismo, a la teoría marxista y al movimiento internacional?

1. Rosa Luxemburg había dejado muy claro, por medio de un análisis global de la concepción de Bernstein, que en el enfrentamiento con el revisionismo «no se trata de esta o aquella forma de lucha, esta o aquella *táctica*, sino de la *existencia* misma del movimiento socialdemócrata» y de la propia esencia del movimiento obrero [423]. Así que, en el fondo, toda discusión con Bernstein se convierte «en una disputa entre dos concepciones del mundo, dos clases, dos formas de sociedad» [424].

2. Rosa Luxemburg fue la primera en ver que la nueva «capacidad de adaptación del capitalismo» no representaba sino las nuevas particularidades de la fase imperialista, que pretendía integrar en el sistema a la clase trabajadora en su totalidad mediante la racionalización del sistema socioeconómico

del capitalismo del siglo XIX, que había quedado anticuado. Esta «capacidad de adaptación del capitalismo» encontraba expresión, según Bernstein, en los fenómenos siguientes: primero, en la desaparición de las crisis generales; segundo, en la resistencia y tenacidad de las clases medias; y tercero, en la mejora económica y política de la situación del proletariado gracias a la lucha sindical. Bernstein negaba con ello la concepción de Marx y Engels y el principio fundamental del Programa de Erfurt, al prever el desarrollo del capitalismo sin traba alguna. Rosa Luxemburg había explicado que los nuevos medios de adaptación utilizados por el capitalismo no solo no pueden solucionar sus contradicciones internas, sino que suscitan, más bien, contradicciones —mayores— en la «política mundial» y el militarismo, ahondando más aún el abismo existente entre capital y trabajo, preparando así su propio derrumbe. Con ello Rosa Luxemburg había terminado teóricamente con la mitología de un «desarrollo continuo y sin trabas del capitalismo», con la que Bernstein se alineaba junto a los ideólogos del capitalismo alemán. De esta forma Rosa Luxemburg señalaba, como una misma tarea a llevar a cabo por el movimiento obrero internacional, la defensa de la paz mundial y la instauración del socialismo.

3. Rosa Luxemburg había destacado nítidamente el conjunto de relaciones orgánicas y diferencias cualitativas existentes entre lucha cotidiana y meta final, es decir, entre reforma y revolución, criticando la concepción de Bernstein, la cual predecía la instauración del socialismo sin revolución por medio de la simple difusión de reformas sociales, de la victoria en la lucha electoral y del progreso de los sindicatos y cooperativas. Frente a esta concepción afirmaría ella, por el contrario, que solo un desarrollo dialéctico por medio de la lucha de la masa obrera revolucionaria consciente de su misión podía operar una transformación cualitativa de las reformas, pasando a la categoría de fin último del movimiento. Solucionaba así, desde un punto de vista teórico, aquel problema del «cómo» [425], que, de hecho, se echaba en falta en el Programa de Erfurt, por lo mismo que en su día había sido criticado ya por Engels [426].

4. Rosa Luxemburg había reconocido la esencia del trabajo en la sociedad burguesa y del Estado de clase en su estadio imperialista, y advirtió de que si el movimiento socialista no comprendía esta esencia del trabajo y del Estado todo acabaría en el abandono del socialismo e incluso en la disolución del movimiento.

5. *Last but not least*. Con su trabajo teórico, Rosa Luxemburg había recuperado el punto de vista marxista que considera todos los fenómenos del mundo como una totalidad y como un proceso de desarrollo dialéctico, que se determinan unos a otros. Con ello, restablecía el principio de la revolución como el motor del proceso histórico y de la dialéctica como método de conocimiento en el seno del movimiento socialdemócrata.

II

A partir del «discurso de El dorado» los oportunistas presentaban siempre sus teorías revisionistas como la táctica necesaria para acomodarse a las nuevas circunstancias. El mismo Bernstein, en su carta dirigida al Congreso de Stuttgart, había justificado su punto de vista como si se tratase de una táctica: «Se ha afirmado, desde ciertas posiciones, que la consecuencia práctica de mis trabajos es la renuncia a la conquista del poder político por el proletariado organizado política y económicamente. Esta es una conclusión totalmente arbitraria, cuya verdad niego decididamente. He salido al paso de la opinión que dice que nos encontramos ante un colapso inminente de la sociedad burguesa y que la socialdemocracia *debe determinar su táctica con las perspectivas de un tal inminente derrumbe social, o bien hacerla dependiente de ese gran acontecimiento, que ya está en puertas. Y lo que he dicho lo mantengo en toda su amplitud*» [427]. Como hemos indicado anteriormente, lo esencial de sus afirmaciones se refieren al cambio de la estrategia socialdemócrata, es decir, al abandono de la revolución socialista como meta. No se limitaba, pues, a dar expresión a lo que él, personalmente, esperaba, sino que se convertía en portavoz de la corriente revisionista, cada vez más extendida en la praxis cotidiana del SPD.

Los prácticos del SPD, personas como Ignaz Auer o Vollmar, que actuaban, pero hablaban poco sobre su forma de actuar, temían ser molestados en su actividad por las palabras de Bernstein. Así fue como Georg von Vollmar, a la cabeza de la corriente oportunista, pudo escribir, por ejemplo, en una carta fechada en octubre de 1899, a Bernstein, no sin ironía, lo siguiente: «Desde los tiempos de Erfurt hablo menos y actúo más. Y cuando tengo que hablar, lo hago sobre todo pensando en qué es lo que el partido puede llevar a cabo aquí y ahora. Puedo decir que estoy completamente satisfecho con los resultados... Desde un punto de vista práctico, yo no hubiera escrito jamás —o por lo menos no lo hubiera hecho como tú—, tu tan difamada obra... Padesces de hipertrofia de la conciencia, de urgencia de confesarte y de poner algo sobre el tapete, sin tomar en consideración el estado del estómago de tus huéspedes. Y esto tiene que crear necesariamente dificultades». «El camino está ahora libre para un desarrollo natural de las cosas... solo que no se puede pedir a la columna que haga demasiadas marchas, y así todo irá bien» [428].

Los defensores, en el partido, del Programa de Erfurt, sobre todo August Bebel y Karl Kautsky, no podían entender el fundamento y la esencia de las opiniones de Bernstein. Tenían la sospecha de que Bernstein no reconocía el estado de cosas dominante en Alemania a causa de su estancia excesivamente larga en un «ambiente inglés» [429], o a causa de una mala interpretación de las cifras que proporcionaban las estadísticas. No pudiendo, por tanto, hacer otra cosa que recomendarle su «conversión» y la vuelta a la patria, a fin de defender el Programa de Erfurt. He aquí la contestación, en tono orgulloso, que les manda Bernstein, en fecha 20-10-1898: «No se me ha ocurrido atacar,

en mi artículo sobre la conquista del poder político, al partido alemán... Pues, el partido alemán ha practicado con la suficiente frecuencia, o, mejor dicho, siempre, el oportunismo, y, en todo caso, su política ha sido siempre mucho más correcta que su fraseología. Por ello, no quiero reformar la política que, de hecho, lleva a cabo el partido... a lo que aspiro, y... a lo que, como teórico debo aspirar, es a la unidad entre teoría y realidad, entre frase y acción» [430].

Parvus, del ala izquierda del partido, pudo reconocer que «...con ello, se distrae la atención del Gobierno de los asuntos de política interior, despertando el deseo de paz interior, a fin de tener las manos más libres en la ausencia de paz en el exterior. Y este relajamiento de la reacción política actúa también de amortiguador y produce en las cabezas tantas más ilusiones cuanto más haya sido abonado el terreno con la mierda del reformismo social, contribuyendo también el desarrollo industrial de los últimos años al fomento de talos ilusiones» [431]. Pero, al no poder Parvus concebir el revisionismo solo como una manifestación «en la praxis», tuvo que renunciar a «encerrar al oportunismo en una fórmula» [432].

Rosa Luxemburg fue, por tanto, la única teórica que supo ver en las ideas de Bernstein un ataque sistemático a «la existencia misma del movimiento socialdemócrata» [433]. Es digno de notar, creo yo, el hecho de que ella desvelara con claridad la diferencia entre los fundamentos de la socialdemocracia y los de Bernstein: «La diferencia no está, pues, en el *qué*, sino en el *cómo*» [434]. «Y esto es tanto el núcleo de su concepción como la diferencia fundamental que lo separa de la concepción socialdemócrata hasta ahora usual... no basa su teoría en la eliminación de estas contradicciones por su propio y consecuente desarrollo. La teoría del revisionismo se halla en el medio, entre dos extremos: no quiere llevar las contradicciones capitalistas a su plena madurez *ni eliminarlas* una vez se ha llegado al extremo por un cambio revolucionario; lo que quiere es atenuarlas, quitarles mordiente» [435]. La táctica de la socialdemocracia, al contrario, no consiste, según ella, «en *esperar* el desarrollo extremo de las contradicciones capitalistas hasta que se produzca entonces un cambio revolucionario. Al revés: lo que hacemos es apoyarnos en la *dirección* del desarrollo una vez conocida para llevar luego en la lucha política sus consecuencias hasta el límite» [436]. Rosa Luxemburg subrayaba así el hecho de que la teoría revisionista se funda en la eliminación de la dialéctica materialista, pero que el desarrollo dialéctico del proceso histórico, a su vez, solo podía realizarse a través de la actividad del sujeto, consciente del fin que persigue. Destacando así, con toda claridad, «en qué consiste la esencia de toda táctica revolucionaria» [437].

Y contra el reproche de Bernstein, en el sentido de un «dualismo» teórico en Marx, «de un resto de utopismo» [438]. Rosa Luxemburg replica: «El «dualismo» marxiano no es sino el dualismo del futuro socialista y el presente capitalista, del capital y el trabajo, de la burguesía y el proletariado, es el monumental reflejo científico *del dualismo existente en la sociedad burguesa, de los antagonismos de clase de esa sociedad*» [439]. Denuncia así la esencia de la forma de ver típica de Bernstein: «El «monismo», es decir, la unidad de Bernstein, es la unidad del orden capitalista eternizado, la unidad del socialista que

ha renunciado a su meta final para acabar viendo en la sociedad burguesa, única e inmutable, la estación final del desarrollo humano» [440]. Deja claro que la *Weltanschauung* revisionista es la forma de ver las cosas de un utópico que se ha distanciado de la dinámica de hecho del proceso histórico, viendo con los ojos de su deseo el desarrollo y el futuro de la historia; en tanto que la concepción del mundo marxista asume como una totalidad ambas fuerzas, profundamente contrapuestas, y su dinámica dialéctica dentro de la sociedad burguesa.

Rosa Luxemburg había explicado, pues, que la teoría de Bernstein, que había comenzado con el abandono de la teoría del derrumbe capitalista, había llevado al abandono de la perspectiva socialista, de la concepción materialista de la historia, de la ley del valor y de la plusvalía, y, con ello, de toda la teoría económica de Marx; y, por consiguiente también al abandono de la lucha de clases. Es decir que, según el punto de vista de Bernstein, la socialdemocracia se tornaría comprensible «como un resultado de la presión política del gobierno, no en tanto que resultado lógico del desarrollo histórico, sino como el producto casual de la política Hohenzollern, no como hijo legítimo de la sociedad capitalista, sino en tanto que bastardo de la reacción» [441], llegando a la conclusión de que «la discusión con Bernstein se ha convertido en una disputa entre dos concepciones del mundo, dos clases, dos formas de sociedad» y de que «Bernstein y la socialdemocracia se sitúan actualmente en campos completamente distintos» [442].

Y al reconocer Rosa Luxemburg que la teoría de Bernstein no solo afectaba a los principios fundamentales del Programa de Erfurt y de la teoría marxista, sino también, de hecho, a la misma clase obrera, pedía que el debate sobre el revisionismo no se redujera a una cuestión de un puñado de «académicos», sino que se discutiera el problema con las masas obreras: «Mientras el conocimiento teórico siga siendo el privilegio de unos cuantos «académicos» en el partido, seguirá corriendo el riesgo de extraviarse» [443]. Ella pensaba que la misma masa trabajadora debía incidir en esta polémica de forma decisoria, por lo que acababa el prólogo de su libro *¿Reforma social o revolución?* con una estrofa de Heinrich Heine: «La cantidad lo hará» [444].

Rosa Luxemburg había refutado, una tras otra, las teorías de Bernstein, en base a estos principios y conocimientos fundamentales. En primer lugar, contra la afirmación de Bernstein, según la cual desaparecería toda crisis general al tener el sistema capitalista cada vez mayor capacidad de adaptación gracias al desarrollo del sistema de créditos, de las organizaciones empresariales, del transporte y el servicio de información, Luxemburg sostenía que el crédito, si bien forma «un eslabón orgánico de la economía capitalista», constituye también «un elemento igualmente indispensable de su mecanismo, así como también un instrumento de destrucción en la medida en que agudiza sus contradicciones internas», porque acrecenta el grado de contradicción existente entre el modo de producción y el modo de apropiación, entre las relaciones de propiedad y las relaciones de producción y, por tanto, entre el carácter social de la producción y la propiedad privada capitalista [445]. Por lo que respecta a las asociaciones empresariales que, según Bernstein, evitarían más

eficazmente la anarquía inherente al capitalismo y las crisis, ella argumenta que 1) los cárteles «agudizan la lucha entre productores y consumidores»; 2) «potencian a su mayor exponente el antagonismo existente entre capital y trabajo»; y 3) «agudizan la contradicción entre el carácter internacional de la economía capitalista mundial y el carácter nacional del Estado capitalista»; en consecuencia, «en cuanto a su acción definitiva sobre la economía capitalista, los cárteles y trusts no solo aparecen como un «medio de adaptación» para atenuar las contradicciones, sino más bien como un medio creado por ella misma para aumentar su propia anarquía, para agravar sus propias contradicciones y para acelerar su propio hundimiento» [446].

Mérito de Bernstein fue, en mi opinión, el haber comprendido la doble función desempeñada por las asociaciones empresariales, que, por una parte, mantienen a raya la anarquía capitalista, pero, por otra, llevan en sí «los gérmenes de una forma nueva y más fuerte de *dependencia* de la clase trabajadora». Dice así: «Mucho más importante que profetizar la «impotencia» de los cárteles y trusts, es no olvidar, desde el punto de vista de los trabajadores, sus posibilidades» [447]. En este sentido, comprendió la realidad mejor que los defensores del Programa de Erfurt, Bebel y Kautsky. Pero no podía imaginar, y menos todavía explicar, el tipo de «forma de dependencia nueva y más fuerte» que aparecería en la clase obrera con los cárteles industriales. Rosa Luxemburg, en cambio, había expuesto claramente que las crisis no son más que un medio de adaptación del sistema capitalista y que las asociaciones empresariales suscitan, a base de sus propias nuevas contradicciones, la «política mundial» y el militarismo, —contradicciones todavía mayores para el capitalismo— en el sentido de que la monopolización del capital constituye el elemento central del nuevo régimen, del imperialismo. Había calificado la opinión de Bernstein —según la cual la ausencia de crisis había de entenderse como un síntoma de «adaptación» de la economía capitalista—, de «concepción mecánica y antidialéctica» [448]. Para Bernstein, «las crisis son simplemente perturbaciones en el mecanismo económico; el momento que dejan de hacer acto de presencia supone que el mecanismo ya puede funcionar acompasadamente»; mientras que para R. Luxemburg las crisis «no son, de hecho, «perturbaciones» o, mejor dicho, son perturbaciones de las cuales, no obstante, la economía capitalista en su conjunto no puede prescindir» [449].

Es verdad que las crisis son, para el empresario individual, auténticas crisis existenciales, una seria amenaza. Pero en tanto se limiten a la esfera económica, no suponen una amenaza para el sistema capitalista en sí. Lo que pasa es que el gran capital arrasa sin piedad a la mediana y pequeña empresa, y crece en la misma medida en que traga. Esto lo podemos ver todavía hoy día. Rosa Luxemburg había percibido muy tempranamente la esencia y la función de las crisis: «Más peligros que las crisis mismas entrañaría un desarrollo «sin perturbaciones» de la producción capitalista. (...) Precisamente las crisis, que son la otra consecuencia del mismo proceso, provocan a través de la *desvalorización* periódica del capital, del abaratamiento de los medios de producción y de la paralización de una parte del capital activo, la elevación de los beneficios, dando lugar así a la posibilidad de nuevas inversiones y con ello a una

expansión de la producción. Así resultan ser el medio de atizar el fuego del desarrollo capitalista una y otra vez» [450]. Rosa Luxemburg explica que las crisis no son sino medios para extender el pánico entre los trabajadores, los empresarios medianos y pequeños y sus familias; pero que, en sí, para el sistema capitalista, no son sino un pretexto para centralizar y monopolizar el capital, presentando así el irreconciliable antagonismo entre el ciudadano y el capital monopolista como uno de los fundamentos básicos de la sociedad capitalista actual.

III

Pero más importante que su análisis de las crisis es su intento primero de analizar lo que es la «política mundial» [451] y el militarismo, es decir, el imperialismo, algo que estaba fuera del campo visual de Bernstein. Señala agudamente al respecto: «El mismo desarrollo capitalista transforma esencialmente la naturaleza del Estado» [452]. Precisamente este cambio esencial de la naturaleza del Estado era considerado por Bernstein como indicativo de las posibilidades de transición pacífica al socialismo, y sobre esa base había construido su teoría revisionista. Rosa Luxemburg escribe al respecto: «En este sentido, se prepara la futura fusión del Estado con la sociedad, la recuperación, por así decirlo, de las funciones del Estado por la sociedad» [453]. Pero recuerda, al mismo tiempo, que el Estado actual no es sino un Estado de clase, a pesar de que asuma funciones diversas de los intereses globales. El Estado intenta en la medida de lo posible integrar a la clase trabajadora en el sistema capitalista: «El Estado actual no es precisamente «sociedad» en el sentido de «clase obrera ascendente», sino representante de la sociedad *capitalista*, es decir, Estado de clase. Por esta razón, la reforma social salida de sus manos no es la realización del «control social», es decir, del control del pueblo trabajador libre sobre su propio proceso de trabajo, sino control de la *organización de clase del capital sobre el proceso de producción del capital*. Ahí precisamente, es decir, en los intereses del capital es donde la reforma social encuentra también sus límites naturales» [454].

Es evidente que incluso tal «reforma social» no puede llevarse a efecto sin la lucha de la clase obrera. Sin embargo, Rosa Luxemburg ha mostrado claramente que, a pesar de la más radical de las luchas de la clase obrera, el «control social» del Estado no constituye, en tanto este siga manteniendo el mismo carácter de clase, «ninguna intervención en la explotación capitalista», sino solo «el establecimiento de una normativa; ordenación de esa explotación» [455], quebrantando con ello el optimismo de Bernstein, que confiaba en que se podría acceder al socialismo mediante el «control social del Estado».

Con la progresiva centralización y monopolización del capital, el nuevo sistema capitalista crea las bases para la aparición de la «política mundial» y el militarismo, con el fin de superar sus contradicciones y poder desarrollarse cada vez más. Rosa Luxemburg se refiere, en *¿Reforma social o revolución?*, al

por qué el militarismo se ha hecho imprescindible a la clase capitalista: «Primero, como medio de lucha de los intereses «nacionales» en concurrencia con otros grupos nacionales; segundo, como campo de inversión muy importante tanto para el capital financiero como para el capital industrial; y, tercero, como instrumento de la dominación de clase sobre el pueblo trabajador en el propio país» [456]. Va más allá en su análisis del fenómeno del militarismo en un artículo, *Milicia y militarismo*, escrito entre la aparición de la primera y segunda parte de *¿Reforma social o revolución?*, en el que leemos: «El militarismo, que para la sociedad en su conjunto supone un despilfarro totalmente absurdo desde un punto de vista económico, despilfarro en fuerzas productivas que para la clase obrera viene a suponer un descenso de su nivel económico, y su esclavitud social, constituye, para la clase capitalista, desde un punto de vista económico, la más brillante e insustituible forma de inversión, a la vez que el mejor apoyo social y político de su dominación de clase» [457]. Rosa Luxemburg percibe así muy tempranamente, que el militarismo constituía el enemigo mortal de la clase obrera y de la socialdemocracia y que la existencia de estos dependía de la lucha contra el militarismo. Por esta razón había escrito, en tono de aviso: «En el militarismo cristaliza el poder y la dominación tanto del Estado capitalista como de la sociedad burguesa; y como la socialdemocracia es el único partido que lucha, *por principio*, contra él, la lucha, por principio, contra el militarismo es la *esencia* de la socialdemocracia. La renuncia a luchar contra el militarismo desemboca, *prácticamente*, en la negativa a luchar contra el orden social actual» [458]. Y en la segunda parte de *¿Reforma social o revolución?* veía ella en «la política mundial y en el movimiento obrero» dos factores que «están precisamente determinando la totalidad de la vida política del Estado actual...» [459] «dos aspectos diferentes de la fase actual del desarrollo capitalista» [460], poniendo así el dedo en la llaga de las bases del antagonismo de la época imperialista. Estaba completamente convencida de que solo el movimiento obrero revolucionario podía, luchar contra la «política mundial» y el militarismo.

En sus análisis, cada vez más profundos, de la «política mundial» y del militarismo, Rosa Luxemburg no solo había visto en ambos fenómenos uno de los más efectivos métodos de opresión del sistema capitalista; destacaba también en ellos su carácter de elemento central en la nueva guerra —mundial—, y así pudo prever que la «política mundial» tenía que producir forzosamente el derrumbe del sistema capitalista mismo, y con él la ruina sin precedentes de toda la humanidad.

Rosa Luxemburg no tenía aún claro —me parece—, por la época de la publicación de su *Milicia y militarismo* y de su discurso en el Congreso de Hannover, el hecho de la íntima relación orgánica entre la «política mundial» y el militarismo. Sin embargo, ya en su artículo «Un resultado de la política internacional», publicado en el *Leipziger Volkszeitung* en enero de 1900, había calificado de «caprichos imperialistas» [461] la guerra anglo-boer, determinando claramente la íntima relación que guardaban ambos fenómenos entre sí: «La política mundial lleva, en cualquier caso y por todas las vías, a la misma meta: al *fortalecimiento del militarismo*» [462]. Siguiendo este mismo razonamiento,

fue todavía más lejos con ocasión de su discurso pronunciado en el Congreso Internacional Socialista celebrado en París del 23 al 27 de septiembre de 1900. Allí caracterizaba la estrecha relación entre militarismo y política colonial como «nada más y nada menos que dos caras distintas del mismo fenómeno: la política mundial» [463], presentando así la aparición de la política mundial, del militarismo y de la política colonial como una trinidad de la nueva fase imperialista.

En su discurso en el Congreso de Maguncia, Rosa Luxemburg había entendido la guerra china como «el primer acontecimiento de la era de la política mundial» y apelaba, con este motivo, a la clase obrera a contestar a «este primer ataque de la reacción internacional, de la Santa Alianza, de forma inmediata, con una protesta unánime por parte de todos los partidos obreros de Europa» [464]. Poco después, en el citado Congreso Internacional Socialista de París, presentaba, de un lado, la política mundial, el militarismo y la política colonial como una trinidad y como una nueva amenaza de guerra y, de otro, se refería también a la formación de una nueva base para la solidaridad internacional en el seno del movimiento obrero: «El mismo militarismo, la misma política naval, la misma caza de colonias, la misma reacción por todas partes y, sobre todo, un permanente peligro de guerra internacional o, por lo menos, un estado de animosidad permanente, en que están involucrados igualmente todos los Estados civilizados importantes. Pero con ello, se han sentado, al mismo tiempo, unas nuevas bases para una acción política común» [465]. Hacía, por primera vez en el mundo, una llamada a un movimiento internacional de protesta de la clase obrera contra el imperialismo y el inminente peligro de guerra, con las siguientes palabras: «Los socialistas no pueden ya limitarse a hacer declaraciones platónicas». «Frente a la alianza de la reacción imperialista el proletariado tiene que oponer un movimiento de protesta internacional» [466]. Esta concepción, expresada aquí por primera vez, viene reflejada en todos sus discursos y acciones; es, por así decirlo, como un hilo conductor que vincula todos sus hechos y discursos.

Este punto de vista de Rosa Luxemburg y su comprensión de la esencia de la «política mundial» está en crasa contradicción con el punto de vista y la concepción de Bernstein. A la frase del *Manifiesto Comunista*, de que «el proletariado no tiene patria», Bernstein replicaba: «Esta frase podía aplicarse, en todo caso, al obrero de los años cuarenta, sin derechos y excluido de la vida pública, pero hoy día... ha perdido ya en gran parte su verdad y ello cada vez más, en la medida en que el obrero se vaya convirtiendo, por la influencia de la socialdemocracia, de proletariado que era en... ciudadano» [467]. Con ello, apoyaba implícitamente la política de integración de la clase trabajadora ejercida por el sistema en el interior del país y reconocía, en el plano de la política exterior, la política colonial imperialista como «un derecho de la civilización superior» [468]. Bernstein no podía en absoluto concebir la transformación estructural del capitalismo del siglo XIX amenazado siempre de crisis como un proceso de desarrollo históricamente necesario del capitalismo hasta acceder a la nueva «política mundial» imperialista; por ello aceptaba la política imperialista y se convertía así en partidario teórico del nuevo sistema impe-

rialista. Rosa Luxemburg, en cambio, no solo había comprendido el significado global del cambio estructural verificado en el capitalismo, sino que había visto también claramente que este cambio produce, no ya las viejas contradicciones del capitalismo del siglo XIX, sino una serie de contradicciones de nuevo cuño, tales como el estado de animosidad permanente entre los estados imperialistas y el peligro inminente de una guerra mundial; indicando además, como hemos visto, que esto haría también posible la creación de nuevas bases para la solidaridad internacional y la acción revolucionaria de la clase obrera, una nueva base para vincular la lucha por el socialismo y el mantenimiento de la paz mundial [469]. Aclaraba al respecto: «Cada vez parece más probable que *el hundimiento del orden capitalista* resulte, no de una crisis económica, sino de una crisis *política*, producida por la política mundial. Puede que la hegemonía del orden capitalista dure todavía mucho tiempo, pero tarde o temprano sonará la hora; y para que el momento decisivo nos encuentre preparados, de cara al gran papel que debemos desempeñar, es necesario que el proletariado de todos los países se prepare para ello por medio de una continua acción internacional» [470]. En este sentido, se puede decir —como lo ha hecho Lelio Basso— que el mérito de Rosa Luxemburg estriba en «haber puesto en primer plano el factor militarismo y guerra como un factor potencialmente revolucionario, en el marco del movimiento internacional» [471].

IV

Todo aquel que tenga por cierta la teoría de Rosa Luxemburg, estará de acuerdo en convenir que ella desveló, en su polémica contra Bernstein, la relación orgánica entre lucha cotidiana y meta final, es decir, entre reforma y revolución. Leemos, por ejemplo: «Entre reforma y revolución existe para la socialdemocracia un vínculo indisoluble, puesto que concibe la lucha por las reformas como *un medio*, mientras que la revolución social es para ella *el fin*» [472]. Pero con esto no queda agotada toda la importancia de su polémica.

El Programa de Erfurt, establecido en base a un programa máximo y otro mínimo, tenía un defecto, como lo había constatado Engels ya en 1891: «Las exigencias políticas del proyecto presentan un gran defecto. Aquello que, propiamente, debería ser dicho no está contenido allí» [473], pues faltaba la aclaración de cómo, con un programa mínimo, se podía alcanzar la meta final. Engels criticaba: «Uno trata de convencerse a sí mismo y de convencer al partido de que «la sociedad actual está abocada al socialismo», sin preguntarse si se desarrolla necesariamente a partir de su vieja estructura social; si no tendrá que deshacerse violentamente de su viejo caparazón, con tanta violencia como el cangrejo; si no tendrá que romper, en Alemania, las cadenas de una estructura política todavía semiabsolutista y, además, enormemente compleja» [474].

A pesar de esta crítica de Engels, la dirección del partido no solo no planteó abiertamente los defectos del programa, sino que no publicó el escrito de En-

gels hasta 1901, por temor a dar al gobierno un nuevo pretexto que justificara la opresión y la promulgación de una nueva ley antisocialista. Por lo demás, no se comprendió la crítica de Engels en todo su alcance. La dirección del partido había hablado de la meta final, sin más, sin explicitar ni teórica ni prácticamente cómo conseguir este fin a través de la lucha cotidiana. Aparecía así, en la praxis del partido, una disociación entre palabras y hechos, Bernstein se había referido a ello, en una carta dirigida a Bebel, como ya dijimos anteriormente. Hablaba allí «de una evolución natural de la sociedad hacia el socialismo»: mediante el aumento de votos del SPD, el crecimiento y extensión de los sindicatos y cooperativas y la instauración de la autoadministración democrática en los municipios [475]; «sin preguntarse «si ella [la sociedad actual] no se desarrolla necesariamente a partir de su vieja estructura social, si no tendrá que deshacerse violentamente de su viejo caparazón», como Engels había criticado. De modo que Bernstein citaba las palabras de Engels, pero utilizándolas, por lo que al contenido se refiere, en su contra: «La socialdemocracia prospera mucho más por medios legales que por medios ilegales y por la revolución» [476]. Bernstein se había cuestionado muchas veces en torno a la expresión «dictadura del proletariado», de si tendría sentido «conservar la expresión «dictadura del proletariado»» y contesta: «Está, hoy día, tan anticuada que se despoja a la palabra dictadura de su significado propio, el que de hecho tiene, dándole algún otro sentido menos radical» [477]. Para afirmar finalmente: «Si la socialdemocracia tuviera la valentía de emanciparse de una fraseología que, de hecho, ha quedado anticuada y *si quisiera aparecer como actualmente es en realidad, un partido reformista socialdemócrata*, su influjo sería mucho mayor de lo que es en la actualidad» [478].

¿Qué es lo que Rosa Luxemburg nos ha legado de su polémica con Bernstein? Su principal mérito consiste en haber señalado con toda claridad, en sus análisis sobre la esencia y función del Estado, las conexiones orgánicas existentes entre las luchas diarias en el parlamento, en los sindicatos y municipios, por una parte, y la revolución por otra. Afirma, por ejemplo, que si la lucha parlamentaria se limita al marco del parlamento, si el movimiento obrero no rebasa el nivel económico y no aspira, en su totalidad, a una revolución global del carácter clasista del Estado, entonces todas estas luchas no podrán llegar jamás a conseguir su fin último. Por el contrario, lo que harán en realidad será apoyar la dominación del Estado de clase, a pesar de su antagonismo con el mismo. De modo que Rosa Luxemburg mostraba con toda nitidez la conexión orgánica entre todos los movimientos y la revolución. Puede, por tanto, afirmarse que el pensamiento central de *El Estado y la revolución* estaba ya en germen en el escrito luxemburguiano *¿Reforma social o revolución?*

Rosa Luxemburg había caracterizado el papel y la función de los sindicatos de la forma siguiente; «En primer lugar, los sindicatos tienen por tarea influir en la situación en el mercado de la mercancía fuerza de trabajo por medio de su organización. Sin embargo, la organización se ve continuamente desbordada por el proceso de proletarización de las capas medias que hace afluir constantemente nueva mercancía al mercado de trabajo. En segundo lugar, los sindicatos se proponen elevar el nivel de vida de la clase obrera, acrecentar

la parte de riqueza social que va a manos de esta. Sin embargo, a causa del crecimiento de la productividad del trabajo, esa parte de la riqueza social que le corresponde a la clase obrera se va reduciendo progresivamente con la fatalidad de un proceso natural» [479]. Y añade: «En sus dos funciones económicas principales, por tanto, la lucha sindical se transforma, a causa de procesos objetivos de la sociedad capitalista en una especie de trabajo de Sísifo» [480]. Los dirigentes sindicales se habían molestado mucho por la expresión «trabajo de Sísifo». Pero Rosa Luxemburg no habla subvalorado, ni mucho menos negado, la utilidad y necesidad de los sindicatos, como puede verse en las siguientes palabras: «A pesar de todo, este trabajo de Sísifo es completamente necesario si el trabajador quiere percibir el tipo salarial que le corresponda según la situación del mercado que en cada caso exista, si la ley salarial capitalista ha de ser realizada y si han de ser paralizados —o mejor, atenuados— los efectos de la tendencia decreciente inherente al desarrollo capitalista» [481].

Rosa Luxemburg delimitaba las funciones de los sindicatos: su actividad se limitaría, «en lo esencial, a la lucha por el salario y por la reducción del tiempo de trabajo, es decir, a la mera regulación de la explotación capitalista, según la relación de mercado existente en cada caso» [482]. Razón por la cual los sindicatos no pueden acabar con el sistema salarial ni abolir la explotación capitalista. Así quedaba destruida la ilusión de Bernstein de poder realizar el socialismo gradualmente, por medio de la lucha sindical. Y dado que Rosa Luxemburg estaba convencida de que esa ilusión representaba el mayor obstáculo para la lucha del movimiento obrero, en su discurso pronunciado en el Congreso de Hannover, afirmaría: «La clase obrera no tiene mayor enemigo en la lucha que su propia ilusión. En el fondo, los que defienden una tal concepción no son en absoluto amigos de los sindicatos, pues coadyuvan necesariamente a una ulterior decepción» [483].

Es de notar muy especialmente que Rosa Luxemburg afirmó contra Bernstein: «El socialismo no se deriva automáticamente y bajo cualquier circunstancia, de la lucha cotidiana de la clase obrera. Resulta solamente de las contradicciones cada vez más agudas de la economía capitalista y de la convicción, por parte de la clase obrera, de la absoluta necesidad de su abolición por medio de una revolución social» [484]. Citaba, por ejemplo, el caso de la «participación activa de los sindicatos en la determinación del volumen de la producción y de los precios de las mercancías», recalcando que ello tenía que llevar necesariamente a «la lucha solidaria del capital y la fuerza de trabajo en contra de la sociedad consumidora», es decir, a lo «contrario de la lucha de clases» [485]. Si el movimiento obrero se reconcilia o coopera con el capitalismo monopolista, sin tomar en consideración la estructura de la sociedad capitalista y de su Estado de clase, deberá atenerse a una serie de consecuencias: la reconciliación y cooperación facilitarán la integración de la clase obrera en el sistema imperialista, llevará a la clase obrera al abandono de su lucha contra el capitalismo y enfrentará los sindicatos a los consumidores y a otros trabajadores no organizados en el interior del país, en el extranjero, a los pueblos del Tercer Mundo... Un fenómeno que puede constatarse aún hoy día.

¿Qué importancia tienen pues, los sindicatos, cuál es su papel, según la concepción de Rosa Luxemburg? Debemos insistir en el hecho de que ella no subvalora, en modo alguno, la actividad sindical y su lucha diaria. La considera justa, necesaria a los trabajadores para defender por sí mismos su vida y su existencia, frente a los ataques del capital. En su opinión, lo más importante era que la clase obrera pudiera percibir las «contradicciones cada vez más agudas de la economía capitalista» y reconociera «la absoluta necesidad de su abolición por medio de una revolución social». Creía que «la enorme relevancia socialista de la lucha sindical y política consiste en que socializan el *conocimiento*, la conciencia del proletariado» [486]. Veía en el sindicato y en su lucha cotidiana algo así como una escuela, donde los obreros llegan a conocer exactamente la esencia de la sociedad capitalista, adquiriendo, con ello, una conciencia socialista y pudiendo así organizarse como clase antagónica al régimen imperialista y tomar conciencia del papel que ella misma desempeña, como «*único apoyo de la democracia*» [487].

Había construido esta visión del movimiento obrero a partir de su análisis de la esencia de la sociedad capitalista y del Estado de clase. Como dijimos antes, el mérito de Rosa Luxemburg, en su escrito *¿Reforma social o revolución?*, consiste en haber sido la primera en analizar la esencia y las funciones del nuevo Estado imperialista, clarificando así la importancia y el papel de la revolución en el proceso de desarrollo histórico, recuperando así el concepto de revolución para el movimiento socialista y obrero; concepto rechazado, en realidad, no solo por Bernstein, sino también por Bebel y Kautsky.

Frente a la creencia de Bernstein en la posibilidad de emancipar a la clase obrera de la esclavitud del salario por medio de un trabajo legal de reformas, Rosa Luxemburg se preguntaba: «¿Cómo suprimir (...) la esclavitud del salario «por el camino legal», *poco a poco*, si no encuentra expresión en las leyes?» [488]. Con estas palabras evidenciaba el mecanismo fundamental de la sociedad burguesa y su relación con el Estado, mientras que Bernstein tenía a la sociedad burguesa por una masa inamovible, por lo que ni siquiera se tomó la molestia de analizarla. La sociedad burguesa es, en palabras de Marx en su artículo *Sobre la cuestión judía*, «el mundo de las necesidades, del trabajo, de los intereses privados, del Derecho privado», un mundo en el que la persona humana «no ha sido liberada de la propiedad», sino que recibe la «libertad de la propiedad» (con otras palabras, la libertad de explotación por el capital) [489]. En tanto la sociedad burguesa siga en pie sobre esta «base natural», no necesita expresar por vía legal la esclavitud del salario, como Rosa Luxemburg había ya apuntado.

Ahora bien, ¿cuál es la relación social con el aparato de Estado? «Ya que el Estado», tal y como lo analizara Marx en su escrito *La ideología alemana*, «es la forma en que los individuos de una clase y en que la totalidad de la sociedad burguesa de una época se recapitula, la consecuencia es que todas las instituciones comunes vienen mediatizadas por el Estado, asumiendo una forma política. De ahí la ilusión de considerar la ley como algo que se apoyara en la voluntad, una voluntad, por cierto, desligada de su base real: una voluntad *libre*. Reduciéndose, asimismo, de nuevo el Derecho a la ley» [490].

Si es verdad que la esclavitud del salario se apoya, como Marx ha mostrado, no en la ley, sino en la relación de clases de la sociedad burguesa, entonces la clase obrera no podrá liberarse de ella sin revolucionar también a fondo ese mecanismo de la sociedad burguesa. Por decirlo con palabras de Rosa Luxemburg: «Todas las relaciones básicas de la dominación de clase capitalista son imposibles de transformar por medio de reformas legales sobre bases burguesas precisamente porque ni fueron introducidas por leyes burguesas ni han adquirido jamás forma legal alguna» [491]; y señala a continuación la diferencia esencial existente entre reforma legal y revolución: «La reforma legal, por tanto, y la revolución no son métodos diferentes del progreso histórico que se puedan escoger a voluntad en el *buffet* de la historia, igual que se eligen salchichas frías o salchichas calientes, sino *momentos* diversos en el desarrollo de la sociedad de clases que se complementan y condicionan uno a otro excluyéndose, sin embargo, mutuamente, al igual que, por ejemplo, el Polo Sur y el Polo Norte, o la burguesía y el proletariado» [492]. Sigue luego explicando cómo la reforma social no representa, en sí misma, fuerza motriz alguna de la historia, al ser «la correspondiente constitución legal meramente un *producto* de la revolución»; así malogra el intento de Bernstein de sustituir la revolución por la reforma social. Hasta ahora Rosa Luxemburg basa su análisis y su forma de ver las cosas en la doctrina marxista; recupera, en su polémica con Bernstein, el método y la concepción marxianas.

Pero si la perspectiva de alcanzar el socialismo de forma gradual, por la vía de las reformas legales, no es más que una ilusión, ¿cómo se puede alcanzar, entonces, la meta final? Aquí topamos con el problema del «cómo». Y es precisamente en su intento de solucionar este problema como Rosa Luxemburg desarrolló, enriqueciéndolo, el marxismo, siguiendo su propio camino.

V

En su libro *¿Reforma social o revolución?*, Rosa Luxemburg pone ante todo en evidencia la relación entre la aparición del militarismo y el cambio en las funciones del Estado: «En el momento en que el desarrollo [del capitalismo] alcanza un cierto punto culminante, da comienzo la divergencia entre los intereses de la burguesía como clase y los del progreso económico también en sentido capitalista» [493]. El militarismo constituye, según su opinión, un elemento importante que implica esta disparidad de intereses citada. Y había resaltado el hecho de que, en este enfrentamiento entre desarrollo social e intereses de la clase dominante, el Estado se ponía del lado de estos últimos. Rosa Luxemburg describe así el proceso de transformación del Estado: «Aparece en su política, al igual que la burguesía, *opuesto* al desarrollo social, *pierde* con ello cada vez más su carácter de representante de la sociedad en su conjunto y se convierte, en esa medida, cada vez más en *Estado de clase*. O, más exactamente, esas dos características se separan y se convierten en un rasgo contradictorio *dentro* del mismo Estado» [494]. O, para decirlo con

Engels: «Ya que el Estado ha surgido de la necesidad de contener los antagonismos de clases, pero ya que ha surgido en medio del conflicto de esas clases, el resultado es que, por lo regular, es un Estado de la clase más poderosa, de la clase económica dominante; esta se convierte, por mediación de él, en la clase dominante también políticamente y adquiere así nuevos medios para subyugar y explotar a la clase oprimida» [495]. Pero, al mismo tiempo, el Estado de clase solo puede funcionar sin dificultades y «contener los antagonismos de clases» porque está cubierto con el manto de un «ilusorio carácter colectivo» [496]. Pero cuando los antagonismos de clases ahondan todavía más en el seno de la sociedad, el Estado no tiene más remedio que quitarse el manto de su «ilusorio carácter colectivo» y mostrar su verdadero carácter de clase. Rosa Luxemburg destacaba esta contradicción inherente a la esencia misma del Estado: «Mientras por una parte, aumentan las funciones de carácter general que incumben al Estado, su intervención en la vida social, su «control» sobre esta, por otra, su carácter de clase le fuerza cada vez más a desplazar el centro de su actividad y de sus medios de poder a terrenos que solo son de utilidad para los intereses de clase de la burguesía, siendo para la sociedad completamente negativos, es decir: el militarismo, la política aduanera y la política colonial. Y de este modo también su «control social» se ve penetrado y dominado cada vez más por el carácter de clase impuesto» [497].

Estas contradicciones internas del Estado capitalista aparecen con suma claridad en la democracia parlamentaria. Es muy significativo el hecho de que Rosa Luxemburg usara, en la primera edición de su *¿Reforma social o revolución?*, la palabra «democracia», pero que la sustituyera en la segunda edición, por la expresión «parlamentarismo moderno». El parlamentarismo es, como se sabe, la institución simbólica de la democracia moderna; y es precisamente en la polémica contra el revisionismo donde debe valorarse el papel desempeñado por el parlamentarismo. Marx había analizado, en uno de sus primeros escritos, *Crítica del Derecho público de Hegel*, la esencia del parlamentarismo de la forma siguiente: «El *quehacer colectivo* no existe si no es verdadero quehacer del pueblo. La auténtica causa del pueblo se ha establecido sin la actuación del pueblo. El factor constitucional es la *existencia ilusoria* de los asuntos de Estado como causa del pueblo» [498]. Marx escribía más tarde, en sus reflexiones sobre la Comuna de París, en *La guerra civil en Francia*, lo siguiente: «En vez de decidir una vez cada tres o cada seis años qué miembro de la clase dominante representará y pisoteará (*ver-und zertreten*, N. del T.) al pueblo en el parlamento...» [499]. Citando esta frase de Marx, seguía escribiendo Lenin: «Decidir una vez cada unos cuantos años qué miembro de la clase dominante subyugará y pisoteará al pueblo en el parlamento... ahí tenemos la esencia del parlamentarismo burgués; y no solo el de las monarquías parlamentario-constitucionales, sino también el de la más democrática de las repúblicas» [500].

Rosa Luxemburg coincidía plenamente, en su idea acerca de la esencia del Estado, con Marx, Engels y Lenin. Lo que la caracteriza, en este caso, es el hecho de no haber subvalorado, precisamente debido a su profunda comprensión de la esencia de la democracia parlamentaria, la lucha electoral y la

actividad parlamentaria; por el contrario, las considera a ambas muy importantes. Pensaba que cuanto mejor las masas conocieran, a través de sus propias luchas —en los sindicatos, en los municipios, etc.—, la esencia de clase del Estado y del parlamento, antes abandonarían su propia ilusión sobre el «carácter colectivo» del Estado, y tomaría conciencia de sus propias tareas como único apoyo de la democracia y adquiriría con ello una conciencia socialista. Pues veía objetivamente en la lucha de masas un momento de cristalización del carácter de clase del Estado y, al mismo tiempo, desde un punto de vista subjetivo, el momento del proceso de autoconcienciación y autonomía de las masas. Así es como describía ella este proceso dialéctico de desarrollo por medio de la lucha de masas: «Si la democracia se ha convertido para la burguesía en algo en parte superfluo, en parte enojoso, para la clase obrera resulta necesaria e indispensable. Es necesaria, en primer término, porque crea las formas políticas (autoadministración, sufragio, etc.) que servirán al proletariado de impulso y apoyo en su transformación de la sociedad burguesa. Pero resulta indispensable también, en segundo lugar, porque solo en ella, en la lucha por la democracia, en el ejercicio de sus derechos, puede llegar el proletariado a tomar conciencia de sus intereses de clase y de sus tareas históricas. En una palabra, la democracia es indispensable no porque haga *superflua* la conquista del poder político por el proletariado, sino al revés, porque hace tanto *necesaria* como *posible* esa toma del poder» [501].

De este modo, Rosa Luxemburg superaba, en el plano teórico, aquel defecto del Programa de Erfurt que había llevado al SPD hacia una vía revisionista, restableciendo, en todo su valor, el concepto de revolución dentro del proceso de desarrollo histórico: «Todo el secreto de las revoluciones históricas, de la toma del poder político, consiste en el paso de simples modificaciones cuantitativas a una nueva calidad, concretamente: se trata del paso de un período histórico a otro, de un tipo de sociedad a otro» [502]. «Ha sido completamente inevitable que se produjese una revolución en regla tanto para la abolición de la servidumbre como para la supresión del feudalismo» [503].

VI

Para finalizar, veamos cómo Rosa Luxemburg desveló las fuentes del revisionismo. Como ya dije al comienzo de este trabajo, ella pensaba que el origen de las desviaciones tanto anarquistas como oportunistas estaba «en la esencia de la lucha socialdemócrata misma en sus contradicciones internas» [504]. En consecuencia, la lucha contra el revisionismo tendría que ser una lucha continua contra las condiciones sociales. Esta idea aparece al final de su escrito *¿Reforma social o revolución?* y la repite al final de *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa* con casi las mismas palabras: «Pero como el movimiento socialdemócrata es, precisamente, un movimiento de masas, y los escollos que le amenazan no surgen de las cabezas de los hombres, sino de las condiciones sociales, los errores oportunistas no pueden evitarse por

anticipado, solo pueden ser superados —con ayuda, en todo caso, de las armas suministradas por el marxismo—, por el movimiento mismo una vez que han asumido en la praxis una forma tangible» [505].

En segundo lugar, «el oportunismo aparece también», según su opinión, «como un producto del mismo movimiento obrero, como un elemento inevitable de su evolución histórica» [506]. Estaba en contra «de considerar al oportunismo solamente como algo introducido desde fuera del movimiento obrero por elementos procedentes de la democracia burguesa, como una mezcla extraña al movimiento obrero mismo». Consideraba, por tanto, una «idea equivocada» pretender «mantener alejado al oportunismo del movimiento obrero por medio de un estatuto de organización» [507]. Rosa Luxemburg creía, más bien, que «el intento de defenderse del oportunismo recurriendo a tales medios de papel podría realmente ser extremadamente perjudicial no para el oportunismo, sino para la propia socialdemocracia, al trabar en ella el desarrollo de una vida sana y pujante, al debilitar su capacidad de resistencia no solo contra las tendencias oportunistas, sino también —cosa que sería de alguna importancia— contra el orden social establecido. El remedio sería peor que la enfermedad» [508].

Para evitar malentendidos, debemos recordar aquí también el hecho de que, desde la celebración del Congreso de Hannover, en 1899, Rosa Luxemburg no había cesado de solicitar del partido la expulsión de los revisionistas.

¿Cómo puede ser neutralizado el revisionismo? Según Rosa Luxemburg, con la cabeza y la fuerza de las mismas masas trabajadoras. Había concluido su artículo *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa* (comentando «francamente entre nosotros»), con la conocida frase: «Los errores que comete un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, desde el punto de vista histórico, infinitamente más fecundos y valiosos que la infabilidad del mejor de los «comités centrales» [509]. Esta frase ha provocado muchos malentendidos, y se le reprocha el haber subvalorado el papel del partido obrero. Pero Rosa Luxemburg solo se alzaba en contra del punto de vista burocrático, que quería atajar el oportunismo solo con «medios de papel»; pues ella veía precisamente en el burocratismo una manifestación del mismo oportunismo. De hecho, Rosa Luxemburg no había menospreciado el papel del partido, al que consideraba, por el contrario, importante. Según su opinión, el papel del partido no debía consistir en el ejercicio de un control burocrático sobre el movimiento, sino, sobre todo, en el claro reconocimiento teórico de las tendencias fundamentales del desarrollo histórico, para darlas a conocer a todo el movimiento. Así es como ella caracterizaba el papel del partido en el artículo titulado *Y por tercera vez el experimento belga*: «Su papel no consiste en prescribir las leyes del desarrollo histórico de la lucha de clases, sino, al contrario, en ponerse a sí mismo a disposición de esas leyes y así dominarlas. Si la socialdemocracia quisiera oponerse a la revolución proletaria, en el caso de que esta fuera una necesidad histórica, el único resultado sería que la socialdemocracia pasaría de ser guía a convertirse en un obstáculo, impotente, de la lucha de clases, la cual, al fin y al cabo, bien o mal, sin ella y en contra de ella, se abriría paso en un momento dado» [510]. Como puede verse,

lo que ella niega no es el papel del partido, sino la absolutización del mismo, advirtiéndole que, en el caso de que el partido no desempeñe el papel que le corresponde, será negado y superado por el mismo proceso histórico. Con ello acentúa el hecho de que tanto el partido como el movimiento obrero tienen continuamente a su cargo la tarea de examinar rigurosamente la orientación del proceso histórico objetivo.

En ese mismo artículo resume en tres puntos los resultados de la polémica sobre el revisionismo: primero «desaparición de la antigua creencia de que la revolución violenta es el *único* método de lucha de clases y el medio a aplicar en *todo momento* para la implantación del orden socialista»; segundo, «la conquista del poder estatal por parte de la clase obrera solo puede ser el resultado de un período, más corto o más largo, de la lucha de clases sistemática o cotidiana»; y tercero, «la aspiración a una progresiva democratización del Estado y del parlamentarismo representan un medio sumamente eficaz para la elevación, tanto material como espiritual, de la clase obrera» [511].

Y finalmente recalca todavía una vez más: «Con ello, no ha sido barrida por decreto la violencia de la historia ni la revolución violenta, como medio de lucha del proletariado, ni ensalzado el parlamentarismo como único método de la lucha de clases» [512]. «Si la socialdemocracia quisiera realmente renunciar de antemano, y de una vez por todas —como sugieren los oportunistas— al uso de la violencia y obligar a las masas trabajadoras a ir por la vía legal burguesa, entonces su lucha política, la parlamentaria y la extraparlamentaria, caería penosamente, más pronto o más tarde, por su propio peso, dejando libre el campo al dominio ilimitado de la violencia reaccionaria» [513].

A pesar de esta profunda y penetrante crítica hecha por Rosa Luxemburg a Bernstein y al revisionismo, en realidad no supo valorar correctamente la corriente oportunista. Y así, podemos leer en *¿Reforma social o revolución?* lo siguiente: «En esta perspectiva, lo sorprendente no es la aparición de la corriente oportunista sino, más bien, su debilidad» [514]. La corriente oportunista se fue fortaleciendo progresivamente hasta la disolución de la II Internacional. Rosa Luxemburg tuvo que pagar con su propia vida. Y al repetirse ese mismo proceso, la humanidad tuvo que vivir las calamidades del fascismo y de la Segunda Guerra Mundial. Razón por la cual nosotros debemos tener continuamente presente ese proceso histórico, para guardarnos del despotismo, del fascismo y de la guerra. La tesis de Rosa Luxemburg —«¡Socialismo o hundimiento en la barbarie!»— [515] tiene todavía validez hoy día.

Diciembre 1971.
(Traducción de Pedro Madrigal)

**ROSA LUXEMBURG
Y EL PROBLEMA
DEL PARTIDO**

Josef Schleifstein: Nacido en 1915. Historiador y filósofo, entró en las juventudes comunistas en 1931, y en el KPD el año siguiente. Participa en la lucha clandestina tras la subida de Hitler al poder, para emigrar muy poco después. Tras la Segunda Guerra Mundial miembro de la dirección del KPD en la zona occidental y en la República Federal alemana. Hoy miembro del Comité Central del DKP, y director del Institut für Marxistischen Studien und Forschungen en Frankfurt/Main. Ha publicado, en otros: *Franz Mehring: Sein marxistisches Schaffen* (1959); *Einführung in das Studium von Marx. Engels und Lenin* (1972); *Zur Geschichte und Strategie der Arbeiterbewegung* (1975), Coeditor de las obras de Franz Mehring (15 vols.) y coautor de trabajos y artículos sobre la historia del movimiento obrero y sobre teoría marxista.

Las ideas de Rosa Luxemburg acerca del carácter y papel del partido obrero revolucionario en el movimiento de clase del proletariado están estrechamente vinculadas a su concepción de la relación entre espontaneidad y conciencia, de la interrelación entre el elemento espontáneo y el elemento consciente en el movimiento obrero y en las luchas históricas. Si durante mucho tiempo Rosa Luxemburg —en base al artículo estalinista aparecido en la revista *Proletarskaja Revolutsija* en 1931— ha sido caracterizada negativamente en el movimiento comunista como partidaria de una teoría de la espontaneidad, cosa que nunca fue, en los últimos años puede constatarse claramente una tendencia a repetir este mismo error, si bien de signo contrario.

En este punto se me plantea un problema metodológico de significado, que aquí solo puede ser apuntado. Ocurre con frecuencia que problemas teóricos y estratégico-tácticos del marxismo y discusiones ideológicas en el movimiento obrero se extrapolan de su concreto contexto histórico y se autonomizan como fenómenos puramente ideológicos («geistesgeschichtlich»), como luchas de ideas estructurales-atemporales. Es decir, que al desarrollo de la teoría marxista y del movimiento obrero viene aplicado un método completamente no marxista. Esto ocurre, según mi opinión, con particular frecuencia, en el caso de Rosa Luxemburg, y sobre todo en relación con su concepción de la espontaneidad, de la conciencia, de la organización y del partido.

Se tiene a veces la impresión, de acuerdo con estas interpretaciones, que Luxemburg fue una escritora cualquiera vacilante, creativa o académica, en cierto modo una precursora de las modernas corrientes hoy consideradas en algunos países como «de izquierda sin patria», de acuerdo con las cuales Rosa Luxemburg habría estado atormentada por una invencible desconfianza hacia toda clase de organización y disciplina políticas de partido, habría sido, de alguna manera, una individualista entre los distintos frentes.

Tentativas literarias de este tipo fueron frecuentes sobre todo en la Alemania Federal; y aunque pueda parecer banal, debe, sin embargo, tenerse presente el hecho de que las concepciones teóricas de Rosa Luxemburg no pueden en absoluto comprenderse, si no se las enmarca en su *praxis* política y en la necesidad de esta *praxis*. Y esta *praxis* fue una *praxis política de partido*. Durante décadas actuó y militó en la vieja socialdemocracia alemana y —en menor medida, y sobre todo desde la emigración— en el movimiento socialista de Polonia. Fue redactora de la prensa socialdemócrata del partido; una de las principales periodistas y colaboradoras del órgano teórico de la socialdemocracia alemana (SDP), *Neue Zeit*; enseñante en la Escuela del Partido fundada en 1906; oradora en innumerables reuniones del partido; delegada en los Congresos del partido y en los de la Internacional; protagonista y dirigente del ala izquierda de la SDP contra las corrientes oportunistas y revisionistas antes de la Primera Guerra Mundial; junto con Karl Liebknecht iniciadora de la lucha contra la guerra imperialista y contra los dirigentes de la SDP que durante la guerra se habían pasado al campo enemigo; y finalmente, acabada

la guerra, cofundadora de un nuevo partido obrero revolucionario, el Partido Comunista de Alemania (KPD-Spartakusbund).

Quien quiera realmente comprender a través de sus escritos su concepción *explícita* del problema de la espontaneidad y la conciencia, de la organización, puede hacerlo únicamente en relación con, y sobre la base de, aquella *praxis política de partido* ya mencionada. Sentado esto como premisa, resulta innegable el hecho de que Rosa Luxemburg se sitúa, con su concepción teórica de la función de la organización política de la clase obrera, completamente en la tradición marxista, tal como viene consignada en sus rasgos fundamentales por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, y que se articula en base a los puntos siguientes:

Primero: la clase obrera debe poder disponer, como el instrumento más importante para su emancipación, de un partido político independiente y propio, contrapuesto a todas las formaciones políticas de partido de las clases dominantes; segundo: este partido debe armarse con la teoría del socialismo científico; debe tener, «desde un punto de vista teórico, la ventaja de cara al resto de la masa obrera, de conocer las necesidades, la marcha y los resultados generales del movimiento obrero»; tercero: esta organización política de clase debe ser capaz de hacer valer los intereses del conjunto de la clase obrera frente a los intereses particulares, debe ser capaz de propugnar y defender el interés común internacional en el seno de los distintos movimientos nacionales, y de distinguir en las luchas del presente el interés de clase del futuro (Marx-Engels, *Manifiesto Comunista*).

Así vemos que Rosa Luxemburg considera, en todos sus trabajos teóricos y en su entera *praxis política*, la conciencia y la capacidad organizativa como premisas indiscutibles del movimiento proletario de clase, y del partido obrero revolucionario, en la medida en que esté, en la teoría y en la práctica, a la altura de las tareas que corresponden a la situación histórica, como expresión y portavoz, a la vez, de estas premisas. La resolución eficaz de las tareas históricas de un partido obrero revolucionario dependen, según Rosa Luxemburg, del hecho de que «la socialdemocracia, en tiempos prerrevolucionarios, haya sabido influir en las masas, que, desde el principio, haya conseguido formar un sólido núcleo escogido de trabajadores conscientes y políticamente formados en la misma medida en que haya desarrollado un trabajo de clarificación y de organización» [516].

Y estas palabras no representan una reflexión abstracta, sino que son el resultado de un primer análisis de los acontecimientos revolucionarios rusos de enero de 1905. Precisamente en este período sus concepciones sobre el papel del partido revolucionario en la lucha de clases ganaron mucho en concreción y diferenciación. No puede entenderse el punto de vista luxemburguiano a propósito de la interrelación, de la dialéctica, entre espontaneidad y conciencia, entre movimientos espontáneos de masas y organización política de clase, tal como aparece en su ensayo *Huelga de masas, partido y sindicatos* —escrito en base a las experiencias de la primera revolución rusa de 1905-1906— si se extrae este escrito de la concreta intención *político-polémica* contra el fetichismo organizativo de los dirigentes oportunistas de los

sindicatos alemanes y de los teóricos revisionistas (Bernstein y sus seguidores) de la socialdemocracia alemana de entonces. El acento puesto por Rosa Luxemburg en el elemento espontáneo del movimiento de masas en la primera revolución rusa tenía como objeto mostrar lo alejada que estaba de la realidad la interpretación dada por la corriente reformista-oportunista de los sindicatos alemanes y de la socialdemocracia, tras la cual se escondía en realidad tan solo el terror frente a toda acción de masas extraparlamentaria.

Rosa Luxemburg se debatía aquí contra las pedantes, mecanicistas y adiabáticas concepciones dominantes en torno al desarrollo y evolución de los grandes movimientos históricos de masas, y polemizaba contra la idea de que en ellos cada paso y cada medida pudiera ser prevista y planificada de antemano como una «maniobra de campo», o calculable de acuerdo con un modelo matemático. Rosa Luxemburg sabía muy bien que incluso durante una revolución la huelga de masas «no cae del cielo» [517]: «La resolución y la determinación de los trabajadores», escribe, «tiene también un papel que cumplir, y, ciertamente, la iniciativa tanto como la dirección posterior le corresponde al núcleo más organizado y esclarecido del proletariado, la socialdemocracia» [518]. También resultaba claro para ella que el momento de la espontaneidad en la huelga de masas rusa de 1905 habla jugado un papel «bien como elemento impulsor o como elemento de freno» [519].

Es bien sabido que se ha querido ver en esta concepción luxemburguiana de su escrito sobre la huelga de masas una contraposición entre movimiento espontáneo y organización, e incluso una negación del factor de conciencia y de organización del partido obrero revolucionario. Pero tal intento puede refutarse fácilmente en base a las conclusiones a que llega Rosa Luxemburg en ese mismo escrito. Ya en él, donde traza un bosquejo del desarrollo histórico de las luchas en Rusia, llama la atención sobre el hecho de que en las grandes huelgas de 1896 en Petersburg habían salido a la luz «los frutos de una agitación de muchos años de la socialdemocracia», y que en su desarrollo «los agitadores socialdemócratas se pusieron a la cabeza del movimiento» [520]. En este contexto Rosa Luxemburg subrayaba el hecho de que el proletariado ruso, si quería acabar con el absolutismo, necesitaba de un alto grado de adiestramiento político, de conciencia de clase y de organización. Y escribe todavía más clara y directamente acerca del papel del partido obrero revolucionario: «La socialdemocracia es la vanguardia más esclarecida y con más conciencia de clase del proletariado. No puede ni debe esperar de brazos cruzados, en actitud fatalista, a que llegue la «situación revolucionaria», a que ese espontáneo movimiento popular caiga del cielo. Al contrario: debe en todo momento *adelantarse* al desarrollo de los acontecimientos, ha de intentar acelerarlo» [521].

Polemizando con la visión predominante entonces en los sindicatos alemanes y en el ala derecha de la SDP, Rosa Luxemburg rechazaba todo intento de querer separar, por medio de un abismo infranqueable, las masas organizadas de las no organizadas, o de contraponer la vanguardia organizada a la más vastas masas, y al respecto escribe: «Aun cuando la socialdemocracia es, en tanto que núcleo organizado de la clase obrera, vanguardia dirigente del conjunto del pueblo trabajador y de ella fluyen también la claridad política, la

firmeza y la unidad del movimiento obrero, jamás puede entenderse el movimiento de clase del proletariado como el movimiento de la minoría organizada. Toda gran lucha de clases verdadera ha de basarse en el apoyo y en la acción común de las más amplias masas» [522].

Quien conozca siquiera vagamente la posición de Lenin al respecto, podrá constatar el más completo acuerdo de principio entre ambas posiciones; piénsese tan solo en las análogas conclusiones a que llega Lenin en su *Izquierdismo*, o con ocasión del III Congreso de la Internacional Comunista. Se ha querido hinchar artificialmente, por motivos obvios, la polémica de 1904 entre ambos en torno a los problemas de organización de la ilegal socialdemocracia rusa, y ver en ella una contraposición fundamental. Pero el mismo J. P. Nettl, biógrafo burgués de Rosa Luxemburg, y nada sospechoso de ideas filo-leninistas, afirma en su libro [523] que esta polémica, en realidad, solo tuvo un significado de segundo orden. Rosa Luxemburg actuaba en aquella ocasión bajo petición directa de los mencheviques Potresov y Axelrod, sin un verdadero conocimiento de las cuestiones *políticas* de fondo que subyacían a aquella polémica en torno al problema de la organización en el seno de la socialdemocracia rusa. Llevó a cabo una crítica global, totalmente alejada de las condiciones concretas del movimiento ilegal ruso de aquel momento, con interpretaciones y extrapolaciones que no tenían en absoluto en cuenta el punto de vista de Lenin. Citaba incluso a Lenin —como él mismo advierte en su breve respuesta [524]—, equivocadamente, y dirigía sus críticas contra unas concepciones que Lenin jamás había defendido. Solo conocerá la verdadera función política de las «autoridades marxistas» de los mencheviques muy poco después, con ocasión de la primera revolución rusa, y será ahí donde se le aparecerán con claridad las verdaderas motivaciones subyacentes a los debates precedentes en torno a la organización.

Uno de los puntos centrales de esa discusión fue el hecho de que Lenin era contrario a que desaparecieran los límites entre militantes y no militantes en el partido, y quiso establecer firmemente, en los estatutos, la obligación de *colaborar* en una organización del partido. En la polémica contra las ideas organizativas de los dirigentes revisionistas de la SDP, Rosa Luxemburg se mostró también radical y enérgicamente contraria a la posibilidad de relajar esos límites. Basándose en ejemplos de Francia e Italia, escribía en el *Neue Zeit* en 1903: «Las «federaciones» autónomas y heterogéneas del Partido jauresista, la moción de Turati en el Congreso de Imola, proponiendo suprimir el Comité Central del Partido, todo ello no significa otra cosa que la disolución de la masa fuertemente organizada del partido, a fin de que, de dirigente autónoma esta masa se transforme en instrumento dócil de los parlamentarios. (...) A la desaparición de toda línea de separación entre la élite de proletarios conscientes del fin, y la masa popular desorganizada, corresponden en el vértice la supresión de los tabiques entre los «dirigentes» del partido y el medio burgués» [525].

En base a su polémica con Lenin sobre las cuestiones organizativas de la ilegal socialdemocracia rusa, se ha apelado a Rosa Luxemburg como partidaria de una ilimitada «libertad de crítica» en el seno del partido revolucionario de la clase obrera, de una «libertad de crítica» de algún modo no sujeta ni a

las resoluciones ni al programa del partido. Pero en su prolongadísima lucha contra las corrientes oportunistas y revisionistas de la SDP y de la II Internacional, Rosa Luxemburg había dejado bien claro que reconocía esta «libertad de crítica» —al igual que Lenin— *solo* en el marco del programa del partido y de las resoluciones políticas adoptadas en firme en los congresos del partido. En su extensa obra contra las tesis de Bernstein, *¿Reforma social o revolución?*, escribía en 1899: «El movimiento *se hace* socialdemócrata si y mientras supera las desviaciones anarquistas y oportunistas que necesariamente se derivan de su crecimiento. Pero superar no quiere decir dejarlo todo, con plena tranquilidad de espíritu, al arbitrio de lo que Dios quiera. *Superar la corriente oportunista actual significa rechazarla categóricamente.* Bernstein termina su libro aconsejando al partido que ose parecer lo que en realidad es: un partido democrático-socialista de reformas. El partido, es decir, su órgano supremo, el congreso, tendría a nuestro modo de ver que tomar nota de este consejo proponiéndole a Bernstein que, por su parte, apareciese formalmente también como lo que es en realidad: un progresista pequeñoburgués demócrata» [526]. Y poco tiempo después, en el discurso pronunciado en el Congreso de Hannover, en el mismo contexto polémico con los revisionistas, decía: «He dicho que no existe ni un solo partido que conceda una tan amplia libertad de crítica como el nuestro, Pero si por ello se quiere entender que el partido, en nombre de la libertad de crítica, no puede tener derecho a tomar partido frente a determinadas opiniones y críticas de los últimos tiempos y a esclarecerlas mediante la decisión de la mayoría, nosotros no compartiremos ese criterio, y debo manifestar mi protesta al respecto, pues nosotros no somos un club de discusión, sino un partido político de lucha, que tiene que tener conceptos fundamentales precisos» [527].

Las diferencias entre las concepciones de Rosa Luxemburg y de Lenin en torno al papel del partido proletario no deben buscarse en este terreno. Tienen, por el contrario, su origen en el hecho de que Rosa Luxemburg —en su justa oposición y crítica a las concepciones y prácticas organizativas burocráticas de los sindicatos alemanes y del ala derecha de la SDP de entonces— cayera, hasta cierto punto, en el polo opuesto, igualmente parcial. Así, ocurre que encontramos, precisamente en sus artículos sobre la primera revolución rusa y sobre la huelga de masas y, lo que me parece incluso más significativo, también en su práctica interna en la SDP durante el decenio prebélico, que en su concepción del partido viene subvalorado el elemento específicamente *organizativo*, coordinador y unificador de un partido revolucionario en las luchas de masas (la mayoría de veces se refería sobre todo al elemento técnico). Destacaba continuamente el hecho de que la organización política y la actividad organizativa era el vínculo, la fuerza mediadora, entre la vanguardia consciente y las masas. Pero no comprendió en la misma medida que la *actividad organizativa* también es el *vínculo* entre la meta final que se persigue y la programación directiva, la política, y la *orientación* estratégico-táctica, y en este sentido, las exigencias políticas que a través de la *acción de masas* se realizan con vistas a aquel objetivo final. Ella identificaba el rol dirigente del partido revolucionario casi exclusivamente con la fuerza de formar las

conciencias, con la capacidad, al mismo tiempo, de conocer e indicar las metas y las vías de la lucha política. Aquí no solo saca conclusiones parciales de determinados aspectos de la primera revolución rusa, sino que transforma ostensiblemente en virtud también las debilidades organizativas de la socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania, partido en el que desarrolló una eminente actividad desde la emigración.

Este aspecto viene ilustrado de una forma clara en su posición respecto del momento *organizativo* en relación con la huelga de masas y la lucha armada que se desarrollaron en la Revolución rusa de 1905-6. Rosa Luxemburg vio con claridad que, debido a la violencia del zarismo contra las masas revolucionarias, el movimiento se orientaba necesariamente hacia la lucha armada. En su escrito sobre la huelga de masas, escribe: «Los acontecimientos de Moscú muestran, además, a escala reducida, la evolución lógica y el futuro del movimiento revolucionario en su conjunto, muestran que si, por una parte, el movimiento ha de concluir inevitablemente en un levantamiento general abierto, por otra este no podrá producirse si no es pasando previamente por la escuela de toda una serie de levantamientos parciales preparatorios» [528]. Aquí, al igual que en sus intervenciones en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Ruso (POSDR) celebrado en 1907, dejó sin respuesta la cuestión del cómo lograr, en las condiciones dadas, una correlación de fuerzas lo más favorable posible para la clase obrera, sin las medidas técnico-organizativas y sin la necesaria preparación, unificación y formación de esas fuerzas.

Rosa Luxemburg subvaloró la posibilidad de superar, en tales situaciones, y a través del impulso del movimiento de masas mismo, los aspectos que previamente hubieran podido quedar desatendidos en la sistemática organización preparatoria y coordinadora. Es altamente significativo, en lo que se refiere a la diferente concepción de Lenin acerca de las tareas del partido revolucionario, el que Lenin llegara, tras el mismo levantamiento de Moscú de 1905, a conclusiones totalmente opuestas. Así, escribe: «Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese estrategia que tenía tan absurdamente dispuestos sus regimientos que la mayor parte de sus tropas no estaban en condiciones de participar activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban directrices para operaciones activas de las masas, y no las encontraban» [529]. Y desarrolló en concreto las enseñanzas técnico-organizativas a extraer de la derrota de las luchas en Moscú de diciembre de 1905.

Mientras Lenin consideraba indispensable para estas luchas también un *máximo* de preparación organizativa, en la medida en que él tendía a una acción lo más coordinada y simultánea posible, a una armonización de las diversas formas de lucha entre sí, para conseguir un alto grado de concentración de las fuerzas, Rosa Luxemburg no comprendió que precisamente cuanto más compleja la forma de lucha, cuanto más amplio el movimiento, y cuanto más profundos y ambiciosos los objetivos, tanto más complejas son las exigencias no solo de la actividad político-táctica y de concienciación, sino también de la actividad *organizativa* de un partido obrero revolucionario. Rosa Luxemburg había declarado con ocasión del Congreso del POSDR en 1907, que el partido

obrero no estaba en condiciones de hacer frente a esta «preparación técnica del conflicto». Pero obviamente de ahí surge de inmediato la pregunta de quién debe tomar la iniciativa, tanto espiritual como práctica, para solucionar tales tareas organizativas, si no es la organización política de la clase obrera.

Todos los movimientos revolucionarios más importantes conocidos desde esa fecha, victoriosos o no, han demostrado —dada una situación objetiva revolucionaria y el más vasto apoyo de las masas al partido obrero marxista— que la probabilidad de éxito depende y está en función del nivel, de la flexibilidad («Vielseitigkeit») y de la amplitud de la actividad *organizativa* del partido obrero revolucionario. Por lo demás, esta laguna en Rosa Luxemburg es tanto más significativa cuanto que ella reclamaba precisamente, a partir de la generalización de las experiencias de lucha en la primera revolución rusa, «la mayor eficacia posible en la acción» [530].

Mucho más funesto para la evolución del ala izquierda de la SDP antes de, y también durante, la Primera Guerra Mundial, fue esta subvaloración por parte de Rosa Luxemburg y sus compañeros del significado del elemento *organizativo* en las actividades del partido y de la acción organizativa *independiente*. La izquierda alemana (con Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Franz Mehring y Clara Zetkin a la cabeza) pagó muy caro este error. El ala revisionista de la SDP, con Bernstein como principal teórico, poseía ya hacía tiempo no solo su propio órgano teórico, los *Sozialistische Monatshefte*, sino que también ocupaba cargos organizativos estables y firmes, en especial en el sur de Alemania, y gozaban prácticamente del apoyo de los dirigentes sindicales y de un gran número de funcionarios del partido, de redactores y parlamentarios sólidamente anclados en posiciones importantes. Con cualquier motivo este ala derecha organizaba reuniones fraccionales con el fin de acordar la actuación conjunta a llevar a cabo en los Congresos del partido, y su comportamiento durante las deliberaciones mismas de los congresos. De ahí que, ya mucho tiempo antes de la Primera Guerra Mundial, y en particular a raíz de la muerte de los viejos líderes socialdemócratas Paul Singer y August Bebel, la praxis oportunista en el partido fuera ganando más y más terreno, y que desde 1910 —tras una dura polémica de principios que tuvo lugar entre Rosa Luxemburg y Karl Kautsky en las páginas del *Neue Zeit*— encontrara, en Karl Kautsky, el portavoz teórico del llamado «centro».

Es evidente que bajo estas condiciones históricas una acción organizada *independiente* por parte de la izquierda de la SDP hubiera tenido un alcance y un significado de la mayor trascendencia, puesto que, en los años anteriores a la guerra, ya habían ido perdiendo progresivamente toda posibilidad de defender sus concepciones en los órganos y periódicos de la SDP: Rosa Luxemburg, Mehring y Karski (Julian Marchlewski) tuvieron que suspender sus colaboraciones en uno de los principales órganos socialdemócratas, el *Leipziger Volkszeitung*, y Franz Mehring, el gran historiador marxista, fue expulsado de la redacción del órgano teórico *Neue Zeit*. A pesar de ello, la izquierda siguió constituyendo una corriente político-ideológica relativamente «suelta», elástica, que creía —y en esto Rosa Luxemburg fue su mejor exponente— que la influencia de la agudización objetiva de la situación y de las luchas, y el

«buen sentido» de las masas, habían crecido progresivamente y que, por consiguiente, habían conseguido su pleno éxito. Sus vagos intentos de atraerse a más sectores hacia una acción organizada unida, llegaron no solo demasiado tarde, sino que fueron esporádicos e inadecuados para lo que la situación requería. Si bien se evidenciaba, sobre todo en el Congreso de Jena de 1913, una clara radicalización de las organizaciones del partido en las zonas industriales más importantes, y aunque la izquierda conquistara ahí un tercio de los votos para sus resoluciones *organizativas* más firmes.

No es necesario señalar que la subvaloración del elemento organizativo y coordinador en la concepción del partido de Rosa Luxemburg tuvo, durante la Primera Guerra Mundial, un efecto negativo también en su ruptura organizativa no solo con la socialdemocracia oficial —que durante la guerra se había puesto de parte del imperialismo alemán— sino también con el centrista USP, es decir, con el Partido Socialdemócrata Independiente fundado durante la guerra. Dado que la izquierda vaciló a la hora de aglutinarse en torno a un partido propio ya en los primeros años de la guerra, se encontró en 1916-1917, cuando se constituyó el centrista USP, con un primer dilema: si se unían al USP, se enmascaraban, bajo las difíciles condiciones de ilegalidad y de censura de guerra, en las que el grupo espartaquista dirigido por Liebknecht y Luxemburg tan solo podría aspirar a defender sus puntos de vista, las profundas y —por aquel entonces ya insuperables— divergencias políticas entre los independientes del USP y el Grupo Espartaquista revolucionario y antiimperialista; si no se afiliaban, corrían el riesgo de aparecer, a los ojos de muchos trabajadores y soldados contrarios a la guerra, como una escisión incomprensible. El hecho, pues, de que el Grupo Espartaquista no supiera capitalizar las manifestaciones de mayo de 1916 ni las grandes huelgas que se desencadenaron a raíz del proceso contra Liebknecht de finales de junio del mismo año, para imposiciones, no alcanzó a traducir esa influencia en lugares y a posicionarse también *organizadamente*, tuvo un efecto nocivo.

En el momento de la anexión del Grupo Espartaquista a los socialdemócratas independientes —pascua de 1917— Rosa Luxemburg estaba en prisión, pero desde ahí recomendó con énfasis, a través de las páginas del órgano espartaquista *Der Kampf*, en un artículo firmado con el seudónimo de «Gracchus», la entrada del Grupo Espartaquista en la USP. Al igual que Mehring y que Jogiches, ambos en libertad, ella partía del hecho de que los miembros del Grupo Espartaquista podían y debían jugar, en el interior del USP, el papel de elemento revolucionario, conservando al mismo tiempo la propia independencia política. En lo que respecta al proceso de clarificación entre las masas y al aumento de la influencia del Grupo Espartaquista, aquella anexión se reveló como poco ventajosa. Es cierto que el Grupo no renunció, en ningún momento, a sus propias posiciones políticas. Pero dado que la lógica del desarrollo iba a resultar igualmente en una ruptura *organizativa*, ya que el abismo entre las concepciones teóricas y político-prácticas de la izquierda marxista y las de los dirigentes centristas del USP era demasiado grande, esa demora, aquella vacilación, lo único que provocó fue que la fundación del Partido Comunista independiente tuviera que hacerse en una situación mucho más

difícil, esto es, unas semanas después del estallido de la revolución alemana de noviembre de 1918. Rosa Luxemburg y sus compañeros de lucha reconocieron su error demasiado tarde, error cuyas raíces teóricas hemos intentado bosquejar aquí. Es sabido que las últimas semanas de la vida de Rosa Luxemburg fueron dedicadas a la preparación del congreso de fundación del PCA, con lo que se sellaba, también en el plano organizativo, la separación históricamente inevitable de la USP. En aquel congreso, Rosa Luxemburg hizo su famoso discurso programático de fundación del partido, en el que pudo afirmar, con plena justeza, que se trataba del «congreso constituyente del único partido socialista revolucionario del proletariado alemán» [531].

Diciembre 1977. |
(Traducción de María José Aubet)

**GUÍA PARA LA
LECTURA DE ROSA
LUXEMBURG**

De la extensa obra legada por Rosa Luxemburg apenas existen en España unas pocas traducciones aparecidas de forma dispersa y en épocas distintas a partir, sobre todo, de 1968. Prescindiendo del menor o mayor grado de oportunismo en estas publicaciones, todas ellas tienen un común denominador: se trata de traducciones descontextualizadas, con pobres o insuficientes notas introductorias originales, en su mayor parte subjetivas y parciales, que nos dicen en general muy poco sobre la vida y obra de Rosa Luxemburg.

Si a ello se añade el hecho de que la obra luxemburguiana no tiene nada de sistemática ni constituye ningún «todo acabado», y que sus teorías —es decir, la evolución de sus posiciones teórico-políticas— vienen razonadas en decenas de artículos, panfletos, ensayos, discursos, en su mayoría en forma de colaboraciones en los distintos órganos socialdemócratas de la época (polacos, alemanes, franceses, rusos, italianos), aparece claramente la necesidad de ofrecer, aunque sea de modo esquemático, una mínima orientación bibliográfica que pueda contribuir a disipar algo la enorme confusión que puede existir en torno a su pensamiento y a facilitar la lectura a aquellos que opten por una aproximación directa a la obra de una de las teóricas del marxismo peor conocidas hoy en nuestro país.

Pero ello tampoco es tarea fácil: tras su muerte (enero de 1919) comienza también la dispersión de su obra. El contexto histórico-político de la época, las polémicas en el seno del Partido Comunista Alemán del que fuera fundadora, el posterior proceso de estalinización y de dogmatización, como su consecuencia más duradera, de la teoría marxista bajo la forma de una determinada «ortodoxia», ha hecho que la recuperación y la desideologización del conjunto de su obra fuera una difícil y larga labor de búsqueda, de relectura, de aglutinar esfuerzos por reunir poco a poco sus dispersos escritos y recomponer su pensamiento real. Tan solo desde 1970 puede contarse con una edición bastante completa de sus escritos y discursos, como a continuación detallaremos. Una advertencia: en las notas bibliográficas que siguen nos limitamos a las ediciones que nos parecen más asequibles al público español, por lo que se obvian, entre otras, y pese a su indiscutible importancia, las referencias a ediciones publicadas desde hace pocos años en la URSS y en Polonia —gracias, en este último país, a la labor del historiador Feliks Tych principalmente, cuya aportación ha sido decisiva para la recuperación de buena parte de los escritos polacos de Luxemburg.

I. LA OBRA DE ROSA LUXEMBURG

I.a. Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* (Obras completas). Berlín: Dietz Verlag, 1970-1975:

Vol. 1/1: 1893 hasta 1905 (1.^a parte) (1970).

Vol. 1/2: 1893 hasta 1905 (2.^a parte) (1970).

Vol. 2: 1906 hasta junio 1911 (1972).

Vol. 3: julio 1911 hasta julio 1914 (1973).

Vol. 4: agosto 1914 hasta enero 1919 (1974).

Vol. 5: Escritos económicos (1975): *Introducción a la Economía Política, La acumulación del capital, y Una Anticrítica*.

Esta edición constituye el mejor instrumento de trabajo que existe actualmente, y el más completo, por lo que no citaremos ediciones anteriores (más incompletas) publicadas antes de 1970 en Alemania (Federal y Democrática). Estos seis volúmenes recogen por primera vez una gran parte de la producción teórica de Rosa Luxemburg. La lectura viene además facilitada por abundantes notas aclaratorias de los editores (G. Radczun y A. Laschitz), si bien habría que decir que, pese a representar esta edición un acontecimiento importante tras tantos años de silencio, las introducciones que preceden a los distintos volúmenes vienen todavía algo marcadas por tintes de «ortodoxia».

Innumerables artículos de la primera época de Rosa Luxemburg (1892-1905), la mayoría de escritos de 1910 a 1914 (todos ellos publicados principalmente en la prensa polaca) y muchos de los escritos entre 1915 y 1918 no han sido incluidos en estas Obras Completas, como tampoco su correspondencia, muy abundante, ni sus tres más importantes artículos sobre la cuestión nacional. Es, pues, todavía una edición con bastantes lagunas, que probablemente se irán completando en futuras ediciones. Estas *Gesammelte Werke* no están traducidas todavía a ninguna lengua.

I.b. Principales antologías de textos de Rosa Luxemburg

En la siguiente selección, se citarán explícitamente aquellos escritos y artículos que no estén incluidos en las *Gesammelte Werke*:

En inglés:

1. Rosa Luxemburg, *The National Question: Selected Writings* (Ed. H. B. Davis). New York/London: Monthly Review Press, 1976.

En esta antología se incluyen sus tres contribuciones más importantes al estudio de la cuestión nacional, y constituye, hasta el momento, la versión «occidental» más completa: «La cuestión polaca en el Congreso Internacional de Londres, 1896» (versión francesa en G. Haupt, M. Löwy, C. Weill, *Les marxistes et la question nationale*. París: Maspero, 1975; y versión castellana en Rosa Luxemburg, *Textos sobre la cuestión nacional*, Madrid: Ed. de la Torre, 1977); la «Introducción» a la antología *La cuestión polaca y el movimiento socialista* que recoge artículos sobre la cuestión polaca de Luxemburg, Kautsky, Mehring, Parvus, desde 1896 (versión italiana en Rosa Luxemburg, *Scritti Politici*. Roma: Riuniti, 1974; 2.^a ed., ed. Lelio Basso; y una parte de ella también en la citada versión castellana de Ed. de la Torre y en versión francesa en G. Haupt, M. Löwy, C. Weill, obra citada anteriormente; y cinco artículos de la serie de seis publicados entre 1908 y 1909 bajo el título de *La cuestión nacional y la autonomía*, que puede considerarse como su contribución más acabada y madura al estudio del problema de las nacionalidades. Hasta la fecha solo existe una versión completa de esta serie en lengua polaca, en F. Tych (ed.), *Wypor Pism*,

vol. II (versión francesa y versión castellana de algunas partes tan solo en los libros ya mencionados).

2. Rosa Luxemburg, *Selected Political Writings* (ed. D. Howard). New York/London: Monthly Review Press, 1971.

Edición ordenada temáticamente, contiene una excelente introducción del editor y un artículo inédito: «What are the origins of May Day?» (1894), además de diversos artículos menores de Rosa Luxemburg.

3. *Rosa Luxemburgs speaks* (ed. M. A. Waters). New York: Pathfinder Press, 1970.

En ella se incluye un artículo inédito: «Socialism and the chumbes» (1905). La antología sigue una ordenación cronológica y contiene en apéndice comentarios de Lenin y de Trotsky acerca de la personalidad política y teórica de Rosa Luxemburg. Existe una versión castellana en Ed. La Pluma, Bogotá, 1976, con el título de Rosa Luxemburg, *Obras Escogidas* (2 vols).

4. Rosa Luxemburg, *Selected Political Writings* (Ed. R. Looker). London: Jonathan Cape, 1972.

Se trata de una antología, de ordenación cronológica, que complementa muy bien las dos anteriores. Incluye escritos menores y poco conocidos de Rosa Luxemburg.

En francés:

5. Rosa Luxemburg, *Le Socialisme en France (1898-1912)* (Ed. D. Guérin). París: Belfond. 1971.

Aquí se recoge una serie importante de artículos inéditos que hacen referencia a la situación en Francia, algunos no incluidos en las *GW*, tales como: «Affaire Dreyfus et cas Millerand» (1899), «Le Congrès de Commentry» (1902), «Enquête sur l'anticléricisme et le socialisme» (1903) y «L'unification des socialistes français» (1905). Es una antología seleccionada en base a una unidad temática: el grande y profundo interés y conocimiento que de la situación francesa tenía Rosa Luxemburg. La mayoría de esos artículos pueden muy bien enmarcarse dentro de su lucha contra el revisionismo y el reformismo, algunos de ellos de gran actualidad.

6. Rosa Luxemburg, *Oeuvres I-IV*. París; Petite Collection Maspero, 1969.

Una de las primeras antologías surgidas tras el Mayo francés y una de las mejores traducciones e introducciones que existen a la obra de Rosa Luxemburg. Incluye un artículo inédito: «Sur la révolution russe» (24-3-1976).

7. *Lettres et tracts de Spartakus*, París: Ed. Tête des Feuilles, 1972.

Aquí se recogen todos los folletos y panfletos publicados ilegalmente por la Liga Espartaco durante la guerra, casi todos ellos redactados —desde la cárcel— por Rosa Luxemburg, y muchos de ellos no incluidos en las *Gesammelte Werke*.

8. Rosa Luxemburg, *Textes* (Ed. G. Badia). París: Ed. Sociales, 1969.

Es una breve antología de bolsillo que incluye, además de cuatro de los escritos mayores de Rosa Luxemburg, algunos menores y abundante correspondencia, que en su día constituyeron una auténtica novedad. La traducción es excelente e incluye una breve, pero interesante introducción del editor.

9. Rosa Luxemburg, *Blanquisme et socialdémocratie*, breve artículo que ha sido publicado por Quatrième Internationale, n.º 2, abril de 1972. Escrito por Rosa Luxemburg en 1906, puede considerarse como una matización importante de sus posiciones anteriores a la Revolución rusa de 1905, especialmente en lo que se refiere a su valoración de la disputa entre mencheviques y bolcheviques. Su lectura debería constituir un complemento a la de *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*.

En italiano:

10. Rosa Luxemburg, *Scritti Politici* (Ed. L. Basso). Roma: Riuniti, 1967 y 1974.

Incluye la versión italiana de la «Introducción» a la antología *La cuestión polaca y el movimiento socialista* ya mencionada. La introducción que hace Lelio Basso al volumen puede considerarse como una de las mejores aportaciones al conocimiento de la obra y pensamiento de Luxemburg. Todos los artículos y ensayos vienen además adecuadamente contextualizados por Basso, con lo cual se ofrece al lector en pocas palabras una idea global del contexto y de la motivación de cada uno de los escritos. Lelio Basso es también uno de los mejores conocedores y continuadores de esta teórica marxista hoy día, y su conocimiento de esta autora es profundo y riguroso. Una parte de esa introducción puede encontrarse en versión castellana en L. Basso: *El pensamiento político de Rosa Luxemburg*. Barcelona: Ed. Península, 1976.

11. Rosa Luxemburg, *Scritti sull'arte e sulla letteratura*, Verona; Bertani, 1976.

Se trata de una selección de escritos sobre un tema abundantemente tratado por Luxemburg y relativamente poco conocido.

12. *Per conoscere Rosa Luxemburg* (a cura di L. Basso). Roma: Mondadori, 1977.

Es una recopilación de fragmentos de textos de Rosa Luxemburg sobre diversos temas, que al mismo tiempo vienen acompañados de comentarios hechos por sus críticos y contemporáneos a propósito de las cuestiones tratadas por Luxemburg. Es muy recomendable porque ofrece por vez primera una excelente contextualización teórica de la obra luxemburguiana en base a las críticas y comentarios que sus escritos despertaron en su época.

En alemán:

14. *Internationalismus und Klassenkampf* (ed. J. Hentze). Neuwied: Luchterhand, 1971.

Incluye muchos de los escritos polacos de Rosa Luxemburg que no vienen incluidos en las *GW*. Hentze es además un excelente conocedor de la obra luxemburguiana.

Existen además, en alemán, muchas otras antologías seleccionadas, en su mayoría, temáticamente, pero que no mencionamos aquí por las razones que ya hemos indicado.

I.c. Correspondencia

Rosa Luxemburg fue una prolífera corresponsal y ese importante legado epistolar es, creemos, de lectura imprescindible para poder completar la caracterización de su personalidad teórica, política y, en definitiva, humana. Su correspondencia se ha podido ir recuperando muy lentamente gracias a la labor paciente de amigos e investigadores, quienes han logrado rescatar

gran parte de aquel legado: entre ellos muy especialmente Luise Kautsky en los años veinte, y Feliks Tych (Polonia) y Georges Haupt (en Francia) más recientemente. Pese a ello, lo publicado hasta el momento no representa más que una parte —importante— de su correspondencia. Se sabe de la existencia de correspondencia con Kostia Zetkin, con Schönlank, con Lenin, con Parvus, con Karl Liebknecht (de la que solo se conoce una, publicada en I.c.b) y con muchos de los líderes socialdemócratas franceses; E. Vaillant, J. Jaurés, P. Guesde, P. Lafargue, J. Allemane, J. Longuet, etc. Lo que se detalla a continuación son las ediciones más importantes y exhaustivas aparecidas hasta la fecha, y, por lo tanto, no se hace mención de algunas cartas que han ido apareciendo en diversas revistas de Occidente.

1. Rosa Luxemburg, *Vive la lutte! Correspondance I, 1891-1914* (ed. G. Haupt). París: Maspero, 1975.

Además de contener una muy interesante introducción del editor y recopilador, este volumen constituye, junto con el segundo, la más exhaustiva recopilación de correspondencia que existe hasta este momento, recopilación que además viene detallada, documentada y comentada extensamente. En su mayor parte se trata de traducciones hechas y contrastadas directamente a partir de originales, con lo cual se corrigen errores de ediciones anteriores y se amplía la información que se poseía.

2. Rosa Luxemburg, *J'étais, je suis, je serai! Correspondance II, 1915-1919* (ed. G. Haupt). París; Maspero. 1977.

Aquí el prólogo no se limita a hacer una presentación del volumen, sino que ofrece un tratamiento muy original de ciertos temas y aspectos reiterativos que se reflejan de forma manifiesta en la correspondencia que Rosa Luxemburg mantuvo durante los últimos años de su vida (cuestiones éticas principalmente, que contrastan con las preocupaciones generalmente más «políticas» del primer volumen). Las notas son igualmente muy completas, puestas al día y corrigen errores aparecidos en otras ediciones. La traducción castellana de ambos volúmenes aparecerá próximamente publicada por Ediciones Zero-ZYX, de Madrid. Existe, de todas formas, una versión castellana de las cartas a Sonia Liebknecht (1916-1918) en la segunda parte de *Cartas de la prisión* (Buenos Aires: Papeles Políticos. 1974), cuya primera parte recoge la mayoría de cartas contenidas en la edición castellana que se cita en el apartado I.c.d.

3. Rosa Luxemburg, *Lettres à Leo Jogiches* (ed. V. Fay), 2 vols. París; Denoël, 1971.

Se trata de la traducción francesa de dos de los tres volúmenes aparecidos originariamente en polaco editados por F. Tych; Roza Luksemburg, *Listy do Leona Jogichesa-Tyszki* (3 vols.). Varsovia, 1968-1971, que recoge la totalidad de la correspondencia entre ambos dirigentes de la SDKPIL, Correspondencia que no viene incluida en las ediciones de G. Haupt anteriormente mencionadas por constituir en sí mismas un bloque unitario. Hay traducción castellana del primer volumen en *Cartas de amor a Leon Jogiches*. Buenos Aires: La Flor, 1973, aunque se recomienda, en la medida de lo posible, la versión francesa.

La versión alemana en base a la edición completa polaca puede encontrarse en *Briefe an Leon Jogiches*. Frankfurt, 1971.

4. Rosa Luxemburg, *Lettere ai Kautsky* (a cura di Lelio Basso). Roma, Riuniti, 1971.

Se trata de la edición más completa de la correspondencia entre Luxemburg y Luise y Karl Kautsky, precedida por una bonita e interesante introducción de L. Basso sobre las complejas y conflictivas relaciones entre Karl Kautsky y Rosa Luxemburg, que acabarían en un enfrentamiento político abierto. Esta edición se basa, amplía y corrige la edición original: *Briefe and Karl und Luise Kautsky* (Berlín, 1923) publicada por la propia Luise Kautsky. Una selección de esta correspondencia se incluye en la edición francesa de G. Haupt ya mencionada. Hay traducción castellana de una discutible versión francesa (PUF, 1970) con el título de *Cartas a Karl y Luisa Kautsky*. Barcelona: Galba, 1975. En la medida de lo posible se aconseja la edición italiana.

II. TRADUCCIONES DE LA OBRA DE ROSA LUXEMBURG AL CASTELLANO

No disponemos todavía de ninguna edición de las obras completas de esta autora. Existen traducciones dispersas de varios de sus ensayos y artículos, todos ellos, como se ha dicho, escasa o insuficientemente introducidos y contextualizados. Aquí nos limitaremos a dar la referencia de las selecciones y antologías aparecidas hasta el momento más amplias y completas que incluyen, en su mayor parte, los escritos publicados en anteriores antologías. Además de las traducciones ya citadas en las secciones precedentes, contamos hoy en España con las siguientes:

1. Rosa Luxemburg. *Introducción a la Economía Política*. Madrid: Siglo XXI, 1974.

Se trata de los apuntes que Rosa Luxemburg preparó para, y a raíz de, las clases que impartió en la Escuela del Partido antes de la guerra mundial. (Traducción de Horacio Cifandini.) Fue publicada después de su muerte.

2. Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital y La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx: una anticrítica*. México: Grijalbo, 1967 (traducción de Raimundo Fernández).

La primera de estas obras, una de las más conocidas de Rosa Luxemburg, constituye también uno de sus escritos más polémicos, al ser uno de los primeros intentos de explicar el entonces (1913) nuevo fenómeno del imperialismo, en base al desarrollo de los esquemas inacabados o bosquejados tan solo por Marx. A sus críticos y «epígonos» contestaría Rosa Luxemburg con el segundo de estos textos, conocido también como *La anticrítica*, que viene a ser tanto un intento de popularizar y divulgar los temas tratados en *La acumulación*, como una matización importante a la misma. Ambas lecturas son, pues, necesariamente complementarias.

3. Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977. Introducción y traducción de Gustau Muñoz.

Es la antología de textos más completa con que contamos hasta el momento, en una excelente traducción de G. Muñoz. A señalar, no obstante, que se echa en falta una debida presentación y contextualización de los diversos textos seleccionados. Estos no vienen publicados por orden cronológico, por lo que puede llevar al lector muy fácilmente a confusión, puesto que, como ocurre con todo pensador y político, el contexto histórico y político, el lugar y la fecha, y las motivaciones que llevaron a la autora a escribir esos artículos y ensayos en la forma en que lo hizo, son factores absolutamente determinantes. Detallamos a continuación el índice de la antología y anotamos al margen la fecha en que fueron escritos:

- *¿Reforma social o revolución?* (1899).
- *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906).
- *Militarismo, guerra y clase obrera* (1914).
- *La crisis de la Socialdemocracia (el folleto de Junius)* (1915) (también hay una buena traducción en Barcelona: Anagrama, 1975).
- *Tesis sobre las tareas de la Socialdemocracia Internacional* (1915) (Traducido asimismo en Barcelona: Anagrama, 1975).
- *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* (diciembre de 1918).
- *Nuestro programa y la situación política*. (Discurso pronunciado en el Congreso de fundación del KPD-Spartakusbund) (diciembre de 1918).
- *El orden reina en Berlín* (15 de enero de 1919, su último escrito).
- *En memoria del partido «Proletariado»* (1905).
- *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* (1904).
- *La revolución rusa* (escrito en otoño de 1918 y publicado en 1922).
- *Fragmento sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución* (probablemente en enero de 1918).

4. Rosa Luxemburg, *Textos sobre la cuestión nacional*, Madrid: Ed. de la Torre, 1977. (Traducción de Manuel P. Izquierdo.)

Esta edición, ya citada anteriormente, es la primera versión castellana de partes importantes de su obra polaca sobre la cuestión nacional (ver I.B. 1.). Incluye, además de los fragmentos ya citados, un artículo inédito: «La acrobacia programática de los socialpatriotas» (1902). Ediciones de la Torre prepara una segunda edición corregida y ampliada, de próxima aparición.

Parte de estos textos y otros nuevos han sido recientemente publicados en versión catalana con el título de *Els marxistes i la qüestió nacional*, Edicions de La Magrana. Barcelona, 1978. Se trata, en realidad, de una traducción de la obra ya mencionada de G. Haupt, M. Löwy, C. Weill, *Les marxistes et la question nationale*. (Maspero, 1975.)

5. *Debate sobre la huelga de masas* (primera parte). Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 62, 1975.

Esta antología recoge escritos de diversos autores (Parvus, Mehring, Luxemburg, Kautsky y Vandervelde) en torno a la huelga de masas, tema que fue central en el seno de la socialdemocracia antes de 1914, y que marcaría la ruptura definitiva entre Kautsky y Luxemburg. Contiene dos artículos de

Rosa Luxemburg, «La causa de la derrota» e «Y por tercera vez el experimento belga», inéditos en castellano. El volumen recoge perfectamente la atmósfera política de la época y las distintas concepciones teórico-políticas de los líderes socialdemócratas que intervinieron en la polémica.

6. Rosa Luxemburg, *¿Reforma o revolución?* y otros escritos. Barcelona: Fontamara, 1978 (2.ª ed. revisada y ampliada), traducción de Juan A. Areste.

Antología que incluye tres artículos inéditos: «Discurso sobre la táctica (Stuttgart, 1898)», «Las gafas inglesas» y «Libertad de la crítica y de la ciencia», todos ellos relacionados con la lucha de Rosa Luxemburg contra el revisionismo.

7. Rosa Luxemburg, *La revolución rusa y otros escritos*. Madrid: Castellote, 1975 (traducción de Jesús Castellote).

Además de textos ya publicados en antologías ya mencionadas, presenta un artículo inédito: «Masas y jefes». La traducción no es de las mejores, por lo que para el resto de los escritos que incluye se aconseja la lectura de las anteriores ediciones.

III. LIBROS Y ENSAYOS SOBRE ROSA LUXEMBURG

El pensamiento de Rosa Luxemburg ha sido tratado monográficamente en artículos breves aparecidos casi todos ellos en multitud de revistas especializadas en Ciencias Sociales, Teoría Política o Historia, en diversas lenguas. Ofrecemos aquí tan solo una selección de las obras más importantes y destacadas que han aparecido hasta la fecha:

1. J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*. Londres: Oxford University Press, 1966 (traducción castellana de Félix Blanco en Ediciones Era, México, 1974).

Se trata de la más completa biografía sobre Rosa Luxemburg escrita hasta la fecha. Contiene además una extensa, interesante y útil información bibliográfica de consulta imprescindible para todo estudioso de Luxemburg. Escrita por un no-marxista, ofrece, al lado de algunas interpretaciones discutibles, una muy abundante información de la que se carecía hasta su publicación. Existe una traducción excelente al francés (París: Maspero, 1975, 2 vols.) y la versión castellana citada. Es preferible, de todos modos, consultar la versión francesa o la edición original.

2. Paul Frölich, *Rosa Luxemburg. Gedanke und Tat*. París, 1939; 2.ª ed. Hamburgo, 1949 (versión castellana en *Rosa Luxemburg. Vida y obra*. Barcelona: Fundamentos, 1976).

Se trata de un extensa biografía que tiene el interés de haber sido escrita por un compañero de lucha de Rosa Luxemburg y también exespartaquista. Es quizá la biografía que ofrece todavía hoy la mejor aproximación al conocimiento intelectual y político de Rosa Luxemburg.

3. Gilbert Badia, *Rosa Luxemburg journaliste, polémiste, révolutionnaire*. París, Editions Sociales, 1975.

Puede considerarse como una biografía muy original en su tratamiento de aspectos descuidados por otros autores. La primera parte está dedicada a las luchas políticas llevadas a cabo por Rosa Luxemburg en el seno de la socialdemocracia; una segunda parte ofrece una excelente información y valoración de la actividad de Luxemburg bajo las duras condiciones impuestas por la guerra (cárcel, aislamiento político, la Internacional), de su relación con los bolcheviques y con la revolución rusa y alemana; la tercera la dedica el autor a las teorías y al vocabulario de Luxemburg y dedica una parcela importante a su tratamiento de la cuestión nacional, de la acumulación capitalista y del imperialismo; y la cuarta y última parte se centra sobre la personalidad de Rosa como periodista, polemista, oradora, escritora y corresponsal. Contiene asimismo una completísima y detallada bibliografía que corrige y amplía notablemente la de Nettl.

4. Se ha traducido al castellano una obra de este mismo autor con el título de *Los espartaquistas* (2 vols.). Barcelona: Ed. Maten, 1971, que contiene no solo información sobre el movimiento que Rosa Luxemburg inspiró y dirigió en la clandestinidad durante la guerra, sino también documentos de la Liga Espartaco, en su mayoría redactados por Luxemburg.

5. G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*. México: Grijalbo, 1969 (y Barcelona, 1975), traducción de Manuel Sacristán.

Esta obra ya clásica en la literatura marxista, contiene, entre otros, dos de los primeros ensayos que se escribieron sobre Rosa Luxemburg: «Rosa Luxemburg como marxista» (enero 1921), y «Observaciones críticas acerca de la «Crítica de la revolución rusa», de Rosa Luxemburg» (julio 1920). La valoración e interpretación lukacsiana de Rosa, profundamente marcada por el impacto de la revolución rusa y por el triunfo bolchevique, influirían decisivamente en la consideración y valoración de la personalidad política de Rosa Luxemburg durante varias décadas.

6. Norman Geras, *The legacy of Rosa Luxemburg*. Londres: New Left Books, 1976 (traducción castellana de próxima aparición en Ediciones Era, México, 1978).

Recoge cuatro ensayos publicados en distintas revistas por el autor (un excelente conocedor de Luxemburg), uno de los cuales aparece en el presente volumen de *Rosa Luxemburg Hoy*. Constituye uno de los pocos intentos serios de actualización de algunas de las teorías luxemburguianas.

7. Michael Löwy, *Dialectique et révolution*. París: Anthropos, 1973,

Se trata de una recopilación de diversos ensayos de Löwy publicados en distintas revistas y épocas. La segunda parte, dedicada a Rosa Luxemburg, está constituida por tres artículos de gran interés: «El marxismo de Rosa Luxemburg», «El significado metodológico de la consigna «Socialismo o Barbarie»» y «Rosa Luxemburg y la cuestión nacional». Las conclusiones de este último artículo contrastan con las que expone G. Haupt en este mismo volumen de *Rosa Luxemburg Hoy*. Constituye igualmente un tratamiento riguroso del per-

fil teórico y político de Luxemburg dentro de la línea de recuperación y reactualización de su pensamiento.

8. *Rosa Luxemburg e lo sviluppo del pensiero marxiste*, Annali della Fondazione Lelio e Lisli Basso-ISSOCO, vol. II, Ed. G. Mazzotta, Milán, 1976.

Es quizá la recopilación de textos sobre Luxemburg más amplia y rigurosa hecha hasta la fecha. Recoge las ponencias presentadas con ocasión de la I Semana Internacional de Estudios Marxistas, organizada por la Fondazione en septiembre de 1973 en Reggio Emilia. Algunas de esas ponencias se publican en el presente volumen.

9. *Rosa Luxemburg vivante*. Número especial de *Partisans*, n.º 45, 1969. París: Maspero, 1969 (traducción italiana en Jaca Books, Milán, 1970).

Se trata de una primera colaboración colectiva de mucho interés, escrita bajo la influencia todavía del Mayo francés, a partir de la cual se renovó e impulsó el interés en occidente por la autora polaca después de muchos años de relativo silencio.

10. Dos pequeñas selecciones de textos breves de diversos autores: *El desafío de Rosa Luxemburg*. Buenos Aires: Proceso, 1972. *Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria*. Buenos Aires: Proyección, 1973; ambas de interés menor, pero que constituyen una interesante aportación.

También contamos actualmente con algunos breves ensayos monográficos nativos que pueden servir de complemento a las lecturas anteriores, pero en ningún caso sustituirlas. Ofrecemos tan solo la referencia, por tratarse de escritos muy breves:

Díaz Valcárcel, *La pasión revolucionaria de Rosa Luxemburg*. Madrid: Akal, 1975.

Gómez Lorente, *Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana*. Madrid: Edicusa, 1975.

M. J. Aubet, *Rosa Luxemburg y la cuestión nacional*. Barcelona: Anagrama, 1977.

NOTAS

[1] «Todas las colisiones de la historia nacen, pues, según nuestra concepción, de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de intercambio» (*La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 1970, p. 86.; *MEW*, vol. 3, p. 73).

[2] K. Marx. *Miseria de la filosofía*, Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, Apéndice, p. 186 (en *MEW*, vol. 27, p. 460).

[3] «Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras» (*Ibid.*, p. 170, *MEW*, vol. 4, p. 181).

[4] «El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales» (*Ibid.*, p. 104; *MEW*, vol. 4, p. 130).

[5] Se lee en este texto: «Dada esta prosperidad general, en la que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con tanto vigor dentro de los límites que en general permiten las relaciones burguesas, *no puede pensarse en una verdadera revolución*. Una tal revolución solo es posible en los períodos en que estos dos factores las fuerzas productivas modernas y las formas de producción burguesas, entran en contradicción unas con otras» («Las luchas de clase en Francia», en *MEW*, vol. 7, p. 98).

[6] «Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura» («Prefacio» a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: A, Corazón, 1970, p. 37; *MEW*, vol. 13, p. 9).

[7] «La contradicción entre el poder social general en que el capital se convierte y el poder privado del capitalista individual sobre estas condiciones sociales de producción se desarrolla de un modo cada vez más clamoroso y entraña, al mismo tiempo, la supresión de este régimen, ya que lleva consigo la formación de las condiciones de producción necesarias para llegar a otras condiciones de producción colectivas, sociales. Este proceso obedece al desarrollo de las fuerzas productivas bajo el régimen de producción capitalista y al modo como este desarrollo se opera» (*El Capital*, Libro III, México: Fondo de Cultura Económica, 1968 [5ª ed.]. p. 261; *MEW*, vol. 25, pp. 274- 275), «El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es lo que constituye la misión histórica y la razón de ser del capital. Es así precisamente como crea, sin proponérselo, las condiciones materiales para una forma más alta de producción» (*Ibid.*, p. 256; *MEW*, p. 269).

[8] Este párrafo ha sido tomado del texto francés de *El Capital*, traducción de Roy revisada por Marx, que no corresponde exactamente al texto alemán. Como es sabido, Marx había introducido modificaciones en el texto francés (algunas de las cuales fueron luego retomadas en la segunda edición alemana) que, por lo tanto, debe considerarse como un texto original. El texto citado se encuentra en K. Marx, *Le Capital*, traducción de J. Roy enteramente revisada por el autor. París: Librairie du Progrès, 1872-1875, p. 211.

[9] «Herr Vogt», en *MEW*, vol. 14, p. 439.

[10] G. Lukács, «Rosa Luxemburg como marxista», en *Historia y conciencia de clase*. México: Grijalbo, 1969, p. 29.

[11] Este concepto de la totalidad, ya presente en Hegel, lo encontramos en Marx en los primeros esbozos de su concepción materialista de la historia, en *La ideología alemana*, y en la *Miseria de la filosofía*, y posteriormente desarrollado en sus escritos de madurez, a partir sobre todo de los *Grundrisse*. Véase, por ejemplo, la relación entre la ciudad como un todo y los habitáculos singulares, el paso de una noción de población como «una representación caótica del conjunto» a la de población como «una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones» (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [borrador] 1857-1858*. Madrid: Siglo XXI, 1972, p. 21).

[12] «La producción capitalista no es solo reproducción de la relación: es su reproducción a una escala siempre creciente. (...) La relación no solo se reproduce, no solo produce en una escala cada vez más masiva, no solo se procura más obreros y se apodera continuamente también de ramos productivos que antes no dominaba, sino que, como se ha expuesto en el análisis del modo de producción específicamente capitalista, esa relación se reproduce bajo condiciones cada vez más propicias para una de las partes, para los capitalistas, y más desfavorables para la otra, los asalariados. (...) Hemos visto que la producción capitalista es producción de plusvalía y, en cuanto tal producción de plusvalía (en la *acumulación*) al mismo tiempo es *producción de capital y producción y reproducción de la entera relación capitalista*, en una escala cada vez más extendida» (*El Capital*, Libro I, cap. VI (inédito). Madrid: Siglo XXI. 1973 [3ª ed.] pp. 103-104 y 107).

[13] «La presión sorda de las condiciones económicas sella el poder de mando del capitalista sobre el obrero. Todavía se emplea, de vez en cuando, la violencia directa, extraeconómica; pero solo en casos excepcionales. Dentro de la marcha natural de las cosas, ya puede dejarse al obrero a merced de las «*leyes naturales de la producción*», es decir, entregado al predominio del capital, predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan» (*El Capital*, Libro I, México, FCE, 1968 [5ª ed.], p. 627; *MEW*, vol. 23, p. 765).

[14] «¿Reforma social o revolución?», en Rosa Luxemburg. *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977, p. 87 (en lo sucesivo referencia E.P.)

[15] *Ibid.*, p. 128.

[16] «Nachbetrachtungen zum Parteitag», en Rosa Luxemburg. *Gesammelte Werke*. Berlín: Dietz, 1970, vol. 1/1, p. 253 (en lo sucesivo referencia GW).

[17] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en *E.P.*, p. 540.

[18] *La acumulación del capital*. México: Grijalbo, 1967, p. 351.

[19] «Discurso sobre la táctica, Stuttgart 1898», en Rosa Luxemburg, *¿Reforma o revolución? y otros escritos*. Barcelona: Fontamara, 1978 (2ª ed.), p. 150.

[20] G. Lukács, «¿Qué es marxismo ortodoxo?», en *Historia y conciencia de clase*, *op. cit.*, p. 26.

[21] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 95.

[22] «La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Una anticrítica», en *La acumulación del capital*, *op. cit.*, Apéndice, p. 393.

[23] «Problemas de organización...», en *E.P.*, p. 535.

- [24] «Der Wiederaufbau der Internationale», en *GW*, 4, p. 22.
- [25] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 112.
- [26] *La acumulación del capital*, *op. cit.*, p. 346.
- [27] «La crisis de la socialdemocracia», en *E.P.*, p. 389.
- [28] *Per conoscere Rosa Luxemburg*, a cura di L. Basso, Milán: Mondadori, 1977, pp. XXXII/XXXIII.
- [29] *Ibid.*, p. XXXIII.
- [30] «Nuestro programa y la situación política», en *E.P.*, p. 427.
- [31] «La crisis de la socialdemocracia», *E.P.*, pp. 269-270.
- [32] *Przedmowa do książki «Kwestia polska a ruch socjalistyczny»*, en Rosa Luxemburg, *Wybor pism*, Warszawa, 1959, I, p. 404.
- [33] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, p. 212.
- [34] «Nacjonalizm a socjaldemokracja rosyjska i polska: 1. Socjalpatriotyczna robinsonada», en *Przegląd Socjaldemokratyczny*, 1903, n. 10.
- [35] Algunas expresiones de Luxemburg, como esta acerca de la «inmutable nieta final» pueden dar la impresión de que en realidad ella hacía propia la tesis de una victoria segura —e ineludible— del socialismo. Pero Rosa era una militante, que escribía casi siempre para los compañeros de base, en los cuales depositaba toda su confianza, y creía que la convicción de estar en la línea victoriosa de la historia era un importante estímulo para los militantes, como ella explicó algunas veces. Y sus expresiones sobre la ambigüedad de la historia, en torno al dilema «socialismo o barbarie» son demasiado categóricas como para poder ser consideradas como simples adjetivos.
- [36] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, pp. 133-134.
- [37] L. Basso, *El pensamiento político de Rosa Luxemburg*. Barcelona: Península, 1976, pp. 36-37.
- [38] Este problema viene tratado ampliamente en L. Basso, *Neocapitalismo e sinistra europea*, Barí, 1969, pp. 195 y ss. (Traducción alemana: L. Basso, *Zur Theorie des politischen Konflikts*. Frankfurt/Main, 1969, pp. 72 y ss.)
- [39] L. Basso, *Neocapitalismo e sinistra europea*, *cit.*
- [40] «Erörterung über die Taktik», en *GW* 1/1, p. 259.
- [41] Ponencia presentada en la I Semana Internacional de Estudios Marxistas celebrada en septiembre de 1973 en Reggio Emilia.
- [42] El contexto en que se encuentra esta frase parece que da la razón a los dogmáticos; va dirigida contra la «política de bachilleres», contra gente de la oposición de izquierdas que ignoran los hechos históricos, se distinguen por su arrogancia y defienden un «marxismo convulsivamente desfigurado». Pero, objetivamente, concierne hoy día igualmente a los dogmáticos que utilizan de modo inflacionario el nombre de marxismo y a los maestros de la letra marxista en todos sus diversos matices. (Cf. Engels, *Respuesta al «Sächsische Arbeiter-Zeitung»*, en *Obras Marx-Engels*, *MEW*, vol. XXII, p. 69.)
- [43] Ernst Thälmann, *Der revolutionäre Ausweg und die KPD*, Berlín. 1932, p. 71.
- [44] Es indudable que las *Obras Completas*, de Rosa Luxemburg, publicadas en 1972-1975 bajo la dirección de G. Radczun significa un notable progreso, si se las compara con aquella selección de sus escritos aparecida, en dos volúmenes, en 1952. Edición esta que había sido preparada de antemano para el lector, con un pró-

logo de Wilhelm Pieck y toda una serie de manifestaciones de Lenin y Stalin sobre Rosa Luxemburg. La edición de Radczun se limita, en esencia, a un exacto trabajo de reproducción del texto que merece todos los respetos. Con todo, en el caso de tesis precarias, se pone en funcionamiento el viejo mecanismo: El artículo *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* es comentado, paralelamente, en base a las respuestas de Lenin que figuran en las notas correspondientes. Sigue oscuro, como estaba, un problema decisivo: el destino de Rosa Luxemburg en el marxismo-soviético, la cuestión de los condicionamientos sociales que han impedido, a pesar de la recomendación de Lenin, que sus escritos sean utilizados para la formación de generaciones enteras de comunistas. El marxismo sigue llevando hasta la fecha, casi con la misma firmeza, su carga de ciencia de legitimación.

[45] Rosa Luxemburg, «Nuestro programa y la situación política», en Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977, p. 437 (en lo sucesivo *E.P.*)

[46] *Ibid.*

[47] «El orden reina en Berlín», en *E.P.*, p. 450.

[48] Lenin enuncia, en particular, los siguientes errores: «Rosa Luxemburg se equivocó en la cuestión de la independencia de Polonia, se equivocó, en 1903, en su valoración del menchevismo, se equivocó en la teoría de la acumulación del capital, se equivocó al hacer causa común, en julio de 1914, con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros, a favor de la unificación de los bolcheviques con los mencheviques, se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (corrigiendo ella misma, en gran parte, los errores al salir de prisión, a finales de 1918 y comienzos de 1919). Pero, a pesar de todos estos errores, R. Luxemburg era y sigue siendo un águila». (Lenin, *Werke*, vol. XXXIII, p. 195.)

[49] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 129.

[50] *Espontaneität, Aktion und Partei bei Rosa Luxemburg*, ponencia en Reggio Emilia (manuscrito, p. 1).

[51] Lelio Basso, *Luxemburgs Dialektik der Revolution*, Frankfurt a. M. 1967, p. 19.

[52] Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben. Eine Antikritik*, en *Die Akkumulation des Kapitals*, Frankfurt a.M. 1900, p. 399.

[53] Rosa Luxemburg, *ibid.*, p. 480.

[54] Rosa Luxemburg. *ibid.*, p. 478.

[55] *Ibid.*, p. 460.

[56] Rosa Luxemburg hace, como Lenin, un trabajo de recuperación de la teoría social de Marx, y ambos apuntan a lo esencial: restablecimiento del contenido revolucionario de la dialéctica materialista. Esta reactivación del contenido revolucionario de la teoría de Marx no va ligado enteramente, en su significado, a los productos literarios. Karl Korsch previene, y con razón, contra la ingenua concepción de que el revolucionario práctico está siempre a la altura de su conciencia «literaria», y por lo tanto en situación de aplicar de forma consecuente en toda cuestión la teoría desarrollada y el método dialéctico. Korsch cita la afirmación de Marx, tomada de *Las luchas de clase en Francia*, en que este atribuye a la clase revolucionaria, tan pronto como se haya alzado, la capacidad «de encontrar *directa e inmediateamente*, en su propia situación, el contenido y material de su actividad revolucionaria: abatir a los enemigos, tomar las medidas impuestas por las necesidades de la lucha; las

consecuencias de sus propios actos la hacen avanzar. Y no inicia indagaciones teóricas acerca de sus tareas». Korsch mantiene el momento de lo inconsciente, de lo no-teórico, en el plano de la acción, como elementos de una dialéctica inmanente, inconsciente y natural. Frente a este, entra en funcionamiento, ya en Thalheimer, una penetrante glorificación de la aplicación del método dialéctico-materialista a los problemas más sencillos; por ello se habla luego de un «empleo genial» del método por parte de Lenin, de Stalin, etc.

[57] Rosa Luxemburg, «Huelga de masas, partido y sindicatos», *E.P.* pp. 145-146.

[58] Rosa Luxemburg, «Nuestro programa y la situación política», *E.P.*, p. 447.

[59] Rosa Luxemburg, *Politische Schriften II*. Frankfurt, 1969, p. 16.

[60] Rosa Luxemburg, «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», *E. P.*, p. 533. Cuando Lenin en *Estado y Revolución*, defiende a Marx de la sospecha de una interpretación federalista de la Comuna de París, muestra ciertamente de forma adecuada la componente centralista del análisis de Marx que va dirigido contra los proudhonistas (por cierto, en contradicción con la forma *histórica* de La Comuna). Marx no es partidario del federalismo, que era a sus ojos como un reflejo del sistema alemán. Sin embargo, conoce muy bien la relación entre disciplina y centralismo. Una disciplina rígida es para él, como para Engels, expresión de un movimiento sectario, no del movimiento proletario de clase. Para toda organización proletaria vale lo que él dice, contra Schweitzer, en una carta del 13 de octubre de 1868, con respecto a una organización centralista de las Trade-Unions. Leemos allí: «Y si fuera posible una organización centralista de los sindicatos —yo lo tengo, sencillamente, por imposible—, no sería deseable, por lo menos en Alemania. Aquí, donde el trabajador es disciplinado con procedimientos burocráticos desde niño, donde cree en la autoridad, en sus superiores, de lo que se trata es, sobre todo, de enseñarle a andar por su cuenta, con autonomía.»

[61] Rosa Luxemburg, «Problemas de organización...», *E.P.*, p. 527.

[62] Lenin, «Der «Linke Radikalismus», die Kinderkrankheit im Kommunismus», en *Obras Escogidas*, vol. II, Berlín, 1954, p. 691.

[63] Rosa Luxemburg, «Nuestro programa y la situación política», *E.P.*, p. 446.

[64] *Ibid.*, pp. 445-446.

[65] R. Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 135.

[66] R. Luxemburg, «Problemas de organización...» *E.P.*, p. 535.

[67] Obras Marx-Engels, *MEW*, vol. XXII, p. 196.

[68] También en este punto es completamente falso abrir una fosa entre Lenin y Rosa Luxemburg; lo que les diferencia es la diversidad de la situación histórica de cada uno de ellos, situación que lleva las mismas intenciones a resultados totalmente diversos (por ejemplo, por lo que se refiere al centralismo democrático). Pues lo que Rosa Luxemburg criticaba en el comité central de Lenin no le era a este desconocido. A veces Lenin aparece como un auténtico espontaneísta; pero el partido de Lenin no siguió siendo lo que era cuando él estaba a su cabeza. Las frases siguientes, de su libro *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, aparecido en 1920, podrían ser muy bien de Rosa Luxemburg: «La historia en general, la historia de la revolución en especial, es siempre más rica en contenido, más variada, más polifacética, más viva, «más astuta» de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más progresistas. Y esto es compren-

sible, pues las vanguardias mejores dan expresión a la conciencia, al querer, a la pasión, a la fantasía de diez mil, mientras que la revolución es realizada, en momentos de especial empuje y tensión de todas las capacidades humanas, por medio de la conciencia, el querer, la pasión, la fantasía de docenas de millones, espoleados por la más aguda lucha de clases.» (*Ausgewählte Schriften*, vol. II, Berlín, 1954, p. 739.)

[69] Rosa Luxemburg, «Problemas de organización...», *E.P.*, p. 531.

[70] Lenin, *Werke*, vol. VII, p. 480.

[71] Una tal determinación del partido por sus tareas, no por meros principios organizativos, se encuentra también en Lenin, si bien con una pretensión de dirección que Rosa Luxemburg negaría decididamente. «¿Qué se ha de entender bajo la expresión de minoría organizada? Si esta minoría es consciente, realmente, de su clase, si sabe dirigir a las masas, si es capaz de dar respuesta a toda cuestión actual... entonces es, en el fondo, un partido» (Lenin, *Obras*, vol. XXXI, p. 67).

[72] R. Luxemburg, «Die Debatten in Koln», en el *Sächsische Arbeiterzeitung*, 30-5-1905, en *Gesammelte Werke*, vol. 1/2, Berlín, 1972, p. 581.

[73] R. Luxemburg, «Huelga de masas...», *E.P.*, p. 151.

[74] R. Luxemburg, «La revolución rusa», *E. P.*, p. 561.

[75] *Ibid.*

[76] Para una determinación más exacta de la expresión aquí utilizada, «esfera pública proletaria», cf. Oskar Negt/Alexander Kluge, *Öffentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*, Frankfurt, a. M. 1972.

[77] Rosa Luxemburg, «Nuestro programa...», *E.P.*, p. 429.

[78] Ministro de Bismarck (*N. del T.*).

[79] *Sozialistengesetz*, ley represiva contra los socialistas en tiempos de Bismarck (1878). (*N. del T.*)

[80] *MEW*, vol. XXXVIII, p. 94 s.

[81] Lassalle, fundador del primer partido socialista alemán (1863). En Eisenach fundaron W. Liebknecht y A. Bebel el Partido Socialdemócrata Obrero Alemán (1869), Ambos partidos se unieron por el Programa de Gotha (1875). (*N del T.*)

[82] R. Luxemburg, «Huelga de masas...», *E.P.*, p. 169.

[83] R. Luxemburg, «El orden reina en Berlín», *E.P.*, p. 454.

[84] El presente artículo, elaborado por el autor a partir de una ponencia presentada en la I Semana Internacional de Estudios Marxistas, celebrada en Reggio Emilia en 1973, constituye una ampliación del anterior texto «Los marxistas frente la cuestión nacional».

[85] Partido Socialista Polaco, enemigo mortal de la socialdemocracia del Reino de Polonia (SDKP) cuya principal teórica era Rosa Luxemburg (*N del T.*).

[86] Rosa Luxemburg, *Internationalismus und Klassenkampf*, Neuwied, 1971, p. 153. (En lo sucesivo *IuK*). (Hay traducción castellana de algunas partes y fragmentos de esta antología de textos en Madrid: Ediciones de la Torre, 1977, bajo el título Rosa Luxemburg: *Textos sobre la cuestión nacional.*)

[87] Hans Ulrich Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat*. Göttingen, 1971, p. 137.

[88] Carta de V. Adler a Kautsky del 27 de abril de 1896, en V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*. Viena, 1954, p. 207. El 30 de mayo de 1896.

I. Daszynski escribía a V. Adler: «La polémica con la redacción de la *Neue Zeit* ha adoptado en el artículo formas totalmente adecuadas. Kautsky tiene demasiado tacto para no saber que nosotros no merecemos que se nos meta en el *mismo* saco que la Srta. Rosa con respecto a un órgano del partido (...). Pues —seamos francos— no llego a comprender que la socialdemocracia alemana no tenga *ahora, durante la coronación del zar*, nada más urgente que hacer que reivindicar la incorporación de Polonia a Rusia en el sentido de la Srta. Rosa, en contra de la voluntad de toda la socialdemocracia polaca y de otras. Esta posición ha sido como mínimo torpe, esta «polémica» ha sido tan poco elegante, por no decir hostil, que yo no sé cómo tomar postura si no es como ya lo hemos hecho con Haecker en nuestra respuesta.

Las sospechas contra Luxemburg pueden ser neutralizadas, aunque bien es verdad que se imponen literalmente a todo ser pensante que conozca un poco la situación en Polonia. Me han dicho que sus mejores amigos la han abandonado estos últimos meses». *Archivos V. Adler*, Viena.

[89] Zona del antiguo Reino de Polonia ocupada y anexionada por el Imperio austrohúngaro.

[90] *IuK.*, p. 216.

[91] *IuK.*, p. 206.

[92] Cartas de K. Kautsky a V. Adler del 5 de agosto de 1897 y del 12 de noviembre de 1896, en V. Adler, *Briefwechsel...*, op. cit. pp. 236, 221.

[93] Carta de Kautsky a Adler, en *ibid.*, p. 221.

[94] *IuK.*, p. 190.

[95] *IuK.*, p. 198.

[96] *IuK.*, p. 238.

[97] *IuK.*, p. 222.

[98] J. P. Nettel, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg*. París: Maspero, 1972, p. 839. (Hay traducción castellana en México: Ediciones Era, 1974, p. 590.)

[99] *IuK.*, p. 260.

[100] J. P. Nettel, *op. cit.*, p. 841. (En la traducción castellana citada no figura este párrafo: ver pp. 592-593.)

[101] *IuK.*, p. 232.

[102] H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 115.

[103] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Dietz, Berlín, 1970. Bd. 1/1, pp. 63-64 (en lo sucesivo *GW*).

[104] *IuK.*, p. 200.

[105] Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, cit., Bd. 1/1, p. 22.

[106] *IuK.*, p. 200.

[107] *IuK.*, p. 156.

[108] *IuK.*, p. 178.

[109] K. Kautsky, «Finis Poloniae?», *Neue Zeit*, XIV, Bd. 11 (1895. 1896), pp. 484-91, 513-25.

[110] Hans Mommsen: *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage im Habsburgischen Vielvölkerstaat*, Viena, 1963, p. 253.

[111] V. Adler, *Briefwechsel ...*, op. cit., p. 236.

[112] Carta de Kautsky a Adler del 5 de junio de 1901, *ibid.*, p. 354.

[113] *IuK.*, p. 220.

- [114] *IuK.*, p. 143.
- [115] *IuK.*, p. 220.
- [116] K. Kautsky, «Finis Poloniae?»..., p. 513.
- [117] K. Kautsky. «Nochmals der Kampf der Nationalitäten in Österreich», *Neue Zeit*, XVI, Bd. 1, febrero de 1978, p. 726.
- [118] J. P. Nettel, *op. cit.*, p. 839. (Trad. castellana, p. 590.)
- [119] Derecho a la autodeterminación. (*N. del T.*)
- [120] *IuK.*, p. 223.
- [121] V. Adler, *Aufsätze*, vol. VIII, p. 377.
- [122] Artículo de Kautsky aparecido en *Poslednie Izvestija*. n.º 52, reproducido en anexo en el folleto de V. Medemm, *Socialdemokratija i nacional'nyj vopros*, San Petersburgo, 1906.
- [123] H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 214.
- [124] *IuK.*, p. 153.
- [125] *IuK.*, p. 142.
- [126] Maxime Rodinson: «Le marxisme et la nation», *L'Homme et la Société*, enero-marzo de 1968, p. 135. (Hay traducción castellana en Barcelona: Anagrama, 1975: *Sobre la cuestión nacional*, p.18).
- [127] *IuK.*, p. 142.
- [128] H. Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Tréveris. 1971, p. 30.
- [129] *IuK.*, p. 220.
- [130] V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Soeinenij*, 5ª. ed., XXV, p. 317.
- [131] *IuK.*, p. 220.
- [132] Otto Bauer, prefacio a la primera edición de *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, p. VII.
- [133] *IuK.*, p. 185.
- [134] Para información biográfica consultar J. P. Nettel, *Rosa Luxemburg*, 1966. (Traducción castellana en Ediciones Era, México, 1974.)
- [135] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, 1899. (Traducción castellana en Ed. Fontamara.)
- [136] Tugan-Baranowsky, *Die theoretischen Grundlagen des Marxismus*, 1905.
- [137] K. Marx, *El Capital*, Kerr ed. Vol. II, p. 532. (Se cita por la edición castellana de W. Roces en FCE.; vol. II, p. 406.)
- [138] *Ibid.*, p. 578. (Edición de FCE.; vol. II, p. 440.)
- [139] M. Kalecki, *The problem of effective Demand with Tugan-Baranowsky and Rosa Luxemburg*, 1971.
- [140] J. Robinson, *Introduction to Rosa Luxemburg's The accumulation of Capital*, 1951.
- [141] R. Luxemburg, «La Revolución rusa», en Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977, p. 564 (en lo sucesivo *E.P.*).
- [142] *Ibid.*
- [143] *Ibid.*, p. 569.
- [144] Rosa Luxemburg, «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en *E. P.*, p. 544.
- [145] R. Luxemburg, «La revolución rusa», *E.P.*, p. 585.
- [146] *Ibid.*, p. 587.

- [147] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, pp. 43-138.
- [148] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, pp. 139-238.
- [149] S. Haffner, *Failure of a Revolution*, 1972, p. 12.
- [150] E. Bernstein, *Les présumés du socialisme et les tâches de la socialdémocratie*. París; Ed. du Senil, 1974, p. 227. (Hay traducción castellana, con el título de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Barcelona: Fontamara, 1975, p. 162.)
- [151] Bernstein, *Wie ist der Wissenschaftlichen Sozialismus möglich?* Verlag der sozialistischen Monatshefte, Berlín, 1901, pp. 20, 37.
- [152] Karl Kautsky, *Ética y concepción materialista de la Historia*. Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1975, p. 135.
- [153] Karl Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*. Berlín: Dietz, 1927, II, p. 681.
- [154] Max Adler, *Grundlegung der materialistischen Geschichtsauffassung*, 1930, Wien: Europa Verlag, 1964, p. 23.
- [155] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», en *Escritos Políticos*, Barcelona: Grijalbo, 1977, p. 128 (en lo sucesivo *E.P.*).
- [156] Rosa Luxemburg, *Introducción a la Economía Política*. Madrid: Siglo XXI, 1974, 2ª ed., p. 49.
- [157] *Ibid.*, pp. 59-60.
- [158] Rosa Luxemburg, «Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx», 8. 1. 1905, en *Rosa Luxemburg. Gesammelte Werke, 1/2*, Berlín: Dietz, 1970, p. 472 (en lo sucesivo *GW*).
- [159] Rosa Luxemburg, *Introducción a la Economía Política, op. cit.*, p. 59.
- [160] *Ibid.*
- [161] Rosa Luxemburg, «Karl Marx», 1903, y «Stillstand und Fortschritt des Marxismus», 1903, en *GW, 1/2*, pp. 367, 375.
- [162] Rosa Luxemburg, «Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx», 1905, en *GW, 1/2*, p. 469.
- [163] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», en *E. P.*, p. 102.
- [164] Rosa Luxemburg, «Stillstand und Fortschritt im Marxismus», en *GW, 1/2*, p. 367. Rosa Luxemburg insiste en el hecho de que esta actividad creadora del proletariado se ejerce solamente en el ámbito de las ciencias sociales.
- [165] G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*. México: Grijalbo, 1969, pp. 44-45.
- [166] Rosa Luxemburg, «Karl Marx», 1903, en *GW, 1/2*, p. 377.
- [167] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 128. (Subrayado M. L.)
- [168] Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Ed. Lautaro, 1958, p. 98.
- [169] Este trabajo constituye uno de los cuatro capítulos del libro del mismo autor, *The legacy of Rosa Luxemburg*. Londres: New Left Books, 1976 (traducción castellana en Ed. Era, de próxima aparición).
- [170] Rosa Luxemburg, «El orden reina en Berlín», en Rosa Luxemburg. *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977, p. 454. (De ahora en adelante *E.P.*)
- [171] G. Lichtheim, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*. Barcelona: Anagrama, 1971, p. 384, nota 2.

- [172] C. Wright Mills, *Los marxistas*. México: Era, 1964, p. 133; E. H. Carr, *Antes y después*. Barcelona: Anagrama, 1970, p. 69; F. L. Carsten, «Freedom and Revolution: Rosa Luxemburg», en L. Labedz (ed.), *Revisionism*. London, 1962, p. 66; G. Lichtheim, *op. cit.*, pp. 366-367 y *The concept of ideology and other essays*. New York, 1967, pp. 366-67.
- [173] Ver «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, pp. 128-130.
- [174] «La revolución rusa», *E.P.*, p. 588.
- [175] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en *E.P.*, p. 547; «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, pp., 133-34.
- [176] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, pp., 117-8.
- [177] *Ibid*, p. 46.
- [178] «Opportunism and the art of the possible», en R. Looker (ed.), *Rosa Luxemburg. Selected Political Writings*. London: Jonathan Cape, 1972, pp., 73- 74; «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, pp. 84-85; «Speeches to the Stuttgart Congress (1898)», en D. Howard (ed.), *Selected Political Writings of Rosa Luxemburg*. Nueva York/Londres, Monthly Review Press, 1971, p. 38-39, 43.
- [179] «Speech to the Hannover Congress (1899)», en D. Howard (ed.), *op. cit.*, p. 51; «A Question of Tactics», *Permanent Revolution (Journal of Workers' Fight)*, n.º 1, Primavera 1973, p. 36.
- [180] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 85.
- [181] *Ibid.*, p. 68 y ss., 106-107, 117; «Militia and Militarism», en D. Howard. (ed.), *op. cit.*, p. 144.
- [182] E. Bernstein, *Evolutionary Socialism*. New York, 1961, p. 197 (subrayados añadidos). Traducción castellana con el título de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Barcelona: Fontamara, 1975.
- [183] Citado en J. Joll, *La II Internacional 1889-1914*. Barcelona: Icaria, 1977, p. 91.
- [184] «At sea», *Permanent Revolution*, n.º 1, p. 43; «Social Democracy and Parliamentarism», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. J14.
- [185] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, pp. 179-180.
- [186] *Ibid.*, pp. 141-149 y pp. 187-188.
- [187] Ver V. I. Lenin, *Collected Works*, vol. 21, pp. 213-4.
- [188] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, pp. 205-206, 212; «The two methods of Trade-Union Policy», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. 147; «¿Y después qué?», en *Debate sobre la huelga de masas* (primera parte). Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente, 1975, pp. 121-122.
- [189] Sobre esto ver M. Löwy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Madrid: Siglo XXI, p. 271; y E. Mandel, «Rosa et la socialdémocratie allemande», *Quatrième Internationale*, n.º 48, marzo 1971, p. 18. La argumentación del presente ensayo debe muchísimo, de una forma u otra, a estos dos autores.
- [190] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, p. 165.
- [191] V. I. Lenin, *Collected Works*, vol. 9, p. 113.
- [192] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, p. 202-204.
- [193] *Ibid.*, pp. 179, 182-184, 208.
- [194] «¿Y ahora qué?», en *Debate sobre la huelga de masas*, *op. cit.*, p. 123.
- [195] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 81.
- [196] Karl Kautsky, *The road to Power*. Chicago, 1909, pp. 10-12, 27-30,

- [197] K. Kautsky, *The class struggle*. New York, 1971, p. 188, y *The road to power*. p. 47; C. E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, New York, 1970, p. 247,
- [198] Citado en Paul Frölich, *Rosa Luxemburg. Vida y obra*. Barcelona; Fundamentos, 1976, pp. 116, 110.
- [199] «¿Reforma social o revolución?», en *E. P.*, p. 122.
- [200] «Huelga de masas, partido y sindicatos», *E. P.*, p. 208.
- [201] Ver, por ejemplo, «The idea of May Day on the March», en D. Howard (ed.), *op. cit.*, p. 319-20.
- [202] «Huelga de masas, partido y sindicatos», *E. P.*, p. 217.
- [203] «The National Assembly», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. 263-4; «Discurso en el Congreso de fundación del KPD (Spartakusbund)», en *E. P.*, p. 437.
- [204] «Concerning Morocco», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. 167.
- [205] Ver, por ejemplo, «Social Democracy and Parliamentarism», y «What now?», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, pp. 114-116 y 174-178.
- [206] «The Elections to the National Assembly», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. 287-290; «Discurso en el Congreso de fundación del KPD (Spartakusbund)», en *E. P.*, p. 439.
- [207] Ver N. Geras, «Barbarism and the Colapse of Capitalism», en N. Geras, *The Legacy of Rosa Luxemburg*. Londres: New Left Books, 1976, pp. 13-42 (de próxima traducción castellana en Ed. Era, de México).
- [208] J. Degras (ed), *The Communist International 1919-1943, Documents*, vol. 1, Londres, 1956, p. 249 (subrayados añadidos N. G.).
- [209] L. Trotsky, *The Transitional Program for Socialist Revolution*. New York, 1973. pp. 77, 75.
- [210] «Fragmento sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución», en *E. P.* p. 602.
- [211] «Discurso en el Congreso de fundación del KPD (Spartakusbund)», en *E.P.*, p. 428.
- [212] Ver, por ejemplo, «Huelga de masas, partido y sindicatos,» en *E.P.*, p. 216.
- [213] *Ibid.*, pp. 144, 155-56, 160-61, 166, y «The Revolution in Russia», en R. Looker (ed.), *op. cit.*, p. 119-20.
- [214] «Huelga de masas, partida y sindicatos», *E.P.*, p. 190; «The next step», en Looker (ed.) *op. cit.*, p. 149; «La revolución rusa», en *E.P.*, pp. 561-563.
- [215] «Fragmento sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución», en *E.P.*, p. 605.
- [216] Ver «Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional», en *E.P.*, pp. 404-406.
- [217] *Collected Works*, vol. 33, p. 210; ver también *Contribución a la historia del problema de la dictadura*, vol. 31, pp. 341-342. Ahí Lenin, al referirse a las luchas de masas de 1905, y a la forma en que plantearon la cuestión del poder proletario revolucionario, escribe: «Los representantes más destacados del proletariado revolucionario y del marxismo no falseado, como Rosa Luxemburg, comprendieron enseguida el significado de esta experiencia práctica.»
- [218] «Rosa Luxemburg y la Internacional», en AA.VV., *El desafío de Rosa Luxemburg*. Buenos Aires, Proceso, 1952, p. 104, 129.

[219] Este artículo es una versión revisada y ampliada de la conferencia dada por el autor en Reggio Emilia (Italia), en 1973, con ocasión de la I Semana Internacional de Estudios Marxistas organizada por la Fundación Lelio Basso. Ha sido publicado por Macmillan Press Ltd., con el título de *The marxian legacy* (capítulo III).

[220] «La crisis de la socialdemocracia», Rosa Luxemburg. *Escritos Políticos* (de ahora en adelante *E.P.*). Barcelona; Grijalbo, 1977, p. 260.

[221] Esta expresión hace referencia a grupos políticos no identificables, de tendencia anticonsumista y naturista. (*N. del T.*)

[222] «¿Reforma social o revolución?», en *E. P.*, p. 132.

[223] *Ibid.*, p. 129.

[224] «Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 3. bis 8. Oktober 1898 in Stuttgart», en *Rosa Luxemburg. Gesammelte Werke*, vol. 1/1. Berlín: Dietz Verlag, 1970, p. 237.

[225] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 46.

[226] *Ibid.*, p. 102.

[227] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», *E.P.*, p. 547; y «Militia and Militarism», en D. Howard (ed.), *Selected Political Writings. Rosa Luxemburg*. New York/London: Monthly Review Press, 1971.

[228] «En memoria del partido «Proletariado»», en *E.P.*, pp. 468-9.

[229] *Ibid.*, p. 492.

[230] «La crisis de la socialdemocracia», en *E.P.*, p. 269-270,

[231] «Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa», *E.P.*, p. 521.

[232] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 134.

[233] «En memoria del partido «Proletariado»», en *E.P.*, p. 470.

[234] *Anticrítica. (Crítica de las críticas)*. Se trata de un extenso trabajo escrito por Rosa Luxemburg en 1915, titulado en realidad *La acumulación del capital o lo que los epígonos han hecho de la teoría marxista. Una anticrítica*, en respuesta a las críticas que había recibido a su *Acumulación del capital* (1913), (*N. del T.*)

[235] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *E.P.*, p. 184.

[236] *Ibid.*, p. 228; y «Problemas de organización...», *E.P.*, p. 531.

[237] «Nuestro programa y la situación política». (Discurso pronunciado en el Congreso de fundación del KPD, Spartakusbund), en *E.P.*, p. 447.

[238] *Ibid.*, pp. 436-37.

[239] «El orden reina en Berlín», en *E.P.*, p. 452.

[240] *Ibid.*, p. 451.

[241] *Ibid.*, p. 454.

[242] «¿Qué quiere la Liga Espartaco?». en *E.P.*, p. 409.

[243] «Nuestro programa...», en *E.P.*, p. 446.

[244] «Huelga de masas...», en *E.P.*, p. 190.

[245] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 125.

[246] *Ibid.*, p. 124.

[247] «Huelga de masas...», en *E.P.*, p. 190.

[248] El presente artículo está basado principalmente en: T. Kowalik, «Rosa Luxemburg's Theory of Accumulation and Imperialism», en *Problems of Economic Dynamics and Planning. Essays in honour of Michael Kalecki*. Warszawa: PWN-Polish Scientific Publishers, 1964; T. Kowalik, *Rosa Luxemburg. Il pensiero economico*.

Roma: Riuniti, 1977; T. Kowalik, «La teoría dell'accumulazione di Rosa Luxemburg e l'economia politica moderna», en *Annali della Fondazione Lelio e Lisli Basso*. (Roma, vol. II, *Rosa Luxemburg e lo sviluppo del pensiero marxista*.) Milano: Mazzota, 1976.

[249] «¿Reforma social o revolución?», en Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*. Barcelona: Grijalbo, 1977, pp., 66-68.

[250] *La acumulación del capital*. Londres, 1951, p. 452.

[251] *Ibid.*, p. 449.

[252] *Ibid.*, p. 452.

[253] *Ibid.*, p. 466

[254] *Ibid.*, p. 366.

[255] *Sozialreform oder Revolution?* (edición original, reproducción fotomecánica, Berlín, 1967) pp. 61. (Traducción castellana «¿Reforma social o revolución?», en Barcelona, Grijalbo, 1977: Rosa Luxemburg: *Escritos Políticos*.)

[256] Rosa Luxemburg, «Nuestro programa y la situación política*», en *Escritos Políticos*, op. cit., p. 418 (en lo sucesivo E.P.).

[257] *Ibid.*, p. 426.

[258] «Zum kommenden Parteitag», Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Dietz Verlag, Berlín, 1974, vol. 1/1, p. 525 (en lo sucesivo GW).

[259] Según los términos de este acuerdo, la socialdemocracia se comprometía a no hacer propaganda socialdemócrata en las 16 circunscripciones en que los candidatos progresistas estaban bien colocados, mientras que los progresistas prometían apoyar a los candidatos socialdemócratas en 31 circunscripciones. Este compromiso solo se cumplió de manera muy imperfecta. Así, por ejemplo, en la circunscripción en que se presentaba Karl Liebknecht (Postdam-Spandau) la mayor parte de los votos progresistas recayeron en la segunda vuelta en el candidato conservador, para el que incluso un político del partido progresista había hecho campaña.

[260] «Rede am 31 März 1912 in der Generalversammlung des Verbandes sozialdemokratischer Wahlvereine Berlins und Umgegend», *GW* 3, p. 157.

[261] Simultáneamente, es bien cierto, intentan fomentar la reeducación política del naciente proletariado creando asociaciones obreras.

[262] *Manifiesto del Partido Comunista*, editado por Grijalbo, Colección 70, México, 1969, p. 65.

[263] *Correspondance Marx-Engels*, Ed. Sociales, t. I, p. 544.

[264] *Ibid.*, p. 552.

[265] Marx-Engels: *Crítica del Programa de Gotha*, trad. e introducción de Gustau Muñoz, Ed. Materiales, Barcelona. 1978. p. 98 (en alemán Marx-Engels Werke, *MEW*, t. 19. p. 23).

[266] Marx-Engels, *Crítica del Programa de Gotha*, op. cit. p. 98 (*MEW*, t. 19, p. 23).

[267] *Ibid.*, p. 98 (*MEW*, t. 19, p. 23). Ver igualmente *Manifiesto*, p. 36. En realidad Marx «interpreta» aquí un poco el pasaje que cita, puesto que en el pasaje en cuestión se lee que esas capas medias «son reaccionarias (...) si son revolucionarias, es en consideración (...) etc.». Sin embargo, su pensamiento es fiel al espíritu general del *Manifiesto* puesto que en él se lee «Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado» (*Manifiesto*, p. 32). Y aún: «el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase

dominante» (*Ibid.*, p. 35). No se discutirá aquí la cuestión de si Marx-Engels simplificaron o no el proceso de descomposición de la clase dominante al no señalar que, en la sociedad moderna, las capas medias no solamente no desaparecerían sino que se desarrollarían «nuevas capas medias».

[268] Ver Marx-Engels, *Crítica...*, pp. 61 y 115.

[269] Ver Marx-Engels, *Critique des programmes de Gotha et d'Erfurt*, Ed. Sociales, París, p. 150.

[270] *Ibid.*, p. 151.

[271] *Ibid.*, p. 150.

[272] *Ibid.*

[273] *Ibid.*, p. 53.

[274] *Ibid.*, p. 53, nota 3.

[275] *Correspondance Marx-Engels*, tomo 3, pp. 281-282 (la carta del 16 de noviembre de 1852).

[276] Lenin. *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, edición de Grijalbo, Colección 70, México, 1974, pp. 90 y 94.

[277] Para el análisis de la noción de compromiso en Rosa Luxemburg ver Gilbert Badia, *Rosa Luxemburg, journaliste, polémiste, révolutionnaire*, Editions Sociales, París, 1975, p. 586 y ss.

[278] Ver *Correspondance Marx-Engels*, tomo 3, p. 79.

[279] Ver *Manifiesto del Partido Comunista*, ed. bilingüe, Ed. Sociales, 1972, pp. 94-45 y passim.

[280] Remito aquí al frecuentemente citado pasaje del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, traducción de O. P. Safont, Ed. Ariel, Barcelona, 1968, p. 150.

[281] «Arbeiterbewegung und Sozialdemokratie», *GW*, vol. 1/2, p. 255.

[282] «Erörterung über die Taktik», *GW*, vol. 1/1, pp. 257-263 (lo que su afirmación anteriormente citada contradice, ver nota 280).

[283] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 123 y passim.

[284] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en *E.P.*, p. 546.

[285] *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, 5, 1969, p. 794.

[286] «Die bayerische Verhältnisse», *GW*, vol. 1/1, p. 503.

[287] Sobre este uso de la palabra pueblo, ver Badia, *Rosa Luxemburg...*, *op. cit.*, p. 559 y ss.

[288] Ver carta del 9 de mayo de 1911, citada en Badia, *Rosa Luxemburg...*, p. 396; *GW*, vol. 1/1, p. 503.

[289] Por el contrario, Lenin en su *La enfermedad infantil...* insiste en esta diversidad al señalar que «el proletariado «puro» (está) rodeado de una masa abigarradísima de elementos que señalan la transición del proletariado al semiproletariado (...), del semiproletariado al pequeño campesino (...), del pequeño campesino al campesino medio; etc.»; el propio proletariado se divide en «sectores, de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etc...» Lenin, *La enfermedad...*, p. 94.

[290] Para el análisis de estas páginas, ver Badia, *Rosa Luxemburg...*, *op. cit.*, p. 705 y ss. Es cierto que aquí R. L. evita el término *Masse* o bien *Volk* (pueblo), empleando preferentemente *Menge* (muchedumbre) o bien *Pöbel* (populacho). *Ibid.*, pp. 566-568.

[291] En 1904 escribe que los dirigentes políticos no deben ser más que «ejecutores, instrumentos de la acción consciente de las masas» (GW, vol. 1/2, p. 396). En 1908 escribe: «El renacer de la actividad revolucionaria del proletariado es, tarde o temprano, una necesidad histórica» (G. Badia, *op. cit.*, p. 431, nota 209). El texto de estudio más relevante a este respecto es *Huelga de masas, partido y sindicatos*.

[292] Ver MEW, t. 22. p. 251.

[293] Sobre los progresos del Partido Socialdemócrata Alemán y sobre su actividad, ver Dieter Fricke, *Die deutsche Arbeiterbewegung 1869-1914*, Dietz Verlag, Berlín, 1976.

[294] «Und zum dritten Male das belgische Experiment», GW, vol. 1/2, p. 242.

[295] Entretanto ha cedido el puesto a la tesis de un acercamiento de R. Luxemburg a posiciones leninistas y de atenuamiento de los antagonismos, la formulada en la frase de Ernst Thälmann: «En todas las cuestiones en que Rosa Luxemburg defendiera otra concepción que la de Lenin su opinión fue errónea». (Ernst Thälmann, *Der revolutionäre Ausweg und die KPD*, Berlín, 1932, p. 71). Esta tesis ha estado durante mucho tiempo vigente para la historiografía oficial del Partido. Las diferencias se siguen decidiendo a favor de la supuesta perfección de las ideas leninistas. Cf. La biografía de Luxemburg, de Annelies Laschitza/Günther Radczum, *Rosa Luxemburg. Ihr Wirkken in der deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín, 1971.

[296] Cf. Paul Frölich, *Rosa Luxemburg. Gedanke und Tat*, Frankfurt a.M., 1967 (traducción castellana en Barcelona: Fundamentos, 1976); Lelio Basso, *Rosa Luxemburg, Dialektik der Revolution*, Frankfurt a.M., 1969 (traducción castellana en Barcelona: Península, 1976); J. Peter Nettel, *Rosa Luxemburg*, Colonia/Berlín, 1968 (traducción castellana en México: Era, 1974); Paul Mattick, *Die Gegensätze zwischen Luxemburg und Lenin*, reimpresso en «Partei und Revolution», Berlín (sin año). Cf. También la selección de trabajos «Rosa Luxemburgs Beitrag zur Entwicklung des Marxschen Denkens», convención celebrada en septiembre de 1973 en Reggio Emilia, donde se reflejan las distintas posiciones; Claudio Pozzoli (ed.), *Rosa Luxemburg oder die Bestimmung des Sozialismus*, Frankfurt a.M., 1974.

[297] Sobre este continuo punto conflictivo entre la socialdemocracia polaca y la rusa y sobre la actividad de Rosa Luxemburg en el movimiento obrero polaco, cf. Nettel, *op. cit.*, p. 524 y ss.

[298] Lenin, *Was tun? Brennende Fragen unserer Bewegung*, en Lenin, *Werke*, Berlín, 1956 ss., vol., V, p. 385 ss. Como otras veces, Lenin sacaba también esta idea de Kautsky. Más abajo se refiere a este y cita: «La conciencia socialista es, por tanto, algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, no algo connatural al mismo» (*op. cit.*, p. 395).

[299] Ya un año antes, en el artículo *Dem Andenken des «Proletariat»*, se apunta esta crítica del centralismo, refiriéndose Rosa Luxemburg a los puntos débiles propios de unas organizaciones terroristas de élites, las cuales no podrían llevar a cabo el socialismo. Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Berlín, 1970 ss. (a continuación citadas con las siglas GW), vol. 1/2, p. 306 ss. (Traducción castellana en Rosa Luxemburg: *Escritos Políticos*. Barcelona; Grijalbo, 1977, pp. 455-522; en lo sucesivo citado por E.P.)

[300] «Mi idea», sigue escribiendo Lenin, «es «burocrática» en el sentido de que el Partido está construido desde arriba para abajo, desde el Congreso hasta las orga-

nizaciones particulares del mismo» (Lenin, *Ein Schritt vorwärts, zwei zurück*, en Lenin, *Werke*, vol. VIII, p. 410). Si Lenin hubiese relativizado esta idea suya, refiriéndola exclusivamente a las circunstancias rusas, con toda seguridad no habría merecido la crítica de Luxemburg, pues ella ve muy bien las dificultades y peculiaridades de la situación rusa. «En Rusia ha recaído en la Socialdemocracia la tarea de suplir por su intervención directa todo un período del proceso histórico y conducir al proletariado, desde la atomización política, que es la base del régimen absoluto, a la forma más elevada de organización, a su organización como clase en lucha consciente de su objetivo. El problema de la organización adquiere, por consiguiente, particular dificultad para la Socialdemocracia rusa, y no tanto porque tenga que proceder sin forzar todas las garantías formales de la democracia burguesa como, sobre todo, porque, un poco como Dios Padre, tiene que crear <de la nada>, en el vacío, sin disponer de la materia prima política que en otro caso prepara la sociedad burguesa.» Luxemburg, «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», en *E.P.*, p. 527.

[301] Refiriéndose a los sindicatos, Marx había afirmado que organizaciones centralistas sirven para movimientos sectarios, pero no para movimientos proletarios. «Y si fuera posible (la organización centralista del proletariado, A. J.) —yo la tengo *tout bonnement* por imposible— no sería deseable» (Karl Marx a J. Baptist von Schweitzer, el 13-10-1868, en *MEW*, XXXII p. 570).

[302] Esta concepción fue atacada duramente por Lenin: «Y en toda la famosa teoría de la organización como proceso (véase sobre todo los artículos de Rosa Luxemburg) no se encontrará contenido alguno que no sea la defensa de la falta de principios» (Lenin, *Von schönen Worten wird man nicht satt*, en *Werke*, vol. VIII, p. 49). Lenin dice, en su réplica al escrito de Luxemburg, que, para él, se trata de la defensa de «principios elementales de todo sistema de organización posible de partido» (Lenin, *Ein Schritt vorwärts, zwei zurück. Eine Antwort Lenin an Rosa Luxemburg*, en *Werke*, vol. VII, p. 480); pasando por alto, al hablar así, el hecho de que Rosa Luxemburg no se ocupa de forma abstracta de la cuestión organizativa, sino de la acción recíproca y mediación entre organización y acción.

[303] R. L., «Problemas de organización », *E.P.*, p. 532.

[304] *Ibid.*, p. 530.

[305] *Ibid.*, p. 528.

[306] «El jacobino vinculado inseparablemente a la *organización* del proletariado es, justamente, el *socialdemócrata revolucionario*» (Lenin, *Ein Schritt*, *op. cit.*, p. 386).

[307] R. L., «Problemas de organización...», *E.P.*, p. 530.

[308] *Ibid.*, p. 531.

[309] *Ibid.*, p. 528.

[310] *Ibid.*, p. 533.

[311] Cf. Oskar Negt, *Soziologische Phantasie und exemplarisches Lernen*, Frankfurt a. M., 1972, p. 83 s.

[312] L. Trotsky, «Unsere politische Aufgaben» (1904), en *Schriften zur revolutionären Organisation*, Reinbeck, 1970, p. 125.

[313] *Ibid.*, p. 127.

[314] En el curso de la campaña difamatoria, la teoría de Luxemburg recibió, típicamente, el sello de «trotskista».

[315] Luxemburg está plenamente dentro del pensamiento de Marx cuando ve la posibilidad de toma de conciencia del proletariado solo por medio de su propia praxis y experiencia (cf. «La tercera tesis de Feuerbach», en *MEW*, III, p. 5) y se refiere continuamente a la relación dialéctica entre espontaneidad y conciencia, pasando así a la cuestión de la organización: «La lucha de clases no es, como se sabe, un invento o una creación arbitraria de la Socialdemocracia, para poderla suspender a placer, sin más, por períodos de tiempo determinados. La lucha de clases proletaria es más vieja que la Socialdemocracia; es un producto elemental de la sociedad de clase, y ya llameaba cuando se introdujo el capitalismo en Europa. No es la Socialdemocracia la que indujo en primer término al proletariado moderno a la lucha de clases, antes bien fue este quien creó a aquella con la finalidad de introducir conciencia de los objetivos perseguidos y coherencia entre los diferentes fragmentos locales y temporales de la lucha de clases» (Rosa Luxemburg, «La crisis de la Socialdemocracia», en *E.P.*, p. 343).

[316] R. L. «Problemas de organización...», en *E.P.*, p. 535.

[317] *Ibid.*, pp. 535-36.

[318] *Ibid.*, p. 536.

[319] *Ibid.*, p. 537.

[320] «No se trata de que haya puntos de los Estatutos que puedan generar oportunismo, sino de forjar, con ayuda de estos puntos, un arma más o menos aguda contra el oportunismo» (Lenin, *Ein Schritt vorwärts...*, loc. cit., p. 271).

[321] R. L. «Problemas de organización...» *E.P.*, p. 538.

[322] Lenin, *Ein Schritt...*, loc. cit., p. 400.

[323] R. L., «Problemas de organización...» *E.P.*, pp. 543-544.

[324] *Ibid.*, p. 548.

[325] *Ibid.*, pp. 547-48.

[326] *Ibid.*, p. 548.

[327] *Ibid.*, p. 549.

[328] *Ibid.*, p. 544.

[329] Karl Marx, *Herr Vogt*, en *MEW*, XIV, p. 439.

[330] Friedrich Engels a Gerson Trier, el 18-12-1889. en *MEW*, XXXVII, p. 327.

[331] Cf. Lenin, *Notizen eines Publizisten*, en *Werke*, vol. XXXIII, p. 195.

[332] Lenin, *Rede zum Parteiprogramm vor dem II. Parteitag der SDAPR*, en *Werke*, VI, p. 490.

[333] Lenin, *Vorwort zum Sammelband «12 Jahre»*, en *Werke*, vol., XIII, pp. 93 y 100.

[334] Lenin, *Über die Reorganisation der Partei*, en *Werke*, vol. X, p. 16.

[335] Lenin, *Der Partisanenkrieg*, en *Werke*, vol. XI, p. 202 s.

[336] Lenin, *Kritische Bemerkungen zur nationalen Frage*, en *Werke*, vol. XX, p.32. Todavía en 1905 se volvía Lenin contra la aplicación universal de sus principios organizativos. Cf. Lenin, *Resolution über das Verhältnis zwischen Arbeitern und Intellektuellen in der sozialdemokratischen Partei*, en *Werke*, vol., VIII, p. 184. Por otra parte, la Socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania, dirigida prácticamente por Rosa Luxemburg, estaba organizada en base a un rígido centralismo, obligatorio desde su anexión en 1906, apoyada por ella, a la Socialdemocracia rusa.

[337] Cf. Lenin, *Was tun?*, en *Werke*, vol. V, p. 496 ss.

[338] Cf. Lenin, *Der Jenaer Parteitag der SPD*, en *Werke*, vol. IX, p. 286.

- [339] Lenin. *Die Lehren der Revolution*, en *Werke*, vol. XVI, p. 305.
- [340] Cf. Nettel, *op. cit.*, p. 346 s.
- [341] Cf. Georges Haupt, *Der Kongress fand nicht statt*, Viena, 1967, p. 26.
- [342] Nadesha Krupskaja, *Erinnerungen an Lenin*, Berlín, 1960, p. 181.
- [343] R. L., *Briefe an Leon Jogiches*. Frankfurt a.M. 1971, p. 266.
- [344] R. L., «Blanquismo und Sozialdemokratie», en *Internationalismus und Klassenkampf* (ed. por Jürgen Hentze), Neuwied/Berlín, 1971, p. 302.
- [345] Cf. R. L., *Briefe an Leon Jogiches*, *loc. cit.*, p. 311.
- [346] Cf. *Ibid.*, p. 327.
- [347] Lenin a A. Schliapnikov, el 27-10-1914, en *Werke*, vol. XXXV, p. 142 s.
- [348] Acerca del «caso Radek», cf. Karl-Ernst Moring, *Die sozialdemokratische Partei in Bremen 1890-1914*, Hannover, 1968, p. 176 ss.; sobre la escisión del partido polaco cf. Nettel, *op. cit.*, p. 554 ss.
- [349] Cf. Lenin, *Über das Selbstbestimmungsrecht der Nationen*, en *Werke*, vol. XX, p. 456.
- [350] Hasta el estallido de la guerra, Lenin polemizó duramente con Rosa Luxemburg como «miembro de una dirección sin partido» (Lenin, *Auch Vereiner*, en *Werke*, vol. XIX, p. 490). Cf. también Peter Nettel, «Ein unveröffentlicher Artikel Lenins vom September 1912», en *International Review of Social History*, vol. IX, p. 478.
- [351] El conocimiento que el SPD tenía del partido obrero ruso, para el que él desempeñaría frecuentemente el papel de árbitro en sus discusiones, era extremadamente pequeño (cf. Peter Losche, *Der Bolschewismus im Urteil der deutschen Sozialdemokratie*. Berlín, 1967).
- [352] Así, Rosa Luxemburg estuvo preocupada siempre por no romper con los bolcheviques —a pesar de las violentas discusiones entre polacos y rusos—, esforzándose por presentar sus opiniones en forma de «crítica amistosa», según sus mismas palabras. Cf. *Briefe an Jogiches*, *loc. cit.*, p. 266.
- [353] Cf. Paul Mattick, *Die Gegensätze*, *loc. cit.*, p. 149.
- [354] Cf. Hermann Weber, *Der Gründungsparteitag der KPD. Protokoll und Materialien*, Frankfurt a.M. 1960, p. 44 s.
- [355] Rosa Luxemburg, «Der Wiederaufbau der Internationale», en *GW*, 4, p. 20 ss.
- [356] R. L., «La crisis de la Socialdemocracia», en *E.P.*, pp. 255-393.
- [357] «Mientras existan estados capitalistas, en particular, mientras la política mundial imperialista determine y configure la vida interna y externa de los estados, el derecho a la autodeterminación nacional no tendrá, tanto en la paz como en la guerra, ni lo más mínimo en común con su práctica. Todavía más: en el *milieu* imperialista actual ya no pueden darse en general guerras nacionales de defensa, y toda política socialista que no tome en cuenta este determinante *milieu* histórico, que en medio del torbellino mundial se quiere dejar guiar solo por el punto de vista aislado de un país, construye *a priori* sobre arena» (R. L., «La crisis...», *E.P.*, pp. 358-359). Cf. Lenin, *Über die Junius-Broschüre*, en *Werke*, vol. XXII, p. 313 ss. Otro punto de fricción es el temor a la desintegración de la izquierda alemana; pero en este caso, comparte la opinión de Luxemburg, de que no se puede «hacer» la revolución.
- [358] Cf. R. L., «Tesis sobre las tareas de la Socialdemocracia internacional», en anexo a *La crisis de la Socialdemocracia*. Barcelona: Anagrama, 1976, pp. 167-168.

[359] Cf. *Spartakusbrief Nr. 5*, mayo de 1917, en *Spartakusbriefe*, Berlín, 1955, p. 326, y n.º 8, de enero de 1918, *loc. cit.*, pp. 406 ss y 416. Corrobora repetidamente su concepción de que el desarrollo de la revolución rusa va vinculada a la duración de la guerra. «La duración de la guerra es el perentorio plazo histórico que se le da, de manera que, en el fondo, el proletariado ruso lucha, luchando por la paz general, por la soga para su propio cuello. Si la paz llega como una chapuza, como resultado de un entendimiento entre los gobiernos capitalistas y no como obra de la sublevación europea del proletariado, entonces dejará las manos libres a la burguesía rusa, a las potencias de la *Entente* y sobre todo a Alemania, para lanzarse todos ellos inmediatamente sobre el proletariado revolucionario ruso» (*Spartakusbrief Nr. 6*, agosto de 1917, *loc. cit.*, p. 358).

[360] Este es el *leitmotiv* de todas las *Cartas Spartakus*. «Todo partido socialista que llegue hoy día al poder en Rusia tiene que seguir una táctica equivocada en tanto se le siga dejando en la estacada, como parte del ejército. La culpa de los errores de los bolcheviques la tiene, en primer lugar, el proletariado internacional y, sobre todo, la tenaz y sin par bajeza de la socialdemocracia alemana» (*Spartakusbrief Nr. 1*, de septiembre de 1918, *loc. cit.*, p. 460). Y escribía a Luise Kautsky a finales de 1917 en los siguientes términos: «¡Sí, los bolcheviques! Naturalmente que tampoco comulgo con su fanatismo de la paz. Pero, al fin y al cabo, ellos no tienen la culpa. Se encuentran en una situación de emergencia; solo tienen la posibilidad de escoger entre dos palos, de modo que se quedan con el más leve» (*Briefe an Karl und Luise Kautsky*, Berlín, 1923, p. 219).

[361] *Spartakusbrief Nr. 11*, *loc. cit.*, p. 454. En este trabajo se señalan ya los puntos esenciales de la crítica.

[362] Lenin, *Referat vom 27-7-1918*, en *Werke*, vol. XXVII, p. 549.

[363] «El partido de Lenin fue el único que comprendió las exigencias y el deber de un partido realmente revolucionario, el que mediante la consigna de «todo el poder al proletariado y al campesinado» supo asegurar el avance de la revolución. De este modo los bolcheviques han resuelto la famosa cuestión de la «mayoría del pueblo», que desde siempre persigue a los socialdemócratas alemanes como una especie de pesadilla. (...) No se llega a la táctica revolucionaria a través de la mayoría, sino a la mayoría a través de la táctica revolucionaria. Solo un partido que sepa dirigir, es decir, que sepa impulsar hacia adelante, gana sus adeptos en medio de la tempestad. (...) Los bolcheviques definieron inmediatamente también en tanto que objetivo de esa toma del poder el programa revolucionario más avanzado en su integridad: no se trataba de consolidar la democracia burguesa, sino de implantar la dictadura del proletariado para realizar el socialismo. Han adquirido así el mérito histórico imperecedero de proclamar por primera vez las metas finales del socialismo como programa inmediato de política práctica» (R. L. «La revolución rusa», en *E.P.*, pp., 563-564).

[364] Ya en el Congreso de Londres de 1907 del POSDR fue este un punto conflictivo. Luxemburg señala ya aquí el carácter contradictorio del papel del campesinado en la revolución, viendo en los campesinos, a diferencia de Lenin, únicamente un elemento de apoyo a la revolución, no el elemento activo y, a largo plazo, decisivo. Cf. R. L. «Rede auf dem Parteitag der SDAPR 1907 in London», en *GW*, 2, p. 223 s.

[365] Cf. R. L., «La revolución rusa», *E.P.*, p. 566 y ss.

[366] Cf. al respecto, la crítica, ligada a la de Luxemburg, de los «Comunistas de los Consejos» de los años treinta, en *Thesen über den Bolschewismus*, Ámsterdam, 1934.

[367] Karl Marx/Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en México; Roca, 1972, p. 76.

[368] R. L., «Tesis...», *op. cit.*, p. 171. Esta concepción se acerca a la de Lenin, cuando este escribiera: «El proletariado no puede apoyar anclaje alguno del nacionalismo, al contrario, apoya todo lo que contribuya a borrar las diferencias nacionales, a derribar las fronteras entre naciones, apoya todo lo que haga cada vez más estrecha la coherencia entre nacionalidades diversas, todo lo que lleve a fundir a las naciones» (Lenin, *Kritische Bemerkungen zur nationalen Frage*, en *Werke*, vol. XX, p. 20 s.).

[369] R. L., «Nationalitätenfrage und Autonomie», en *Internationalismus und Klassenkampf*, *op. cit.*, p. 260.

[370] El mismo Lenin atenuaba más tarde su petición de autodeterminación: «El derecho a la autodeterminación es una *excepción* de nuestra premisa general de centralismo» (*Brief an S. G. Schaumian*, 6-12-1913, en *Werke*, vol. XIX, p. 496). Un análisis diferenciado de la postura de Luxemburg con respecto a la cuestión nacional se hace en el artículo de Georges Haupt, *Dynamik und Konservativismus der Ideologie*, una importante parte del cual puede encontrarse en el número *Rosa Luxemburg Hoy*. Poco antes de su muerte, Lenin se alza contra la política de nacionalidades de su partido: «Parece que yo me he hecho muy culpable ante los obreros de Rusia, al no haberme inmiscuido con la suficiente energía y dureza en la ominosa cuestión de las autonomías, calificada oficialmente, creo, de cuestión de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. (...) Evidentemente, toda esta empresa de las «autonomías» era, de raíz, falsa y anacrónica» (Lenin, *Zur Frage der Nationalitäten oder der «Autonomisierung»*, en *Werke*, vol. XXXVI, p. 590).

[371] Cf. R. L., «La revolución rusa», en *E.P.*, p. 571.

[372] *Ibid.*, pp. 350, 574.

[373] Nettl califica esta caracterización de las consecuencias metodológicas de la política bolchevique sobre las nacionalidades de «casi visionaria» (*Ibid.*, p. 826).

[374] R. L., «La revolución rusa», en *E.P.*, p. 579.

[375] En 1922, escribía Lenin: «Se dice que la unidad del aparato ha sido necesaria. ¿De dónde surgieron estas afirmaciones? Probablemente del mismo aparato ruso que nosotros hemos tomado del zarismo, ungiéndolo muy por encima con el bálsamo soviético» (Lenin, *Zur Frage der Nationen und der «Autonomisierung»*, en *Werke*, vol., XXXVI, p. 590 s.). Pidiendo el mismo año una reestructuración del Comité Central: «Y si aumenta el número de miembros del Comité Central, tendrá que ser objeto esencial de consideración, según mi opinión, el examen y mejoramiento de nuestro aparato, que no sirve absolutamente para nada» (Lenin, *Zum Abschnitt über die Erhöhung der Zahl der ZK-Mitglieder*, en *Werke*, vol., XXXVI, p. 588).

[376] R. L., «La Revolución rusa», en *E.P.*, p. 587.

[377] Cf. asimismo *ibid.*, p. 585.

[378] *Ibid.*, p. 591.

[379] *Ibid.*, p. 585.

[380] Nettl, *op. cit.*, p. 668.

[381] R. L., «La revolución rusa», *E. P.*, p. 591-592.

[382] *Ibid.*, p. 593.

[383] R. L., «¿Qué quiere la Liga Espartaco?», en *E.P.*, pp. 408-409.

[384] «Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario. (...) Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos» (Marx/ Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, *op. cit.*, pp. 69-70).

[385] R. L., «¿Qué quiere la Liga Espartaco?», en *E.P.*, pp. 416-417.

[386] R. L., «Die Nationalversammlung», en *GW*, 4, p. 410.

[387] Marx/Engels, *Manifiesto...*, *op. cit.*, p. 66.

[388] Engels, *Einleitung zu Marx «Klassenkämpfe in Frankreich»*, en *MEW*, XXII, p. 523.

[389] Lenin, *Über die Reorganisation der Partei*, en *Werke*, vol., X, p. 20.

[390] Lenin, *Resolution über das Verhältnis zwischen Arbeitern und Intellektuellen in der sozialdemokratischen Partei*, en *Werke*, vol. VIII, p. 184.

[391] Lenin, *Der «linke Radikalismus», die Kinderkrankheit in Kommunismus*, en *Werke*, vol. XXXI, p. 82 s.

[392] Nettel, *op. cit.*, p. 769.

[393] Adolf Warski, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*, Hamburgo, 1922, p. 7.

[394] Clara Zetkin, *Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution*, Hamburgo, 1922, p. 7. Ella escribe además que Jogiches estaba en contra de la publicación de sus apuntes sobre la revolución rusa porque –según él– Rosa Luxemburg había «modificado esencialmente, en puntos importantes, su valoración inicial de los métodos y táctica bolcheviques» (*Ibid.*, p. 9).

[395] Todavía en el Congreso de fundación del KPD Luxemburg se declaraba a favor de la participación, estimando, con razón, que un boicot no cambiaría nada los resultados de las elecciones. «Queremos enarbolar una enseña vencedora dentro de la Asamblea Nacional. Queremos hacer saltar este bastión desde dentro. Queremos la tribuna de la Asamblea Nacional y también la de las asambleas de electores» («Rede auf dem Gründungsparteitag der KPD», en *GW*, 4, p. 485). Pero no logró imponer su opinión. La no participación fue decidida por 62 votos contra 23. Cf. Hermann Weber, *Der Gründungsparteitag...*, *loc. cit.*, p. 135,

[396] Heinz Küster, «Die Rolle der «Roten Fahne» bei der Vorbereitung der Gründung der KPD. Fünf neuentdeckte Briefe Rosa Luxemburgs an Clara Zetkin vom November 1918 bis Januar 1919», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, XI (año), cuaderno 8, Berlín, 1963, p. 1.480.

[397] Lenin, *Geschichtliches zur Frage der Diktatur*, en *Werke*, vol., XXXI, p. 334.

[398] Lenin, *Der Partisanenkrieg*, en *Werke*, vol. XI, p. 203.

[399] Lenin, *Das Leben lehrt*, en *Werke*, vol., XVIII, p. 513 s.

[400] Cf. R. L., «¿Qué quiere la Liga Espartaco?», en *E.P.*, p. 415.

[401] «La revolución proletaria no requiere para alcanzar sus metas ningún terror, detesta y abomina el asesinato. No precisa de este medio de lucha porque no

combate a individuos sino a instituciones, porque no salta a la arena llena de ilusiones ingenuas que luego al desengañarse tuviese que vengar con sangre. La revolución proletaria no es un intento desesperado de una minoría de organizar haciendo uso de la violencia el mundo según su ideal, sino la acción de las grandes masas del pueblo, de millones de individuos, llamados a cumplir su misión histórica y a convertir en realidad la necesidad histórica» (R. L., *Ibid.*, p. 410).

[402] Cf. H. Weber, *Der Gründungsparteitag...*, loc. cit., p. 202 ss. La ponencia de Hugo Eberlein acerca de la forma de organización se situaba decididamente en contra del centralismo. Cf. *Ibid.*, p. 239 ss.

[403] La propuesta de Luxemburg fue rechazada en el Comité Central de la Liga Espartaco por 4 votos contra 3. Cf. *Ibid.*, p. 66 s.

[404] Hermann Weber, Prólogo del libro de Ossip K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republik*, Frankfurt a.M., p. 27.

[405] R. L., «Was machen die Führer?», en *GW*, 4, p. 519.

[406] R. L., «Nuestro programa y la situación política», *E.P.*, p. 446

[407] R. L., «Der erste Parteitag», en *GW*, 4, p. 516.

[408] Cf. Georg Lukács, «Rosa Luxemburg como marxista» (1921) y «Observaciones críticas acerca de la <Crítica de la revolución rusa> de Rosa Luxemburg» (1922), en *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo, 1975. Desde entonces, los dos escritos de Rosa Luxemburg contra Lenin y la política bolchevique han sido instrumentalizados de dos maneras: la primera por medio del estalinismo-leninismo, que no podía tolerar ninguna desviación de la propia doctrina de Estado para el mantenimiento de su régimen autoritario; la segunda por obra de los demócratas formales, quienes enemigos seculares de las posiciones luxemburguistas, la recuperan aquí como crítica de bolchevismo. En ambos casos se trata de una historia de legitimación y de caracterización de Luxemburg como revisionista.

[409] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», en *Rosa Luxemburg*. Escritos Políticos. Barcelona: Grijalbo, 1977, pp. 133-34. (De ahora en adelante *E.P.*).

[410] «Zur Frage des Terrorismus in Russland», en *Rosa Luxemburg*. *Gesammelte Werke*. Berlín: Dietz, 1974 (2.ª ed.), vol. 1/2, pp. 275-280. (De ahora en adelante *GW*.)

[411] «En memoria del partido <Proletariado>», en *E.P.*, p. 518.

[412] «Nachbetrachtungen zum Parteitag», *GW*, 1/1, p. 234.

[413] *Ibid.*, p. 244.

[414] Parvus, «Der Opportunismus in der Praxis», en *Neue Zeit*, XIX, vol. II (1900/01), n.º 46, p. 609.

[415] «Zum kommenden Parteitag», *GW*, 1/1, p. 533.

[416] *Ibid.*, pp. 533-534.

[417] Eduard Bernstein, «Probleme des Sozialismus. 1. Allgemeines über Utopismus und Eklektizismus», en *Neue Zeit*, año XV, vol. I, n. 6 (1896), p. 164.

[418] *Ibid.*, p. 165.

[419] Eduard Bernstein, «Der Kampf der Sozialdemokratie und die Revolution der Gesellschaft. 2. Die Zusammenbruchs-Theorie und die Kolonialpolitik», en *Neue Zeit*, año XVI, vol. I, n.º 18 (1898/99). p. 555.

[420] *Ibid.*, p. 556.

[421] Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (segunda edición, aumentada y ampliada), Stuttgart/Berlín,

1921, International Bibliothek, vol. 61, p. 9, (Traducción castellana en Barcelona: Fontamara, 1975.)

[422] Roza Luksemburg, *Listy do Leona Jogichesa-Tyszki*, vol. I, p. 419. Cf. A. Laschitzka y G. Radczun, *Rosa Luxemburg. Ihr Wirken in der deutschen Arbeiterbewegung* (Berlín, 1971), p. 49.

[423] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 46.

[424] *Ibid.*, p. 130.

[425] Cf. Lelio Basso, *Rosa Luxemburgs Dialektik der Revolution*, Frankfurt a.M., 1969. Basso escribe, con justeza: «Rosa Luxemburg se había dado cuenta de que la diferencia entre una posición revolucionaria y otra reformista no estriba tanto en el «qué», es decir, en los fines de la lucha diaria, como en el «cómo», es decir, en la vinculación de estos fines con la meta final. En el caso de que falte, en realidad, tal vinculación, a pesar de todas las manifestaciones verbales, y la perspectiva socialista no actúe sobre el «programa mínimo» y este siga siendo un fin en sí mismo, entonces la política oficial del partido coincide, de hecho, con la política revisionista». (*Ibid.*, p. 64.)

[426] F. Engels, «Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmwerfe, 1891», en *Neue Zeit*, año XX, vol. 1 (1901-1902), n.º 1.

[427] Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, p. 6.

[428] Hans-Josef Steinberg. *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem 1. Weltkrieg*, 4.ª ed., Berlín, 1976, p. 110. Ignaz Auer, por aquel entonces secretario del partido, había escrito también a Bernstein: «¿Pero crees realmente posible que un partido con cincuenta años de literatura, con una organización de casi 40 años y una tradición todavía más antigua, pueda dar un viraje así en un abrir y cerrar de ojos...? Mi querido Ede, lo que tú pides es algo que no se decide, que no se dice, es algo que se hace. Toda nuestra actividad, incluso la desarrollada bajo aquella ignominiosa ley... ha sido la actividad de un partido reformista socialdemócrata. Un partido que cuenta con las masas no puede, en absoluto, ser otra cosa». (G. A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelmische Reich*, 2.ª ed., Berlín, 1963, pp. 201-202.)

[429] August Bebel escribía en una carta a Bernstein de fecha 16-10-1898 lo siguiente: «Como viejo amigo y compañero de luchas, te quiero ser sincero. Me he preguntado por los motivos que te han llevado a las opiniones que actualmente sostienes y he sacado la conclusión de que, en los casi 30 años que nos conocemos, has sufrido un cambio fundamental, tan pronto como han actuado sobre ti, durante bastante tiempo, una serie de influencias que también habían cambiado. Tus aspiraciones de verdad y tu gran agudeza no han sido obstáculo para tus cambios; el cambio ha sido más bien fomentado por el hecho de que tú consideraras como lo comúnmente decisivo y fundamental el medio en que tú precisamente vives, y tratas de convencer de ello a los otros con toda tu agudeza». (En Víctor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, p. 256.)

[430] *Ibid.*, p. 259.

[431] Parvus, «Der Opportunismus in der Praxis», en *Die Neue Zeit*, año XIX, vol. II (1900/01), n.º 46, p. 612.

[432] *Ibid.*, p. 660.

[433] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.* p. 46.

[434] *Ibid.*, p. 82.

[435] *Ibid.*, p. 85.

[436] *Ibid.*, p. 86.

[437] *Ibid.*

[438] *Ibid.*, p. 103.

[439] *Ibid.*, p. 102.

[440] *Ibid.*, p. 103.

[441] *Ibid.*, p. 127.

[442] *Ibid.*, p. 130.

[443] *Ibid.*, p. 48.

[444] *Ibid.*

[445] *Ibid.*, pp. 87 y 58.

[446] *Ibid.*, pp. 61-62.

[447] Eduard Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.* p. 127.

[448] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 88.

[449] *Ibid.*, p. 88.

[450] *Ibid.*

[451] En «¿Reforma social o revolución?», R. Luxemburg no había utilizado todavía la palabra «imperialismo», sino la de «política mundial», aunque aquella palabra la empleara ya en 1899, sin hacer mención entonces de la política colonial, pero esta es una realidad ampliamente tratada por ella más tarde, en su obra *La acumulación del capital*, así como también su catastrófica manifestación en su *Crisis de la social-democracia*.

[452] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.* p. 76.

[453] *Ibid.*, p. 76.

[454] *Ibid.*, p. 72-3.

[455] *Ibid.*, p. 75.

[456] *Ibid.*, p. 79.

[457] Rosa Luxemburg, «Miliz und Militarismus», en *GW*, vol. 1/1, p. 452.

[458] *Ibid.*, p. 456. Rosa Luxemburg había repetido su aviso también en el Congreso de Hannover: «El militarismo es la expresión más concreta e importante del Estado de clase capitalista, y si no luchamos contra el militarismo, nuestra lucha contra el Estado capitalista no será más que una frase huera». («Rede über die Stellung des deutschen Sozialdemokratie zum Militarismus», en *GW*, 1/1, p. 575.

[459] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 112.

[460] *Ibid.*, *E.P.* p. 112.

[461] Rosa Luxemburg, «Ein Ergebnis der Weltpolitik», en *GW*, 1/1, p. 677.

[462] *Ibid.*

[463] Rosa Luxemburg, «Rede über den Völkfrieden, den Militarismus und die stehenden Heere», en *GW*, 1/1, p. 807.

[464] Rosa Luxemburg, «Rede über die Notwendigkeit einer verstärkten Protestbewegung gegen den Chinakrieg», en *GW*, 1/1, p. 801.

[465] Rosa Luxemburg, «Rede...», *op. cit.*, p. 808.

[466] *Ibid.*, pp. 807-808.

[467] E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, p. 204.

[468] *Ibid.*, p. 211.

- [469] Cf. Annelies Laschitza y Günther Radczun, *op. cit.*, p. 84.
- [470] Rosa Luxemburg, «Rede...», *op. cit.*, p. 809.
- [471] Lelio Basso, *op. cit.*, p. 78.
- [472] R. Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 45.
- [473] Friedrich Engels, «Zur Kritik...», *op. cit.*, p. 9.
- [474] *Ibid.*, p. 10.
- [475] Eduard Bernstein, «Probleme des Sozialismus» (1896), *op. cit.*, p. 166.
- [476] E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, p. 8.
- [477] *Ibid.*, p. 182.
- [478] *Ibid.*, p. 230.
- [479] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, pp. 106-107.
- [480] *Ibid.*, p. 107.
- [481] *Ibid.*, p. 107.
- [482] *Ibid.*, p. 71.
- [483] Rosa Luxemburg, «Rede über die Ablösung der Kapitalistischen Gesellschaft», en *GW*, 1/1, p. 569.
- [484] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 85.
- [485] *Ibid.*, pp. 70-71.
- [486] *Ibid.*, p. 83.
- [487] *Ibid.*, p. 114.
- [488] *Ibid.*, p. 118.
- [489] Karl Marx, «Zur Judenfrage» (Sobre la cuestión judía), en *MEW*, vol. I, p. 369.
- [490] Karl Marx, «Deutsche Ideologie» (*Ideología alemana*), en vol., III, p. 62.
- [491] Rosa Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 120.
- [492] *Ibid.*, pp. 116-17.
- [493] *Ibid.*, p. 76.
- [494] *Ibid.*, p. 79.
- [495] F. Engels, «Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats» (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*), en *MEW*, vol. XXI.
- [496] Karl Marx, «Deutsche Ideologie» (*Ideología alemana*), *loc. cit.*, p. 33.
- [497] R. Luxemburg, «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, pp. 79-80.
- [498] K. Marx, «Kritik des Hegelschen Staatsrechts» (*Crítica del Derecho público de Hegel*), en *MEW*, vol., I, p. 265.
- [499] K. Marx, «Der Bürgerkrieg in Frankreich» (*La guerra civil en Francia*), en *MEW*, vol. XVII, p. 340.
- [500] V. I. Lenin, *Staat und Revolution (Estado y revolución)*, Berlín, 1970, p. 49.
- [501] «¿Reforma social o revolución?». *E.P.*, pp. 121-2.
- [502] *Ibid.*, p. 117.
- [503] *Ibid.*, p. 119.
- [504] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», *E.P.*, p. 547.
- [505] *Ibid.*, pp. 547-548. Cf. «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 135.
- [506] «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa», *E.P.*, p. 548.
- [507] *Ibid.*, p. 545.
- [508] *Ibid.*, p. 548.
- [509] *Ibid.*, p. 549.

- [510] Rosa Luxemburg, «Und zum dritten Male das belgische Experiment», en *GW*, vol. 1/2, p. 241.
- [511] *Ibid.*, pp., 246-247.
- [512] *Ibid.*, p. 247.
- [513] *Ibid.*, pp. 247-248.
- [514] «¿Reforma social o revolución?», *E.P.*, p. 135.
- [515] «¿Qué quiere la Liga Espartaco», en *E.P.*, p. 407. Cf. «Nuestro programa y la situación política», *E.P.*, p. 427.
- [516] Rosa Luxemburg, «Die Revolution in Russland», en *Gesammelte Werke*. Vol. 1/2, Berlín: Dietz, 1970, pp. 500-501.
- [517] «Huelga de masas, partido y sindicatos», en *Rosa Luxemburg. Escritos Políticos*. Grijalbo, 1977, p. 187. (En lo sucesivo *E.P.*)
- [518] *Ibid.*, pp. 187-8.
- [519] *Ibid.*, p. 188.
- [520] *Ibid.*, p. 154.
- [521] *Ibid.*, p. 206.
- [522] *Ibid.*, p. 202.
- [523] J. P. Netti, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg*. París: Maspéro, 1972 (2 tomos). (Hay traducción castellana en México: Ediciones Era, 1974.)
- [524] Lenin: «Un paso adelante, dos pasos atrás. Una respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg», *Lenin Werke*, vol. 7, pp. 480-91.
- [525] «Masas y jefes», en *Rosa Luxemburg: La revolución rusa y otros escritos*. Madrid: Castellote, 1975, p. 145.
- [526] «¿Reforma social o revolución?», en *E.P.*, p. 136.
- [527] «Rede auf dem Parteitag der deutschen Sozialdemokratie, 1899, in Hannover», en *Gesammelte Werke, op. cit.*, vol. 1/1, p. 574.
- [528] «Huelga de masas...», *op. cit.*, p. 177.
- [529] V. I. Lenin, «Las enseñanzas de la insurrección de Moscú», en Lenin, *Obras escogidas*, vol. 1. Moscú: Ed. Progreso, 1966, p. 594.
- [530] «Huelga de masas...» en *E.P.*, p. 215.
- [531] «Nuestro programa y la situación política», en *E.P.*, 428-29.

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

Recopilación de escritos hecha a finales de los años 70, algunos de ellos inéditos en español, sobre la vida y obra de Rosa Luxemburg por el 60 aniversario de su muerte.

Los artículos o ensayos tratan los diferentes aspectos de la obra de Rosa Luxemburg desde cómo entendía la espontaneidad y la organización, la aplicación que hizo de la dialéctica en su obra, su teoría sobre el imperialismo, los errores que cometió y también las diferentes visiones de Rosa y Lenin en diferentes ámbitos.

Georges Haupt, Lelio Basso y Norman Geras, Paul Mattick y Tadeusz Kowalik, Gilbert Badia, Narihiko Ito, Negt, Jost, de la Mata, Schleifstein, Howard, M. Löwy son los autores presentes en esta recopilación. Además se incluye una guía para la lectura de Rosa Luxemburg realizada por María José Aubet.

